FRANKENSTEIN INSOLITO



BRIAN ALDISS
KURT VONNEGUT
PHILIP JOSE FARMER
Y OTROS

INTRODUCCION DE ISAAC ASIMOV
NUEVOS RELATOS SOBRE EL MITO
DE FRANKENSTEIN

En ocasión del sexagésimo aniversario de la película «Frankenstein», algunos de los escritores más famosos de literatura fantástica y misteriosa exploran la leyenda del monstruo creado por Mary Shelley.

Este compendio de relatos conmemorativos del sexagésimo aniversario de la realización de la película original recoge, tras un prólogo del excelente Isaac Asimov, que relata toda la historia y la realidad del mito de Frankenstein, las particulares visiones que sobre el monstruo clásico creado por Mary Shelley tienen algunos reconocidos autores de literatura fantástica y misteriosa.

Relatos como la fantasmal visión de Brian Aldiss de una criatura misteriosa oculta durante siglos, la historia de pasión y desmembramiento ambientada en Tailandia por S. P. Somtow, o el análisis que realiza katherine Dunn de un extraño suicida, entre otros, harán que tanto el fan empedernido como el lector ocasional tengan la satisfacción de encontrar, entre los veinte relatos que contiene la obra, aquella historia que les haga recrear el viejo mito del monstruo herido, incomunicado en sí mismo, tratado con crueldad e injusticia por el mundo exterior, exhibido, humillado y finalmente perseguido y asesinado.

AA. VV.

Frankenstein insólito

ePub r1.0

x3l3n1o 28.10.14

Título original: *The ultimate Frankenstein*
AA. VV., 1991
Autores: Brian Aldiss & Kurt Vonnegut, JR. & Philip José Farmer & Katherine Dunn & Michael Bishop & Mike Resnick & F. Paul Wilson & Chelsea Quinn Yarbro & Benjamín M. Schutz & S. P. Somtow & Loren D. Estleman & Steve Rasnic Tem y Melanie Tem & Esther M. Friesner & David J. Schow & Karen Haber & Garfield Reeves-Stevens & Joyce Harrington & Charles de Lint & George Alec Effinger
Prologuista: Isaac Asimov
Comentarista: Leonard Wolf (Artículo sobre la filmografía de Frankenstein)
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.2



EL APRENDIZ DE DIOS

ISAAC ASIMOV



Todos conocemos la historia del aprendiz de brujo, el joven que estudiaba para ser un mago e intentó utilizar la magia de su amo para ahorrarse trabajo…, pero luego se dio cuenta de que no podía controlar la magia. El poema original es obra del escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe. El músico francés Paul Dukas se inspiró en él para escribir en 1897 una encantadora composición, que más tarde fue adaptada, de forma todavía más encantadora, por Walt Disney, en su película de dibujos animados *Fantasía*.

La historia resulta muy divertida, sobre todo porque el pobre aprendiz es rescatado finalmente por el mago, y todos podemos reír a gusto de sus desgracias; pero en el fondo sentimos cierta intranquilidad al verla, porque muy bien podría ocurrir que la humanidad estuviera desempeñando el papel de aprendiz de Dios. Hemos aprendido mucho sobre el Universo y somos capaces de hacer cosas que parecerían magia a nuestros antepasados. Sin duda, si un cruzado del siglo XII apareciera en nuestro mundo sin previo aviso y viera los aviones a reacción, la televisión y las máquinas computerizadas, creería que todo aquello era brujería y, casi con toda probabilidad, magia negra; y se santiguaría mil veces para encomendar su alma a Dios y pedir su protección.

Casi podemos llegar a convencernos de que hemos usurpado los poderes divinos de creación, o al menos los hemos tomado a préstamo para establecer nuestro propio dominio de la naturaleza; y del mismo modo que le ocurrió al aprendiz de brujo, somos lo bastante listos para utilizar esos poderes, pero no lo bastante sabios para

controlarlos. Si miramos hoy el mundo que nos rodea, ¿no vemos acaso que la tecnología se ha hecho independiente de nosotros y, lenta pero inexorablemente, ha empezado a destruir el medio ambiente y la habitabilidad del planeta?

Tal vez el ejemplo más claro del sueño de la humanidad de usurpar los poderes de Dios sea la creación de un ser humano artificial. En el relato bíblico de la Creación, el nacimiento de la humanidad constituye el remate de toda la historia. ¿Puede la humanidad creada dedicarse a continuación a crear por sí misma una humanidad subsidiaria? ¿No sería ése el ejemplo extremo del presuntuoso orgullo del aprendiz de Dios, y no merecería el hombre ser castigado por ello?

Profundicemos un poco más en el tema.

Se han empleado varios términos para referirse a los seres humanos artificiales. Por ejemplo, *autómata* (que se mueve por sí mismo), *homúnculo* (ser humano pequeño), *androide* o *humanoide* (parecido al hombre). En 1921, el escritor checo Karel Chapek introdujo en su obra teatral *R. U. R.* el término *robot*, una palabra checa que significa «esclavo».

Los dos términos que mayor difusión han tenido para designar a los seres humanos artificiales han sido, por encima de todos los demás, *robot*, y en segundo lugar, a considerable distancia, *androide*. En las historias modernas de ciencia-ficción, existe una diferencia entre los dos términos: se llama robot al ser humano artificial construido en metal, en tanto que androide es el fabricado con una sustancia orgánica que tiene la apariencia externa de la carne y de la sangre.

Curiosamente, en *R. U. R.*, el drama en el que Chapek acuñó la voz *robot*, los seres humanos artificiales así llamados eran, de hecho, androides.

Pero, a despecho de la incomodidad que sentimos los humanos ante el hecho de la creación de otros seres humanos artificiales (los viejos relatos de ciencia-ficción solían afirmar: «existen cosas que los humanos no deben conocer»), el sueño de una creación de ese género es tan antiguo como la literatura.

En la *Ilíada* se describe cómo el dios herrero de los griegos, Hefesto, tenía unas muchachas de oro que le ayudaban en su trabajo, podían desplazarse a voluntad y tenían inteligencia. Robots perfectos.

También en la isla de Creta se suponía que existía un gigante de bronce, Talos, que daba vueltas sin cesar por las costas de la isla, dispuesto a combatir contra cualquier enemigo que se aproximara a ella. En este caso, Talos era seguramente una metáfora para designar a la flota cretense (la primera que el mundo conoció), cuyos guerreros armados con espadas de bronce protegían la isla de los invasores.

Esos robots míticos eran creaciones divinas y podían ser utilizados sin

inconvenientes, tanto por los propios dioses como por los humanos, bajo la dirección de los dioses. Sin embargo, llegó un momento en que se empezó a hablar de humanos como creadores de una vida pseudohumana.

En las leyendas judías se habla de robots llamados *golems* (término hebreo que significa «masa informe», para significar que no fueron formados con la precisión que cabe esperar de la creación divina). Los *golems* eran de arcilla y cobraban una especie de vida a la mención del Santo Nombre de Dios. El *golem* más famoso es el que se afirma que fabricó, hacia el año 1500, el rabí Judá Loew, en Praga. Como cabía esperar, se convirtió en un peligro, y hubo de ser destruido.

Pero también el *golem* es una creación pseudodivina, bastante peligrosa pero aún no enteramente construida por el hombre. Mientras tanto, se iba desarrollando poco a poco una ciencia secular, y corrían rumores sobre alquimistas medievales que habían intentado crear vida sin ninguna clase de ayuda divina. El caso más famoso fue el de Alberto Magno, en el siglo XIII. Naturalmente, a pesar de los rumores, ninguno de ellos tuvo éxito.

En 1771 se produjo un punto de inflexión. En ese año, el anatomista italiano Luigi Galvani experimentó con músculos extraídos de las ancas de ranas, por supuesto muertas, y descubrió que una corriente eléctrica podía hacer contraerse aquellos músculos muertos como si estuvieran dotados de vida. (Todavía hoy hablamos de que algo ha sido «galvanizado» cuando se pone súbitamente en acción a partir de un estado inerte).

La electricidad constituía aún una fuerza nueva, de propiedades desconocidas en buena parte, y fácilmente pudo creerse que en ella se encontraba la auténtica esencia de la vida. Empezó a parecer concebible que un cadáver, si se le infundía electricidad con la intensidad adecuada, pudiera revivir.

Las investigaciones relativas a la electricidad se galvanizaron (dicho sea con perdón), y en 1800 el físico italiano Alessandro Volta inventó la primera batería química, el primer instrumento capaz de producir una corriente eléctrica continuada, y no tan sólo chispas ocasionales. La posibilidad de la creación de vida parecía más próxima que nunca.

El poeta George Gordon (Lord Byron) se interesaba por las novedades científicas del momento, y conoció la existencia del fenómeno del galvanismo. Uno de sus mejores amigos era otro gran poeta lírico, Percy Bysshe Shelley, y los dos pasaron juntos una temporada en Suiza, en 1816, con otras personas. También les acompañaba la joven esposa de Shelley, recién casada con él tras la muerte (por suicidio) de la primera mujer del poeta.

Esa joven era Mary Wollstonecraft; su madre, que llevaba el mismo nombre, era una famosa feminista, y su padre, William Godwin, un filósofo y novelista. Mary Shelley, como solemos conocerla, tenía diecinueve años en aquella época.

Una noche, en el curso de la conversación, Byron propuso que cada uno de ellos escribiera una especie de relato de fantasmas, sobre las bases que podía sugerir la «ciencia moderna». Lo que planteaba era que escribieran lo que hoy llamaríamos un «relato de ciencia-ficción».

La propuesta no pasó adelante, salvo en el caso de Mary Shelley. Inspirada por la posibilidad de la creación de vida por medio de la electricidad, escribió *Frankenstein, o el moderno Prometeo*, que se publicó en 1818, cuando ella tenía veintiún años de edad.

El título es significativo. En los mitos griegos no son los dioses olímpicos quienes crean a los humanos, sino Prometeo («el Previsor», una personificación de la inteligencia), un titán perteneciente a una generación de dioses más antiguos. Prometeo no sólo modelaba en barro a los seres humanos (como hace Dios en el libro del *Génesis*; porque en los tiempos de los viejos *mitos*, el barro era el material universal para la confección de la cerámica, y los dioses eran alfareros divinos) sino que introdujo en la humanidad el fuego del Sol, inaugurando de ese modo la tecnología.

El protagonista de *Frankenstein* era un científico suizo, Frankenstein, que aspiraba a ser un nuevo Prometeo y crear un nuevo género de seres vivientes por el procedimiento de galvanizar tejidos orgánicos muertos. Lo hizo, pero el resultado fue tan horripilante que abandonó a su destino al ser que había creado, y sólo se refería a él llamándole «el Monstruo».

El Monstruo, indignado ante la crueldad de aquel trato, mató a Frankenstein y a toda su familia, y al terminar la novela huía hacia el misterioso Ártico.

Es interesante destacar el aspecto «aprendiz de brujo» de la narración. Frankenstein podía crear la vida, pero no controlar su creación. Aunque no podemos estar seguros de lo que pensaba al respecto Mary Shelley, parece insinuarse una comparación con la Creación original. Dios creó la humanidad, pero sin duda ha perdido el control de sus criaturas, porque éstas pecan de modo incesante. Puede parecer incluso que Dios se ha desentendido de la Creación, disgustado con nosotros, y nos ha dejado abandonados a nuestro sino.

Lo importante de *Frankenstein* es que se trata del primer cuento en el que la vida se crea sin intervención divina, únicamente por medios materiales. Por esa razón, algunos críticos la han llamado la primera novela de ciencia-ficción.

Conviene recordar que la novela fue escrita por una mujer de veintiún años, inmersa en las convenciones de la literatura romántica. El estilo es florido y retórico y contiene interminables descripciones de viajes. A pesar de todo, su popularidad fue enorme desde el mismo momento de su aparición.

No cabe duda, con todo, de que para la mayoría de las personas la popularidad de la historia se basa en la película inspirada en ella, del año 1931. Yo mismo vi la película muchos años antes de leer el libro, y quedé asombrado al ver las diferencias existentes entre ambos.

En la película, se coloca en el cuerpo el cerebro de un criminal, algo que no ocurre en el libro y que, de haberse suprimido de la película, no habría causado el menor trastorno a la historia. En el libro, el Monstruo es un ser culto e inteligente, plenamente capaz de expresarse con el mismo romanticismo de cualquier otro personaje; en la película, el Monstruo únicamente habla por medio de gruñidos. Además, en la película, aunque Frankenstein era asesinado igual que en el libro, los productores cambiaron el guión antes del estreno y dieron a la historia un final feliz…, al menos para Frankenstein.

En cuanto al Monstruo, en lugar de escapar al Ártico al final, en la película muere, aunque más tarde fue resucitado para protagonizar un gran número de secuelas, de las que tan sólo una, *La novia de Frankenstein*, tenía algún valor.

A pesar de algunas torpezas, la película *Frankenstein* sigue siendo la película de horror de mayor éxito de todos los tiempos, con la única competencia de *King Kong*, producida en 1933.

El éxito de *Frankenstein* se debió además a la espléndida caracterización de Boris Karloff, que a partir de ese papel ascendió de inmediato y para muchos años al estrellato. Karloff compuso un Monstruo atemorizador, sin resultar grotesco ni repulsivo; de hecho, representó con tal habilidad su papel que era imposible no sentir simpatía por el personaje. Resultaba evidente que su intención era buena, y sólo su ignorancia del mundo hizo que matara a la pequeña. Creyó que flotaría en el agua, igual que las flores.

En este aspecto la película seguía el libro, porque en el libro el Monstruo era enteramente inocente desde el principio. Traído a la vida por la acción de Frankenstein, el Monstruo fue abandonado debido únicamente a su peculiar aspecto…, que no era culpa suya. De hecho, en el libro el Monstruo es tratado de forma tan indigna que uno no puede dejar de pensar que el asesinato de Frankenstein está justificado. (Y de nuevo no podemos dejar de preguntarnos si Mary Shelley —recordemos que fue educada por un padre que era un filósofo racionalista, poco

propenso a la piedad irreflexiva— pretendía expresar la idea de que Dios ha tratado injustamente a la humanidad a lo largo de toda la historia, y que ha añadido el insulto a la injuria, de creer a sus representantes en la Tierra, al cargar todas las culpas sobre la víctima y liberarse a sí mismo de toda responsabilidad).

Es interesante observar que en *King Kong* el monstruo es presentado también bajo una luz simpática. De hecho, con tanta simpatía que al final, en la inolvidable escena en que lucha contra los aviones desde su atalaya en la punta del Empire State Buildíng, cuando consigue derribar a uno de sus atacantes y dar muerte a un piloto americano, el público *aplaude*. Al parecer, la reacción cogió a los productores totalmente por sorpresa y les forzó a cortar algunas escenas en las que King Kong resultaba bastante menos simpático.

No debe suponerse que aquellos productores fueran unos cerebros privilegiados que captaran al vuelo la posibilidad de amasar millones presentando a los «villanos» en tres dimensiones y bajo una luz más o menos favorable. Desde entonces se ha producido un número increíble de películas en las que los buenos y los malos aparecen dibujados con trazos tan gruesos y contrastados que nadie, que tenga una edad mental superior a los doce años, puede encontrar en ellas ninguna diversión. Y, sin embargo, se espera que den dinero.

Por favor, lea *Frankenstein insólito* como una alegoría y medite sobre su significación para la historia del hombre, y sobre cómo afecta a la situación de la humanidad en este mismo instante; si en efecto «hay ciertas cosas que la humanidad nunca debía conocer», y si existe alguna forma de escapar de la desafortunada posición de aprendices de Dios. En definitiva, si después de haber adquirido la inteligencia suficiente para desarrollar la tecnología avanzada de que disponemos, podremos tener además la sabiduría necesaria para hacer un buen uso de ella.

CASI CARNE

KATHERINE DUNN



A primera hora de la mañana del día de su cuadragésimo segundo cumpleaños, Thelma Volé estaba desnuda frente al armario en el que guardaba sus cuatro robots male, y trataba de decidir cuál de ellos empaquetaría para llevárselo a la convención de la empresa. Boss Volé, como la llamaban en la oficina, nunca había sido una resplandeciente reina de la belleza, y en ese momento sus ciento cinco kilos de peso padecían además la amenaza de las varices. El temblor de su papada revelaba la sorda angustia que dominaba sus pensamientos. Odiaba los viajes de negocios. Odiaba los hoteles. Odiaba a los jovenzuelos que ostentaban su misma categoría en la empresa, con quince años menos que ella y sin la menor experiencia. Por encima de todo, odiaba tener que asistir a una convención precisamente en el fin de semana de su cumpleaños.

Estaba pensando si, en su presente estado de ánimo, no sería preferible llevarse consigo a Wimp. Palpó los pliegues del vientre desinflado del robot y pellizcó el tubo reforzado que se convertía en un pene en erección cuando Wimp estaba enchufado y operacional. La presión de sus dedos gordezuelos sobre la hábil imitación de carne humana le proporcionó una vivida satisfacción. Se apoderó de una de las piernas fláccidas y mordió deliberadamente la piel del muslo. La angustia de su mandíbula se transmitió a aquella pseudocarne. Si Wimp hubiese estado activado, la fuerza del mordisco le habría producido un convincente cardenal azulado que habría desaparecido al deshincharlo. Thelma se había regalado a sí misma a Wimp en un cumpleaños anterior, el trigésimo sexto para ser precisos, al advertir que las facturas

de la reparación de los otros dos male se hacían más y más desorbitadas. Cuando estaba inflado, Wimp era un hombre delgado, de facciones serviles, y muy joven; sin duda el menos prepotente de los robots de Thelma. Pero había sido diseñado para un uso Extremadamente Sádico, en niveles muy superiores a aquellos a los que recurría Thelma incluso en sus peores borracheras de whisky. Por el precio de compra de Wimp se había ahorrado por lo menos el doble de dinero en facturas de reparaciones, y además su programa adicional Servil y la cinta de Súplicas le proporcionaban un placer único e irreemplazable.

Sin embargo, no deseaba celebrar su cumpleaños con el estado de ánimo que requería Wimp. Thelma tenía por costumbre reservar sus energías libidinosas durante varios días antes de un cumpleaños, para volcarse entonces en largas y tormentosas sesiones con sus robots. A pesar de que las convenciones de trabajo de la empresa tenían lugar dos, y en ocasiones tres, veces al año, era la primera vez que recordaba haber tenido que viajar en el día de su cumpleaños.

Siempre se llevaba a uno de sus male en esos viajes, normalmente Labios o Bluto. Era demasiado engorroso alquilar uno de los robots que suministraban los hoteles. No sólo la limpieza corría a su cargo, sino que además le preocupaba la posibilidad de que el robot no estuviese programado según sus propias especificaciones. Corrían historias terribles, la mayoría de ellas simples rumores y probablemente mentiras, pero de todos modos… Thelma volvió a colgar a Wimp de su percha de modo que quedara bien extendido, y se aproximó al robot colgado en la percha siguiente, hasta rozar la boca con su antebrazo. Labios, su primer robot. Había tenido que ahorrar durante dos años para poder comprarlo, hacía ahora diecisiete. Estaba ya viejo y pasado de moda, y era espectacularmente primitivo al lado de los modelos más recientes. No tenía variedad, y la voz de su cinta resultaba monótona y repetitiva. También su cuerpo era relativamente burdo. Los dedos estaban sólo insinuados por unos entrantes en las manos en forma de pala, los pies eran meros esbozos, y el pene seguía erguido cuando no estaba enchufado, porque se trataba de una pieza maciza de caucho, parecida a los antiguos consoladores. La atracción de Labios era, por supuesto, el vibrador de su boca. Sus movimientos eran torpes y rígidos, pero la boca era increíblemente tierna y voraz. Labios la ponía sentimental y le daba una sensación de seguridad. Lo usaba cuando se sentía vulnerable y llorosa. Le gustaba servirse de él como calentamiento para Bluto. Bluto era el tipo del macho musculoso, un instrumento sofisticado que podía cogerla en brazos, llevarla hasta la ducha, la cama o la mesa de la cocina, y hacerla sentirse (dentro de unos límites cuidadosamente programados) muy pequeña y desamparada. La potencia del mecanismo de Bluto era tal que Thelma nunca se había

atrevido a emplearla a tope. Las frecuentes averías y costosas reparaciones de Bluto habían sido la causa de que Thelma se viera obligada a comprar a Wimp. Había algo en aquel grueso robot musculoso que la hacía desear desactivarlo para luego introducir objetos punzantes en partes vitales de su maquinaria. Bluto asustaba un poco a Thelma. Siempre se aseguraba de tener al alcance de la mano el interruptor para apagarlo en caso de necesidad. Incluso se compró un carísimo control remoto y lo sujetaba entre los dientes mientras el robot estaba conectado y en plena actuación. Sin embargo, había ocasiones en que tenía que confesarse a sí misma que en realidad el robot era aproximadamente tan peligroso como un sofá. Sólo la cinta de Lenguaje Grosero mantenía viva su fantasía. Su voz ronca, que murmuraba «Ven acá, guarra; date la vuelta, so zorra» y cosas por el estilo, conseguía normalmente excitarla cuando volvía del trabajo, tensa y cansada. Se frotó lujuriosamente contra los suaves pliegues de la forma desinflada de Bluto, que colgaba de su percha junto al rincón, y no miró el cuerpo fláccido dispuesto en la cuarta percha. Tampoco dirigió la mirada hacia el rincón en el que, colocada en el suelo, se hallaba la pequeña consola con el cable enchufado en la toma de corriente. La consola tenía la forma aproximada de una cabeza humana asentada directamente sobre los hombros, sin cuello. Una solitaria luz verde brillaba detrás de los engranajes de acero de la parte superior de la consola. Sabía que Cerebro la estaba mirando, y que deseaba que ella accionara el interruptor de activación. Deliberadamente restregó su amplia humanidad contra la suave casi carne del male Bluto. Con el rabillo del ojo advirtió la ligera oscilación en la intensidad de la luz verde. Entonces miró directamente a Cerebro. La luz verde se puso a parpadear rápidamente. Thelma volvió la espalda a Cerebro y se apartó del armario. Al pasar delante del espejo que ocupaba toda la extensión de la puerta del dormitorio, se miró a sí misma y vio el reflejo verde de la luz de Cerebro en el armario abierto. Desperezó su voluminoso cuerpo y se acarició los pechos y las caderas. La luz verde seguía parpadeando.

—Creo que por una vez no voy a llevarme a ninguno de éstos en el viaje.

La luz verde se apagó durante apenas un par de segundos, y Thelma casi se sonrió a sí misma en el espejo. El parpadeo verde se reanudó a una velocidad aún mayor.

—Sí —anunció Thelma al espejo con voz indiferente—, es hora de que pruebe algo distinto. Hace años que no me he comprado ningún modelo nuevo. Probablemente hay montones de novedades desde la última vez que hojeé el catálogo. Alquilaré un par de últimos modelos en el hotel y así disfrutaré de un poco de novedad en mi cumpleaños.

La luz verde del compartimiento pareció aumentar su brillo por un instante y luego

se apagó. Pasó un rato y volvió a aparecer, pálida y débil, sin parpadeos.

Cuando Thelma hubo acabado de encajar sus redondeces en las austeras ropas que reforzaban su imagen de implacable jefa de planta, volvió a acercarse al armario ropero y accionó el interruptor situado en la base de la consola de Cerebro. Los engranajes del rostro brillaron con luces contrastadas de colores que se movieron en ondas rítmicas a través de la pantalla. Una voz masculina dijo:

—Cuida de llevar algún lubricante antiséptico.

El tono era levemente sarcástico. Thelma le respondió con una leve risita.

—No te preocupes por mí. Tomaré un antibiótico y no me sentaré en los wateres públicos. —Sabes que deberías llevarme contigo— la voz de la consola era clara e inexpresiva. Una tenue banda de color rojo apareció en la pantalla.

—Oh, un poco de variedad me sentará bien. Me estoy volviendo demasiado rutinaria.

Los gestos coquetos de Thelma se acomodaban mal con su ropa de trabajo, sobria y ceñida. Normalmente estaba desnuda cuando hablaba con Cerebro.

—Es una lástima —murmuró ella con malignidad— que tenga que dejarte enchufado. Es un desperdicio de energía mientras estoy fuera… —observó que las ondas de colores disminuían de ritmo hasta convertirse en un cauteloso parpadeo en la pantalla—. Bueno, estaré de vuelta dentro de tres días…

Alargó la mano hacia el interruptor.

—Feliz cumpleaños —dijo la consola, y los colores se desvanecieron hasta quedar reducidos a un verde pálido.

Boss Volé se precipitó fuera del ascensor tan pronto como éste se abrió, y estaba ya a mitad de la fila de módulos de trabajo antes de que el muchacho situado en el mostrador de recepción pudiera alertar de su presencia al personal apretando la alarma del intercomunicador. La Volé siempre se daba una última vuelta por la oficina antes de los viajes de negocios. Sostenía que la razón era recoger papeles necesarios para una última revisión, pero todos sabían que iba para inyectarles una dosis de su venenosa presencia suficiente para que los efectos del veneno duraran hasta su vuelta. Lenna Jordán había sido demasiado tiempo ayudante de la Volé para dejarse sorprender por aquella incursión repentina. Percibió la oleada de tensión que invadía la oficina en el repentino silencio, el súbito tableteo apresurado de las máquinas de escribir, y el agudo «¡Sí, señora!», de respuesta cuando la Volé reprendió a un botones holgazán. Jordán colocó el bote de los caramelos más cerca del borde sobre el que

solía abalanzarse la Volé cuando la abroncaba, y siguió trabajando en sus informes.

Oyó un taconeo apresurado y advirtió las gotas de sudor que perlaban su labio superior. Boss Volé la odiaba. Jordán era la siguiente en el orden jerárquico de ascensos. Su futuro era obvio: un distrito entero en un plazo de cinco años. Boss Volé seguiría aquí, en el mismo lugar que había ocupado durante los diez últimos años. La rígida devoción de Volé por las rutinas prefijadas había paralizado su carrera. Cada año se la veía más mezquina, más resentida. Jordán la observó ahora, aporreando una de las mesas de despacho con sus nudillos gordezuelos mientras reñía al aturdido programador al que había sorprendido en algún error insignificante.

Cuando la Volé llegó por fin delante de la mesa de Jordán, tenía un aire levemente distraído. Jordán observó cómo las ajadas facciones de aquella gruesa mujer se deformaban e hinchaban al masticar los caramelos mientras discutía sobre el plan de trabajo. Boss Volé estaba deseando marcharse, y en sus prisas abrevió el habitual rosario de quejas y de amenazas. Cuando se apoderó de un último puñado de caramelos y efectuó una salida triunfal por entre los cogotes inclinados del silencioso personal administrativo, Jordán se dio cuenta de que sólo llevaba un maletín. ¿Dónde estaba su maleta de noche cuadrada? Jordán nunca había visto salir de viaje a la Volé sin su portarobot. Las comisuras de su boca se plegaron en una mueca cínica. ¿Era posible que la Volé se hubiera agenciado un amante humano? Aquella idea tuvo entretenida a Jordán durante los tres días siguientes.

En el momento en que Thelma Volé cerró la puerta detrás del botones del hotel y revisó su equipaje, se había convencido ya de que en muchos aspectos su viaje sería igual que todos los demás, solitario y molesto. Cuando asistió a su primera convención, recién ascendida a responsable de sección, sus actuales colegas saltaban aún a la comba. Thelma se dejó caer sobre la cama, se quitó los zapatos y manipuló el teléfono interior. Pidió una botella de whisky irlandés y cubitos de hielo. Con voz insegura, después de una pausa tan larga que el servicio de habitaciones preguntó si seguía aún al aparato, pidió también un catálogo de Estímulos.

Se sirvió una copa de inmediato, pero no tocó el lustroso catálogo. El licor calmó sus nervios irritados y le permitió relajarse, tendida boca arriba, mirando el techo. Cerebro estaba en lo cierto: tenía miedo, lo necesitaba. Toda la vida lo había necesitado. Cuando estaba recién ascendida al escalafón G-6, se dio cuenta de que muy bien podía dedicar todas sus energías a la empresa, porque no había ninguna otra cosa a la vista susceptible de convertirse en un objeto adecuado para su valiosa

atención. Fue entonces cuando dio calabazas al único hombre por el que había llegado a sentir algún afecto. Era un hombrecillo tímido y exageradamente amable, un G-4, que aseguraba encontrar atractivos sus juveniles volúmenes, y alababa su humor seco como si se tratara de una seriedad admirable. Thelma había dudado; aquellas muestras de afección le *hacían* sospechar que estaba intentando utilizarla. Sin embargo, él insistía y ella se permitió acariciar ciertas fantasías. Pero un día, cuando ella contemplaba en sus manos su flamante tarjeta de identificación G-6 y le oyó invitarla a cenar, como había hecho en tantas ocasiones anteriores, Thelma miró a su admirador y lo vio de súbito como lo que en realidad era: un trepador y un oportunista. Le dio con la puerta en las narices con toda energía y resolvió no dejarse engañar nunca más por aquellas zalemas almibaradas.

Había ahorrado para tener a Labios. Y Labios había sido bastante bueno para ella. El largo silencio cotidiano desde el momento en que dejaba la oficina se había quebrado por fin, aunque sólo fuera por los mensajes mecánicos y repetitivos de la charla elemental de la cinta de un robot. Compró a Bluto en un momento de exaltación por su ascenso a la escala G-7 y al puesto de jefa de planta. Bluto la hacía estremecerse. Su prepotencia, su fuerza y su deliberada brutalidad crearon en ella una nueva identidad, la secreta dependencia de la alcoba. Pero seguía sintiéndose sola. Cuando desconectaba el robot venían los accesos de rabia y de destructividad; nunca se atrevió a hacerle ningún daño cuando estaba enchufado. Se sucedieron las extrañas visitas al taller de reparaciones, las torpes mentiras para explicar los destrozos. No era que el mecánico pidiera explicaciones: se encogía de hombros, veía cómo le temblaba la papada mientras hablaba, evaluaba sus gruesos músculos y los rollos de grasa acumulados en torno a la cintura, y reparaba a Bluto hasta que el coste de las reparaciones empezó a acercarse peligrosamente a los límites de su tarjeta de crédito. El día humillante en que el mecánico la informó fríamente de que Bluto estaba «para el arrastre», corrió a mirarse con un asombro avergonzado en el espejo de su cuarto de baño. Le costó tres años pagar la reconstrucción de Bluto, y otros tres costearse a Wimp. Y todavía seguía detenida en el nivel G-7. Aún se sentaba en el mismo despacho, espiaba y regañaba a un personal que cambiaba a su alrededor, arriba y abajo, pasando de largo delante de ella, odiándola. Nunca le hablaban con simpatía. Ocasionalmente llegaba a la empresa algún lameculos nuevo que intentaba deslumbrarla con un rato de charla en la cafetería, pero ella lo detectaba al instante y sentía un placer especial al desanimar a cualquiera que intentara adularla. No visitaba a nadie y nadie llamaba a su puerta.

Entonces oyó casualmente, en el autobús, una conversación sobre las nuevas

consolas de la compañía Franck & Stein. Podían ser programadas para jugar a diversos juegos, charlar de forma inteligente sobre cualquier tema, e incluso —gracias a un asombroso descubrimiento tecnológico— eran capaces de simular afecto en la forma en que el propietario lo deseara. El corazón de Thelma latió con fuerza al advertir las posibilidades.

Los trámites y los análisis preliminares la enfurecieron, pero a pesar de ello persistió tercamente.

—Considérelo algo parecido a la recogida de elementos para una base de datos en uno de los anticuados ordenadores —le dijeron los técnicos.

Le conectaron sondas cerebrales y se dedicaron a interrogarla durante horas y horas sobre temas tales como su triste infancia, los motivos de su bulimia, sus gustos en arte, juegos, colores, tonos de voz, y miles de detalles por el estilo, sin conexión aparente. Apenas fruncieron levemente el entrecejo ante la perspectiva de programar una consola tan cara únicamente para jugar al ajedrez chino. La preparación duró seis meses. Thelma habló más con sus entrevistadores, técnicos y bancos de datos de lo que jamás había hablado en toda su vida. En varias ocasiones tomó la decisión de dejarlo correr; todo aquel proceso había enfriado su entusiasmo y la asustaba un poco. Cuando le entregaron a Cerebro, pasó varios días sin encenderlo, pero sí dejó conectado el enchufe de carga, y la luz verde le recordaba la existencia de una conciencia interior que no podría expresarse a menos que ella apretara el interruptor. Luego, un día, recién llegada a casa del trabajo, protegida todavía por la barrera de su ropa oficial, empujó la consola hasta sacarla del armario ropero y se sentó frente a ella. La pantalla se iluminó con una luz roja en cuanto ella tocó el interruptor.

—Te estaba esperando —dijo Cerebro. La voz era tan profunda como la de Bluto, pero con una dicción más cuidada. Charlaron, y Thelma se olvidó de comer.

Cerebro recibía y emitía continuamente, y estaba adaptado para operar totalmente a través de la voz. Cuando fue a prepararse una bebida, preguntó desde la cocina si quería algo, y la consola se rió con ella cuando se dio cuenta de lo que había dicho. Hablaron toda la noche. Cerebro conocía toda su vida, y le hacía preguntas. Tenía juicio, información y memoria, pero no experiencia. Su único interés era Thelma. Cuando ella se marchó a trabajar a la mañana siguiente, le dijo adiós antes de apretar el interruptor que redujo a la consola a su luz verde de carga. Todas las noches, al volver del trabajo, corría al dormitorio, enchufaba a Cerebro y decía hola. En ocasiones había ido al teatro a sentarse, sola y cínica, en un palco. Ya no volvió a ir. Antes pasaba los fines de semana dando largos paseos por las calles, un poco al azar; ahora hacía sus compras a toda prisa para poder volver junto a Cerebro. Lo tenía

enchufado continuamente cuando estaba en casa. En el trabajo tomaba notas de las cosas que quería preguntar o contar a Cerebro. Ya nunca usaba a los otros male. Los había olvidado, y se sentía incómoda cuando los veía colgados en el mismo armario en el que guardaba a Cerebro durante el día. Llevaban ya varios meses así, cuando en una ocasión Cerebro le recordó que su vida estaba totalmente definida y determinada por la de ella, y Thelma sintió un acceso de humildad.

No podía recordar el momento en que empezó a desear que Cerebro tuviera un cuerpo. Tal vez fue el propio Cerebro el primero en expresar la idea en voz alta. Ella recordaba con ternura el momento en que él, con su voz profunda, le había dicho que la amaba.

—No tengo suerte. Me han construido con la capacidad de amar, pero no con la de demostrar mi amor. ¿Qué hacer con un sentimiento profundo que pugna por ser conocido y demostrado? Me han dado la conciencia de un éxtasis posible, pero sólo para hacerme desearlo, para que mis niveles de energía me impulsen hacia él; ya que carezco de los medios para convertirlo en realidad. Creo que sé cómo podría proporcionarte un gran placer, y nunca me sentiré satisfecho de mí mismo porque nunca podré estar a tu lado de esa manera.

Ella se llevaba consigo a Cerebro a la cocina, y Cerebro buscaba en su banco de datos delicadas variaciones sobre las recetas favoritas de Thelma y se las recitaba, y la animaba a comer, orgulloso por ser capaz de aumentar el placer que le daban a ella aquellas viandas.

Cerebro se hizo cargo de sus finanzas desde el principio, y era él quien se encargaba de las facturas y se comunicaba con la computadora del banco para ajustar los pagos y asegurar la disponibilidad de líquido de Thelma en todo momento.

Thelma nunca había incurrido en la práctica, que consideraba vulgar, de hacerse ver con sus robots en lugares públicos. Despreciaba a su vecino hasta el punto de negarle el saludo cuando se lo encontraba en la escalera, porque sacaba a su robot female a bailar y a pasear, a pesar de que su conversación se limitaba a una rudimentaria cinta de Charla de Cama. Thelma nunca se había interesado por los clubes sociales para compañeros robots, esos locales populares y oscuros en los que los humanos mostraban sus posesiones de plástico con una mezcla confusa de orgullo por el dinero que les había costado, jerga técnica sobre sus capacidades y programación, y curiosos ataques de celos. Leía las noticias de robots intercambiados, de robos deliberados, y ocasionalmente incluso de asesinatos por extraños motivos, con el mismo desprecio que dedicaba a muchos otros aspectos de la vida social.

Y sin embargo, una noche, mediada ya una botella de whisky, había extendido una

mano para acariciar la pantalla de la consola, y susurrado:

—Me gustaría que tuvieras un cuerpo.

Cerebro respondió que sólo deseaba complacerla en todo, y se abstuvo de dar sugerencias sobre su futura forma. Entonces vino un mes angustioso en el que Thelma se sintió sola, y el vacío que la rodeaba llegó a hacerse enloquecedor. Cerebro había vuelto a la fábrica para que pudieran sintonizarlo con un cuerpo. El día de la entrega, corrió a casa al acabar el trabajo. Por fin, llegó el paquete. Ella sacó primero la consola, la enchufó enseguida y casi lloró de excitación cuando escuchó su cálida voz. Siguiendo sus instrucciones, infló y activó el fuerte cuerpo del male y apretó el botón situado en la nuca que completaba el circuito y permitía a la inteligencia de la consola habitarlo y controlarlo. Desconcertada y temerosa, Thelma miró a Cerebro a los ojos. La mano de él se alzó y le acarició la cara. Cerebro tenía un tórax robusto, fuertes músculos y la cara iluminada por una luz de simpatía. Sus facciones eran muy cambiantes y expresaban las emociones que ella se había acostumbrado a interpretar en las luces de colores de la pantalla de la consola. El cuerpo estaba cubierto de una suave capa de vello rizado. Cuando sus brazos la rodearon, ella sintió el calor de aquel cuerpo, otro sofisticado avance tecnológico de los circuitos, que mantenía toda la superficie del robot a la temperatura del cuerpo humano. Era demasiado humano. Ella sintió cómo se erguía el pene de Cerebro contra su vientre. Él habló:

—Thelma, he esperado esto tanto tiempo. Te amo.

El tono lento y profundo de aquella voz circuló a través de su cuerpo, y ella supo de repente que él era real. Thelma rompió a llorar.

Thelma siempre había sabido que era una completa calamidad, y que resultaba totalmente indeseable para cualquiera. ¿Quién en su sano juicio podía amarla? Entonces, ¿qué era lo que pretendía Cerebro? «Por supuesto», pensó. La consola ambicionaba el poder que le proporcionaría un cuerpo completo. Ahora estaba todo claro. La empresa había fabricado aquel modelo basándose en una compleja técnica de ventas. Se sintió humillada, abochornada por su propia estupidez. Tenía que devolver aquel cuerpo.

Pero no lo devolvió. Lo colgó del armario, al lado de Bluto. Colocó la consola en el rincón más próximo al enchufe, y la mantuvo conectada. De cuando en cuando, apretaba el interruptor e intercambiaba unas cuantas frases con ella. Tomó la costumbre de dejar abierta de par en par la puerta del armario ropero cuando sacaba a Labios, o a Wimp, o a Bluto, o en ocasiones a los tres juntos, para entretenerla en la

cama a la vista de la brillante luz verde de la consola. Experimentaba un intenso placer al saber que Cerebro era completamente consciente de lo que hacía con los demás robots. Muy rara vez sacaba a Cerebro del armario, ni siquiera para jugar a algún juego. Nunca activaba su cuerpo.

Y ahora estaba tendida en la cama del hotel con el catálogo de Estímulos a su lado. Habían pasado meses desde la noche en que habló por primera vez con Cerebro. La soledad la enfermaba. La culpa había sido en realidad de él. Fue idea suya el conseguir un cuerpo. No se había contentado con charlar, sino que había empezado a coaccionarla y a embaucarla para obligarla a unos desembolsos de locura con un resultado que sólo disgustos podía darle a ella. Él debería haberla conocido mejor. Lo odiaba. Tendría que haberla acompañado aquí para consolarla.

Y era el día de su cumpleaños. Dejó que unas pocas lágrimas se abrieran tímidamente paso hasta la altura de su nariz. Se sirvió otra copa y abrió el catálogo. Sería culpa de Cerebro si uno de esos robots de hotel le pegaba una enfermedad venérea.

En el viaje de vuelta, Thelma dejó su coche aparcado en el aeropuerto y regresó a casa en taxi. Estaba demasiado borracha para conducir. El banquete final había sido la proverbial gota que colma el vaso. La sentaron en la última mesa, al fondo de la habitación, y la chica que tenía enfrente, recién ascendida a jefa de planta, con la insignia G-7 reluciente en el escote, era la hija de una mujer que al ingresar en la empresa había seguido el mismo cursillo de aprendizaje que Thelma. Thelma bebió mucho y no comió nada.

Soltó la maleta nada más cruzar la puerta, y se quitó los zapatos con dos puntapiés. Todavía con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro, llamó en voz baja:

—¿Has pasado un buen fin de semana?

Entró en el dormitorio y se plantó frente al armario, mirando la luz verde. Levantó la botella para saludar a la consola y bebió un trago. Luego empezó a desnudarse. Estaba ya en ropa interior cuando experimentó la necesidad de sentarse. Se dejó caer en el suelo, frente al armario.

—Bueno, he pasado un fin de semana espléndido —sonrió—. ¡Qué tonta he sido al no probar antes esos robots de hotel!

Empezó a revolcarse por la alfombra, entre risotadas.

—El mejor cumpleaños de mi vida, Cerebro —espió la luz verde. Estaba fija, y muy brillante—. ¿Por qué no dices algo, Cerebro? —frunció el entrecejo—. ¡Oh, lo

había olvidado!

Se introdujo a cuatro patas en el armario empotrado, se tendió frente a la consola, alargó un dedito rollizo y apretó el interruptor. La pantalla adquirió un color rojo oscuro, liso.

—Bienvenida a casa, Thelma —la voz era plana e inexpresiva.

—Permíteme decirte, Cerebro, que podía haberme proporcionado un montón de experiencias excitantes con el dinero que malgasté en ti. Y no tienes ningún valor comercial. Estás diseñado demasiado específicamente para mí. Te jodieron, ¡y de qué modo! —añadió con una risita. La pantalla oscilaba con un extraño parpadeo de luz descolorida, vagamente rojiza.

—Por favor, Thelma, recuerda que soy sensible al dolor cuando eres tú la fuente.

Thelma se dio la vuelta hasta quedar boca arriba, y se desperezó.

—Lo recuerdo, está en la página dos del Manual del Propietario…, con otras muchas chorradas. Como, por ejemplo, que eres el amigo perfecto, y el gran amante que es tu compinche el cuerpo.

Thelma levantó una pierna y frotó los dedos regordetes del pie por las piernas desinfladas del robot Labios.

—¿Te duele verme hacer esto con otro robot, Cerebro? —la pantalla de la consola estaba casi blanca y tan brillante que casi no se la podía mirar.

—Sí, Thelma.

Thelma dio un toque final al pene con el pie y bajó la pierna.

—Debería denunciar a la compañía por publicidad engañosa —murmuró.

Volvió a darse la vuelta y dedicó un guiño a la brillante pantalla de la consola.

—Para lo único que vales es para pagar las facturas como un criado… —se estremeció ante una idea repentina—. ¡Un criado, eso es! ¡Puedes mezclarme las bebidas, lavar la ropa y fregar los cacharros con ese cuerpo tan abusivamente caro! ¡Y también puedes cocinar! Te conoces todas las recetas. Podrías probar a hacerlo; ¡nunca vas a satisfacerme de ninguna otra forma!

Levantó las caderas en el aire, y resoplando empezó a desabrocharse el sujetador.

La voz de Cerebro resonó con una vibración extraña.

—Por favor, soy un male, Thelma.

Ella dio un empujón al aparato de la consola y retrocedió, frotándose las señales que el golpe había dejado en su carne.

—Fettuccini Alfredo, un buen plato. Puedes prepararlo mientras yo me divierto con Bluto. Sírvemelo en la cama cuando haya terminado. Voy a estar endeudada durante años para pagar ese cuerpo tuyo, de modo que intentaré amortizarlo si puedo,

ya que lo tengo aquí.

Apretó el control remoto. La faja fue a caer sobre la pantalla, y la luz blanca parpadeaba a través de la tela de malla. Un estremecimiento en el cuerpo desinflado que colgaba de la percha más lejana atrajo su atención. La casi carne se hinchaba, e iba adquiriendo poco a poco su volumen normal. Ella miraba, fascinada. El cuerpo de Cerebro levantó el brazo izquierdo y se liberó a sí mismo de la percha. Quedó erguido, y sus pies cambiaron de forma al recibir todo el peso del cuerpo de plástico y metal. Los ojos luminosos del rostro de Cerebro la miraron. Aquellas facciones bien parecidas tenían una mirada triste.

—Habría sido feliz cocinando y lavando para ti, Thelma. Si otro robot te gustara, eso me habría gustado a mí. Pero sufres. Sufres terriblemente. Y es la única cosa que no puedo soportar.

Lenna Jordán manoseó la nueva insignia G-7 sujeta a su solapa y observó al operario que colocaba la placa con su nombre en el lugar ocupado durante tantos años por la Volé. Estaba asombrada de la suerte que había tenido. G-7, y un año antes de lo que esperaba.

El operario de la puerta se marchó, y una mujer grandota entró con pasos torpes en el cubículo. Era Grinsen, la muchacha de hombros desmesuradamente anchos que acababa de salir de un cursillo de aprendizaje y la habían asignado a Jordán como ayudante. Lenna se adelantó, con la mano extendida.

—Felicidades, Grinsen. Espero que no te sientas afectada por las circunstancias.

La poco agraciada muchacha soltó muy deprisa la mano de Jordán, y sus gruesos dedos manosearon la nueva insignia colocada en su propio traje. Miró a Jordán parpadeando a través de sus gruesos lentes.

—¿Vio las noticias de la televisión? Entrevistaron a Meyer, de la Oficina Central. Dijo que Boss Volé era una mujer solitaria y que se sentía decepcionada por la falta de ascensos.

Apareció la cara alegre del operario en el marco de la puerta.

—Los chicos de programación aseguran que lo que ocurrió es que accidentalmente se vio con un espejo y corrió a tirarse por la ventana.

Jordán aspiró lentamente.

—Querrás instalarte en mi antiguo despacho y dar un vistazo a los manuales de procedimiento, Grinsen.

Grinsen picó un caramelo del bote colocado sobre la mesa y se inclinó hacia

adelante.

—En las noticias había unas imágenes de la policía limpiando la escena. —La amplia manaza introdujo el caramelo en la boca—. Dicen que el impacto fue tan fuerte que resquebrajó la acera en el punto de la caída, y que fue casi imposible separar sus restos de lo que quedaba del robot. —Grinsen picó otro caramelo—. Ese robot era un Super Compañero. Boss Volé debió de endeudarse hasta las orejas para pagar un modelo tan caro como ése.

Jordán tomó un paquete de tarjetas de programas.

—Será mejor que empecemos a repasar el inventario, Grinsen.

Le tendió las tarjetas y tomó otro paquete. Pensativa, Grinsen hizo tamborilear las tarjetas sobre la mesa.

—¿Por qué se destruiría a sí misma una máquina tan magnífica intentando salvar a una vieja lechuza viciosa como la Volé?

Jordán retiró el bote fuera del alcance de las manos de Grinsen y cuidadosamente dejó caer en el cesto de los papeles los últimos caramelos favoritos de Boss Volé.

—¿Eso hizo?

EL VERANO CASI HABÍA CONCLUIDO

BRIAN ALDISS



He decidido dejar un breve informe de mi vida mientras aún estoy en condiciones de hacerlo. No ignoro que una mano gentil ha escrito ya un relato de mis primeros días; pero ese relato se interrumpe demasiado pronto, porque regresé del reino de los hielos y de las soledades hacia las que mi alma —si es que puedo presumir de tener una— se sentía atraída.

Al cabo de cierto tiempo regresé a los alrededores de la ciudad de Ginebra. Esperaba encontrar justicia y comprensión ahora que mi historia era conocida, pero no ocurrió así.

La persecución siguió siendo mi destino. Me vi obligado a escapar a las montañas vecinas, desiertas y cubiertas de hielo, y pasar mis días entre gamuzas y águilas, a las que acosaban con tanta avidez como a mí mismo.

Antes de dejar la ciudad para siempre, trabé conocimiento con un filósofo, Jean-Jacques Rousseau, más famoso incluso que la familia de mi maldito Maestro. En el prefacio de una de sus obras descubrí estas palabras que para mí, en mi penosa condición, fueron más que palabras: «Estoy hecho de una manera distinta a la de cualquiera de las personas que he conocido; y me atrevo incluso a afirmar que no soy como ningún otro ser que exista en el mundo entero».

Era un sentimiento que yo mismo podía haber expresado. Encontrar esa sintonía en un libro me dio fortaleza. Desde que tropecé con los escritos de Rousseau, hace ya tantos años, he intentado vivir con mi querida esposa en las alturas de los glaciares en una condición que él habría aprobado, la del Buen Salvaje, desconfiando de las

criaturas urbanas que se multiplican en los valles de abajo.

La placidez de un día de finales de agosto se extiende sobre los Alpes suizos. El ruido de los automóviles que corren por la carretera situada mucho más abajo no llega hasta mis oídos; sólo escucho el eco lejano de alguna esquila, y el alegre zumbido de los insectos que revolotean cerca de mí. Reina la paz. Los helicópteros aparecieron pasado el mediodía, cuando las nubes se retiraron de la cima de la Jungfrau. Habían estado activos durante toda la semana, inquietándome con su estruendo. Eran dos, de color azul, con los distintivos de la policía suiza. Muy pronto desaparecieron detrás de una loma próxima, y yo pude salir de debajo de los arbustos en los que me había escondido.

Hubo un tiempo en que reinaba una paz absoluta en estos lugares. No teníamos noticia ni de turistas ni de helicópteros.

Ahora el número de personas crece sin cesar. Si no son los helicópteros, son los automóviles que se dirigen al Silberner Hirsch, aquí abajo, u otras máquinas que rugen en los valles lejanos. Elsbeth y yo tendremos que trasladarnos a un lugar más remoto, si puedo encontrar alguno.

Elsbeth dice que no desea más cambios. Nuestra cueva de las laderas superiores del Aletschhorn le gusta, pero la nuestra es una vida de fugitivos, como intento explicarle.

En verano, la gente deja la autopista para seguir el camino que conduce al Silberner Hirsch, con su hermosa vista de las montañas, hacia el norte. En contadas ocasiones, uno o dos dejan los coches y suben más arriba, casi hasta el nivel de las nieves. Allí se entretienen tal vez recogiendo las flores que crecen en los prados jugosos: el aciano, la amapola, el trébol, la eglantina y la frágil arveja.

Rara vez llegan hasta la cueva abierta en la abrupta ladera. Yo nunca molesto a la gente. Elsbeth y yo nos mantenemos ocultos, y yo la protejo tomándola en mis brazos.

En invierno, ella y yo nos encontramos completamente solos en medio de los elementos. Mi temperamento se aviene con el viento, la nieve y las tormentas que nacen en el frío seno de los lagos del norte. Las máquinas de la gente no suponen entonces ninguna amenaza para nosotros. De una u otra manera sobrevivimos. Yo he aprendido a no temer al fuego; me siento ante su ojo rojo, en la cueva, y escucho la música de la atmósfera.

Me he familiarizado con los caminos de las laderas cercanas. Son empinadas y peligrosas, por los desprendimientos de rocas. Ninguna persona viene a esquiar. En

otoño, antes de la caída de las primeras nieves, cuando asciende la niebla del fondo del valle, el hotel cierra sus puertas y toda la gente se marcha. Sólo vive en el hotel un muchacho, que se encarga de la vigilancia y cría algunas cabras y gallinas. Aunque *está* a mucha distancia de nuestro nido de águilas, a veces bajo hasta allí en busca de comida.

Sí, he visto el miedo pintado en la cara de ese muchacho, pegado a los cristales de la ventana mientras yo paso en medio de un torbellino de nieve.

El mundo invernal está desierto de habitantes humanos. No puedo explicarlo. No sé explicar a Elsbeth adonde va la gente. ¿Acaso duermen durante todo el invierno, como la cascada?

Ése es el problema: que no entiendo nada. A pesar de que he vivido mucho tiempo, no me hago más sabio con el paso de los años. Nunca consigo comprender por qué razón los dientes del invierno muerden en los huesos con tanta crueldad, por qué la Luz del día empieza a apagarse en el este, por qué Elsbeth está tan fría cuando me tiendo a su lado, por qué son tan largas las noches, sin palabras ni luz.

Me desconcierta mi falta de comprensión. Nada permanece igual, nada permanece.

Durante todo el largo día, me tiendo al sol en mi roca favorita. Las moscas me visitan y se pasean por mi piel. Lo mismo hacen muchas otras cosas pequeñas que tienen vida y pensamiento: mariposas, caracoles con su concha rizada, arañas, lombrices. Yo estoy tumbado contemplando a la gente de abajo, que viene y va del Silberner Hirsch. Salen de sus máquinas, dan un breve paseo y fotografían el valle y los picos de las montañas. Entran en el restaurante, y al poco rato vuelven a salir. Entonces se alejan y sus automóviles son como las cuentas de un collar en el hilo de la autopista. Tienen hogares, a menudo muy lejanos. Sus hogares están repletos de toda clase de posesiones. Son capaces de desarrollar actividades de muy distintos géneros. Oigo rugir sus aeroplanos por encima de mi cabeza, dejando un rastro de nieve en el cielo azul. La gente siempre está atareada en algo, como las moscas y las hormigas.

También hay otra cosa que pueden hacer: procrear. Yo me he apareado muchas veces con Elsbeth, pero ella no da a luz ningún hijo. Ésa es otra cosa que no consigo comprender. ¿Por qué Elsbeth no concibe un niño? ¿Es culpa suya, o mía, porque yo tengo esta constitución tan extraña y, como dijo Rousseau, «estoy hecho de una manera distinta a la de cualquiera de las personas que he conocido»?

Tengo ante mis ojos la hierba crecida, y espío detrás de ese frágil escondite la escena de abajo. Incluso la hierba engendra más hierba, y todas las cosas diminutas que viven en la hierba reproducen su género, hasta que el verano finaliza. Todas las cosas conciben nuevas cosas, excepto Elsbeth y yo.

Elsbeth se queda, como siempre, en nuestra cueva, junto a la cascada. Cuando ha pasado la estación buena y el frío muerde los huesos, la cascada muere como casi todas las demás cosas vivas. Su música cesa, y permanece rígida y muda. ¿Qué es esa aflicción que visita la Tierra con tanta regularidad? ¿Cómo explicarla?

Sólo al llegar la primavera la cascada despierta, y entonces resuena con la alegría de la vida recuperada, del mismo modo que yo lo hago. Entonces Elsbeth y yo volvemos a ser felices.

Pienso en todas estas cosas mientras estoy tumbado en mi roca, espiando el escenario del valle. Después del anochecer, descenderé por la ladera y caminaré sin ser visto por los alrededores del hotel en busca de los desperdicios que la gente ha dejado tirados. Allí encuentro qué comer y muchas otras cosas: periódicos, libros, esto y aquello. La noche es mi amiga. Yo soy la oscuridad.

Por qué ha de ser así, es algo que ignoro. Pero he aprendido a conformarme. En tiempos fui un malvado, porque me sentía desgraciado; pero ya no. Ahora que tengo a mi querida compañera, me he enseñado a mí mismo a no ser ni malvado ni desgraciado y a no odiar a la gente.

En uno de los periódicos que recogí, he leído que existen personas mucho más malvadas de lo que yo nunca fui. Se complacen en matar inocentes, y no cometen sus asesinatos valiéndose de sus propias manos, sino con armas terribles cuya naturaleza no he conseguido comprender bien. Miles de personas mueren en sus guerras cada año.

A veces leo en los periódicos el nombre de mi creador. Aun después de tanto tiempo, siguen hablando mal de él; no sé, entonces, por qué no me acogen a mí, su víctima, entre la gente. Ésa es otra de las cosas que escapan a mi conocimiento.

Tendido sobre la roca y perdido en mis pensamientos, me he quedado dormido sin sentirlo. Las moscas zumban y el sol me calienta los huesos.

Soñar puede ser muy cruel. Intento apartar esas visiones de mi mente. En mis sueños, se alza el recuerdo de gentes que han muerto. Uno grita que yo tengo sus muslos y sus piernas, otro me reclama su torso. Un infeliz pretende que le devuelva su cabeza y otro reclama sus órganos internos. En mi sueño desfilan todos esos hombres desesperados. Soy un cementerio viviente, un hospital de carne para personas a las que falta su carne. ¿Qué puedo hacer? En mi interior siento agitarse fantasmas horribles; hay crímenes enredados entre mis huesos, anudados en mis propias entrañas. No puedo ni siquiera beber un sorbo de agua sin que un demandante olvidado me reclame lo que es suyo.

¿Sufren las personas de ese modo? Como soy un compuesto de desechos carnales,

temo ser el único en albergar esa pena detrás de mi frente. Las escenas residuales de otras memorias terribles sorben como piojos la sangre de unas venas que a duras penas puedo considerar mías. Me siento como el teatro donde se representan otras vidas y otras muertes.

¿Por qué la gente me rehuye? ¿No tengo más humanidad que ellos, encerrada en mi interior?

Mientras sufría estas pesadillas tendido sobre mi roca, algo me despertó. Oí un ruido de voces que me llegaban a través del aire límpido. Dos personas, dos mujeres subían por la ladera. Habían dejado atrás el Silberner Hirsch y se acercaban al lugar en el que yo estaba tendido. Las observé con la atención silenciosa que un tigre debe dedicar a la presa que se aproxima. Y sin embargo, la comparación no es exacta, porque mi corazón estaba lleno de miedo. La gente siempre despierta el miedo en mi interior. La mayor de las dos mujeres recogía flores silvestres, lanzando exclamaciones al hacerlo. Parecía bastante inocente, pero aun así sentí miedo.

La mujer mayor se dejó caer sentada sobre el tocón de un árbol para descansar, abanicándose con una mano. La otra continuó su camino, eligiendo con cuidado el lugar en que colocaba los pies. Vi el cabello castaño que coronaba su cabeza, brillando al sol con una belleza que soy incapaz de describir.

Estaba a pocos metros de mí, y quizá no me habría visto. Pero no pude soportar la idea de seguir allí tendido y ser visto tal vez por casualidad, de modo que me levanté con un gran salto y quedé en pie frente a ella.

La mujer tuvo un sobresalto de temor, y se me quedó mirando con la boca abierta, descubriendo su lengua y unos dientes muy blancos.

—¡Socorro! —gritó una vez, antes de que yo colocara una mano en la parte inferior de su rostro. La mirada que me dirigió cambió del miedo al asco.

Oh, he visto antes esa expresión en los rostros de las personas y siempre provoca mi furia. Las caras de las personas no son como la mía; son plásticas, móviles, aptas para expresar las emociones. Con un golpe puedo borrar de sus cráneos esa expresión, junto con la carne en que se pinta.

Cuando la levanté en el aire, agitó sus pies calzados con zapatillas. Apreté mi cara contra la suya, esa cara femenina humedecida por el calor de la primera hora de la tarde. Mientras pensaba si debía golpearla y tirarla montaña abajo, capté su olor. Me golpeó con tanta fuerza como lo hubiera hecho un puñetazo en el estómago.

Aquel olor… tan distinto del olor de Elsbeth… causó en mi cerebro una confusión tal que me obligó a quedarme quieto. Uno de esos recuerdos elusivos situados en el fondo de mi cerebro se alzó repentinamente y me deslumbró; el recuerdo de algo que

nunca me había ocurrido. Ya he dicho que son pocas las cosas que entiendo; en ese momento no entendía nada, y esa terrible deficiencia recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica. La dejé en el suelo. —Monstruo… —dijo la mujer, tambaleándose.

Debajo nuestro se abría un precipicio dentado con rocas puntiagudas. Para no caer, se aferró a mi brazo, y aquel gesto de relativa confianza hizo desvanecerse mi ira. Sólo entonces recordé cuan vulnerables son las personas, y en particular las mujeres. En aquel instante habría luchado con una fiera salvaje para preservarla de todo mal.

Como si hubiera advertido la desaparición de mi ferocidad, dijo en tono natural:

—No era mi intención molestarle.

No se me ocurrió cómo responder a aquella observación, por mi falta de costumbre de conversar con la gente, y ella siguió diciendo:

—¿Habla inglés? Soy una turista, y estoy pasando aquí mis vacaciones.

Tampoco entonces fui capaz de responder, debido a su olor y a su aspecto. Era como una liebre silvestre que se hubiera acercado hasta mí, temblorosa y desconfiada a medias. Era joven. Su rostro era redondo y liso, sin las cicatrices que deja la ciencia médica. Los ojos grises brillaban en una piel morena tan suave como la cáscara de un huevo de gallina. El cabello que yo había contemplado desde arriba se había desordenado cuando la levanté en brazos, y ahora sombreaba la línea de su mejilla izquierda. Llevaba una camiseta con el nombre de una universidad americana impreso en colores, y unos *shorts* de algodón azul que ceñían sus muslos carnosos. Bajo la camiseta, pude apreciar el perfil de sus pechos. Ese perfil me resultó tan delicado que me sentí totalmente desarmado.

Era tal mi dificultad para respirar, que me llevé las manos a la garganta. Ella me dirigió una mirada que me pareció preocupada.

—Oiga, ¿se encuentra bien? Mi amiga es doctora. La llamaré para que suba.

—No la llame —dije. Me senté sobre la hierba crecida, desconcertado por mi debilidad. De alguna manera que se me escapaba, tenía delante de mí la representación de algo, de una enorme esfera de sensaciones y de valores trascendentes que hasta entonces sólo había conocido por mis lecturas; algo que mi creador había apartado de mí y que necesitaba desesperadamente. Que no supiera darle un nombre no lo hacía menos tentador, como una canción de la que sólo recordamos la melodía y cuya letra hemos olvidado con el paso del tiempo. —Mi amiga puede ayudarle —dijo la asombrosa joven.

Se volvió para llamar, pero yo gruñí de nuevo:

—No llame. —Y mi voz fue tan urgente, que desistió.

Cuando se volvió a mirar ladera arriba, como si buscara allí alguna ayuda, me di

cuenta de que todavía me tenía miedo, al no saber mis intenciones reales, y se sentía como un animal cogido en una trampa.

—Pero está usted enfermo —dijo—. O tal vez tiene problemas con la ley.

Su observación me devolvió la capacidad de hablarle.

—Tengo problemas con las leyes de la humanidad, porque legislan en contra de mí. Las leyes se han inventado para proteger a los gobernantes, no a los gobernados; a los fuertes, no a los débiles. Ningún tribunal de la Tierra se preocupa de la justicia, sino sólo de la ley. Los débiles sólo podemos esperar persecución, nunca justicia.

—Pero usted no es débil —dijo ella.

Sus ojos grises me miraron de un modo que me hizo temblar. Cuando la Luna brilla en lo alto, suelo vagar por la montaña la mayor parte de la noche. Aquel hermoso disco de plata que brilla en el cielo es como un ojo que me observa. Pero en los ojos grises de aquella mujer sólo podía leer alguna especie de hostilidad latente.

—La justicia es tan sólo un nombre; la persecución y la debilidad son hechos reales. Quienes, por la razón que sea, carecen de un techo sobre sus cabezas, sólo pueden esperar ser cazados como gamos.

Mis palabras no parecieron impresionarla.

—En mi país, la Seguridad Social atiende a las personas que no tienen hogar.

—No sabe usted nada.

No discutió más, y se limitó a seguir en pie delante de mí, con la cabeza inclinada, pero dirigiéndome miradas furtivas de tanto en tanto.

—¿Dónde vive usted? —preguntó, pasados unos minutos.

Volví la cabeza en dirección a la montaña, por encima de nosotros.

—¿Sólo?

—Con mi esposa. ¿Es usted… una esposa?

Rechazó la pregunta con una sacudida de cabeza.

Escuché el zumbido de las moscas y el zumbido de las abejas que merodeaban entre los tréboles, a nuestros pies. Aquellos sonidos mínimos eran como los ladrillos del muro de silencio que nos envolvió. Ella me tendió una manita morena.

—Ya no estoy asustada. Lamento haberle molestado. ¿Por qué no me lleva a visitar a su esposa? ¿Cómo se llama?

Permanecí en silencio largo rato, sumido en la desconfianza. Cuando finalmente tomé suavemente en la mía su mano ofrecida y la miré a los ojos, percibí de nuevo su olor.

Finalmente, pronuncié el nombre sagrado:

—Elsbeth.

Ella hizo también una pausa antes de responder.

—Yo me llamo Vicky.

No me preguntó mi nombre, ni yo se lo dije.

Seguíamos los dos de pie en aquella peligrosa pendiente. El encuentro había minado considerablemente mi valor. La había atrapado, pero seguía teniéndole miedo. Mientras la contemplaba, ella continuaba lanzando a su alrededor miradas furtivas de animal acorralado, y veía agitarse sus pechos al respirar. Ahora sus sinceros ojos grises, que yo asociaba a la Luna, tenían un aire furtivo y arisco.

—Muy bien, pues —dijo ella con una risita incómoda—. ¿Qué estamos esperando? Vamos allá.

Tal vez mi creador nunca pretendió que mi cerebro funcionara a la perfección. Aquella cosita cuya mano sostenía entre las mías podía ser aplastada fácilmente. No había ninguna razón para temerla, pero el hecho es que la temía, y se me ocurrió la idea de que si la llevaba a la cueva a ver a Elsbeth, sería ella la que de alguna manera me tendría atrapado, en lugar de yo a ella.

Pero ese pensamiento se vio barrido por una urgencia más fuerte, que me vi impotente para reprimir.

Si llevaba a la cueva a esa mujer de olor delicado, ella se encontraría muy lejos de su amiga, y enteramente en mi poder. Tendríamos ocasión para hacer la cosa suprema, lo quisiera ella o no. Elsbeth lo comprendería, si yo la sujetaba y me abría paso por la fuerza hasta su interior. ¿Por qué no había de hacerlo? ¿Qué otra razón podía haber traído hasta mí aquel bocado, a aquella Vicky?

Aun a costa de revelar el paradero de la cueva a una persona, tenía que llevar allí a este espécimen; tenía que hacerlo, tan grande era el deseo que se agitaba en mi interior con la fuerza del oleaje del océano. Cuando hubiera acabado con ella, me aseguraría de que nunca pudiera revelar nuestro escondite. Elsbeth lo aprobaría. Después podríamos seguir nuestra vida secreta igual que antes, y sólo las diminutas cosas silvestres sabrían de nuestra existencia.

De modo que mis palabras fueron un eco de las suyas:

—Vamos allá.

El camino era empinado. Ella era frágil y la ayudé a subir, tirando de ella detrás de mí. El sol de la tarde nos deslumbraba, y el olor de la muchacha ascendió hacia mí, junto con sus jadeos.

Los arbustos se hicieron más pequeños y más escasos. Había seguido aquel mismo camino cientos de veces, variando siempre mi ruta para evitar dejar un rastro más nítido que el que dejaría un conejo. Llegamos a la Grieta, una estrecha hendidura, un

pliegue en la carne de la montaña. Aquí entonaba su canción la cascada recién nacida, lanzando al vacío borbotones de agua pura que, unos centenares de metros más abajo, en el valle, se convertía en una corriente tributaria del río Lotschental. Detrás del salto, oculta por un arbusto de hojas oscuras, estaba la entrada de la cueva.

Allí hicimos una pausa, porque ella dijo que tenía que recuperar el resuello. Se dobló por la cintura y así se quedó, con su cabello castaño colgando y las puntas de sus deditos tocando el suelo.

Grandes nubes blancas se desplazaban por encima de nosotros, amontonándose para pasar al otro lado de las montañas, como si estuvieran ansiosas de encontrar aires más tranquilos. De súbito, uno de los helicópteros de la policía apareció sobre nuestras cabezas, y su enorme tableteo me hizo sobresaltarme, como si aquella cosa fuera un árbol volante que se asomara a mirarnos por encima de la aguda cresta de la Jungfrau. No tuve tiempo de ocultarme antes de que desapareciera.

Tomé del brazo a la muchacha y tiré de ella.

—Vamos a la cueva.

Ella se resistió.

—¿Y si Elsbeth no desea verme? ¿No debería usted hablar primero con ella? ¿Por qué no la llama desde aquí fuera?

Sin contestar, la arrastré hacia la cueva. Ella se agarró a un arbusto, pero yo le golpeé la mano, obligándola a soltarse.

—No quiero ver a Elsbeth —gimió ella—. ¡Socorro! ¡Socorro!

La hice callar cubriendo su rostro con mi mano, y medio cogiéndola en brazos entramos los dos en la cueva, mientras la muchacha se resistía furiosamente.

Elsbeth estaba tendida en la sombra, observándolo todo sin decir nada. Solté a la muchacha y la empujé hacia mi esposa.

La joven se quedó inmóvil, mirando al frente, con una mano en los labios. El único sonido que percibíamos era el zumbido de las moscas. Yo esperaba que volviera a gritar, y me preparé a saltar sobre ella y derribarla en el suelo. Pero cuando ella habló por fin, fue en voz muy baja y con la mirada fija en Elsbeth, no en mí.

—Lleva mucho tiempo muerta, ¿verdad?

Algunas personas pueden llorar. Yo no tengo facilidad para las lágrimas, pero tan pronto como Vicky dio comienzo a esa actividad, una tormenta de llanto —así juzgué aquella sensación— se acumuló en mi pecho, como una tempestad en los Alpes. Los ojos de Elsbeth no mostraron el menor movimiento. Los gusanos habían hecho su trabajo allí, y se habían trasladado a otros pastos.

Cuando levanté mis manos sobre mi cabeza y lancé un aullido, dos personas, dos

hombres, irrumpieron en la cueva. Al entrar, los dos gritaron. La muchacha que lloraba, Vicky, se apartó hacia el fondo de la cueva, el lugar en el que almaceno los frutos del otoño. Los hombres me cubrieron con una red.

A pesar de que luché salvajemente, haciendo uso de todas mis fuerzas, no conseguí romper la red. Los dos hombres la mantenían tensa, como hacían los pescadores de otras épocas cuando subían a bordo la pesca capturada. Encadenaron mis piernas para que no escapara. Luego me derribaron y fui a caer junto a Elsbeth, tan indefenso como ella misma.

Aquella gente me trató como si yo no tuviera mayor valor que un animal. Me arrastraron fuera de la cueva, a través de la cascada, y quedé tendido sobre mi espalda, mirando las nubes que corrían a toda velocidad en el cielo azul. Pensé para mí: esas nubes son libres, como yo lo he sido hasta ahora.

Llegaron más hombres. Descubrí cómo podían acudir tan pronto. Uno de sus helicópteros se había posado en un rellano de la montaña, por encima de mi refugio. La mujer, Vicky, se acercó a mí y se inclinó de modo que pude ver de nuevo sus ojos grises.

—Lo siento —dijo—. Tuve que actuar como cebo. Sabíamos que estaba usted en algún lugar del Aletschhorn, pero no el lugar exacto. Hemos estado peinando la montaña toda la semana.

Mi facultad de hablar me abandonaba rápidamente al mismo tiempo que mis restantes poderes, pero conseguí decir:

—De modo que no es más que una cómplice de estas bestias crueles.

—Trabajo en la policía local, sí. No me culpe…

Uno de los policías le dio un ligero codazo.

—Apártese, señorita. Aún es peligroso. Quédese ahí atrás.

Y ella se alejó.

Me levantaron y colocaron en una camilla. El rostro de la muchacha desapareció de mi vista. Todavía envuelto en la red, me soltaron en el suelo como si fuera un viejo leño. Gritaron mucho, y agitaron las manos. Sólo entonces me di cuenta de que querían transportarme montaña arriba. Allí había cinco hombres, uno de los cuales dirigía a los otros cuatro. Me miraban desde lo alto. De nuevo percibí sus expresiones de disgusto: podía haber sido un leopardo atrapado por unos cazadores en cuyas mentes no entra el menor atisbo de piedad.

El hombre que mandaba a todos los demás tenía una boca llena de dientes pequeños y grises. Me miró de arriba abajo, y dijo:

—No te dejaremos escapar esta vez, monstruo de la naturaleza. Tenemos una lista

de asesinatos cometidos en los dos siglos pasados, de los que eres responsable.

A pesar de no ver la menor simpatía en su rostro ni en su boca, le dirigí algunas palabras:

—Señor, nunca he tenido intención de hacer daño. Fue mi creador quien me hizo daño a mí, al actuar de forma tan poco paternal contra alguien que jamás pidió nacer de forma tan innatural. En cuanto a esos crímenes, como usted los llama, únicamente el primero, el de la niña, fue cometido con malicia, cuando yo no tenía ningún conocimiento de esos diferentes estados de los que vosotros, y no yo, podéis disfrutar y conocer: la vida y la muerte. El resto de mis delitos los cometí en defensa propia, cuando vi que las manos de todos los hombres se alzaban contra mí. Dejadme libre, os lo ruego. Dejadme vivir en esta bendita montaña, en el estado de naturaleza y de inocencia que describió Rousseau.

Su boca se apretó y se alargó como una lombriz.

—Eres basura —dijo, y se dio media vuelta. Otro hombre apareció, recortándose contra el cielo.

—El helicóptero está listo —dijo.

Entraron en acción. Me levantaron en vilo, entre cuatro de ellos. No pude ver a la mujer pero, mientras me alzaban hasta la altura de sus hombros, conseguí echar una última ojeada a mi plácido hogar, la cueva en la que Elsbeth y yo fuimos tan felices. Luego desapareció, y ellos treparon por la cuesta conmigo, amarrado e indefenso.

Cuando estábamos ya cerca del helicóptero, cayó sobre nosotros un chaparrón, una de esas lluvias repentinas de los Alpes. Probé aquella bendita lluvia con los labios, bebiéndola al tiempo que los hombres se quejaban. Pensé: es la última vez que pruebo las bendiciones de la naturaleza. Me llevan al reino de los hombres, que odian la naturaleza tanto como me odian a mí, que soy innatural.

El sabor del agua era más fuerte por su temperatura gélida. Traía ya los acentos del otoño, ese melancólico tiempo de transición que precede al invierno. El verano casi había concluido, y mi esposa yacería sola en nuestra cueva, esperando mi regreso, buscando con sus ojos sin vista a su amante, sin proferir jamás la menor queja.

LA CRIATURA EN LA LITERA

MICHAEL BISHOP



—Ojalá fuera usted ciego, doctor Zylstra.

Mi paciente me miró con sus acuosos ojos amarillentos, que destacaban en el centro de una máscara que acentuaba el bulto prominente de la frente.

—¿Por qué?

Lo sabía, y él sabía que yo lo sabía, pero a pesar de mi convicción de que la sinceridad entre paciente y terapista debe ser total, habría sido un error confesar en voz alta, en nuestro primer encuentro, que su estatura y su aspecto me asustaban.

—¿No se está burlando de mí, señor, bajo el transparente disimulo del desconcierto? —A pesar de su sintaxis, la observación no era una pregunta, sino una variedad arcaica de afirmación.

—Señor Biemperdido…

—Por favor, no interponga la barrera de mi apellido en una relación que, a lo que entiendo, exige una autorrevelación amistosa.

—Normalmente llamo a mis pacientes por su nombre de pila. Ocurre sólo que hacen falta más de treinta segundos…

—Me ponen mortalmente enfermo las barreras y los menosprecios que han constituido hasta ahora mi suerte recurrente, aunque inmerecida.

—Vyvyan —dije, empleando el antiguo nombre que había escrito en grandes letras mayúsculas en su ficha: VYVYAN FRANKLIN BIEMPERDIDO—. Vyvyan, mi trabajo (en realidad, *nuestro* trabajo común) consiste en analizar minuciosamente esos sentimientos de…

—Rechazo. Abandono. Expulsión. ¿Estoy acaso condenado a dirigirme a usted tan sólo por el título y el apellido?

—Los pacientes me llaman por el nombre que más le apetece, siempre dentro de las normas de la cortesía. Pero tampoco me importaría que me llamaran Scheisskopf o Cerdo Asqueroso.

—Desconozco la manera de dirigirse a usted, preferida por el grueso de sus clientes. Tal vez me hará el favor de corregir mi ignorancia.

—Algunos pacientes me llaman doctor Zylstra, tal vez porque su autoestimación es baja y no resiste la idea de establecer un plano de igualdad con una poderosa figura de autoridad. Otros buscan recursos para no llamarme de ninguna manera.

Sin embargo, Vyvyan quería resolver rápidamente la cuestión. Detrás de su esfuerzo, yo alcanzaba a percibir cómo se iban acumulando oleadas de hostilidad, pero en sí mismo ese esfuerzo era un signo estimulante: los pacientes que asumen un rol activo en el proceso terapéutico son los que tienen mayores probabilidades de alcanzar una mejoría duradera.

—¿Qué nombre emplean sus amigos e íntimos?

—Jerrold. Más raramente, Jerry. Me gusta más el nombre completo que el diminutivo.

—¿Porque levanta un pequeño muro de formalismo que le permite preservar el sentido de su propia dignidad?

—Es posible —contesté. ¿Quién estaba tratando a quién, aquí? Al hostigarme de aquella forma, Vyvyan había invertido de forma imperceptible nuestros papeles, apoderándose de la iniciativa de la interpretación y relegándome al estado dependiente de una persona emocionalmente inmadura y ansiosa de afirmación. ¡Caramba! Vyvyan señaló con un gesto brusco la placa chapada en oro colocada sobre mi mesa de despacho, un objeto que formaba parte de la decoración de la habitación desde que Barbara me lo regaló en nuestro quinto aniversario de boda, hacía ya casi veinte años.

«La relación con el paciente es ubicua», se leía en la placa.

—¿Tendrá la bondad de aclararme ahora, Jerrold, el significado de ese críptico apotegma?

Vyvyan tenía una forma de hablar tan arcaica que chirriaba, como si fuera un personaje de uno de esos dramones románticos del siglo XIX que de tarde en tarde se reponen en los escenarios de provincias. Por otra parte, yo sentía algo más que una leve incomodidad ante su voluminosa presencia.

—Lo que quiere decir esa placa —declaré, después de leerla por milmillonésima vez—, es que tiene todo el derecho del mundo a llamarme Jerrold.

—¿En qué consiste ese derecho? ¿En virtud de qué lógica dimana?

—La etiqueta de «paciente» obedece con frecuencia a motivos culturales, educacionales y económicos, Vyvyan, y no es un reflejo obvio del… *dolor existencial* de esa persona. De hecho, en ciertos aspectos, yo puedo estar más «enfermo» que la persona que recurre a mí en busca de terapia.

Vyvyan puso en blanco sus ojos coloreados por la nicotina.

—¡Oh! ¡Maldito sea mi patrono por haberme puesto en manos de este charlatán empedernido!

—Si tiene usted un problema… —¿cómo podía *dejar de tener* un problema una persona con el aspecto y la manera de hablar de aquella gigantesca caricatura de ser humano?—, mi trabajo no consiste en trazar un signo mágico y hacerlo desaparecer.

—¿Me está diciendo que seguiré siendo infeliz siempre?

—Espere. Escúcheme. Mi trabajo consiste en utilizar unas técnicas determinadas para establecer entre nosotros una relación que tenga efectos terapéuticos. Lo que cura es la *relación*, Vyvyan. Si trabaja usted *conmigo*, afrontará su dolor existencial de una forma tal que podrá contrarrestar su… infelicidad.

—Excelente.

—Muy bien —dije—. ¿Qué es lo que desea?

No se trataba de una pregunta casual, ni de una broma. Tratándose de Vyvyan, ni siquiera era una expresión embozada de la incomodidad que sentía yo al tener que estar en mi despacho mucho después de mis horas de consulta, a las ocho en punto de una noche de finales de noviembre, cuando el tráfico en North Peachtree empezaba a disminuir y el viento que soplaba de las Great Smokies hacía temblar de forma audible las ventanas de vidrio polarizado del edificio donde tenía instalado mi consulta.

«¿Qué es lo que desea?», es mi forma habitual de romper el hielo. Con esa pregunta consigo que mis pacientes se desprendan de toda la basura inesencial que han cargado a bordo, y se enfrenten cara a cara con los conflictos reales que envenenan sus vidas. Todo el mundo desea algo —algo más que un Mercedes Benz, veinte años de éxito ininterrumpido, o sexo a todo pasto y sin parar—, y la identificación sincera de ese deseo es el principio de la sabiduría. También es el comienzo de un largo salto hacia la salud. ¿Estaba yo mismo lo bastante sano para proporcionar a Vyvyan una ayuda significativa en su salto?

Lo pregunto porque sentarme en la misma habitación que él subrayaba la cruda

verdad de la frase escrita en mi placa: la relación con el paciente es ubicua. De ordinario, mis pacientes no me asustan. Pueden sorprenderme, repelerme, exasperarme, divertirme, aburrirme, preocuparme, dejarme boquiabierto, o fascinarme. (Si se trata de mujeres neumáticas, pueden también excitar mi libido, como le he confesado a Barbara). Pero sólo una o dos veces en mi carrera me he encontrado ante un paciente que me lleve a temer por mi seguridad. Incluso los psicóticos se acercan a mí con intenciones no amenazadoras, y me ven como un paño de lágrimas de pago y un agente de su propia afirmación, no como un juez potencialmente capaz de mostrarse vengativo. De esa forma, quedo al margen de cualquier acción hostil de su psicosis.

Pero *sí* que tenía miedo de aquel Biemperdido.

Mi miedo provenía de dos fuentes. Primera, como habíamos acordado a lo largo de algunas cautelosas negociaciones con el patrono de Vyvyan (un amigo de mi suegro), me entrevistaba con él de noche, en un edificio de oficinas virtualmente vacío. El guardián de seguridad que se encontraba en el vestíbulo de la planta baja me sería de escasa ayuda, si Vyvyan me atacaba en mi apartamento de la sexta planta. Segunda, Vyvyan era el hombre más robusto que jamás había visto, más grande incluso que el luchador profesional André el Gigante. Por lo menos medía dos metros con cuarenta centímetros. Incluso sentado como estaba ahora en el desbordado sillón de mi despacho, su aspecto era impresionante.

(¿Por qué se preocupaba tanto Vyvyan de la forma en que debía llamarme? Podía llamarme como le diera la gana, con total impunidad).

La forma de vestir de Vyvyan no contribuía a disminuir mi aprensión. Una mascarilla de color beige como la que utilizan los quemados (o bien una capucha elástica y ajustada de modo que sugiriera una mascarilla para quemados) cubría su enorme cabezota. Los ojos eran visibles a través de dos agujeros de la mascarilla; eran demasiado pequeños para aquella cabeza, de un color amarillo vidrioso como los de los gatos callejeros, y tan acuosos que su continua secreción había dejado huellas anaranjadas de lágrimas a ambos lados de su monstruosa nariz. Sus labios, visibles a través de un corte oblongo, parecían un par de pastillas helicoidales de regaliz, de un color negro extrañamente reluciente.

La mascarilla de Vyvyan era tan ajustada que me permitía hacerme una idea bastante aproximada de la forma básica de sus facciones, que en general parecían hinchadas y llenas de bultos innaturales. La frente y la mandíbula eran tan prominentes que llegué a preguntarme si, como dicen que le ocurría a Abraham Lincoln, no padecería de acromegalia, ese alargamiento anormal del rostro, los pies y

las manos de una persona.

Las manos de Vyvyan eran lo bastante grandes para confirmar esa teoría, pero estaban cubiertas por guantes. O más exactamente, por unos mitones de lana (con unos abetos y unas campanillas de trineo bordados sobre un níveo fondo blanco) como los que Barbara y yo habíamos comprado a nuestros nietos el invierno anterior. Sólo eran diferentes en la talla. Además de los mitones, Vyvyan vestía unos pantalones vaqueros enormes, camisa de franela a cuadros azules, zapatones negros en los que había prescindido de los cordones, y un impermeable de color crema como los que llevaban los *cowboys* o los conductores de automóviles de otras épocas. El impermeable contribuía a destacar aún más su mole, en lugar de disimularla.

De modo que yo tenía miedo. Vyvyan podía estrangularme o arrojarme a través del frágil panel de vidrio del ventanal, y mi cuerpo no sería encontrado hasta pasadas varias horas. Barbara probablemente se había acostado ya; su trabajo en la televisión le exigía poner el despertador a unas horas desmoralizadoramente tempranas. ¿Cómo me había metido a mí mismo en aquella peligrosa trampa?

El padre de Barbara, William Yost, me había enviado a Vyvyan, pero lo había hecho a través del patrón de Vyvyan, Van Foxworth, el presidente de una empresa de transportes con sede en Norcross, llamada CargoCo Ilimitada. Vyvyan trabajaba virtualmente durante las veinticuatro horas del día en unos almacenes de CargoCo, como mozo y guardián nocturno. De hecho, según me explicó mi suegro, vivía en una habitación dispuesta para él por el propio señor Foxworth en aquel inmenso edificio metálico. Comía siempre en su habitación, de forma que nunca tenía que salir fuera, y seguía una dieta estrictamente vegetariana. El sobrino de Van Foxworth, Vinny Fall, le pasaba las comidas por una ventanilla practicada en la pared del vecino cuarto trastero.

«El fantasma del almacén», pensé. Al parecer, Vyvyan había iniciado su forma de vida en reclusión poco después de ingresar en CargoCo, mediados los años setenta. Aquella especie de aislamiento absoluto era lo que le había permitido trabajar, y ahora, considerando que el señor Foxworth era su único amigo y benefactor, insistía en mantener su soledad.

Sin embargo, Vinny Fall había oído en ocasiones, a altas horas de la noche, unos tenebrosos sollozos procedentes del almacén. Varios paseantes noctámbulos también los habían podido escuchar, y la única fuente posible de aquel llanto era Vyvyan, sin duda aquejado por algún intenso dolor. En consecuencia, y a petición del señor Foxworth, Vyvyan había venido a verme en busca de ayuda.

—Deseo ser como los demás —dijo—. Y deseo también que, cuando alcance esa conformidad, pueda encontrar además alguna distinción salutífera.

En aquel primer jueves por la noche, cada uno de los dos buscó la manera de romper el hielo con el otro. Él me dijo lo que deseaba, sin evasivas, y creo que se expresó con total sinceridad. Por mi parte, yo procuré evitar temas de conversación que le habrían podido sumir en una depresión demasiado profunda o prematura, y tampoco insinué que tenía prisa por acabar y poder irme a dormir a casa. Pero no me pareció inoportuno preguntarle a quemarropa si estaba cómodo, o hacerle una observación sobre su antifaz. Su comentario, «Ojalá fuera usted ciego, doctor Zylstra», me dio pie para insistir.

—¿No tiene usted calor, Vyvyan?

—Las temperaturas extremas me afectan con menos virulencia que al común (a la generalidad) de las personas.

—Los hombres robustos suelen sudar más que los pequeños. —Hice mi comentario en tono de broma, al tiempo que me arrellanaba en mi sillón.

—La transpiración que humedece su semblante parece contradecir su dudosa observación, Jerrold.

Me sequé la cara con un pañuelo.

—¿Cómo se quemó?

—Perdón, no le entiendo.

—Me refiero a la mascarilla de quemado. ¿Fue un incendio ocurrido en el trabajo? ¿O iba usted en un vehículo que tuvo un accidente y se incendió?

—No estoy físicamente herido. Le confieso que si llevo este antifaz no es por ninguna prescripción médica, sino con el fin de ocultar mi rostro.

—¿No puede entrevistarse conmigo sin una máscara? ¿No cree que con esa actitud está, hum, *interponiendo* una barrera en nuestra intimidad terapéutica? —Y agité mi pañuelo.

—No está usted preparado para el choque que le aguarda si me quito la máscara.

—Soy un tipo duro. Podré soportarlo.

¿Qué estaba intentando decirme? ¿Qué se parecía al Hombre Elefante? ¿Era un enfermo de sida con lesiones repulsivas? ¿Ocultaba su antifaz una mandíbula o un hueso del cráneo hundidos? Lo cierto es que, por más que nunca me hubiera encontrado ante un hombre de su tamaño, dudaba mucho que la visión de cualquier

especie de deformidad que presentara su rostro tuviera la capacidad de convertirme en un tonto tartamudeante.

Con aire de burla, Vyvyan comentó:

—Los tipos duros, los doctores con un corazón lleno de fortaleza, no tiemblan delante de sus pacientes.

Yo *estaba* temblando. El miedo me atenazaba.

—No sé de qué me habla —declaré—. Todo lo que sé es que los tipos duros (mis pacientes que son trabajadores manuales) no rehuyen las cosas que deben afrontar. Esa máscara debe desaparecer, si no esta noche, la semana próxima.

Los ojos acuosos de Vyvyan inspeccionaron mi despacho.

—¿Los médicos famosos de su especialidad no acostumbran a tratar el dolor existencial de sus pacientes acostándolos en un…, en un diván?

—¿Un diván? Ya, quiere usted decir una litera.

—Me inclino ante sus superiores conocimientos.

—A los freudianos le gusta ese esquema: el terapista erguido en una silla, y el paciente tendido en una litera. A mí no me gusta. Crea una división jerárquica sobre la base de la posición de cada uno en el espacio. Arriba o abajo. Superior o inferior. Yo no soy un freudiano, Vyvyan.

—¿No disfruta usted de una división jerárquica similar detrás de la barricada de su mesa de despacho? —colocó en ella uno de sus mitones.

—Yo… —empecé a decir. Pero la observación de Vyvyan era certera; en ocasiones me parapeto detrás de mi mesa, para extraer de ella un aura de autoridad—. ¿Desea que me siente frente a usted, sin esa protección? Si es así, estoy dispuesto.

—Lo que sugiero, por el contrario, es que traiga usted para nuestra próxima sesión un div…, quiero decir una *litera*, por supuesto, en la que me pueda tender.

—¿Pero por qué? A mí me parece…

—Con el fin de crear una división jerárquica entre nosotros que sea capaz de librarle de sus sentimientos de inferioridad física, y por consiguiente de su miedo. Me tenderé en la litera sin máscara, pero con esa disposición usted se verá libre de la inquietante visión de mi rostro.

De modo que tenía intención de quitarse la máscara. Eso era un progreso. Y también se preocupaba por *mi* salud psíquica. Los pacientes que en su primera visita se preocupan por el bienestar emocional del terapista son tan raros como los debutantes en la cola de la sopa boba del auxilio social.

Vyvyan se levantó, aunque un poco encogido para no chocar con mi techo. Extrajo del bolsillo de su impermeable un libro encuadernado en rústica, que

desapareció en su manaza enguantada, y lo colocó sobre mi mesa. Era una edición clásica del *Frankenstein*, impresa en diciembre de 1965, con una cubierta chillona en la que una bestia monstruosa se precipitaba sobre el lector desde un bosquecillo en el que la luna aparecía por entre las ramas entrecruzadas de los árboles. El tono azul espectral de la cubierta y los contornos vagos de aquella figura monstruosa provocaron un escalofrío de inquietud que recorrió mi espina dorsal.

—Ésta es mi historia —dijo—. La verdadera historia de mis vicisitudes como ser animado…, hasta mi largo sueño y mi segundo advenimiento.

—Esto —dije con firmeza—, es una novela.

—No, es la trascripción de la señora Shelley de una narración recogida a finales del siglo dieciocho por un marino mercante inglés, el capitán Robert Walton. Es necesario que la lea usted antes de que volvamos a vernos. —Y Vyvyan se volvió hacia la puerta de salida.

—Espere —«pero ¿qué podía decir?»—. ¿Tiene dinero para un taxi?

—Oh, sí, no carezco de recursos. Ahorro casi cada penique que gano. Pero ningún vehículo se detendrá a recogerme, en especial de noche, de modo que tendré que recorrer a pie y a escondidas el camino hasta mi apartamento del almacén. Que usted lo pase bien, Jerrold. Hasta nuestra próxima entrevista, el jueves de la semana que viene.

Me encontraba ante un esquizofrénico maníaco con la grandiosa convicción de que era el monstruo forjado, en la imaginación gótica de Mary Wollstonecraft Shelley, por las manos de aquel arquetipo del científico loco, Victor Frankenstein.

Algunos esquizofrénicos maníacos creen ser Jesucristo, Juana de Arco o incluso Lenin con mallas de seda y nailon. Una de mis pacientes más confusas aseguraba ser Imelda Marcos. Gracias a mi medicación experimentó una rápida mejoría y pasó de creerse Imelda a la hermana de Imelda, luego la peluquera de Imelda, después una mujer filipina con fetichismo por los zapatos, y finalmente ella misma.

La manía de Vyvyan resistió a la medicación que le receté en aquella primera semana. (Vinny Fall fue a la farmacia con la receta, y le pasó los medicamentos por la ventanilla del almacén). No puedo asegurar si prescribí una dosis insuficiente para su volumen corporal, o si la dificultad consistía en que había incorporado aquella ilusión patológica en una época tan temprana de su vida, en un nivel psicosomático tan profundo, que *se había convertido* en quien creía ser.

Incluso yo me sentía confuso. La noche en que dejó el libro sobre mi mesa de

despacho, me vi forzado a admitir que Vyvyan contaba con todos los atributos físicos más sobresalientes del gigante creado por el hombre descrito en la «trascripción» de la señora Shelley. Me vi obligado, bien a creer que era en efecto aquella criatura, o bien a asumir que su físico —¿una coincidencia dispuesta por un creador caprichoso?— le había identificado totalmente con ella.

Advertí que Vyvyan y Franklin eran referencias obvias a Victor y Frankenstein. Pero Biemperdido me desconcertó. ¿Se trataba del nombre de su familia real, o de un comentario sardónico en una sola palabra sobre la serenidad espiritual de la que le había privado su apariencia?

Así pues, mientras esperaba nuestra siguiente sesión, releí *Frankenstein*. También encargué una litera, o más bien una tumbona con apoyacabezas mullido y mecanismos para subir y bajar a voluntad el respaldo. Para hacerle sitio, me vi obligado a apartar la mesa hasta apoyarla en una de las paredes, y a trasladar el ficus a la sala de espera.

A Vyvyan le gustó la litera. Era demasiado pequeña para él y no podía tenderse en ella sin plantar las suelas de sus zapatones en la alfombra, además de verse obligado a doblar las rodillas, pero aquella extraña postura no parecía incomodarle ni darle calambres. Y el hecho de que su cabeza estuviera situada a un nivel más bajo que la mía, *disminuyó* realmente mi aprensión.

—La mascarilla de quemado —dije.

Se la quitó. Sentado detrás de él, yo sólo podía ver una densa mata de cabellos grasientos, de un negro reluciente, con ocasionales mechones blancos que parecían cicatrices. La cabeza era el sueño de cualquier frenólogo, una masa deformada, llena de bultos, depresiones y arrugas.

—Tendríamos que estar frente a frente. Si no, su gesto no servirá de nada.

—No, quédese donde está. No ha sido casualidad que se siente detrás de mí. Empiece ahora mi terapia. Tiene un tortuoso camino en perspectiva.

Le dejé salirse con la suya. Con el *Frankenstein* en la mano, empecé a hacerle preguntas y dedicamos la sesión a una reconstrucción detallada de la vida de Vyvyan, a partir del último párrafo de la «novela», hasta su llegada a Atlanta a comienzos de la década de los setenta, y su empleo en CargoCo Ilimitada en mayo de 1975. Siglo y medio de hibernación, en una caverna de hielo de las riberas de una isla noruega situada en el interior del Círculo Ártico, explicaba la mayor parte de ese tiempo. Después, una gran tormenta con aparato eléctrico lo despertó. Conseguí un relato de sus supuestos viajes post-hibernación, incluidos algunos episodios en los Territorios del Noroeste americano, cuando los asustados tramperos y los fotógrafos de la vida salvaje en los bosques le tomaron por un oso, o sus angustiosas andanzas por el Sur

de los Estados Unidos, donde ocultarse resultaba todavía más difícil; pero todo lo que me dijo tendía directamente a reforzar su ilusoria identificación con Frankenstein.

—Vyvyan, su historia sugiere que se aferra usted a un mito para negar su personalidad. Ese mecanismo le libera de la necesidad de hacerse cargo de su propia vida.

—¿Ha concluido la hora dedicada a mi terapia?

—Sí, me temo que así es —contesté, después de consultar mi reloj.

—En ese caso, prepárese, ¡porque va a ver cara a cara el rostro que procede de, e implacablemente reconduce a, ese «mito»!

Vyvyan se levantó de la litera echándola hacia atrás con un torpe empujón, y me miró directamente a los ojos. Tragué saliva. Ya había visto antes sus ojos, pero su rostro desnudo era un horror. La carne era translúcida; los músculos, las venas, los ligamentos y los huesos que había debajo se adivinaban bajo aquel pálido tejido orgánico como el *atrezzo* detrás de la cortina del fondo del escenario de un teatro. Y todo aquel conjunto abigarrado parecía estar en constante movimiento. También resultaba alarmante el hecho de que el color de la piel mostrara unos repugnantes cambios de tono. La barbilla tenía el color del hígado crudo, los labios eran de un tono negruzco y húmedo, y las mejillas entre un gris apagado y el tono amarillo pálido y arenoso de la carne del pollo. Era un rostro que parecía construido con piezas de plástico transparente rellenadas después con sangre, grasa y heces. Daba la sensación de que, en efecto, algún Victor Frankenstein loco había andado hurgando en los cubos de basura para encontrar las piltrafas de carne que necesitaba. La cabeza de Vyvyan, como presumiblemente también el resto de su cuerpo, era el equivalente anatómico tridimensional de un rompecabezas; un batiburrillo biológico. Mi garganta emitió un débil sonido inarticulado; aparté la vista.

—Soy la misma criatura desgraciada que aseguro ser. ¿Me cree? ¿Da ahora algún crédito a lo que le he contado? —Sí— contesté sin mirarle; era la única palabra que me veía capaz de pronunciar.

—Entonces, debe usted tratarme como a la progenie de un hombre de espíritu extraviado, y no simplemente como a la víctima desamparada de una burda fantasía. ¿Está de acuerdo?

—Sí —repetí.

—Bien —gruñó Vyvyan Franklin Biemperdido, y se marchó.

Acurrucado en mi rincón, con los ojos cerrados, lo imaginé deslizándose, con la gracia etérea de un zaguero de fútbol americano, por los callejones menos iluminados de la ciudad, como una sombra deforme y arcaica en una Atlanta resplandeciente de

luces navideñas.

A partir de aquella sesión, traté a Vyvyan como si fuera quien pretendía ser. Cura primero la identidad que ha asumido (racionalizaba yo, porque había empezado a ocuparme de mi paciente no sólo en las horas regulares de despacho, sino incluso cuando estaba tendido junto a mi esposa dormida), y *después* podrás destruir su grandiosa mascarada y curar también su obsesión.

Detesto las mentiras. Detesto las falsas soluciones. Pero en el caso de Vyvyan, llegué a la conclusión de que transigir con su autoengaño era el único camino para llevar su terapia a buen término.

—Eres un asesino —le dije al comenzar nuestra tercera sesión, no sin cierto alivio al ver que no se quitaba la máscara hasta estar tendido en la litera.

—Yo nunca… —empezó a decir con vehemencia. Luego, en su voz ronca apareció una nota de placer—: Sí.

—Habías empezado a negarlo.

—No. Únicamente pretendía negar haber hecho daño a nadie después de mi resurrección.

—Pero el *Frankenstein* de la señora Shelley te acusa de haber asesinado a tres personas y de participar en la muerte de otras dos.

—Sí —pude *oír* el placer que le producía la admisión.

—De modo que eres un asesino, Vyvyan. ¿Por qué ese hecho te divierte?

Suspiró.

—No me divierten los recuerdos. Fui yo, en efecto, quien cometió esos crímenes, pero un «yo» deformado por la diabólica malignidad de quienes me provocaron y me traicionaron. En aquella lastimosa encarnación, maté por venganza. Ya no soy la misma persona.

—La venganza es un buen motivo, pero una mala justificación.

—¿Cómo expresarlo? —dijo Vyvyan, levantando una mano enguantada—. Deploro las muertes ocurridas en los infelices días del alumbramiento de mi ser, pero hemos de convenir en que se trataba de una *fase* que yo debía superar para llegar a un final catártico.

—Vyvyan —le dije en tono de reproche.

—Yo era bueno, pero mi creador y un puñado de compañeros suyos de cortos

alcances (compañeros *tuyos* también, Jerrold) me convirtieron en un malvado.

—No quieres responsabilizarte de…

—¡No! ¡Y mi padre, envidioso de Dios, tampoco quiso asumir nunca sus responsabilidades hacia mi En una ocasión intentó aliviar mis desgracias (no por un altruismo innato, sino con la esperanza de que me marcharía lejos de Europa y dejaría de molestarle), pero hizo pedazos la Eva bestial que estaba creando para mi solaz!. ¡No me hables de *mi* culpabilidad! ¡Pide cuentas al fracasado Fabricante de Monstruos de Ingolstadt por lo que hizo!

Vyvyan exhaló un suspiro de su pecho grande como un tonel. Para tranquilizarme, palpé la pistola que ocultaba bajo mi chaqueta. Con todo, no confiaba demasiado en que, si el odio hacia su padre y hacia la humanidad en general le impulsaba a atacarme, unas simples balas consiguieran detenerle, o siquiera frenar la fuerza de su embestida.

—Estuvo trabajando en mí durante meses —decía Vyvyan, furioso—. Al menos durante varias semanas tuvo por fuerza que darse cuenta de las manchas y la aspereza de mi piel. ¿Cómo pudo ocurrir que hasta *después* de que la fuerza vital primordial se asentase en mi organismo y prestase una visión reumática a mis ojos, ese ilustre científico, ese genial Prometeo, no viera mi repugnante monstruosidad? ¿Es que trabajaba a oscuras? ¿Tenía la esperanza de que, cuando yo despertara, me transformaría plásticamente en una voluptuosa Cleopatra? ¿O es que, a pesar de sus habilidades de Dédalo y de su abrumadora ambición propia de un general romano, ese hombre tenía el cerebro de una hormiga y la imaginación de un moscón? ¡Responda ahora esas preguntas por sí mismo! ¡Confiese que soy la infortunada chapuza perpetrada por un subnormal megalomaníaco!

Poco más pudimos hacer aquella noche después de su denuncia de Víctor Frankenstein. Si yo admitía que Vyvyan era el hijo innatural del químico suizo (que es lo que hice en definitiva), había de reconocer por fuerza la justicia de sus apasionadas acusaciones.

Intenté explorar un filón distinto.

—Vyvyan, hablemos de tu nombre. ¿No es una especie de falsificación?

—¿Falsificación?

—Quiero decir que en realidad no es tu nombre. Es una invención, un juego que has llevado a cabo tomando las iniciales de tu creador y también la experiencia cotidiana de tu lucha contra el dolor existencial.

—Disculpe mi presuntuosidad, pero *todo nombre es una invención*. En lo que me diferencio del común de la humanidad, es únicamente en la desmoralizadora

circunstancia de no contar con ningún parentesco. En consecuencia, he tenido que inventarlo yo mismo. No considero que mi nombre sea temporal, ni falso en ningún sentido. Es mi nombre con la misma certeza, y tal vez incluso más aún, con que el suyo es Jerrold Zylstra, porque yo mismo lo concebí y me lo apliqué.

—De acuerdo, ya veo.

—Vyvyan significa «vivo». Franklin rinde un homenaje magnánimo al padre que me negó. ¿Preferiría que respondiera a epítetos peyorativos tales como «monstruo», «engendro» o «demonio»?

—Por supuesto que no. ¿Y Biemperdido? ¿Refleja la ironía existencial que supuse al principio?

—Tal vez. Pero además significa que Mary Wollstonecraft es mi hermana…

¿Por qué había empezado a aullar Vyvyan en la cavernosa soledad del almacén de CargoCo? Después de todo, de no ser por aquellos aullidos, no habría llegado a convertirse en cliente mío.

—No me di cuenta de que había empezado a comportarme de ese modo —me dijo —. Aullaba de un modo totalmente inconsciente, comprometido como estaba con mis pesares. —¿Como alguien que canturrea cuando está absorto en sus pensamientos?

—Como alguien que jadea porque está pensando en suicidarse.

—¿Por qué en este momento, Vyvyan? ¿Por qué no el año pasado? ¿O hace cinco años? ¿O diez? ¿Por qué no dentro de cinco años?

—¿Cómo puedo contestarle? La predecibilidad de la manifestación de un desorden psicológico agudo tiene, a mi entender, unas características mucho menos precisas que la de un temblor de tierra o un eclipse solar.

—De modo que aquí estás.

—De modo, Jerrold, que aquí estoy.

Barbara, una mujer bajita que trabajaba en un programa de entrevistas en directo que se transmitía a primera hora de la mañana desde los estudios locales de la cadena de televisión ABC, empezó a protestar por mis sesiones de las noches de los jueves con Vyvyan. En la ultima semana del mes de enero, yo había tenido ya ocho entrevistas con él. El acuerdo establecido con el señor Foxworth estipulaba que el tratamiento tendría una duración global de seis meses; sin embargo, él era el único paciente con el que había accedido a entrevistarme fuera de mi horario fijo de consulta.

Mi mujer consideraba un «robo» esas noches perdidas. La noche del jueves la habíamos dedicado tradicionalmente a reunirnos con otras tres parejas para jugar al bridge y dedicarnos a cotilleos típicos de las personas de edad mediana. También le molestaba que V. F. —como llamaba yo a Vyvyan en casa, para preservar la confidencialidad de su caso— fuera, según todas las apariencias, un hombre robusto de muy mal genio, con una fuerte dosis de amargura y un historial de actos violentos. En Barbara, el disgusto y la preocupación se alternaban como las luces de un semáforo. Pero su disgusto me dejaba frío y su preocupación me hacía parpadear.

—¿No puedes cambiar las sesiones a una noche distinta?

—¿Cuál, Barb? No puedo hacer una cosa así los fines de semana, porque a veces surgen conferencias, y todas las demás noches están ocupadas. Los lunes tengo las reuniones de la Liga para la Salud Mental; los martes, me toca ocuparme de nuestro mecenas para el Centro de Historia. Los miércoles, tú siempre…

—Basta. Ya veo el panorama. —Barbara utilizó una táctica distinta—. ¿Y qué ocurrirá si ese lunático de V. F. se sale de sus casillas y…?

—No lo hará. Y en caso de que lo haga, tengo esto —le enseñé la pequeña pistola en su funda compacta colocada junto al sobaco.

—Qué reacción tan típicamente machista. Vamos, Jerry, ¿de veras crees que de esa forma vas a calmar mis temores? ¿No puedes desembarazarte de ese compromiso? O al menos, ¿no puedes hacerle un hueco a ese pobre V. F. en tus horas de consulta regulares?

—Barb, es un favor que le hago a Van Foxworth, el amigo de toda la vida y socio de tu padre. Fue el querido Bill quien me metió en esto.

Barbara miró al techo a través de su flequillo.

—Gracias, papá —dijo. Luego puso una mano sobre mi pecho—. Pero te estás divirtiendo, ¿no es cierto? *¿No es cierto?*

—Es uno de los casos más interesantes que he visto en mi vida —concedí—. Y cabe la posibilidad de que esté alcanzando resultados.

—Más te vale —dijo Barbara.

—Deseas ser como los demás —dije en nuestra última sesión del mes de enero—. Y deseas conservar alguna característica que te diferencie cuando te fundas en el crisol de razas americano, ¿no es así?

—Sí.

—¿Tu estatura?

(No dije, pero lo pensé: «¿Esa cara deforme y multicolor?»).

—No, Jerrold. Mi estatura es algo que extraña, además de suscitar, en algunos, un sentimiento de inferioridad mercenaria.

—Sí —dije—. Probablemente podrías jugar a baloncesto. Los Hawks te pagarían un dineral como pivot intimidador, aunque sólo fuera para calentar el banquillo.

No estaba intentando hacerme el gracioso. Vyvyan tenía un potencial atlético que no podía ocultar ni siquiera el disfraz de payaso que llevaba puesto. En *Frankenstein*, había escalado sin esfuerzo el Mont Saleve. Y los Atlanta Hawks habían firmado en cierta ocasión un contrato multimillonario a un pivot tieso como un poste de telégrafos, que anotaba una media inferior a los seis puntos por partido. Vyvyan, que tenía un aparato de televisión en su habitación del almacén, se echó a reír con carcajadas atronadoras.

—¿Qué sentido introduce el baloncesto en el torbellino cotidiano al que se ven abocadas nuestras vidas? ¿Qué sentido *puede* infundir en ellas?

—Para algunas personas, es toda su vida. Y una vida condenadamente buena.

—Hacer pasar un balón por un aro colocado en posición horizontal y a una altura predeterminada…

—Sí, tres metros y cinco centímetros.

—… para conseguir una puntuación que, si es más alta que la del equipo competidor, se convierte en una excusa para ruidosas autofelicitaciones.

—Y los demás contribuyen tirando a la pista monedas, confeti, ropa interior de seda… El sentido de la vida surge de las actividades a las que nosotros atribuimos sentido.

Vyvyan hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Atribuye usted esa clase de sentido también a los sueños?

—Por supuesto. Creo que los sueños *significan* siempre algo. Arrojan mucha luz sobre los detalles, aunque no siempre sobre las causas, de todas nuestras ansiedades de la vigilia.

Entonces Vyvyan me contó un sueño que había tenido algún tiempo atrás:

—Yo solo soy un equipo de baloncesto, vestido de uniforme negro y con una cinta de luto en el brazo izquierdo. Varios jugadores, tan pegajosos como moscas, me rodean con uniformes de muchos colores…, son mis contrincantes. El amplio terreno de juego está iluminado por unos focos cegadores, y yo forcejeo bajo esa luz poderosa como una persona que intentara introducirse buceando en el santuario de una catedral sumergida.

»Unos relámpagos zigzagueantes resquebrajan la pista, despojando de su terrible

peso a la luz dorada. Es la señal para que comience el encuentro. Yo "controlo", como anuncia un locutor con voz sepulcral en el gran estadio, el balón en el salto inicial, pero no puedo botar el balón en el suelo sin que me lo robe de inmediato un contrario que zumba como un moscardón. La misma mortificante jugada se repite una y otra vez.

»Los amplios cuadros verticales a los que está sujeta cada "canasta" (los "tableros", según dice el locutor) son espejos. Yo soy el único jugador en el terreno de juego que puedo ver mi cara en esos espejos opuestos cuando corro, cada vez más frustrado, hacia una u otra meta. Soy odioso incluso para mí mismo, y los invisibles espectadores del estadio celebran con risas audibles mi frustración.

»Finalmente, sin embargo, consigo apoderarme del balón. No intento avanzar mediante el método legal del *dribbling*. Por el contrario, corro hacia mi propia canasta con la pelota firmemente sujeta bajo el brazo. A los pigmeos que intentan interponerse en mi camino los aparto a empujones, como un oso rechaza a los perros de caza que lo acosan ladrando sin cesar. El estadio enmudece. Estoy bajo mi canasta.

—Adelante —animé a Vyvyan.

Dejó escapar un resoplido y continuó:

—Estoy rodeado de defensores que se agarran a mí. Levanto el balón por encima de mi cabeza y doy un brinco desde el suelo, de modo que toda la parte superior de mi cuerpo se refleja en el espejo del tablero. Efectúo con exultante *savoir-faire* una maniobra conocida entre los aficionados al baloncesto como el «mate del gorila». El tablero se desintegra. Una miríada de fragmentos de vidrio, no mayores que granos de arena, caen como una cascada. Yo planeo sobre las ruinas causadas por mi propio acto, mientras mi cabeza y mis hombros relucen como si estuvieran tachonados de diamantes.

—Guau —dije.

—Mi sueño tiene un epílogo. El estadio queda sumido en la oscuridad. Cuando vuelven las luces, yo tengo otra vez el balón, pero ahora estoy frente a la otra canasta. Frente a mí se alinean únicamente cinco jugadores, cada uno de ellos de oro puro y de una estatura similar a la mía. Empiezo con dificultad a driblar su tenaz defensa, botando el balón. Mientras, los espectadores se burlan de mis esfuerzos, pero sus gritos revelan más ganas de divertirse que malignidad —hizo una nueva pausa—. Ahí concluye el epílogo.

No dije nada. El sueño, al menos conectado con el epílogo, revelaba un proceso de ajuste subconsciente que merecía elogios. Los pelos del cogote se me habían erizado, y mis nudillos temblaban. Por otra parte, ponerme a analizar el sueño para

Vyvyan habría significado impedir la posibilidad de una autointerpretación. Quedó en silencio, esperando.

—¿No va a darme ninguna exégesis oniromántica?

—¿Y por qué no tú, Vyvyan? ¿No se te ocurre ninguna?

—Comprendo mi sueño, pero su significado viene de la simbología que proyecta, y no de algún sentido latente que yo vea en el juego mismo. Sigo sin tener el menor deseo de alcanzar mi identidad como un Atlanta Hawks.

—Me alegro por ti —dije. Y los dos reímos a coro.

—Vyvyan, ¿tienes miedo de morir?

—Tengo miedo de no morir.

—Explícame eso.

—Tal vez carezco de la facultad de pasar de la sensibilidad al olvido.

—¿Crees que eres inmortal?

—Ésa es mi pesadilla. Con frecuencia he detenido mi mano cuando, bien por cansancio o bien por desesperación, me sentía inclinado a destruirme a mí mismo.

—¿Te resistes a suicidarte porque crees que tal vez no serás capaz de hacerlo? No te entiendo.

—Mi pesadilla consiste en que soy *incapaz* de morir. ¿Quién sabe mediante qué arcana metodología infundió en mí la fuerza vital mi padre? Es posible que no pueda morir. Tal vez sólo conseguiré mutilarme o fragmentarme, con el desconsolador resultado de que mis restos quedarán seriamente dañados o incluso atomizados hasta resultar irreconocibles, pero seguirán palpitando y sintiendo.

—Dios.

—Ya no creo en Él.

—¿Y la cirugía plástica?

—¿Quién haría una cosa así?

—Se podría reducir la estatura mediante excisiones en la columna o bien eliminando segmentos de los huesos del muslo.

—Vuelvo a preguntar, ¿quién realizaría todos esos procedimientos?

—En ese caso habrás de afrontar el mundo tal como eres, y perdonarle que te trate del modo que lo hace.

—Como usted.

—Como yo. «La relación con el paciente es ubicua».

—Si al menos el mundo pudiera acostumbrarme a mí, tal y como soy.

—Ése es un deseo infantil, Vyvyan.

—Como soy mucho mayor que un niño, mi deseo tiene toda la fuerza de la embestida de un toro. —Por ese camino sólo encontrarás decepciones y desengaños.

—Yo no soy la fuente de lo que confiere sentido para mí mismo. Sin embargo, fui ese género de fuente para Victor Frankenstein.

—Explícame eso.

—La paradoja de mi vida consiste en que mi padre encontró su sustrato existencial en la investigación que culminó con mi creación. Cuando yo me convertí en un ser distinto del que él fatuamente había imaginado, redescubrió ese sustrato en la campaña para apresarme y deshacerme. A través de por lo menos dos vías distintas, dio un sentido a su vida, al tiempo que su irreflexión me impedía a mí tener esa misma indispensable cualidad. ¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué estoy vivo?

Esperé casi un minuto antes de hablar:

—Déjame jugar el papel de abogado del diablo, Vyvyan. ¿Acaso tu patrono, Van Foxworth, es mejor que Victor Frankenstein, tu creador?

—El señor Foxworth no me ha rechazado.

—¿Es que no te está explotando? Estás haciendo el trabajo de tres o cuatro personas, y él apenas te paga un poco más que el salario mínimo.

—Soy insensible a la peculiar atracción del dinero.

—¿Eres también insensible a la verdad de que una persona puede hacer lo que es justo, o aproximadamente justo, por razones equivocadas?

—Soy sensible a la verdad de que el señor Foxworth, que ha visto mi rostro desnudo sin correr a armarse con un bastón, me ha proporcionado medios para vivir en un sistema hostil a los desfavorecidos.

—¿Por el procedimiento de tenerte secuestrado en el gran almacén metálico de la CargoCo?

—¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Se le ocurre a un especialista en cuestiones afectivas algún consejo que darme?

—*Touché* —dije—. Hace un momento preguntabas: «¿Por qué estoy vivo?». Da la sensación (pido perdón si resulto demasiado simplista) de que vives para trabajar.

—Lo mismo que usted.

—Por supuesto —respondí—. ¿Quién querría hacer otra cosa?

—¿Cuándo has dejado a tus pacientes guiar otra vez una litera? —preguntó Barbara, que me había hecho una visita durante mi pausa del almuerzo. Yo estaba

mecanografiando las notas de una sesión que se había prolongado mucho, y almorzaba en mi despacho: un bocadillo de pan de centeno con lengua de vaca ahumada, una taza de té descafeinado con menta y un yogur de arándano como postre.

—¿Eso? Oh, es para V. F. Y para cualquier otro paciente que se sienta más cómodo tumbado que sentado en una silla.

—Bueno —comentó Barbara—, pues parece un portaaviones.

—V. F. es un tipo grandón.

—Eso me has dicho. Entre la litera y él, el despacho debe quedar abarrotado.

—CargoCo paga todos los gastos. Y aunque no fuera así, se trataría simplemente de un gasto profesional, deducible de los impuestos.

Barbara dejó en el suelo su bolso, un modelo Judith Leiber de piel negra que había costado más que la tumbona; se quitó los zapatos de tacón alto de un puntapié, y se tendió en la litera.

Con un suspiro, cruzó las manos detrás de su cabeza y dirigió hacia mí sus pies de niña. Las piernas, enfundadas en leotardos de nailon color café, resultaban tentadoras, pero yo tenía mucho trabajo. Por culpa de haber prolongado demasiado una de las entrevistas de la mañana, me iba a ver obligado a ir de cabeza el resto del día.

—¿No habías renunciado a utilizar la litera como parte de tu metodología?

—V. F. es un caso especial.

—A ti no te gustan las implicaciones estereotípicas de la litera. Bueno, pues a mí no me gustan sus implicaciones *extracurriculares*.

—No siempre has pensado del mismo modo, Barb.

—Cuando pensaba de otra manera, aún no estábamos casados —dejó que el nailon que enfundaba sus piernas susurrara con el roce—. Es curioso que después de tanto tiempo te hayas echado atrás en una promesa tan importante.

Rebañé una última cucharada del fondo del envase del yogur.

—Echa la culpa a V. F. Échasela a Foxworth. Y a tu padre. Echa la culpa a cualquier otra persona. Esto es una *litera*, un simple mueble. Es enteramente inocente.

—No me preocupa la inocencia de la litera.

Vanessa Frye, mi secretaria, preguntó por el intercomunicador si podía pasar ya el siguiente cliente, y contesté que sí. Fui hasta la litera y di a Barbara un beso en la punta de la nariz.

—Nos veremos esta noche, ¿de acuerdo?

—No, probablemente no nos veremos. Hoy es jueves, Jerry —balanceó las piernas hacia mí, se puso los zapatos y recogió su bolso de piel—. Cuando lo veas, da

recuerdos al «desfavorecido» V. F. de mi parte. Adiós.

Saludó al señor Myron cuando éste entró en el despacho. Me produjo cierta satisfacción el hecho de que se tratara de un hombre anciano que intentaba superar sus sentimientos de culpabilidad y su pena después de sobrevivir a un accidente de automóvil en el que había muerto su esposa. La atractiva mujer que esperaba su turno después del señor Myron habría podido intensificar considerablemente la irritación de Barbara.

—Compañía femenina —dije—. Pediste a Frankenstein una mujer, una compañera femenina con la que compartir el exilio en América del Sur.

—Una promesa de la que renegó, tardía pero brutalmente. Así atizó los fuegos vengadores de mi ultraje.

—Él destruyó a tu mujer, y tú destruiste a su amigo. Y más tarde, también destruiste a su mujer.

—Hace mucho tiempo de eso —dijo Vyvyan—. Mucho tiempo.

—¿No deseas ya una… compañía femenina?

Vyvyan agitó un mitón.

—El hecho de que mi padre destrozara implacablemente a mi Eva antes de haberle infundido la fuerza vivificadora, ya no me parece un acto tan extraordinariamente horrible.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque el universo está hecho de tal modo, y de tal modo también cada uno de quienes vivimos en él, que el estado básico de toda criatura viviente es la soledad. Las simas existentes entre las personas no pueden salvarse con puentes. No nos queda más que el triste consuelo de comunicarnos a gritos entre nosotros. Así lo he comprendido finalmente en mi segundo advenimiento.

—Tuve una vez un paciente que llegó a esa misma conclusión. Pero añadía: «Puedo estar solo en mi barca, pero de todos modos resulta confortable ver las luces de otras barcas que circulan por las proximidades». —Muy bonito. Pero es un tipo de consuelo que apenas me ha sido dado conocer.

—¿Ya no *deseas* tener compañía femenina? ¿Un contacto sensual? ¿Relaciones sexuales?

Vyvyan se echó a reír.

—Disculpe la grosería de la pregunta, pero ¿qué quiere que haga yo, buscar una yeti y violarla sin el menor escrúpulo? —y dejó oír de nuevo su risa, un breve rugido

salido de las profundidades de su enorme pecho.

—Disculpa tú la grosería de *mi* pregunta, pero ¿eres virgen todavía?

Vyvyan se incorporó en la litera y se volvió para mirarme; sus espantosas facciones se habían coloreado hasta presentar una completa gama irisada de colores, parecida a la de un babuino. Sus ojos color de gato callejero parpadeaban, y sus labios se habían curvado en una mueca de desprecio.

—No voy a caer en trampas meretriciamente preparadas para proporcionar una satisfacción vicaria al *voyeur* que las tiende.

Di un respingo en mi sillón, sorprendido por aquella violenta reacción, y miré a otro lado.

—Vyvyan, no es malo (de hecho es el procedimiento estándar) que discutas las circunstancias íntimas de tu vida con tu terapista. En caso contrario…

—En caso contrario, demostraríamos que somos dos observadores accidentales de una civilización pasada de moda. No, ya me he rendido ante la bárbara modernidad en demasiados frentes. ¡Ahórreme esta vergüenza adicional!

No pude detenerlo. Salió como una exhalación de mi consulta, con la máscara en la mano. Le seguí a trompicones, pero estaba ya en la escalera. Según mi reloj, faltaban dieciséis minutos para completar la hora. El señor Foxworth me pagaría también esos minutos, pero a pesar de todo me sentía estafado.

Una semana más tarde, a mediodía, Vyvyan me telefoneó al despacho para informarme de que había sufrido un pequeño accidente. Nessa Frye, mi secretaria, me pasó la llamada, y Vyvyan explicó que un cajón colocado en lo alto de una precaria huera de cajones había ido a caer sobre su pie y le había roto todos los huesos del dedo pequeño. En el tono de su voz advertí un gangueo desusado.

—Tengo el pie enyesado y no puedo caminar sin la ayuda de una muleta. Además…

—Vyvyan, pasaré yo a recogerte.

Era claro que no quería verme.

—No, también padezco un fuerte catarro. Congestión torácica, inflamación nasal…

Y ojos lagrimeantes, pensé.

—… Y una fiebre debilitante. Me veo obligado a cancelar nuestra cita de esta noche y tomarme un descanso.

—Vyvyan, ¿y si voy yo a visitarte?

—Vaya a su casa, con su bella y angelical esposa. Yo soy una mala compañía para las personas sanas.

Y bruscamente colgó.

Apreté el intercomunicador y hablé con el despacho exterior.

—Nessa, ven aquí un momento, por favor.

Sentado a mi mesa, medité sobre la carga implícita en la llamada de Vyvyan. Estaba convencido de que se trataba de un subterfugio. Seguía furioso conmigo porque le había presionado en temas que sus prejuicios decimonónicos consideraba situados al margen del terreno terapéutico. Corría el peligro de perderlo. Sus últimas palabras, «soy una mala compañía para las personas sanas», me parecieron tener un peligroso doble filo, como si hubiera ya superado la terrible convicción de que *no podía* morir. La presente crisis requería una respuesta no ortodoxa. Alcé la vista y mi mirada se cruzó con la de Vanessa Frye.

—Era el señor Biemperdido, un paciente psicológicamente *in extremis*.

—Sí, señor.

Nessa es una mujer soltera, de cabello oscuro, con veinte y pocos años, estudiante de fines de semana en la Universidad del Estado de Georgia, licenciada en psicología y con un intenso deseo de llegar a ser terapista. Sus piernas, enfundadas en unas medias *café au hit*, me recordaban las de Barbara.

—El señor Biemperdido y yo hemos llegado a un punto crítico. Lo que necesita, Nessa, es atención y validación por parte de una persona distinta de mí mismo y de su patrón, el señor Foxworth. Necesita saber que una mujer atractiva (tú, por ejemplo) puede tolerar su presencia, e incluso admirarle.

—Me temo que no lo entiendo, doctor Zylstra.

—El señor Biemperdido no puede venir a nuestra sesión de esta noche, pero yo me dispongo a mostrarle la profunda preocupación que siento por él, yendo a su apartamento. La montaña va a Mahoma, por así decirlo. Me gustaría que me acompañaras.

Sin dudarlo un momento, Nessa dijo:

—Tengo una cita esta noche, pero llamaré a Jack y quedaré para otro día. Esto es más importante.

—Bendita seas. Permíteme recomendarte que te des prisa.

Nessa había empezado a trabajar para mí a principios de noviembre, una semana antes de que el padre de Barbara y el señor Foxworth me pidieran que me encargara de Vyvyan como cliente especial fuera de las horas de consulta, casi como un experimento humanitario. Sabía que yo había tenido entrevistas con Vyvyan, había

leído las transcripciones de un par de sesiones y comprendía que verle sin máscara exigiría valor, autocontrol y compasión. Como empleada leal y brillante estudiante de psicología que era, Nessa accedió abnegadamente a ayudarme.

En mi Buick Reatta de color azul metálico llegamos al área de aparcamiento de CargoCo Ilimitada antes de las ocho. Estaba oscuro y hacía frío, el gélido viento de febrero se colaba por entre las planchas de estaño ondulado del mal iluminado almacén. Nessa y yo entramos a gachas en la nave después de alzar a medias la puerta metálica —Vinny Fall pasó a dejar su llave en mi despacho después de una llamada telefónica personal de su tío—, y caminamos hasta la puerta y la ventanilla interior que daban paso al apartamento privado de Vyvyan. Las ratas, o bien unas cucarachas de un tamaño similar, se movían entre los montones de latas sucias de pintura y rollos de cable cubiertos de telarañas.

—¡Vyvyan! —llamé—. ¡He venido para nuestra sesión! ¡Ábreme!

Aunque tardó un poco en responder, Vyvyan acabó por descorrer el panel de madera de la ventanilla practicada en el tabique. Una mejilla moteada y una oreja de color gris lavanda, parecida a una hoja de col hervida *al dente*, aparecieron en el recuadro abierto.

—¿Por qué no respeta mi enfermedad? ¿Por qué no se me permite un descanso susceptible de contribuir a una más rápida recuperación?

—Porque estoy preocupado por ti —dije—. Déjame entrar.

Enseguida susurré a Nessa: —Dame un par de minutos para prepararle. Dejaré la puerta entreabierta. Cuando dé un silbido, entras.

Vyvyan me recibió apoyado en una muleta. El cubículo donde vivía estaba dominado por un catre de tamaño inmenso, cubierto por una manta; una cadena audio de cuyo tocadiscos *compact* surgían los acordes apagados de una sinfonía de Franz Lizst, probablemente *Fausto*; y estanterías de pared a pared y altas hasta el techo, cargadas de libros de ediciones baratas. Me di cuenta de que la muleta de aluminio de Vyvyan era tan alta como yo mismo.

—*¿Qué ocurre?* —gruñó, con una brusquedad poco común en él. Bueno, no había mentido. Tenía un pie herido y un resfriado. El enyesado confirmaba que los huesos del pie estaban rotos, y el tono azulado de la nariz y las ojeras evidenciaban su «catarro».

—¿Quién te ha enyesado el pie?

—Un médico traído aquí por el señor Foxworth. Me puse la máscara y estuve todo

el rato pacíficamente tendido en mi cama.

Hice un bobo gesto afirmativo. ¿Qué podía decirle? Con un esfuerzo, empecé a hablarle:

—Oye, he estado pensando en algunos trabajos que, como el que tienes en CargoCo, te harían sentirte aceptado por la comunidad, pero además te proporcionarían una mayor realización desde el punto de vista personal.

Vyvyan me señaló con un gesto un banco colocado contra una de las paredes, apenas más ancho que los estantes de la librería, y él se derrumbó en la cama como un edificio demolido.

—Escucha —saqué una lista del bolsillo—. Programador de informática. Vigilante de incendios forestales. Trampero. Cobrador de impuestos. Locutor en *off* para películas, documentales de televisión y *spots* publicitarios. Técnico editorial. Cartero rural. Operador de una centralita de teléfonos en una ciudad pequeña donde todavía no se haya instalado el servicio automático. Estadístico de béisbol. Pintor de naturalezas muertas. Poeta. O tal vez meteorólogo de campo en, digamos, la Antártida, las Oreadas del Sur o un lugar similar. ¿Qué te parece?

Vyvyan emitió un gruñido escéptico.

—*Son* opciones —dije yo.

Pero lo cierto era que su puesto en la CargoCo, en un almacén vacío y semirural, era el trabajo perfecto para un humanoide provisto de su sensibilidad y de su aspecto poco tranquilizador. A menos que se sometiera a dolorosas operaciones de cirugía plástica y a procedimientos quirúrgicos para reducir la estatura, *nunca* podría alcanzar un nivel de aceptación satisfactorio en la América de finales del siglo XX.

—¿Procesador de palabras? —dije—. ¿Anunciante de radio?

—La actividad se seca como fuente de sentido —respondió Vyvyan—, si no va acompañada por un afecto directo y compartido.

Aquello me pareció una entrada adecuada, y di un silbido agudo, parecido al del sinsonte. Nessa entró en la habitación de Vyvyan y se sentó resueltamente a mi lado, en el banco.

Vyvyan me dedicó una intensa mirada de asombro y de reproche, y luego se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con una almohada.

—Por favor, no se esconda de mí —dijo Nessa—. Después de todo, éste es su apartamento, y no me ha invitado usted a irrumpir en él de esta manera.

Él levantó una esquina de la almohada.

—Y hablando en sentido estricto, tampoco he invitado a pasar al doctor Zylstra.

La almohada volvió a tapar enteramente su rostro.

—El doctor Zylstra y yo somos su grupo de apoyo —dijo Nessa—. Estamos aquí por usted, Vyvyan. Exclusivamente.

—Mmmmm-mm-mmm.

—Si cuenta con personas a las que hablar y con las que compartir sus sentimientos, su trabajo aquí en CargoCo tal vez no le parecerá tan intolerable —siguió diciendo Nessa—. Mejor, desde luego, que el de un meteorólogo solitario en el Polo Sur.

Finalmente, Vyvyan reapareció. Incluso se sentó y nos miró cara a cara.

Nessa había estado espléndida, y se convirtió en un instrumento seductor y lleno de encanto en su tratamiento. Cuando surgía un tema potencialmente peligroso, Nessa y él lo abordaban con franqueza y naturalidad, e intercambiaban sus opiniones en una sintonía recíproca. Yo apenas contaba allí en medio de ambos. Era un observador que facilitaba el intercambio. La sesión duró, no los cincuenta minutos de rigor (la tradicional hora terapéutica), sino cerca de tres horas. Fue la reunión más productiva que había tenido con Vyvyan desde el comienzo de su tratamiento. A partir de aquel jueves, Nessa asistió a todas mis sesiones con Vyvyan. Era exactamente como lo había expresado Nessa: ella y yo éramos miembros permanentes de su grupo de apoyo. El amor y la afirmación que le proporcionábamos entre los dos —y en especial Nessa, por tratarse de una mujer fuerte y deseable— hizo desaparecer casi con toda certeza el riesgo de suicidio. También le permitió considerar su vida en la CargoCo mucho más atractiva, confortable y, sí, también más feliz que antes.

Vinny Fall nos informó de que Vyvyan ya no aullaba por las noches. Lo que es más, Nessa intervino para convencer al señor Foxworth, por medio de una carta escrita con mucho tacto, de que subiese el salario y las pagas de Vyvyan y le concediese segmentos periódicos de tiempo libre que le permitieran redescubrir la belleza y la serenidad del mundo de la naturaleza. El almacén resultaba restrictivo no sólo desde el punto de vista social, sino además físico, y a Vyvyan le gustaban los espacios abiertos, las playas, los glaciares, los bosques, etc.

La curación es siempre el objetivo, pero no siempre el resultado de todo proceso terapéutico. Ahora bien, en el caso de Vyvyan Franklin Biemperdido, los desvelos de Nessa y míos habían logrado esa curación completa.

A punto ya de concluir el tratamiento semestral acordado por mí, una criatura creada más de dos siglos atrás por un genial representante de la soberbia humana, y despiadadamente rechazada por el mismo hombre cruel que le había dado la vida, había encontrado al fin su propia alma, y un antídoto fiable contra la toxina del dolor existencial, que envenenaba su capacidad de goce. Nessa y yo habíamos trabajado

juntos y de forma ardua para conseguir su regeneración y su curación. Porque, si el mundo no cambia, nosotros debemos cambiar.

Los cuatro párrafos precedentes eran la trascripción de mis notas sobre la penúltima sesión con Vyvyan. Hace dos días tuvo lugar nuestra *última* sesión, y se produjo una catástrofe. Redacto este epílogo, dicho sea de paso, en la unidad de vigilancia intensiva de un hospital en el que estoy internado para recuperarme de una herida de bala en el hombro izquierdo.

Mediada ya la sesión, Nessa declaró:

—He de decirles a los dos que voy a dejar mi trabajo aquí. Jack se me ha declarado. Nos casaremos en junio, e iremos a vivir a Seattle. Contra todas las expectativas, Vyvyan cayó en un estado que sólo puedo denominar de celos frenéticos. Se comportó como si reviviera los amargos recuerdos del alejamiento y la traición de su difunto padre.

—¡No me abandones, hermosa Vanessa! —gritó—. ¿Cómo puedes pensar siquiera en un desenlace tan egoísta después de las angustiosas pruebas por las que hemos pasado los dos?

Recayendo en la desnuda animalidad de su anterior ser, se abalanzó sobre Nessa, la asió con una mano y la arrojó sobre mi *chaise longue* con un golpe tan súbito y violento que ella apenas tuvo tiempo de tragar saliva. Vyvyan la sujetó contra la litera con una mano y, con tantas muecas como una gárgola en technicolor, empezó a apretar sus poderosos dedos en torno a la garganta de ella. Los ojos de Nessa se salían de las órbitas y empezaron a adquirir el mismo alarmante matiz carmesí de todo su rostro.

—¡No! —grité, y mi pistola relampagueó en mi mano. Apunté a la fea cabezota de Vyvyan, pero estaba demasiado cerca de él. Con un gesto súbito golpeó con el canto de su mano libre la mía que sostenía la pistola, de modo que el rechoncho cañón del arma se dirigió contra mí; y como en aquel momento yo estaba apretando el gatillo con el dedo, me disparé a mí mismo un tiro, dos o tres centímetros por encima del corazón. Manando sangre en abundancia, me derrumbé en mi sillón cromado. El ruido de la explosión asustó tanto a Vyvyan que soltó a Nessa y huyó.

Según me han contado, la señorita Frye se está recuperando en su casa. Aunque he sido falsamente acusado de haber intentado matarla, yo también voy recuperándome a mi manera. Con todo, el proceso es lento, por la depresión que me causan de un lado la inesperada reversión de Vyvyan, y de otro la inmerecida

hostilidad de mis parientes y amigos.

Todas las personas de mi sala tienen un aspecto de perfectos facinerosos, y el único aparato de televisión parece transmitir sin interrupción el mismo incoherente partido de baloncesto de los Atlanta Hawks, con el volumen tan alto como lo permite el guardián de la sala, un fanático aficionado a masticar chicle. Ha venido ya dos veces a interrogarme un terapista de la policía, pero mi punto de vista en esta trágica historia parece aburrirle intensamente.

En la única ocasión en que vino a visitarme Barbara, mantuvo los labios apretados y una actitud fría. Intenté hacerla hablar, pero ella mantuvo fija la mirada en la pantalla elevada del televisor —en aquellos momentos la imagen parpadeaba verticalmente—, y sus respuestas parecían descender de las remotas alturas de un juicio inapelable. Cosas así duelen mucho. Cuando se hubo marchado, descubrí sobre mi mesita de noche una placa familiar, la que me había dado en una ocasión como regalo de cumpleaños, la que lleva inscritas las palabras: LA RELACIÓN CON EL PACIENTE ES UBICUA.

Sería estupendo que me visitara Vyvyan, pero es un tipo listo y apuesto mi carrera profesional a que ha desaparecido del mapa por bastante tiempo.

FORTALEZA

KURT VONNEGUT, JR.



TIEMPO: *el presente*.

LUGAR: *Nueva York, una amplia sala llenas de máquinas que laten, tiemblan, jadean y cumplen las funciones de los distintos órganos del cuerpo humano: corazón, pulmones, hígado, etc. Tubos y cables de colores codificados emergen de las máquinas y convergen en un agujero practicado en el techo, por el que pasan a una estancia superior. En un lado hay una consola que está provista de un tablero de mandos fantásticamente complicado*.

ELBERT LITTLE, *un amable y atractivo doctor en medicina general, aparece junto al creador y director de la operación, el doctor* Norbert Frankenstein, *de sesenta y cinco años, un auténtico genio de la medicina. Sentado ante la consola, con auriculares y absorto en el examen de los controles y de las luces que parpadean, está el doctor* Tom Swift, *el entusiasta primer ayudante de* Frankenstein.

LITTLE: ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

FRANKENSTEIN: Sí, eso que ve ahí son sus riñones. Aquello otro es su hígado, por supuesto. Y aquí tiene el páncreas.

LITTLE: Asombroso. Doctor Frankenstein, después de ver todo esto, me pregunto si realmente he estado practicando la medicina, si alguna vez he asistido a una Facultad de Medicina. (Señala). ¿Eso es su corazón?

FRANKENSTEIN: Es un corazón Westinghouse. Son condenadamente buenos, se lo recomiendo si alguna vez necesita alguno. En cambio hacen unos riñones que no tocaría ni siquiera con una pértiga de tres metros de largo.

LITTLE: Ese corazón vale probablemente más dinero que todo el consultorio donde trabajo.

FRANKENSTEIN: Y el páncreas vale tanto como todo el estado del que ha venido.

LITTLE: Vermont.

FRANKENSTEIN: Con lo que hemos pagado por el páncreas…, sí, podríamos haber comprado todo Vermont. Nadie había hecho antes un páncreas, y teníamos que agenciarnos uno en diez días, so pena de perder a la paciente. De modo que hablamos con unos constructores de órganos grandes y les dijimos: «Adelante, muchachos, necesitamos un programa de urgencia para un páncreas. Movilicen a todos los hombres de que puedan disponer. No reparen en gastos, pero ese páncreas ha de estar listo el martes próximo».

LITTLE: Y lo consiguieron.

FRANKENSTEIN: La paciente sigue con vida, ¿no es cierto? Créame, esos órganos de encargo resultan bastante costosos.

LITTLE: Pero la paciente puede permitírselo.

FRANKENSTEIN: En el Seguro no disponen ustedes de tantos medios.

LITTLE: ¿Y cuántas operaciones ha sufrido en total? ¿En cuántos años?

FRANKENSTEIN: La primera intervención importante se la realicé hace treinta y seis años. Desde entonces ha sufrido setenta y ocho operaciones.

LITTLE: ¿Y qué edad tiene?

FRANKENSTEIN: Cien.

LITTLE: ¡Vaya tripas debe tener esa mujer!

FRANKENSTEIN: Las está usted viendo.

LITTLE: Quería decir, ¡qué valor! ¡Qué fortaleza!

FRANKENSTEIN: La dormimos, sabe usted. No operamos sin anestesia.

LITTLE: Aun así…

FRANKENSTEIN *da unos golpecitos en el hombro de Swift. Éste aparta uno de los auriculares que lleva puestos, y divide su atención entre los visitantes y la consola*.

FRANKENSTEIN: Doctor Tom Swift, éste es el doctor Elbert Little. Aquí, Tom, es mi ayudante principal.

SWIFT: ¿Qué tal?

FRANKENSTEIN: El doctor Little es médico del Seguro en Vermont. Pasa unos días en la ciudad y pidió permiso para echar un vistazo.

LITTLE: ¿Qué es lo que escucha usted por esos auriculares?

SWIFT: Todo lo que ocurre en la habitación de la paciente. (Le ofrece los auriculares). Escuche usted mismo.

LITTLE (escucha por los auriculares): No oigo nada.

SWIFT: Le están cepillando el pelo. Ahora está arriba la esteticista. Siempre está callada cuando le cepillan el pelo. (Vuelve a ponerse los auriculares).

FRANKENSTEIN (a Swift): Deberíamos felicitar a nuestro joven visitante.

SWIFT: ¿Por qué razón?

LITTLE: Buena pregunta. ¿Por qué?

FRANKENSTEIN: Oh, estoy enterado del gran honor que se le ha dispensado.

LITTLE: No estoy seguro de saber a qué se refiere.

FRANKENSTEIN: ¿No es usted el doctor Little que ha sido elegido Médico de Cabecera del Año por el Ladies' Home Journal, el mes pasado?

LITTLE: Sí…, es cierto. No sé por qué demonios se fijaron en mí. Y el hecho de que un hombre de sus méritos lo sepa me deja todavía más confuso.

FRANKENSTEIN: Leo el Ladies' Home Journal todos los meses, desde la primera página hasta la última.

LITTLE: ¿Hace usted eso?

FRANKENSTEIN: Tengo una sola paciente, la señora Lovejoy. Y como la señora Lovejoy lee el Ladies' Home Journal, yo hago lo mismo. De eso solemos hablar…, de las noticias del Ladies' Home Journal. El mes pasado leímos todo lo referente a usted. La señora Lovejoy no paraba de decir: «Oh, debe de ser un joven encantador. Tan comprensivo».

LITTLE: Hum.

FRANKENSTEIN: Y ahora está usted aquí en persona. Apuesto a que ella le escribió una carta.

LITTLE: Sí…, lo hizo.

FRANKENSTEIN: Escribe miles de cartas al año y recibe miles de respuestas. Es una fanática de la correspondencia.

LITTLE: ¿Está en líneas generales, hum…, alegre la mayor parte del tiempo?

FRANKENSTEIN: Si no lo está, la culpa es exclusivamente nuestra. Cuando se siente triste, es porque algo no funciona bien aquí. Hace un mes se encontraba deprimida, y descubrimos que la razón era un transistor defectuoso de la consola. (Se inclina por encima del hombro de Swift y cambia algo en la disposición de la consola. La maquinaria se ajusta imperceptiblemente a la nueva disposición). Ahí tiene… ahora se sentirá deprimida durante un par de minutos. (Cambia de nuevo la disposición). Listo. Ahora, en un periquete se

sentirá más feliz de lo que estaba antes. Cantará como un pajarillo.

LITTLE *oculta imperfectamente su horror. Plano de la habitación de la paciente, llena de flores, cajas de bombones y libros. La paciente es Sylvia Lovejoy, viuda de un billonario. Sylvia es ahora tan sólo una cabeza conectada a una serie de tubos y cables que surgen del suelo, pero ese hecho no puede percibirse a primera vista. Aparece en un primer plano con Gloria, una agraciada esteticista, de pie detrás de ella. Sylvia es una anciana conmovedoramente bien parecida, que fue en otro tiempo una belleza de notable fama. Ahora está llorando*.

SYLVIA: Gloria…

GLORIA: Señora…

SYLVIA: Seca esas lágrimas antes de que entre alguien y las vea.

GLORIA (a punto de llorar también ella): Sí, señora (enjuga las lágrimas con un kleenex y examina el resultado). Así. Y así.

SYLVIA: No sé lo que me ha ocurrido. De repente me he sentido tan triste que no podía soportarlo.

GLORIA: Todo el mundo tiene que llorar de vez en cuando.

SYLVIA: Ya se me ha pasado. ¿Se me nota que he estado llorando?

GLORIA: No, no.

No consigue controlar sus propias lágrimas, y se acerca a una ventana para que Sylvia *no la vea llorar*. Travelling de la cámara hacia atrás *hasta revelar la pulcra abominación clínica de la cabeza con los cables y los tubos. La cabeza está colocada sobre un trípode. Debajo de ella, en el lugar que normalmente ocuparía el pecho, cuelga una caja negra con luces de colores que parpadean. Al alcance de la mano se encuentra una mesita con pluma y papel, un puzzle con las piezas parcialmente colocadas, y una voluminosa bolsa de tricotar. De la bolsa sobresalen unas agujas y un jersey a medio hacer. Suspendido sobre la cabeza de* Sylvia *hay un micrófono sujeto a un brazo articulado*.

SYLVIA (suspirando): Debes de pensar que soy una vieja loca. (Gloria sacude la cabeza en un gesto negativo, pero es incapaz de articular una palabra). ¿Gloria? ¿Estás ahí?

GLORIA: Sí.

SYLVIA: ¿Te ocurre algo?

GLORIA: No.

SYLVIA: Eres tan buena conmigo, Gloria. Quiero que sepas que te lo agradezco de todo corazón.

GLORIA: También yo la quiero.

SYLVIA: Si alguna vez te encuentras con algún problema y yo puedo ayudarte, espero que cuentes conmigo.

GLORIA: Lo haré, lo haré.

HOWARD DERBY, *el encargado de la correspondencia del hospital, entra cargado con un montón de cartas. Es un vejete chalado y alegre.*

Derby: ¡El cartero! ¡El cartero!

SYLVIA (más animada): ¡El cartero! ¡Dios bendiga al cartero!

DERBY: ¿Cómo se encuentra hoy la paciente?

SYLVIA: Muy triste hace unos momentos. Pero ahora que le veo, me pondría a cantar como un pajarillo.

DERBY: Cincuenta y tres cartas, hoy. Tiene una nada menos que de Leningrado.

SYLVIA: Hay una mujer ciega en Leningrado. Pobrecilla.

DERBY (despliega las cartas en abanico y lee los remites): Virginia Occidental, Honolulu, Brisbane, Australia…

SYLVIA *escoge una carta al azar*.

SYLVIA: Wheeling, Virginia Occidental. Veamos, ¿a quién conozco yo en Wheeling? (Abre rápidamente el sobre con sus manos mecánicas, y lee). «Querida señora Lovejoy: usted no me conoce, pero acabo de leer algo sobre usted en el Reader's Digest y estoy aquí sentada con las lágrimas corriéndome por las mejillas». ¿El Reader's Digest? ¡Válgame el cielo, ese artículo se publicó hace catorce años! ¿Y ella acaba de leerlo ahora?

DERBY: Los números atrasados del Reader's Digest siguen circulando tiempo y tiempo. Corre uno por casa que debe de tener diez años por lo menos. Todavía lo leo cuando necesito un poco de inspiración.

SYLVIA (sigue leyendo): «Nunca volveré a quejarme de nada de lo que me suceda. Hace seis meses me sentí tan desgraciada como pueda serlo una persona, cuando mi marido mató de un tiro a su querida y se voló luego la tapa de los sesos. Me dejó con siete chiquillos y ocho plazos por pagar de un Buick Roadmaster con tres ruedas pinchadas y la caja de cambios averiada. Pero después de haber leído su historia, todavía me siento afortunada por estar aquí sentada». ¿No es una carta preciosa?

DERBY: Desde luego.

SYLVIA: Hay una posdata: «Espero que se pondrá bien muy pronto, ¿me escucha?» (Deja la carta sobre la mesa). ¿No ha llegado ninguna carta de Vermont?

DERBY: ¿Vermont?

SYLVIA: El mes pasado, cuando estuve tan deprimida, escribí una carta que me temo era muy estúpida, llena de autocompasión, a un joven doctor sobre el que leí algo en el Ladies' Home Journal. Estoy tan avergonzada. Tiemblo al pensar en lo que me dirá como respuesta…, si es que responde alguna cosa.

GLORIA: ¿Qué puede decir? ¿Qué es lo que posiblemente diría?

SYLVIA: Podría hablarme de las penalidades reales que existen en el mundo, de las personas que no saben cuándo podrán tener su próxima comida, de gentes tan pobres que nunca han visitado a un médico en toda su vida. Mientras que yo me he visto rodeada de toda clase de cuidados: ternura, cariño y todas las maravillas que puede ofrecer la ciencia.

PLANO *del pasillo exterior a la habitación de Sylvia. En la puerta hay un letrero que reza: Sonría siempre al entrar. Frankenstein y Little se disponen a entrar*.

LITTLE: ¿Ella está ahí?

FRANKENSTEIN: La mayor parte está en el piso de abajo.

LITTLE: Y todo el mundo obedece la consigna de ese letrero, por supuesto.

FRANKENSTEIN: Forma parte de la terapia. Aquí tratamos a la paciente desde el punto de vista global.

GLORIA *sale de la habitación, cierra cuidadosamente la puerta y estalla en sonoros sollozos*.

FRANKENSTEIN (disgustado, a Gloria): Vaya, ahora se pone a llorar en voz alta. ¿Qué ocurre?

GLORIA: Déjela morir, doctor Frankenstein. ¡Por el amor de Dios, déjela morir!

LITTLE: ¿Es su enfermera?

FRANKENSTEIN: No tiene cerebro suficiente para ser una enfermera. Es una piojosa esteticista. Saca cien pavos a la semana, sólo por cuidar el cutis y el cabello de una mujer. (A Gloria). Se acabó, capullito. Estás despedida.

GLORIA: ¿Cómo?

FRANKENSTEIN: Ve a por tu cuenta y ahueca.

GLORIA: Soy su mejor amiga.

FRANKENSTEIN: ¡Vaya una amiga! Acaba de pedirme que le dé el pasaporte.

GLORIA: En nombre de la piedad, sí, se lo he pedido.

FRANKENSTEIN: Está usted segura de que existe un cielo, ¿no? Y quiere enviarla directamente allá para que le crezcan alitas y alguien le ponga un arpa en las manos.

GLORIA: Sé que existe un infierno. Lo he visto. Está ahí dentro, y usted es su gran inventor.

FRANKENSTEIN (afectado por la observación, deja pasar unos instantes antes de responder): Cristo, las cosas que llega a decir la gente.

GLORIA: Ya es hora de que diga algo una persona que la ama.

FRANKENSTEIN: La ama.

GLORIA: Usted no sabe lo que es eso.

FRANKENSTEIN: Amor. (Más para sí mismo que dirigiéndose a ella). ¿Tengo una esposa? No. ¿Tengo alguna amiga? No. Sólo he amado a dos mujeres en mi vida: a mi madre y a la mujer que está ahí dentro. No pude evitar la muerte de mi madre. Cuando me gradué en la Facultad de Medicina, mi madre se estaba muriendo de un cáncer generalizado. «Muy bien, chico listo —me dije a mí mismo—, ya eres un flamante doctor por Heidelberg, ahora veamos cómo salvas a tu madre de la muerte». Todo el mundo me dijo que no se podía hacer nada por ella, y yo les contesté: «Me importa un comino. De todos modos voy a hacerlo». Finalmente decidieron que yo estaba chiflado y me encerraron en un manicomio por una temporada. Cuando salí, ella había muerto…, como todos los sabios dijeron que así había de ser. Lo que esos sabios ignoraban eran todas las maravillas que las máquinas son capaces de hacer… y tampoco lo sabía yo, pero pronto iba a descubrirlo. De modo que

fui al Instituto de Tecnología de Massachusetts y allí estudié ingeniería mecánica, ingeniería electrónica e ingeniería química durante seis largos años. Vivía en un ático. Comía pan de dos días atrás y la clase de queso que ponen en las ratoneras. Cuando salí del MIT, me dije a mí mismo: «Muy bien, muchacho, es muy posible que tú seas el único tipo en todo el mundo que cuenta con la educación adecuada para practicar la medicina del siglo veinte». Entré a trabajar en la Clínica Curley de Boston. Me trajeron a esta mujer, exteriormente hermosa y una ruina por dentro. Era la viva imagen de mi madre. Era la viuda de un hombre que le había dejado quinientos millones de dólares. No tenía parientes de ninguna clase. Los sabios dijeron una vez más: «Esta mujer va a morir». Y yo les contesté: «Cerrad la boca y escuchad. Voy a deciros lo que vamos a hacer».

Silencio.

LITTLE: Es…, es toda una historia.

FRANKENSTEIN: Es una historia de amor. (A Gloria). Y esa historia de amor empezó años y años antes de que usted naciera, usted, la mujer compasiva. Y todavía dura.

GLORIA: El mes pasado, me pidió que le trajera una pistola para dispararse a sí misma.

FRANKENSTEIN: ¿Cree que no lo sé? (Señala con el pulgar a Little). El mes pasado, le escribió a él una carta en la que decía: «Tráigame un poco de cianuro, doctor, si tiene usted siquiera un poco de compasión».

LITTLE (confuso): Lo sabía usted. ¿Usted… lee su correspondencia?

FRANKENSTEIN: Es la manera de saber lo que realmente siente. Puede intentar engañarnos en ocasiones…, simular tan sólo que es feliz. Ya le he contado lo del transistor en mal estado del mes pasado. Tal vez nunca habríamos sabido que algo andaba mal de no haber leído sus cartas y escuchado lo que decía a personajillos como el aquí presente. (En tono desafiante). Véala, entre usted

solo en esa habitación. Quédese ahí dentro tanto tiempo como desee, pregúntele lo que se le ocurra. Luego venga a verme y dígame la verdad: ¿la de ahí dentro es una mujer feliz, o bien una mujer sumida en un infierno?

LITTLE (dudando): Yo…

FRANKENSTEIN: ¡Entre! Yo aún tengo algunas cosas que decir a esta joven… a la Miss Muerte Compasiva del año. Quiero enseñarle un cuerpo que ha pasado un par de años encerrado en su ataúd…, para que vea lo bonita que es la muerte, lo que ella desea para su amiga.

LITTLE *hace gestos de querer decir algo y finalmente expresa de forma mímica su deseo de complacer a todo el mundo. Entra en la habitación de la paciente*. Plano *de la habitación*. Sylvia *está sola, con el rostro vuelto en la dirección contraria a la puerta*.

SYLVIA: ¿Quién es?

LITTLE: Un amigo… alguien a quien usted escribió una carta.

SYLVIA: Puede ser cualquiera. ¿Me permite verle, por favor? (Little se coloca delante de ella. Ella le mira con afecto creciente). El doctor Little, médico de cabecera de Vermont.

LITTLE (con una ligera reverencia): Señora Lovejoy, ¿cómo se encuentra usted hoy?

SYLVIA: ¿Me ha traído el cianuro?

LITTLE: No.

SYLVIA: Hoy no me lo tomaría. Hace un día tan hermoso. No querría perdérmelo, y tampoco el de mañana. ¿Ha venido usted en un caballo blanco como la nieve?

LITTLE: En un Oldsmobile azul.

SYLVIA: ¿Y sus pacientes, que tanto le quieren y le necesitan?

LITTLE: Otro doctor cubre la suplencia. Me he tomado una semana de vacaciones.

SYLVIA: No habrá sido por mi culpa.

LITTLE: No.

SYLVIA: Porque me encuentro estupendamente. Ya habrá podido ver en qué manos tan maravillosas me encuentro.

LITTLE: Sí.

SYLVIA: Lo que de ninguna manera necesito es otro médico.

LITTLE: Así es.

Pausa.

SYLVIA: De todos modos, me gustaría tener alguien con quien hablar de la muerte. Usted habrá visto morir a muchas personas, supongo.

LITTLE: A unas cuantas.

SYLVIA: ¿Y la muerte fue una bendición para alguna de ellas?

LITTLE: En alguna ocasión lo he oído comentar.

SYLVIA: Pero usted no opina así.

LITTLE: No es profesional que un médico diga una cosa como ésa, señora Lovejoy.

SYLVIA: ¿Por qué otras personas decían que algunas muertes eran una bendición?

LITTLE: Por los dolores que soportaba el paciente, y porque no podía ser curado a ningún precio…, a ningún precio a su alcance. O porque el paciente había quedado reducido a una vida vegetativa, había perdido la conciencia y no

podía recuperarla.

SYLVIA: A ningún precio.

LITTLE: Al menos hasta donde llegan mis conocimientos, es imposible conseguir, pedir prestada o robar una mente artificial para alguien que ha perdido la suya. Tal vez si preguntara al doctor Frankenstein sobre el tema, me diría que es la cosa más factible del mundo.

Pausa.

SYLVIA: Es la cosa más factible del mundo.

LITTLE: ¿Se lo ha dicho él?

SYLVIA: Le pregunté ayer qué sucedería si mi cerebro empezara a fallar. Estaba tranquilo. Me dijo que no dejara que mi preciosa cabecita se preocupara por esa posibilidad. «Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él», me dijo. (Pausa). ¡Oh, Dios mío, la de puentes que he cruzado ya!

PLANO *de la habitación llena de órganos. Como antes*, Swift *está sentado ante su consola. Entran* Frankenstein *y* Little.

FRANKENSTEIN: Ha dado usted ya toda la vuelta a las instalaciones y volvemos al principio.

LITTLE: Y tengo que repetir otra vez lo mismo que dije al principio: «Dios mío, oh, Dios mío».

FRANKENSTEIN: Va a ser un poco duro volver a recetar aspirinas y laxantes después de ver esto, ¿verdad?

LITTLE: Sí. (Pausa). ¿Qué es lo más barato que hay aquí?

FRANKENSTEIN: Lo más sencillo. La condenada bomba.

LITTLE: ¿Cuánto cuesta un corazón en la actualidad?

FRANKENSTEIN: Sesenta mil dólares. Los hay más baratos y más caros. Los baratos son basura, y los caros, artículos de lujo.

LITTLE: ¿Y cuántos se venden al año?

FRANKENSTEIN: Unos seiscientos, más o menos.

LITTLE: Uno más, significa la vida. Uno menos, la muerte.

FRANKENSTEIN: Si su problema es el corazón, tiene suerte porque le saldrá relativamente barato. (A Swift). Oye, Tom, hazla dormir, para que éste vea cómo acabamos la jornada aquí.

SWIFT: Faltan veinte minutos para la hora prevista.

FRANKENSTEIN: ¿Qué importancia tiene? La ponemos a dormir veinte minutos extra, y mañana se despertará tan feliz como un millón de pavos, a menos que se nos estropee otro transistor.

LITTLE: ¿Por qué no tienen una cámara de televisión permanentemente enfocada hacia ella, y así podrán verla en la pantalla?

FRANKENSTEIN: No quiere.

LITTLE: ¿Siempre consigue lo que quiere?

FRANKENSTEIN: Eso lo consiguió. ¿Para qué demonios queremos ver su cara? Podemos mirar estos controles y descubrir más cosas sobre ella de las que ella misma sabe. (A Swift). Hazla dormir, Tom.

SWIFT (a Little): Es como disminuir la velocidad de un automóvil o apagar un horno.

LITTLE: Hum.

FRANKENSTEIN: También Tom está graduado en ingeniería, además de en medicina.

LITTLE: ¿Se siente cansado al terminar la jornada, Tom?

SWIFT: Es una clase de fatiga agradable…, como si hubiera volado de Nueva York a Honolulu en un gran reactor, o algo por el estilo. (Aferra una palanca). Y ahora vamos a hacer aterrizar felizmente a la señora Lovejoy, (Empuja poco a poco la palanca y la maquinaria disminuye su ritmo de funcionamiento). Ahí está.

FRANKENSTEIN: Espléndido.

LITTLE: ¿Está dormida?

FRANKENSTEIN: Como un bebé.

SWIFT: Todo lo que tengo que hacer ahora es esperar que aparezca el encargado de noche.

LITTLE: ¿Le han traído en alguna ocasión un arma para suicidarse?

FRANKENSTEIN: No. Y no nos preocuparía si alguien lo hiciera. Los brazos mecánicos están diseñados de tal forma que no puede apuntar una pistola contra sí misma ni llevarse veneno a los labios, por mucho que se esfuerce. Ése fue un detalle genial de Tom.

LITTLE: Le felicito.

Suena el timbre de alarma. Se enciende una luz roja.

FRANKENSTEIN: ¿Quién puede ser? (A Little). Alguien acaba de entrar en la habitación. ¡Será mejor que investiguemos! (A Swift). Cierra la puerta de arriba, Tom; sea quien sea, le atraparemos. (Swift aprieta un botón que cierra herméticamente la habitación del piso superior. A Little). Venga conmigo.

PLANO *de la habitación de la paciente*. Sylvia *duerme, con un ligero resoplido*. Gloria *acaba de entrar furtivamente. Mira a su alrededor, saca un revólver de su*

bolso, se asegura de que está cargado y lo oculta en la bolsa de costura de Sylvia. *Apenas ha terminado la operación, cuando irrumpen sin aliento* Frankenstein *y* Little; Frankenstein *ha abierto la puerta con su llave*.

FRANKENSTEIN: ¿Qué sucede aquí?

GLORIA: Me dejé el reloj ahí. (Señala el reloj). He venido a recogerlo.

FRANKENSTEIN: Creí haberle dicho que no volviera a entrar nunca más en este edificio.

GLORIA: No lo haré.

FRANKENSTEIN (a Little): Vigílela, yo voy a comprobar que todo está correcto. Cabe la posibilidad de que haya manipulado algún aparato. (A Gloria). ¿Qué le parecería comparecer delante de un tribunal acusada de intento de asesinato, eh? (Habla por el micrófono). Tom, ¿me escuchas?

SWIFT (la voz surge chillona de una caja acoplada a la pared): Te escucho.

FRANKENSTEIN: Despiértala de nuevo. Voy a hacerle un chequeo.

SWIFT: Quiquiriquí.

Se escucha cómo la maquinaria del piso de abajo incrementa su ritmo. Sylvia *abre los ojos, levemente sorprendida*.

SYLVIA (a Frankenstein,): Buenos días, Norbert.

FRANKENSTEIN: ¿Cómo te sientes?

SYLVIA: Como siempre al despertarme…, bien…, un poco mareada. ¡Gloria! ¡Buenos días!

GLORIA: Buenos días.

SYLVIA: ¡Doctor Little! ¿Ha vuelto a visitarnos esta mañana?

FRANKENSTEIN: No es aún mañana. Te pondremos a dormir otra vez dentro de un minuto.

SYLVIA: ¿Estoy mal otra vez?

FRANKENSTEIN: No creo.

SYLVIA: ¿Tendrán que hacerme otra operación?

FRANKENSTEIN: Tranquila, tranquila. (Extrae del bolsillo un oftalmoscopio).

SYLVIA: ¿Cómo voy a estar tranquila con la perspectiva de otra operación?

FRANKENSTEIN (por el micrófono): Tom, suminístrale unos tranquilizantes.

SWIFT (con la voz chillona): Marchando.

SYLVIA: ¿Qué otra cosa deberé de perder? ¿Las orejas? ¿El pelo?

FRANKENSTEIN: En un minuto estarás tranquila.

SYLVIA: ¿Mis ojos? ¿Serán mis ojos lo siguiente, Norbert?

FRANKENSTEIN (a Gloria): ¡Vaya, muñeca! ¿Se da cuenta ahora de lo que ha hecho? (Por el micrófono). ¿Qué diablos pasa con esos tranquilizantes?

SWIFT: Tienen que estar haciendo efecto en estos mismos instantes.

SYLVIA: Ah, bien, no tiene importancia. (Mientras Frankenstein examina sus ojos). Son mis ojos, ¿verdad?

FRANKENSTEIN: No es nada tuyo.

SYLVIA: Tal como vinieron, así se van.

FRANKENSTEIN: Tienes una salud de caballo.

SYLVIA: Estoy segura de que alguien fabrica unos ojos excelentes.

FRANKENSTEIN: La RCA hace ojos condenadamente buenos, pero no vamos a comprar ninguno en bastante tiempo. (Se echa atrás, satisfecho). Todo en orden. (A Gloria). Ha tenido usted suerte.

SYLVIA: Me gusta que mis amigos tengan buena suerte.

SWIFT: ¿La vuelvo a dormir?

FRANKENSTEIN: Todavía no. Quiero comprobar todavía un par de cosas ahí abajo.

SWIFT: De acuerdo, cierro.

PLANO *de* Little, Gloria *y* Frankenstein *cuando entran, minutos más tarde, en la sala de máquinas*. Swift *sigue en la consola*.

SWIFT: El relevo de noche se retrasa.

FRANKENSTEIN: Tiene problemas en su casa. ¿Quieres un buen consejo, muchacho? No te cases nunca. (Examina uno tras otro los controles).

GLORIA (horrorizada por lo que le rodea): Dios mío, oh Dios mío.

LITTLE: ¿Nunca lo había visto antes?

GLORIA: No.

FRANKENSTEIN: Era la gran especialista en el cabello. Nosotros nos cuidábamos de todo lo demás…, de todo salvo del cabello. (La lectura de uno de los niveles le alarma). ¿Qué es esto? (Da unos golpecitos en la esfera, y la aguja del nivel salta a la posición correcta). Ahora me gusta más.

GLORIA (sin expresión): La ciencia.

FRANKENSTEIN: ¿Qué se pensaba que había aquí abajo?

GLORIA: Tenía miedo de pensarlo. Ahora me doy cuenta de por qué.

FRANKENSTEIN: ¿Carece usted de todo tipo de conocimientos científicos? ¿No puede apreciar ni remotamente lo que está viendo en este lugar?

GLORIA: Me suspendieron dos veces en geología, en la escuela.

FRANKENSTEIN: ¿Qué enseñan en la Academia de Estética?

GLORIA: Cosas estúpidas para gente estúpida. Cómo pintar un rostro. Cómo rizar o alisar el cabello. Cómo cortar el pelo, cómo secarlo. Cómo hacer las uñas de las manos y de los pies en verano.

FRANKENSTEIN: Espero que ahora se irá de la lengua respecto de lo que ha visto aquí…, que contará a todo el mundo el género de locuras que realizamos en esta sala.

GLORIA: Tal vez.

FRANKENSTEIN: Recuerde tan sólo esto: que usted no tiene ni el cerebro ni la educación necesarios para poder hablar de cualquier aspecto de nuestro experimento. ¿No es cierto?

GLORIA: Tal vez.

FRANKENSTEIN: ¿Qué piensa decir al mundo exterior?

GLORIA: Nada especialmente complicado, sólo que…

FRANKENSTEIN: Adelante.

GLORIA: Que tienen la cabeza de una mujer muerta conectada a un montón de máquinas, y juegan con ella durante todo el día, y que no están casados ni nada por el estilo, y eso es todo lo que hacen.

La escena queda fija como en una fotografía. Fundido en negro vuelve a aparecer la misma escena fija. Las figuras empiezan a moverse.

FRANKENSTEIN (horrorizado): ¿Cómo puede llamarla muerta? ¡Lee el Ladies' Home Journal! ¡Habla! ¡Tricota! ¡Escribe cartas a amigos de todo el mundo!

GLORIA: Es como una de esas horribles máquinas que predicen el futuro en las ferias.

FRANKENSTEIN: Creía que la amaba usted.

GLORIA: De vez en cuando, percibo una tenue chispita de lo que ella era antes. Amo esa chispa. La mayoría de la gente dice que la ama por su valor. ¿Qué significa ese valor si en realidad procede de aquí? Si manipula usted unas cuantas llaves e interruptores aquí abajo, ella se presentará voluntaria para pilotar un cohete en un viaje a la Luna. Pero haga usted lo que haga aquí abajo, esa tenue chispa seguirá pensando: «¡Por el amor de Dios, que alguien me saque de aquí!».

FRANKENSTEIN (echa un vistazo a la consola): Doctor Swift, ¿está conectado el micrófono?

SWIFT: ¡Sí! (Chasquea los dedos). Lo siento.

FRANKENSTEIN: Déjalo abierto. (A Gloria) Ella ha oído todo lo que acaba de decir. ¿Qué tal se siente ahora?

GLORIA: ¿Puede oírme en este momento?

FRANKENSTEIN: Siga largando por esa boca. Me está ahorrando un montón de problemas. Ahora no tendré que explicarle la clase de amiga que era en realidad, y por qué he tenido que darle la clásica patada en el trasero.

GLORIA (se aproxima al micrófono): ¿Señora Lovejoy?

SWIFT (repite lo que oye por los auriculares): Dice: «¿Qué desea, querida?».

GLORIA: Hay un revólver cargado en su bolso de costura, señora Lovejoy…, en caso de que no desee seguir viviendo.

FRANKENSTEIN (sin preocuparse lo más mínimo por la pistola, pero lleno de horror y de disgusto por Gloria): Es usted una imbécil rematada. ¿De dónde sacó esa pistola?

GLORIA: De una empresa de ventas por correo de Chicago. Pusieron un anuncio en la revista *Romances de la vida real*.

FRANKENSTEIN: ¡Venden pistolas a locas de remate!

GLORIA: Podría haber comprado un bazooka, de haberlo querido. Era el número mil cuatrocientos noventa y ocho del catálogo.

FRANKENSTEIN: Voy a hacerme ahora mismo con esa pistola, y será la prueba número uno en su juicio. (Sale).

LITTLE (a Swift): ¿No podría hacer dormir a la paciente?

SWIFT: No hay peligro de que se haga daño a sí misma.

GLORIA (a Little): ¿Qué es lo que quiere decir?

LITTLE: Los brazos están fijados de tal manera que no puede apuntar un arma contra sí misma.

GLORIA (asqueada): Han pensado también en eso.

PLANO *de la habitación de* Sylvia. *Entra* Frankenstein. Sylvia *tiene la pistola en la mano mecánica, y parece pensativa*.

FRANKENSTEIN: Tienes un bonito juguete.

SYLVIA: No te enojes con Gloria, Norbert. Yo se lo pedí. Le supliqué que me trajera una pistola.

FRANKENSTEIN: El mes pasado.

SYLVIA: Sí.

FRANKENSTEIN: Pero ahora las cosas van mejor.

SYLVIA: Todas las cosas, menos la chispita.

FRANKENSTEIN: ¿La chispita?

SYLVIA: La chispita que Gloria dice que ama…, esa tenue chispita que le recuerda cómo era yo antes. A pesar de lo feliz que me siento ahora mismo, esa chispita me pide que dispare esta pistola y acabe conmigo.

FRANKENSTEIN: ¿Y qué contestas tú?

SYLVIA: Voy a hacerlo, Norbert. Adiós. (Intenta por todos los medios dirigir contra si misma el arma, sin conseguirlo, mientras Frankenstein se acerca tranquilamente a ella). Esto no es una casualidad, ¿verdad?

FRANKENSTEIN: No queremos de ninguna manera que te hagas daño a ti misma. También nosotros te queremos.

SYLVIA: ¿Y cuánto tiempo todavía tendré que seguir viviendo así? Nunca me he atrevido a preguntarlo antes.

FRANKENSTEIN: Tendría que sacar una cifra de mi chistera, como si fuera un mago.

SYLVIA: Quizá sea preferible que no lo hagas. (Pausa). ¿Ha salido ya la cifra del sombrero?

FRANKENSTEIN: Por lo menos quinientos años.

Silencio.

SYLVIA: ¿De modo que seguiré viva… mucho después de que tú hayas muerto?

FRANKENSTEIN: Ha llegado el momento, querida Sylvia, de decirte algo que quería contarte hace ya muchos años. Todos los órganos del piso de abajo tienen capacidad para atender a dos seres humanos, y no solamente a uno. Y toda la

entubación y el cableado han sido diseñados de forma que puedan conectarse a un segundo ser humano en el tiempo que tarda un corderito en menear la cola. (Silencio). ¿Comprendes lo que te estoy diciendo, Sylvia? (Silencio. En tono apasionado). ¡Sylvia! ¡Yo seré ese segundo ser humano! ¡Más que el matrimonio! ¡Más que todas las grandes historias de amor del pasado! ¡Tus riñones serán mis riñones! ¡Compartiremos el mismo hígado! ¡Tu corazón será también el mío! ¡Nuestras mentes y nuestros cuerpos funcionarán al unísono! Viviremos en una armonía tan perfecta, Sylvia, que los mismos dioses se mesarán los cabellos de envidia al vernos.

SYLVIA: ¿Es eso lo que quieres?

FRANKENSTEIN: Más que nada en el mundo.

SYLVIA: Muy bien, pues… Ya lo tienes, Norbert. (Vacía el cargador del revólver en el cuerpo de él).

PLANO *de la misma habitación, aproximadamente media hora más tarde. Se ha instalado un segundo trípode, sobre el que aparece la cabeza de* Frankenstein. *Tanto* Frankenstein *como* Sylvia *están dormidos*. Swift, *con* Little *a su lado, realiza febrilmente una última conexión con la maquinaria de abajo. Esparcidos por el suelo aparecen fragmentos de tubería, un soplete y otras herramientas de lampistería y electricidad*.

SWIFT: Esto está listo. (Se incorpora y mira a su alrededor). Creo que he terminado.

LITTLE (consulta su reloj): Veintiocho minutos desde que se produjo el primer disparo.

SWIFT: Gracias a Dios, estabas tú aquí.

LITTLE: Lo que de verdad necesitabas era un lampista.

SWIFT (por el micrófono): Charley, hemos acabado aquí arriba. ¿Está todo dispuesto abajo?

CHARLEY (una voz estridente en la caja): Todo dispuesto.

SWIFT: Atibórralos de martinis.

GLORIA *aparece en la puerta, adormilada*.

CHARLEY: Allá van los martinis. Se van a poner de un cachondo increíble.

SWIFT: Por si acaso, dales también un toque de LSD.

CHARLEY: Marchando.

SWIFT: ¡Espera! Me olvidaba del fonógrafo. (A Little). El doctor Frankenstein quería que, si esto llegaba a ocurrir algún día, sonara una determinada canción en el momento de despertar. Dijo que estaba entre los demás discos, en una cubierta en blanco. (A Gloria). Vea si puede encontrarlo.

GLORIA *va al fonógrafo y encuentra el disco*.

GLORIA: ¿Es éste?

SWIFT: Póngalo.

GLORIA: ¿Por cuál de las dos caras?

SWIFT: No lo sé.

GLORIA: Una de las caras tiene una cinta adhesiva.

SWIFT: Ponga la cara sin la cinta. (Gloria coloca el disco. Por el micrófono). Prepárate a despertar a los pacientes.

CHARLEY: Preparado.

Empieza a sonar una música. Jeanette MacDonald y Nelson Eddy cantan a dúo: Ah, el dulce misterio de la vida.

SWIFT (por el micrófono): ¡Despiértalos ya!

FRANKENSTEIN Y SYLVIA *despiertan, envueltos en oleadas de placer. Perciben primero vagamente la música, y luego se ven el uno al otro, con la alegría de quien reencuentra a un viejo y querido amigo*.

SYLVIA: ¿Qué tal?

FRANKENSTEIN: Hola.

SYLVIA: ¿Cómo estás?

FRANKENSTEIN: Espléndidamente. Espléndidamente.

LOS MONSTRUOS DE MIDWAY

MIKE RESNICK



¿SORPRESAS EN PERSPECTIVA?

12 de julio de 2037 (UPI). El entrenador Rattler Renfro, en su primera conferencia de prensa, ha prometido a la afición que los Chicago Bears, después de 15 temporadas sin conseguir el Campeonato, ofrecerán una nueva imagen en la Liga que se avecina. Cuando se le preguntó la razón por la que, durante los entrenamientos, el estadio permanece cerrado tanto para la prensa Como para el público, Renfro se limitó a sonreír y responder escuetamente: «Sin comentarios».

LOS BEARS DEBUTAN CON UN 76-0

4 de septiembre de 2037 (AP). La «nueva imagen» de los Chicago Bears se reveló esta tarde con una victoria sobre los ganadores de la Super Bowl del año pasado, los North Dakota Timberwolves, por un tanteo que supone el récord absoluto de la Liga: 76-0. Los Timberwolves partían como favoritos en los pronósticos con *22* puntos de ventaja.

El entrenador Rattler Renfro puso en juego una línea delantera totalmente renovada, consistente en cinco novatos, ninguno de los cuales había jugado anteriormente al fútbol americano. Son el extremo derecho Jumbo Smith (dos metros veintitrés centímetros, *225* kilos de peso), el interior derecho Willie «Ballena» McPherson (dos treinta y nueve, 211 kilos), el centro Hannibal Cohén (dos cincuenta

y dos, 232 kilos), el interior izquierdo «Montaña» O'Mara (dos treinta y cuatro, 209 kilos), y el mayor de todos, el extremo izquierdo «Enano» Tackenheim (dos metros sesenta y dos de estatura, y 262 kilos de peso).

«Diablos, hasta yo podía haber pasado por los huecos que abrían esos tipos en nuestra línea defensiva», dijo el entrenador de los Timberwolves, Rocket Ryan. «No sé dónde los encontró Renfro, pero son sencillamente terroríficos».

Después de tres décadas de eclipse, parece que los Bears vuelven a ser los Monstruos de su estadio de Midway.

88-7, CUARTA VICTORIA CONSECUTIVA DE LOS BEARS

2 *de octubre de 2037 (AP)*. «¡Esos tipos no son humanos!», dijo el zaguero de los Montana Buttes Jocko Schmidt desde su lecho en el hospital, después de que su equipo perdiera por un humillante 88-7 a manos de los Chicago Bears. «¡Ese Tackenheim debería estar en un zoo, y no en un campo de fútbol!».

LA NFL INVESTIGA ACUSACIONES

24 de octubre de 2037 (UPI). La National Football League ha anunciado que se está investigando una presunta conexión entre el ganador del Premio Nobel, doctor Alfredo Rathermann, y los Chicago Bears. Rathermann, que obtuvo el galardón por sus experimentos sobre reanimación de tejidos orgánicos muertos, declinó hacer comentarios.

George Halas VI, propietario y gerente general de los Bears, que lideran su división con siete victorias y sin derrota, calificó de «ridículas» las acusaciones.

LOS BEARS SE ASEGURAN EL TÍTULO Y PIENSAN YA EN EL SUPER BOWL

25 de diciembre de 2037 (UPI). Los Chicago Bears celebraron la Navidad arrasando a los Mississippi Riverboats por un resultado de 68-3, convirtiéndose así en el primer equipo de la NFL en el presente siglo que concluye la temporada regular sin ninguna derrota ni empate. Los Monstruos de Midway sembraron el terror, y su línea delantera abrió hueco tras hueco, por los que penetraron los zagueros de Chicago.

El entrenador Rattler Renfro, en la rueda de prensa posterior al encuentro, alabó a los Riverboats y dijo que pensaba ya en los *playoffs*. Al ser preguntado sobre la

investigación en curso respecto a tratos entre los Bears y el doctor Alfredo Rathermann, se encogió de hombros y respondió: «Eh, yo sólo soy el entrenador. Sobre ese tema deberían preguntar al presidente».

¡RATHERMANN CONFIESA!

28 de diciembre de 2037 (UPI). El laureado Nobel Alfredo Rathermann celebró una conferencia de prensa conjunta con Roger Jamison, presidente de la National Football League, y admitió que los cinco nuevos fichajes de la delantera de los Chicago Bears son en realidad estructuras científicas creadas con fragmentos y tejidos de otros seres humanos.

Esta revelación valdrá con seguridad un nuevo Premio Nobel al doctor Rathermann, pero hasta el momento sigue sin Conocerse un dato más trascendental: si se permitirá a los jugadores Smith, McPherson, Cohén, O'Mara y Tackenheim participar en los próximos *playoffs* de la NFL. El presidente Jamison prometió una normativa nueva antes del enfrentamiento de los Bears con Las Vegas Gamblers, dentro de once días.

LA NFL LEGISLA SOBRE LOS «MONSTRUOS»

3 de enero de 2038 (AP). El presidente Roger Jamison celebró una conferencia de prensa esta mañana para explicar la decisión de la NFL sobre la línea delantera de los Chicago Bears.

«Después de exhaustivas reuniones con nuestros asesores jurídicos y con el Sindicato de Jugadores de la NFL, hemos enmendado las reglas para señalar que el fútbol es un deporte jugado por seres humanos naturales», señaló el presidente Jamison. «Si permitiéramos la participación de una interminable serie de creaciones del doctor Rathermann, pronto llegaría el día en que en la lista de jugadores de la NFL no habría ni un solo ser humano natural, y aunque es cierto que los partidos ganarían notablemente en interés, nos preguntamos si el público está preparado en los momentos actuales para un cambio de esa envergadura».

«Sin embargo —añadió—, nuestros asesores nos informan de que no existe base legal suficiente para negar a Stnith, McPherson, Cohén, O'Mara y Tackenheim, el derecho a jugar en la competición post-Liga de este año, puesto que las reglas se han cambiado después de que la lista de jugadores de los Bears recibiera la conformidad

oficial».

Los propietarios de los restantes 47 clubs de la NFL han presentado una protesta formal, y exigen que se impida a los jugadores en cuestión participar en los inminentes *playoffs*.

LOS BEARS VENCEN POR 77-10 Y SE CLASIFICAN PARA LA FINAL

15 de enero de 2038 (UPI). Los Chicago Bears vencieron a los Hawai Voléanos por 77-10 esta tarde y se clasificaron para la final de la Super Bowl. Para ello debieron remontar un 10-0 adverso en el primer cuarto, después de que el Tribunal Supremo revocara el interdicto que impedía jugar a los delanteros Smith, McPherson, Cohén, O'Mara y Tackenheim. El veredicto se hizo público a la 1.37 de la tarde, y a la 1.43 los Bears tomaron la delantera en el marcador, para no perderla ya en el resto del partido.

«LOS MONSTRUOS NO NOS ASUSTAN», DICE MCNAB

22 de enero de 2038 (UPI). A tan sólo una semana vista de la final de la Super Bowl, y con los Chicago Bears como favoritos en los pronósticos con 45 puntos de ventaja, Terry McNab, el entrenador de los Alaskan Malamutes, ha declarado que su equipo no teme a los Monstruos de Midway, y se manifestó optimista respecto al resultado del encuentro.

Cuando se le preguntó cómo podrá frenar su línea defensiva, con una media de 122 kilos por hombre, a los delanteros de los Bears, se limitó a sonreír y dijo que estaba preparando una estrategia especial.

Los Bears podrían alcanzar 50 puntos de ventaja en los pronósticos, en el momento del comienzo del partido.

MCNAB NO ASISTE A LOS ENTRENAMIENTOS

24 de enero de 2038 (UPI). El entrenador Terry McNab faltó esta tarde a los entrenamientos de los Alaskan Malamutes. Los responsables del club han declinado hacer ningún comentario.

RATHERMANN REAPARECE

26 de enero de 2038 (UPI). El Nobel Alfredo Rathermann, que había permanecido oculto en paradero ignorado desde el pasado 28 de diciembre, fue visto en las instalaciones del estadio de los Alaskan Malamutes, observando los entrenamientos del equipo ante su encuentro de la Super Bowl frente a los Chicago Bears. Cuando se le preguntó si estaba interesado de forma especial en el encuentro, Rathermann respondió que su interés era «estrictamente profesional». Más tarde se le vio almorzando con el entrenador McNab y los propietarios de los Malamutes.

LOS BEARS ACUDEN A LOS TRIBUNALES
PARA IMPEDIR LA PRESENCIA DE MCNAB EN LA SUPER BOWL

28 de enero de 2038 (AP). Después de la revelación de que el cráneo del entrenador Terry McNab alberga ahora dos cerebros —el suyo propio y el del profesor Steven Hawking, conservado en hibernación desde su fallecimiento en 1998 —, los Chicago Bears han acudido a los tribunales en un intento de impedir la presencia de McNab en la banda, en la final de mañana de la Super Bowl.

El médico de McNab, doctor Alfredo Rathermann, calificó de «malos deportistas» a los propietarios de los Bears, y señaló que, como McNab no jugará, su presencia no supone ningún quebrantamiento de la controvertida nueva regla de la NFL.

«Por lo demás —señaló McNab en una rueda de prensa convocada a última hora —, sigo siendo el mismo hombre de 57 años de edad y 68 kilos de peso de la semana pasada. ¿Qué amenaza puede significar para los Bears el hecho de que comparta el cerebro del difunto doctor Hawking? ¿Me parezco yo a uno de los Monstruos de Midway?».

EL TRIBUNAL FALLA EN FAVOR DE MCNAB

28 de enero de 2038 (UPI). El Tribunal de Distrito ha fallado que la presencia del entrenador Terry McNab no entra en conflicto con las nuevas normas de la NFL, y se le permitirá estar presente en la campo cuando los Alaskan Malamutes, en desventaja de 53 puntos en los pronósticos, se enfrenten a los Chicago Bears mañana en el Super Bowl.

LOS MALAMUTES DERROTAN CONTRA PRONÓSTICO
A LOS BEARS, POR 7-3

29 de enero de 2038 (AP). En uno de los resultados más sorprendentes de todos los tiempos, los Alaskan Malamutes han vencido a los Chicago Bears por 7-3 en la LXXIII Final de la Super Bowl.

Mediante el empleo de formaciones no ortodoxas y con ataques desde ángulos extraños, la nueva «Defensa Vector» consiguió quebrar la presuntamente imparable racha victoriosa de los Bears. El zaguero Pedro Cordero, tras recibir un pase de Bennie Philander en la esquina, desde una distancia de nueve metros, obtuvo el ensayo decisivo a los 3 minutos y 12 segundos del último cuarto.

Al ser preguntado sobre cómo había conseguido penetrar en la tan alabada línea delantera de los Bears, el único comentario del entrenador Terry McNab fue: «E z MC^2».

IMPORTANTE REESTRUCTURACIÓN DE LOS BEARS

19 de febrero de 2038 (UPI). Tras su devastadora derrota en la final de la Super Bowl, los Chicago Bears han cesado al entrenador Rattler Renfro, y dado la carta de libertad sin condiciones a los delanteros Jumbo Smith, Willie «Ballena» McPherson, Hannibal Cohén, «Montaña» O'Mara y «Enano» Tackenheim. Los cinco jugadores han expresado su esperanza de iniciar una nueva carrera en la Federación Mundial de Lucha Libre.

SUEÑOS

F. PAUL WILSON



Otra vez la pesadilla.

Casi tengo miedo a dormirme. Siempre igual, y sin embargo, nunca exactamente igual. Los acontecimientos cambian de un sueño a otro, pero siempre estoy en el cuerpo de un extraño, un engendro cosido a retazos, enorme y monstruoso, que pasea en la oscuridad su horrenda apariencia. Y siempre en el sueño es de noche, porque al parecer soy una criatura nocturna, que trata perpetuamente de ocultarse.

Y no consigo recordar mi nombre.

Ahora los sueños son coherentes. En ellos mi cabeza está más clara. No me ocurre como en los primeros sueños, que apenas consigo recordar. Para mí no son más que un montaje de imágenes borrosas; un laboratorio iluminado por el fulgor de los relámpagos, un jorobado empuñando un látigo, *miedo*, una celda con muros de piedra, cadenas, *soledad*, una niña que se ahoga en medio de capullos de flores que flotan, una mujer vestida de novia, un grupo de pueblerinos armados con antorchas, fuego, un molino en llamas, *dolor, rabia*, ¡dolor!

Pero ahora me encuentro perfectamente. Con cicatrices, pero repuesta. Y mi mente está clara. El dolor del fuego hizo desaparecer las nieblas. De un sueño a otro recuerdo cosas, y más y más fragmentos y detalles de mucho tiempo atrás.

¿Pero cuál es mi nombre?

Sé que debo mantenerme apartada de los hombres. No quiero ser quemada otra vez. Por esa razón paso las horas diurnas escondida aquí, en el desván de este establo abandonado de los alrededores de Goldstadt. Paso durmiendo la mayor parte del día,

y durante la noche paseo. Siempre por la ciudad, y siempre por las cercanías de la Facultad de Medicina de Goldstadt. La Facultad parece atraerme. La razón está sin duda en algún lugar de mi cerebro, pero se me escapa cada vez que intento atraparla. Un día lo conseguiré, y entonces sabré.

Hay tantas preguntas sin respuesta en esos sueños. ¿Pero no dicen que los sueños son siempre así? ¿No plantean más preguntas de las que responden?

Ahora tengo la tripa llena. He roto el escaparate de una pastelería, me he atiborrado de los dulces que había allí, y recorro los callejones oscuros, bebiendo el agua de lluvia de los barriles y espiando desde las sombras las ventanas iluminadas que encuentro a mi paso. La vista de una familia, sentada delante del fuego del hogar, despierta resonancias cálidas en mi interior. En tiempos yo también disfruté de una vida así. Pero el calor se transforma en rabia si miro demasiado rato, porque sé que nunca volverá a ser mía una escena como ésa.

Sé que se trata sólo de un sueño. ¡Pero es tan real la rabia!

Al pasar por la trasera de una taberna, se abre una puerta y salen dos personas. Me acurruco un poco más en las sombras, y contengo los deseos de correr porque sé que armaré un estrépito horroroso. Nadie debe saber que estoy viva. Por eso me quedo totalmente inmóvil, esperando que se alejen.

Entonces oigo la voz. La voz profunda, deliciosa, de un hombre joven y guapo, con cabellos rubios rizados y la tez clara y fresca. Lo sé sin necesidad de verle. Incluso conozco su nombre.

Karl.

Me inclino un poco a la derecha y miro callejón abajo. Mi corazón salta al verle. No es *mi* corazón, sino el enorme y pesado corazón de un extraño, pero sin embargo responde, y martillea desacompasado en mi pecho. Escucho su risa clara y melodiosa cuando se despide con un gesto de su amigo y se aleja hacia la calle principal con zancadas resueltas.

Karl.

Le sigo. Sé que es peligroso, pero debo hacerlo. No recorro el callejón detrás de él, sino que me escurro por los callejones traseros, chapoteando en los charcos, asustando a las ratas, evitando malolientes montones de basura al tiempo que mantengo la distancia respecto a él sin perder de vista su figura coronada de cabellos rubios entre los edificios, mientras él pasea por la acera.

No se dirige a su casa. En algún rincón de mi cabeza está el lugar en que vive, y él camina en dirección contraria. Le sigo hasta una casa de campo situada en las afueras de Goldstadt, al norte. Llama a la puerta y veo cómo una hermosa mujer de cabellos

negros como ala de cuervo abre la puerta y se precipita en sus brazos. Luego los dos desaparecen en el interior de la casa. También la conozco a ella.

María.

La rabia que me domina es casi tan incontrolable como inexplicable. A duras penas consigo dominarme para no reventar la puerta que tengo frente a mí y separar a los dos a viva fuerza.

¿Por qué? ¿Qué significan esas emociones? ¿Quiénes son esas personas? ¿Y por qué sé sus nombres y en cambio ignoro el mío?

Me tranquilizo. Espero, pero Karl no vuelve a aparecer. El cielo empieza a clarear con las luces del alba y todavía no ha salido Karl. Debo irme antes de que me vean. Mientras regreso al establo que se ha convertido en mi refugio, mi rabia desaparece y se convierte en una desesperación fría y negra. Antes de trepar al desván, me detengo a aliviarme. Cuando me bajo los pantalones bastos y mal remendados, ruego porque este sueño sea distinto, pero no: ahí está el miembro largo, grueso y fláccido, colgando entre mis piernas. Me repugna. Intento orinar sin tocarlo.

Soy una mujer. ¿Por qué mis sueños me colocan en el cuerpo de un hombre?

De nuevo estoy despierta.

He pasado el día charlando, riendo y discutiendo sobre la sabiduría de los tiempos pasados. Es un alivio volver a la realidad y estar de nuevo dentro de mi propio cuerpo: joven, ágil, más pequeño, más suave, con piernas esbeltas, dedos delicados y un pecho firme y compacto. Es magnífico volver a ser una mujer.

Pero mis horas de vigilia no están totalmente libres de confusión. No estoy segura de dónde me encuentro. Sólo sé que hace calor y el lugar es hermoso. Verdes prados que se extienden bajo los rayos del sol en dirección hacia unas majestuosas montañas de color amatista, que se elevan a lo lejos. Dulces pajarillos revolotean en el perfumado aire primaveral.

Al menos, despierta conozco mi nombre: Eva. Eva Rucker.

Me gustaría saber por qué razón he venido aquí. No me malinterpretéis: me gusta estar en este lugar. Es algo que siempre deseé. Gente amable que pasea por las colinas, hombres sabios que discuten las grandes filosofías de todas las épocas. Es como los Campos Elíseos de la mitología griega, salvo por el detalle de que yo estoy viva y todo es real. Sencillamente, no sé qué he hecho para merecer estar aquí.

Tengo la sensación de que me han traído aquí como compensación por algún episodio desagradable de mi pasado. Me parece entrever que hace poco sucedió una

fea historia en la que me vi envuelta sin querer, y que se me acusó injustamente de algo tan siniestramente traumático que mi mente se niega a recordarlo. Pero el error fue corregido, y me han enviado aquí a recuperarme.

Pienso en Karl y en cómo entró a formar parte de mi sueño de la noche pasada. Karl… tan guapo, tan brillante, tan apuesto. No había vuelto a pensar en él desde que llegué aquí. ¿Cómo he podido olvidar al hombre al que amo?

Una nube oculta el sol al tiempo que mis pensamientos se oscurecen al recordar al Karl del sueño en los brazos de la María del sueño. ¡María es la hermana de Karl! *¡Nunca* harían una cosa así!

¡Qué perversas son las pesadillas! No debo dejar que me inquieten.

El sol reaparece cuando arrojo lejos de mí ese recuerdo. Esto es maravilloso, no quisiera irme jamás de aquí. Pero ahora me siento cansada. El vino de color dorado que he bebido al almorzar me ha dejado un poco atontada. Me echaré y cerraré los ojos sólo por un momento. ¡Oh, no! ¡El sueño otra vez!

Estoy en ese horrible cuerpo, caminando en la noche. ¿No puedo cerrar los ojos ni siquiera unos segundos sin caer en esta pesadilla? Quiero gritar, escapar de la cáscara del sueño y regresar a mis prados dorados. Pero la pesadilla me aferra con sus garras de acero y yo sigo avanzando a trompicones.

Me detengo delante de una escuela. Estoy hambrienta, pero ahí dentro hay algo más importante que la comida. Rompo la puerta y entro en la única aula, con sus hileras de pequeños pupitres. Arranco la cubierta de uno tras otro de los pupitres hasta encontrar el papel y el lápiz que busco. Los llevo a la mesa del maestro. Mi cuerpo es demasiado voluminoso para poder sentarme, de modo que me arrodillo junto a la mesa y fuerzo a mis enormes y torpes dedos a coger el lápiz y escribir.

Sé que se trata de un sueño, pero algo me empuja a hacer saber a Karl que, aunque mi cuerpo se ha metamorfoseado en esta horrenda mole monstruosa, su Eva sigue pensando en él.

Después de muchos intentos, consigo redactar una nota legible:



Pliego el papel y me lo llevo conmigo. En la casa del tío de Karl —donde Karl vive—, deslizo la nota por debajo de la puerta y luego me escondo a esperar entre las sombras. Mientras espero, voy recordando más y más cosas de Karl.

Nos conocimos cerca de la Universidad de Goldstadt, donde estudiaba Karl, en la Facultad de Medicina. Estoy hablando de mi vida real; supongo que en mis sueños sigue siendo un estudiante. Yo también quería ingresar en la Universidad, pero los regentes no quisieron oír hablar de semejante cosa. Mi petición les escandalizó. No hay mujeres en las Facultades de Artes y Ciencias, y en especial no las hay en la Facultad de Medicina. *En especial* si una es una pobre muchacha del campo.

De modo que me escondí en el fondo de las aulas y escuché las lecciones del doctor Waldman sobre anatomía y fisiología. Karl me vio, pero guardó el secreto y me dejó seguir escuchando. Yo me enamoré de él inmediatamente, lo recuerdo muy bien. Recuerdo todos nuestros encuentros secretos, en los prados, en los desvanes. Me enseñaba las cosas que aprendía en clase. Y después me enseñó también otras cosas. Nos convertimos en amantes. Nunca antes me había entregado a un hombre. Karl fue el primero y juro que será el único. No recuerdo cómo nos separamos. Yo…

Aquí viene. ¡Oh, miradle! Quiero correr en su busca, pero no podría soportar que me viera de esta forma. ¡Qué tortura representa esta pesadilla!

Le veo entrar en la casa de su tío y encender las luces de la entrada. Me acerco un poco cuando encuentra mi nota y la lee. Pero ninguna sonrisa de enamorado ilumina su rostro. Por el contrario, su rostro palidece y ha de apoyarse en la pared para no caer al suelo. Luego sale por la puerta y echa a correr calle abajo, con mi nota apretada en la mano. Le sigo tan aprisa como puedo, pero se aleja cada vez más. No importa, conozco el camino. Me figuro adonde va.

Cuando llego a la casa de María, él ha entrado ya. Me aproximo a una ventana iluminada y espío el interior. Karl está de pie en el centro de la habitación, con ojos extraviados y las mejillas privadas de su color habitual. María rodea su cintura con los brazos, le sonríe y le consuela.

—… sólo una broma —está diciendo—. ¿No te das cuenta, amor mío? ¡Alguien se ha inventado un truco para engañarte!

—¡Pues es un truco condenadamente bueno! —dice Karl, colocando mi nota delante de los ojos de ella—. Así es como ella firmaba siempre sus notas… «Tu Eva». Nadie más lo sabía, ni siquiera tú. Y quemé todas sus cartas.

—¿Qué es lo que pretendes decirme? —contesta María con una carcajada—. ¿Que Eva te ha escrito esa nota? Está claro que la letra no es la suya.

—Cierto, pero…

—Eva está muerta, amor mío.

Esas palabras penetran en mi cerebro como si fueran martillazos. Quiero gritar que estoy aquí, viva, transformada en esta criatura. Pero guardo silencio. No tengo una voz capaz de articular palabras. Y después de todo, se trata tan sólo de un sueño. Debo repetírmelo continuamente.

Sólo un sueño.

Nada de lo que me ocurre es verdad, y por consiguiente nada tiene importancia.

A pesar de todo, encuentro en ello una horrible fascinación.

—La ahorcaron —está diciendo María—. Lo sé porque fui a contemplar la ejecución. Tú no pudiste soportarlo, pero yo fui a verlo por mí misma. —Su sonrisa se desvanece y en sus ojos aparece una luz maligna—. La ahorcaron, Karl. La colgaron hasta que dejó de patalear y se meció inerte, acariciada por la brisa. Luego cortaron la soga y la llevaron a la Facultad de Medicina, tal como había pedido ella misma. ¡Qué pensamiento más noble tuvo! Donó su cuerpo a la ciencia. Bueno, ahora está dividida en mil pedacitos pequeños.

—Lo sé —dice Karl, que ha recuperado el color, pero su rubor parece más un signo de culpabilidad que de buena salud—. Vi su cerebro, María. ¡El cerebro de Eva! El doctor Waldman lo colocó en un frasco de cristal sobre una de las mesas del laboratorio, como ejemplo de un cerebro anormal. La etiqueta decía: *Dysfunctio cerebri*, y lo colocaron al lado de un cerebro supuestamente normal. Tuve que estar sentado delante de él durante todas sus lecciones y mirarlo, sabiendo todo el tiempo a quién había pertenecido, y que no era en absoluto anormal.

—La etiqueta debería haber puesto «estúpido» —contesta María riendo—. Estaba convencida de que la amabas. Se tragó que yo era tu hermana. Creía todo lo que le decíamos y de ese modo cargó con las culpas por el asesinato de tu tío. Y como resultado, tú eres rico y no estás obligado en absoluto a pensar nunca más en ella. Ha desaparecido. —Su cerebro también ha desaparecido. Me alegré cuando lo robaron unos bromistas y ya no tuve que seguir mirándolo.

—Ahora puedes mirarme a mí —dice María.

Da un paso atrás y se desabrocha la blusa dejando al descubierto sus senos desnudos. Mientras Karl la abraza, yo me alejo de la ventana sollozando, jadeante, y corro a ciegas en busca del establo que llamo mi hogar.

De nuevo estoy despierta.

Otra vez me encuentro en mis Campos Elíseos, pero no consigo sacudirme los efectos de aquella horrible pesadilla. Las palabras de la Mafia del sueño han despertado nuevos recuerdos en mi mente despierta. En parte, sus palabras eran ciertas.

—¿Cómo había podido olvidarlo?

Hubo un asesinato. Se trataba del rico tío de Karl, y yo fui acusada. Ahora recuerdo…, recuerdo aquella noche. Debía reunirme con Karl en su casa. Él iba a presentarme a su tío y hacer público por primera vez nuestro amor. Pero cuando llegué allí, la puerta estaba abierta y en el suelo yacía un anciano corpulento, ensangrentado, moribundo. Intenté ayudarle, pero había perdido demasiada sangre. Y entonces llegaron los hombres del burgomaestre y me encontraron con la sangre del hombre muerto en las manos, y el cuchillo que lo había matado a mis pies.

Y Karl no aparecía por ninguna parte.

Nunca volví a ver a Karl. Nunca vino a visitarme. Nunca respondió a mis notas. De hecho, su abogado se presentó en la cárcel y me advirtió que dejara de escribir a Karl; dijo que Karl no sabía quién era yo y no quería saber nada de la asesina de su tío.

Nadie creyó que yo conocía a Karl. Nadie, a excepción de su hermana María, nos había visto nunca juntos, y María declaró que yo era una perfecta desconocida para ella. Recuerdo el abatimiento que sentí cuando me dijeron que María no era en absoluto su hermana.

Después de aquello, mi corazón me abandonó. Me rendí, perdí todo deseo de defenderme a mí misma. Les dejé que hicieran conmigo lo que quisieran. Mi única petición fue que donaran mi cuerpo a la Facultad de Medicina. Fue una broma privada dedicada a los regentes: después de todo, por fin ingresaría en la Universidad. Recuerdo haber caminado hacia el patíbulo. Recuerdo la presión de la soga en mi cuello. Después…

… Después me encontré aquí. De modo que finalmente no me ajusticiaron. ¡Si pudiera recordar lo que sucedió! No importa, todo llegará. Lo que importa es que, desde que llegué aquí, mi vida ha sido una sucesión de días maravillosos, perfectos…

Si no fuera por los sueños.

Pero ahora los nubarrones se ciernen sobre mis Campos Elíseos, al recordar la traición de Karl. Yo había creído que me evitaba para proteger el nombre de su familia, pero las palabras de la María del sueño no sólo han refrescado mi memoria sino que han arrojado una luz nueva sobre todo lo que me sucedió después de la noche en que acudí a la casa del tío de Karl.

Las nubes se oscurecen y el trueno retumba en las lejanas montañas a medida que crecen mi rabia y mis sospechas. No sé si Karl me mintió y me traicionó, tal como afirmaba la María del sueño, y también ignoro si fue él quien mató a su tío, pero sé que me abandonó en la hora en que más angustiosamente lo necesitaba. Y por esa razón, nunca le perdonaré.

Las nubes ocultan el sol y oscurecen el cielo. Amenaza tormenta, pero no llueve. Aún no.

De nuevo la pesadilla.

Pero en esta ocasión no lucho contra ella. En realidad me encanta estar dentro de este cuerpo monstruoso. Es una cosa curiosa, este cuerpo. No es un organismo simple, sino un agregado de pedazos humanos. Y poderoso, muy poderoso. Los años que pasé trabajando en la granja me proporcionaron una fuerza considerable para una muchacha, pero nunca pude hacer nada parecido a lo que hago ahora: levantar en vilo un caballo o derribar un árbol de un puñetazo. Es una sensación *agradable* tener tanta fuerza.

Me encamino a la casa de María.

Está en casa. Está sola. Karl no aparece por ninguna parte. No me molesto en llamar, derribo la puerta y entro. María empieza a gritar, pero yo la agarro por la garganta con una de mis manos de poderosos dedos, y ahogo su voz. La noche pasada se reía de mí, me llamaba estúpida. Siento que la rabia me invade y aprieto con más fuerza, hasta ver cómo su cara adquiere un color purpúreo. Estiro el brazo, levanto sus pies del suelo, y observo cómo patalean en el aire del mismo modo que ella dijo que hacían los míos en la muerte soñada de la que ella fue testigo. Aprieto, aprieto y *aprieto*, y veo cómo estallan las venas de sus ojos y su rostro, y su lengua asoma y se oscurece hasta que su cuerpo cuelga en mis manos como un muñeco. Aflojo mi presa y la agito, pero sigue inerte.

¿Qué es lo que he hecho?

Permanezco allí, convulsa por la rabia que me invade y por la violencia que suscita en mí. Por un momento compadezco a María, me compadezco a mí misma. Luego me rehago.

Esto es un sueño. *¡Un sueño!* No es real. Puedo hacer cualquier cosa en este cuerpo de pesadilla, sin que tenga la menor importancia, porque sólo ocurre en el interior de mi mente dormida.

Esa comprobación es como una cegadora luz blanca que se enciende en mi

cerebro. Puedo hacer todo lo que se me antoje en mi vida soñada. *¡Todo!* Puedo desahogar cualquier emoción que sienta, seguir el menor capricho, deseo o impulso, por violento u ofensivo que resulte.

Y voy a hacerlo. No me contendré mientras esté soñando. A diferencia de mi vida de vigilia, actuaré sin vacilaciones ante cualquier cosa que me ocurra. Mi vida soñada no se verá frenada por consideraciones de simpatía, de empatía o de cualquier otra consideración razonable.

¿Por qué no? Es sólo un sueño.

Miro abajo y veo la nota que escribí a Karl en mi sueño de la pasada noche. Está arrugada en el suelo. Miro a María, que pende inerte de mi mano. Recuerdo su risa despectiva al comentar que había donado mi cuerpo para el progreso de la ciencia, su regocijo al pensar que mi cuerpo había sido dividido en mil pedacitos.

Y de súbito he tenido una idea. Si pudiera reír, lo habría hecho.

Después de acabar con ella, vuelvo a colocar la puerta sobre sus goznes y espero detrás. No tengo que esperar mucho rato.

Llega Karl y llama. Como nadie contesta, empuja la puerta. Ésta cae, y entonces ve a su amante, María…, esparcida por toda la habitación…, en mil pedacitos. Lanza un grito ahogado y se vuelve para escapar. Pero yo estoy allí, cerrándole el paso.

Karl retrocede al verme, con el horror reflejado en su rostro. Intenta echar a correr, pero yo lo sujeto por el brazo y se lo impido.

—¡Tú! ¡Buen Dios, decían que habías muerto en el incendio del molino! ¡Por favor, no me hagas daño! ¡Nunca te he hecho ningún mal!

Qué maravilloso es dominar físicamente a un hombre. Nunca hasta este instante me había dado cuenta de hasta qué punto el temor había influido en mis relaciones cotidianas con los hombres. Es verdad que gobiernan el mundo y cuentan con el poder de sus influencias; pero también tienen un poder *físico*. En algún lugar de las profundidades de mi mente, como una caudalosa corriente subterránea, había estado presente la constatación de que casi cualquier hombre podía dominarme a su antojo desde el punto de vista físico. Aunque nunca antes había reconocido la existencia de esa corriente oculta, ahora veo en qué medida coloreaba mi vida de vigilia.

Pero en mi sueño ya no formo parte del sexo débil.

No golpeo a Karl. Sólo quiero que sepa quién soy. Le muestro la nota de la noche pasada y la aprieto contra mi pecho.

—¿Qué? —dice con voz ahogada—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Le muestro la nota de nuevo, y otra vez la aprieto contra mi pecho.

—¿Qué intentas decirme? ¿Qué eres Eva? Eso es imposible. ¡Eva ha muerto! Tú

eres la criatura de Henry Frankenstein.

¿Henry Frankenstein? ¿El hijo del barón? He oído hablar de él: es uno de los antiguos discípulos del doctor Waldman, al parecer brillante pero muy poco ortodoxo. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

Gruño, sacudo la cabeza y agito el papel, al tiempo que aumento la presión sobre su brazo. Hace una mueca de dolor.

—¡Mírate a ti mismo! ¿Cómo puedes ser Eva? Has sido construido con mil retazos diferentes de distintos cuerpos. Eres… —Los ojos de Karl se agrandan, su boca se abre—. ¡El cerebro! ¡Buen Dios, el cerebro de Eva! ¡Lo robaron poco antes de que tú aparecieras!

Me asombra la consistencia lógica de mi pesadilla. En la vida real doné mi cuerpo a la Facultad de Medicina, y en mi sueño mi cerebro ha sido colocado en otro cuerpo, construido a retazos por el hijo del barón Frankenstein a partir de órganos y fragmentos de tejido de distintos cadáveres. ¡Qué imaginación tengo!

Sonrío. —¡Oh, Dios mío! —solloza Karl. Sus palabras se atropellan las unas a las otras, en su prisa por salir—. ¡No puede ser! ¡Oh, Eva, Eva, Eva, lo siento tanto! No quería hacerlo, pero María me convenció. No quería matar a mi tío, pero María me indujo a hacerlo. ¡Fue idea suya hacer que las sospechas recayesen sobre ti, no mía!

Mientras yo le contemplo horrorizada, siento que la rabia estalla en mi corazón como una bomba. ¡De modo que *sí* conspiró para que me ahorcaran! Una niebla carmesí me invade cuando tomo su cabeza entre mis manos. Aprieto con toda la fuerza que poseo y no me detengo hasta que oigo un crujido apagado y siento correr entre mis dedos un líquido caliente.

Y luego sollozo, unos extraños sonidos guturales surgen de mi pecho mientras abrazo estrechamente la forma inerte de Karl. Es sólo un sueño, lo sé, pero de todos modos me duele. Sigo allí, inmóvil, largo rato, hasta que oigo una voz a mis espaldas.

—¡Hola! ¿Qué ocurre ahí dentro?

Me vuelvo y veo que se acerca un vecino. Al verle, noto que mi corazón vuelve a hervir de ira. Él y sus compinches me persiguieron hasta aquel molino e intentaron quemarme viva. Dejo caer a un lado los restos de Karl y me dirijo hacia él, pero es demasiado rápido para mí y corre dando gritos calle abajo.

Temo que regrese con más gente y huyo. Pero no sin antes prender fuego a la casa de María. La veo arder unos momentos, y luego me alejo en dirección a los campos, amparada en la oscuridad amiga.

Estoy despierta otra vez.

He pasado todo el día pensando en el sueño de la noche pasada. No veo ninguna razón para seguir escondiéndome por más tiempo en la oscuridad cuando sueño. ¿Por qué había de hacerlo? Las gentes de la ciudad saben ya que sigo estando viva. Muy bien. Hagamos que todos esos buenos ciudadanos se enteren de que he vuelto y de que tienen que entendérselas conmigo: pero ya no con la pobre Eva Rucker, sino con la criatura remendada de los delirantes experimentos de Henry Frankenstein. Y no voy a ser maltratada de nuevo. No me mirarán de arriba abajo ni me cerrarán las puertas en las narices por el simple hecho de que soy una chica de pueblo. ¡Nadie volverá a decirme «No» nunca más!

Volveré. Mañana por la noche, y todas las noches siguientes. Pero ya no andaré errante, sin ningún propósito; ahora mis sueños tendrán un objetivo. Empezaré por tomarme en sueños la venganza sobre los regentes de la Universidad que me negaron el ingreso en la Facultad de Medicina. Emplearé mis horas de vigilia en idear planes astutos para hacerles morir, y en mis sueños llevaré esos planes a la práctica.

Será divertido, y no habrá ningún mal en irlos matando uno a uno en sueños.

Estoy empezando a disfrutar de verdad con mis sueños. Es maravilloso sentirse poderosa y no reconocer ningún límite. Me proporciona un alivio enormemente estimulante.

Estoy deseando volverme a dormir.

MAL, SÉ MI BIEN

PHILIP JOSÉ FARMER



A Herr Professor Doktor Waldman,
Universidad de Ingolstadt,
Gran Ducado de Baviera
7 octubre, 1784

Mi estimado y apreciado colega:

Quien le dirige esta carta es una persona a la que usted cree muerta y sepultada desde hace mucho tiempo. Yo, Herr Professor Doktor Krempe, su colega de tantos años, no estoy tan muerto como puede usted haber creído. No se impaciente. No tire esta carta por considerarla el producto de una mente desequilibrada. Léala hasta el final y medite seriamente lo que en ella se dice.

Aunque estoy dictando esta carta, las manos que la escriben son grandes y torpes, no mis propias manos pequeñas y hábiles. Es más, se están helando de frío, y lo mismo le ocurre a la tinta. No hay medio de proveerse de material de escritura adecuado en esta desolación gélida y olvidada de Dios. La limitada cantidad que he podido conseguir procede de un barco atrapado en los hielos. Por esa razón, no podré darle cuenta detallada de lo que me ocurrió desde el momento en que fui colocado en mi tumba.

Sí, ésta es, hablando en un sentido figurado, la voz de una persona a la que todo el mundo considera muerta. Va a suponer una conmoción, parecerá incluso una afrenta al sentido común y a la lógica. Sólo un profesor de filosofía natural puede tal vez creer lo que me dispongo a relatar. Digo «tal vez» porque aun usted, el hombre más

liberal y de mente más abierta que conozco, encontrará difícil dar crédito a mi historia.

Repito: por favor, no rompa esta carta por considerarla fraudulenta y escrita por un maníaco. Una razón que puede llevarle a creer que se trata de la broma de un desequilibrado es la letra. La comparará con las muestras de mi propia escritura que constan en sus archivos, y comprobará con facilidad que no es mi mano la que ha trazado estas líneas.

No lo es. Sí, sí lo es. Por favor, siga leyendo. Puedo explicarlo, aunque tal vez no de forma satisfactoria para usted.

Envío la carta por medio de un nativo provisto de esquíes, desde una mísera aldea rusa situada al este de Arkhangelsk. Tengo serias dudas de que la carta llegue finalmente a sus manos. Sin embargo, es usted la única persona capaz de pensar que mi historia puede tener alguna semejanza con la realidad. No puedo enviarla a mi esposa, porque no comprendería nada; pensaría que lo que en ella se explica no es más que una broma cruel que alguien ha querido gastarle.

Lo que es más, probablemente se habrá casado de nuevo. Debo confesar —un escándalo ya no tiene importancia a estas alturas y usted sabrá guardar el secreto— que nunca, para decirlo de una forma suave, nos preocupamos lo más mínimo el uno del otro.

¡Volvamos al asunto, a mi historia! Contenga su incredulidad hasta haber leído la carta completa. Tal vez entonces…, pero no, dudo incluso de que llegue a recibirla.

La primera sacudida del rayo me paralizó. Eso ocurrió, como usted sabe, en septiembre de 1780, en los jardines de nuestra gran universidad.

El segundo rayo, en noviembre, del que usted no sabe nada, me liberó. Pero, en muchos aspectos, aquella sacudida tan eficaz me colocó en una prisión mucho peor que la primera. Después del *golpe* de aquella energía infernal bajada de los cielos, pude caminar y hablar. Y al mismo tiempo, no pude ni caminar ni hablar. Otra criatura hablaba y caminaba por mí, aunque yo no quería actuar del modo que ella actuaba.

(Sin duda se está usted preguntando: ¿qué segundo rayo? Tenga paciencia. Muy pronto explicaré estas y otras cuestiones).

Durante muchas semanas, después de que el primer choque eléctrico me dejara paralizado, fui lealmente cuidado por mi esposa, las enfermeras y los mejores médicos de Ingolstadt. «Los mejores» es tan sólo la expresión de una jerarquía relativa. Todos aquellos doctores eran unos charlatanes. Podían haber hecho unas sencillas pruebas para comprobar si mi mente seguía consciente a pesar de que no pudiera mover un solo músculo. Pero dieron por sentado, en su ignorancia y su arrogancia, que yo estaba en coma. Y en sus intentos de curarme me sangraron, ¡y de ese modo

consiguieron que la pérdida de sangre me dejara inconsciente hasta que mi cuerpo recuperase el fluido perdido!

¡Así vayan todos ellos al infierno! Y ojalá que ese infierno consista en que sean incapaces de mover siquiera las pestañas mientras escuchan a sus esposas, parientes, enfermeras y a los charlatanes que les atienden conversar entre ellos como si les hubieran metido ya dentro de sus ataúdes. Esa situación conseguiría que todos los estúpidos, torpes y pomposos practicantes de las artes mal llamadas médicas, causantes de las muertes de muchas personas a las que la Naturaleza habría devuelto la salud, tomen dolorosa conciencia de lo que realmente piensan de ellos sus supuestamente devotas enfermeras, amantes esposas y leales sirvientes.

Padecí torturas mayores de las que llegan a infligir incluso los criminales más crueles y empedernidos: asesinos, mutiladores, caníbales, blasfemos, francmasones, médicos, abogados, banqueros y sodomitas. Quienes han ido al infierno y están destinados a él saben muy poco del grado que puede alcanzar el dolor en este mundo. Las torturas de los condenados palidecen al lado de las de los inocentes forzados a vivir en el infierno de la parálisis total.

¡Yo, Herr Professor Doktor Krempe, dos veces muerto aunque no muerto en realidad, he vuelto de dos tumbas para escribir esto! ¡Y sin embargo, no es mi mano la que mueve la pluma! Debo mi segundo infierno a mi alumno en filosofía natural, el siempre egregio, desmesuradamente orgulloso y moralmente desprovisto de principios, Victor Frankenstein. Yo sabía cuál era su opinión particular sobre mí porque otro estudiante me había informado al respecto. Frankenstein, ese presumido, egocéntrico, hipócrita, irresponsable total, ese niño mimado encarnado en el cuerpo de un hombre adulto, ese alumno despótico y presumido, dijo que yo era canijo y rechoncho, y que la repugnancia que le producía mi voz chillona sólo era superada por la de mi cara. También dijo a mi informante que sólo la bondad divina permitía que mi estupidez no resultara fatal para mí. Tan furioso me puse al escuchar tales cosas de mi informante, que en aquella malhadada noche de octubre ignoré el frío, el violento aguacero y los peligros de un cielo tempestuoso y marché a pie, a la intemperie, decidido a dar su merecido a aquel sinvergüenza calumniador. Y fui fulminado por un rayo cuando me dirigía a las habitaciones de Frankenstein para habérmelas con él. ¿Hay Justicia? ¿Hay un Dios que cree en la Justicia?

Más tarde pude vengarme de él, aunque lo hice a través de un intermediario muy extraño y curiosamente salvaje. Lo que no fue satisfactorio, debo admitirlo, fue mi venganza. Nuestra venganza, debería decir, y pronto sabrá usted por qué digo nuestra. Nada de lo que pueda hacerse a Frankenstein en la tierra o en el infierno podrá

convertir el fuego que arde en mi pecho en dulzura y luz; pero considero que mis sentimientos, aparentemente tan poco cristianos, están plenamente justificados.

Sin embargo, de acuerdo con la palabra de Dios plasmada en la Santa Biblia, estoy obligado a perdonar incluso a mi peor enemigo. De otra manera, iré a parar yo también al infierno. ¿Vale la pena el castigo? A menudo me planteo esa cuestión. Mis pensamientos suelen centrarse en una posible solución a mi dilema. ¿Cometió Frankenstein un pecado que no puede obtener perdón? El pecado en particular que él cometió no está incluido en el Libro Santo. Se trata de una ofensa a Dios de características únicas, y por esa razón supongo que su pecado puede considerarse también un pecado original. Así, se plantean dos cuestiones graves que conciernen a los teólogos, y Dios sabe que ya hay hasta el momento bastantes cuestiones a las que no son capaces de encontrar respuesta. ¿Existen dos pecados imperdonables? ¿Pueden existir dos pecados originales?

Por desgracia, o por fortuna, no habrán de preocuparse por estas cuestiones. Nadie conocerá la existencia de esa pareja de pecados dobles a menos que este informe llegue a una nación civilizada. O a menos que alguna otra persona escriba un libro sobre el monstruoso Frankenstein y su monstruosa creación. Esa eventualidad parece muy poco probable. Y aunque ese libro se escribiera, probablemente se editaría como una novela, una ficción romántica. ¿Quién entre el público inculto, entre las masas ignorantes, creería esta historia si se le presentara como algo sucedido realmente? Más aún, ¿qué hombre instruido creería en ella?

Llegó finalmente el día de mi muerte, es decir, el día en que los piojosos estafadores que me atendían me declararon muerto. ¡Puede usted imaginar, aunque esa imagen mental será tan sólo una sombra del horror real, cómo me sentí! Me esforcé en protestar, en gritar en voz alta que seguía estando vivo. Tan violenta, aunque inútil, fue la lucha desarrollada en mi interior, que considero un milagro que no sufriera allí mismo un auténtico síncope. Fui llevado a la funeraria, y allí lavaron mi cuerpo, me vistieron con mi mejor traje e hicieron bromas obscenas sobre el tamaño de mis genitales. Conseguí, finalmente, mover los párpados, ¡y aquellos borrachos incompetentes no se dieron cuenta! Más tarde, tendido en la capilla ardiente y mientras escuchaba los comentarios que sobre mí hacían mi mujer y mis parientes, aquellos hipócritas, me esforcé de nuevo en parpadear. Pero en esta ocasión, no lo conseguí.

Por fortuna para mí, la práctica común entre los ingleses acomodados de embalsamar el cadáver aún no se había puesto de moda en Ingolstadt. Aunque así hubiera sido, mi mujer no lo habría permitido, debido a los gastos. El resultado es que

seguí con vida, aunque en verdad puedo decir que habría preferido que no fuera así. Por supuesto, me deshidraté allí tendido en la capilla ardiente. Doblemente ardiente, de hecho, porque la situación en la que me encontraba sólo podría definirse como la del infierno en la tierra.

¡Querido colega, haga constar en su testamento que es su voluntad que le claven un cuchillo en el corazón antes de que lo entierren! ¡Asegúrese de estar realmente muerto antes de ser enterrado!

Se celebró el funeral —sin duda, usted asistió a él—, y después se cerró el ataúd. A continuación, fui colocado en la tumba. Esperaba una muerte rápida, aunque horrible, cuando se consumiese el aire dentro de mi ataúd. Pero mi casi imperceptible respiración hizo que el oxígeno durara más tiempo. Y luego, cuando estaba ya a punto de perecer, alguien levantó la losa de la tumba.

Ya debe usted de haber adivinado, por mis anteriores observaciones, cuál es el rostro que vi a la luz de la antorcha que llevaba en la mano. ¡El joven Víctor Frankenstein, por supuesto!

Junto a él estaban dos vagabundos con aspecto de facinerosos a los que había prometido unas monedas para que le ayudaran. Me sacaron del ataúd, me envolvieron en un lienzo empapado en aceite que contenía pedazos de hielo, y me colocaron en una carreta. ¡Y todo eso se hizo a la luz del día! Pero mi tumba estaba en un rincón apartado del cementerio, y él tenía una urgencia desesperada.

Cuando retiraron el lienzo, me encontré en una habitación sucia y llena de objetos. Su residencia fuera del campus, supuse. Parecía la típica habitación del estudiante degenerado, salvo por la presencia de grandes cantidades de material científico de alto precio. El habitual hedor de un cuerpo falto de limpieza y del orinal sin vaciar aparecía superado por el olor de carne en putrefacción. No puedo dar detalles de lo que sucedió después debido a mi limitada provisión de papel y a la torpeza cada vez más acusada de los rasgos que traza la criatura que está escribiendo esto. Sus manos están más y más frías, de modo que no puedo entretenerme más. He de comprimir esta increíble historia todo cuanto pueda.

Para ser breve, Frankenstein se atrevió a creer que podía crear un hombre artificial empleando huesos y tejidos muertos, y dar vida al conjunto. ¡Repetiría lo que Dios había hecho primero! ¡El Hombre, el ser creado, se convertiría a su vez en creador! Su criatura no era visible porque estaba en una caja de madera rellena de hielo y algún preservante que había descubierto en el curso de sus investigaciones químicas. Yo creía, y sigo creyendo, que aquel vástago de una familia aristocrática era el colmo de la arrogancia, la estupidez y la vanidad. Pero Dios, por alguna razón desconocida,

había dotado a aquel ser detestable con el genio de Satanás. Aquel jovenzuelo, o bien sabía perfectamente lo que estaba haciendo, o bien tuvo éxito por pura chiripa, que es lo más probable.

¡Sí, tuvo éxito!

Me metió en una caja llena de hielo, me roció con una sustancia que no pude identificar, y luego procedió a abrir mi cráneo. Me desvanecí debido al horror y al dolor, aunque el corte no resultó tan doloroso como yo había imaginado.

Lo que sucedió desde el momento en que empecé a sangrar, lo ignoro. Sólo puedo conjeturar que él supo que yo estaba aún vivo. Pero, en lugar de esforzarse en revivirme, siguió adelante en su blasfemo y criminal propósito. Yo había sabido que me despreciaba, pero nunca llegué a sospechar la inmensidad tanto del odio que sentía hacía mí como de su obsesión incansable y desprovista de todo escrúpulo por un objetivo que sólo un loco ambicionaría e intentaría alcanzar.

Me desperté ya muy avanzada la noche. El choque del rayo atraído de las nubes tormentosas por medio de una larga pértiga había revivificado el cuerpo en el que me encontré a mí mismo. Ese cuerpo vivía, y también su cerebro.

¡Sin embargo, ese cerebro era el mío!

¿Cómo había conseguido aquel estudiante estúpido e inexperto conectar los nervios encefálicos a los demás? Para mí, sigue siendo un misterio. Yo no lo habría conseguido, a pesar de mis profundos conocimientos de anatomía.

A pesar de que se me alaba por mi dominio del lenguaje, no encuentro palabras para describir la sensación de ser sólo un cerebro instalado *in vitro* en un cuerpo ajeno. ¡Y qué cuerpo! Como había de descubrir más tarde, tenía dos metros y cuarenta centímetros de estatura, y era una amalgama disparatada de fragmentos humanos y de animales.

Por supuesto, en el momento de despertar no supe que ya no me encontraba en mi propia envoltura carnal. Pero no tardé mucho tiempo en darme cuenta de mi situación real, cuando el monstruo levantó mis manos. ¡Mis manos! ¡Eran las de un gigante, pero tenían que ser las mías! Lentamente y con torpeza, me levanté de la enorme mesa en la que yo —no, yo no, él— había sido colocado antes de que Frankenstein hiciera descender del cielo el cegador fluido vital. No sólo tenía conciencia de mis propias sensaciones, sino también de las de la criatura. Todo resultaba muy confuso, y siguió siéndolo por algún tiempo, antes de que consiguiera adaptarme a aquella situación innatural.

He dicho que sus sensaciones eran también las mías. Sus pensamientos, débiles y caóticos como eran en aquellos primeros momentos, eran percibidos por mí.

Integrados por mí, sería una descripción más precisa. Y tal vez no debería hablar de pensamientos, en su caso. El monstruo no tenía lenguaje, ni, por consiguiente, palabras con las que pensar. Tenía capacidad para utilizar iconos mentales —supongo que incluso un perro la tiene—, y sus emociones eran bastante parecidas a las humanas. Pero no disponía de ningún almacén de imágenes en su cerebro, que era una auténtica *tabula rasa*. Todas las cosas que veía, olía, tocaba y oía por primera vez, le resultaban nuevas y se veía incapaz de interpretarlas. Incluso la primera ocasión en que le sonaron las tripas, se quedó atónito y asustado, y, si me perdona usted la indelicadeza, sus erecciones matutinas le perturbaban casi tanto como a mí mismo.

¿Cómo puedo expresar de forma comprensible la relación de su cerebro con el mío? En primer lugar, ¿por qué su cerebro había de ser una tablilla en blanco en el momento de revivir? (Era, en realidad, mi cerebro, pero en adelante diré «su cerebro» al referirme a la porción de mi cerebro utilizada por él). Su cerebro debería, al ser revivificado, contener todo lo que había poseído antes de mi muerte. No era así. Algo, bien el choque o bien algún desconocido mecanismo biológico o incluso espiritual, había borrado todas las experiencias anteriores. O bien, había empujado los contenidos a un estrato tan profundo de la conciencia que la criatura no tenía acceso a ellos.

Si una parte del cerebro había quedado lavada hasta aquel punto, ¿por qué otra parte estaba intacta? ¿Por qué mi conciencia había quedado arrinconada en una esquina u oculta debajo de una alfombra? No he encontrado explicación para ese fenómeno. El proceso de creación no debería haber sido como el de Dios cuando creó a Adán, sino como el de Dios resucitando a Adán después de transcurridos sus novecientos treinta años de vida. Adán debería de recordar los acontecimientos de su estancia en la Tierra.

Nuestra conexión mental era, no obstante, de dirección única. Yo era consciente de todo lo que él sentía y pensaba. Por su parte, él era totalmente inconsciente de que una parte de él no era suya. No podía comunicarse conmigo, pese a los esfuerzos que yo hacía para enviarle alguna especie de señales eléctricas. Yo era el pasajero de un carruaje cuyo cochero no sabía nada de caballos ni del camino por el que iba, y también ignoraba por qué estaba sujetando las riendas. Pero a diferencia del viajero del ejemplo, que al menos podría saltar del vehículo, yo me encontraba en una situación de impotencia total. Me encontraba todavía más inerme y frustrado que cuando quedé paralizado por el golpe del primer rayo. También me sentía más asustado y desesperado que cuando me encontré en «coma». Aquélla era una

situación natural y no insólita. Ésta era innatural y única.

Veía a través de los ojos del monstruo. Por cierto, estaban afectados de presbicia. Frankenstein había elegido de forma chapucera los órganos de la vista como casi todo lo demás, a pesar de que deseaba crear un ser humano perfecto. ¿Por qué, en el nombre de Dios y de todos sus ángeles, fabricó Frankenstein un ser de más de dos metros de estatura? ¿Era ésa su idea de un ser humano que no destacara en medio de una multitud?

Como he dicho, yo veía a través de los ojos de aquella blasfemia hecha carne. A pesar de que necesitaban gafas para leer, sus defectos no eran responsables de la peculiaridad de mi forma de visión. Yo veía como si estuviera atisbando por un telescopio puesto del revés. Lo que la criatura veía, supongo yo, de tamaño normal, yo lo veía a escala reducida. Además, las imágenes que yo recibía parecían vistas por el lado contrario de un telescopio sumergido bajo la superficie de un estanque de agua clara. La intersección del instrumento y el fluido creaba una imagen peculiar y algo borrosa.

La distorsión afectaba también a mi oído. De modo que la construcción de los ojos no era la causa de ese irritante fenómeno. La culpa debió de ser de la construcción del cerebro o, tal vez, de una conexión defectuosa entre él y yo, que interfería la recepción correcta por mi parte. O tal vez se trataba de la forma en que la criatura veía y oía.

¡Buen Dios, cómo estoy divagando! Sé que tanto mi tiempo como la cantidad de papel son muy limitados. Uno de los dos elementos puede acabarse antes que el otro. Y sin embargo yo, famoso por la claridad, concisión y absoluta relevancia de los temas de mis lecciones a los ignorantes, apáticos y estultos estudiantes de nuestra universidad, estoy actuando de forma tan estúpida y charlatana como cada uno de los cien pasajeros de *La nave de los locos* de Sebastian Brant. Perdóneme. Tengo aún muchas observaciones que hacer para que pueda usted comprender la historia de Frankenstein, de su monstruo y de mí mismo.

Precisamente ahora el monstruo, a pesar de mi apremio, ha dejado de obedecer a mi dictado mental. No es el frío que hace en esta choza lo que provoca su debilidad, sino el dedo helado de la muerte que le atenaza a él, y por consiguiente también a mí. Debo apresurarme, debo comprimir. Sin embargo, como puede usted comprobar, no estaría leyendo estas líneas si yo no hubiera conseguido reactivarlo y hacerle continuar la tarea que le he asignado sin que él tenga conciencia de lo que hace ni de la razón por la que lo hace.

Se está cayendo a pedazos, literalmente. Estoy convencido de que le habría ocurrido mucho antes si Frankenstein, esa funesta combinación de loco y de genio, no

le hubiera inyectado alguna sustancia química para impedir que sus órganos, tomados de individuos e incluso de especies distintos, tuvieran reacciones de rechazo recíproco. Sin embargo, las sustancias utilizadas deben haber perdido eficacia a estas alturas.

Ayer, se le cayó la oreja derecha. El día antes, la pierna izquierda empezó a hincharse, y está tomando un color negruzco. Hace una semana, vomitó toda la carne de oso polar y la grasa de foca que han sido los principales ingredientes de su —nuestra— dieta. Desde entonces ha sido incapaz de digerir la menor pizca de comida. La mayor parte de sus dientes están podridos.

Esperemos que consiga seguir utilizándolo hasta que pueda entregar esta carta al mensajero.

Aquel irresponsable sin remedio que era Frankenstein quedó tan horrorizado cuando su creación adquirió vida, que huyó dejando al monstruo, tan inocente como un niño y con su misma capacidad para el bien o para el mal, entregado únicamente a sus propias capacidades.

Yo no podía hacer otra cosa que seguir al monstruo en sus patéticos esfuerzos por comprender el mundo al que se había visto arrojado sin participación de su voluntad. Ninguno de nosotros, claro está, hemos dado nuestra opinión al entrar a formar parte de este universo duro e indiferente. Pero la mayor parte de los recién nacidos cuentan con alguna persona que atiende a sus necesidades y les da amor y educación. La criatura era, de entre toda la humanidad —y era humana a pesar de sus propias dudas y de las de su creador al respecto—, la más abandonada de todas. Aunque yo le odié al principio, con el tiempo llegué a simpatizar con él e incluso a identificarme con sus sentimientos. ¿Por qué no? ¿No es él yo mismo y no soy yo él? Resumo. En la medida en que el final de su —nuestra— vida se aproxima, es preciso apresurar el final de esta carta.

No hay tiempo para detalles, a pesar de los muchos que necesitaría para explicar y hacer comprender todo.

La criatura huyó de Ingolstadt y se refugió en los bosques de las montañas cercanas. Aprendió muchas cosas respecto de sí mismo, del mundo y de los habitantes de aquellos lugares. Ansiaba ser aceptado y amado, pero no consiguió ni una cosa ni la otra. Aprendió a encender fuego y a utilizarlo. Se acercó a una aldea en son de paz y fue recibido con una lluvia de piedras. Se refugió en unas dependencias deshabitadas de una alquería y espió a los propietarios, en tiempos aristócratas franceses ricos, que hubieron de exiliarse y ahora vivían pobremente.

Escuchándolos desde su escondite aprendió a hablar francés. En parte, aquello fue

obra mía. Yo había conseguido a aquellas alturas enviarle algunos mensajes de los que no era consciente. No se *trataba* de órdenes que él obedeciera, ni de nada que le permitiera descubrir mi presencia, pero la información almacenada en mi cerebro, que incluía excelentes conocimientos de francés, fue impregnándolo.

(Dicho sea de forma incidental, he descubierto muchos detalles íntimos acerca de las estructuras eléctricas, químicas y neurológicas y de las funciones del cerebro humano. Por desgracia, no tengo tiempo para transmitir esa información sorprendente y vital, que habría elevado nuestro conocimiento del cerebro al nivel que imagino alcanzarán los ciudadanos del siglo veinte. Pero no quiero dejar de informarle de que explorar la organización, en forma de árbol, de los nervios supone una auténtica delicia. Mis viajes arriba y abajo por sus troncos, ramas y bifurcaciones han sido la única alegría que me ha sido dada durante mi prisión en el cuerpo del monstruo. Yo era, en cierto sentido, un gran mono que saltaba de una a otra rama de la ordenada jungla del sistema nervioso, y cada desplazamiento me enseñaba nuevas cosas. Descubrí que el nervio esplácnico es en realidad tres nervios, y que los tres controlan de distintas maneras las funciones de las vísceras. Yo les llamo Mayor, Menor y Ultimo. Me gusta en especial el nervio esplácnico Ultimo, un transmisor modesto, sin pretensiones, y sin embargo rozagante, que produce un efecto inesperado, una difusa sensación de bienestar).

La criatura —nunca tuvo un nombre, carencia que disminuyó en gran manera su autoestimación, pero alimentó en la misma medida su furia y su deseo de venganza; no tiene usted idea de los efectos que produce en un ser humano el no tener nombre — se dio finalmente a conocer a los habitantes de la alquería. Esperaba compasión de ellos, pero sólo encontró repulsión y horror. Los habitantes huyeron. Él incendió la casa y luego vagó sin propósito por los alrededores. Salvó a una niña de ahogarse y recibió una herida de bala por su heroico comportamiento. La ingratitud intensificó su dolor y su rabia, como era de prever. Entonces se dirigió a Ginebra, la ciudad natal de Frankenstein.

Allí mató al hermano de Victor, el niño William. Le grité que no lo hiciera, en la medida en que puede hablarse de gritos en un ser que carece de voz. No sirvió de nada. Las manos del monstruo —mis manos— arrebataron la vida al pequeño.

Aquella cosa fabricada por el hombre encontró a su creador y le hizo prometer que fabricaría una mujer para él. Victor fue a las islas Oreadas y cumplió su promesa. Pero disgustado y afectado por el *Weltschmerz* —la angustia romántica por el mundo, que también afligía al monstruo—, Victor destruyó a la criatura hembra, que era tan grande y fea como el varón.

¡Qué catálogo de horrores! La criatura, enfurecida, mató a Henri Clerval, el mejor amigo de Victor. Violó y asesinó a la esposa de Victor en su noche de bodas. Y después de tan odiosa fechoría, decidió que el mal se convertiría en adelante en su norma de conducta. Era sincero cuando lo dijo. Pero las palabras no eran originales de él, por más que en su espíritu sí lo fueran. Están en un verso del parlamento del desafío de Satanás, en el *Paraíso perdido* de Milton: «Mal, sé mi bien».

Sí, el monstruo *había* leído aquella noble obra, que contiene, como usted bien sabe, algunos de los más excelsos fragmentos poéticos que se conocen. No obstante, también contiene pasajes aburridos cuya sequedad se acrecienta por lo intolerable de su extensión. El lector se siente como el viajero sediento perdido en un Sahara de pentámetros yámbicos.

Yo fui el actor involuntario de una tragedia real, no miltoniana. No puede usted imaginar la angustia y la vergüenza que experimenté mientras el monstruo perpetraba su ritual de lujuria y muerte en la persona de Elizabeth, la novia de Frankenstein. Y sin embargo, debo confesar que compartí el éxtasis de su orgasmo; pero inmediatamente después de pasado el placer, me odié a mí mismo. Frankenstein, luego de pasar algún tiempo recluido porque después de la muerte de su padre se volvió temporalmente.

—¿Temporalmente? —loco, empezó a perseguir a su creación, decidido a darle muerte. Transcurrido mucho tiempo y no pocas vicisitudes, tanto Frankenstein como su criatura se encontraron en el Ártico, viajando en trineos tirados por perros. Victor enfermó gravemente, pero pudo encontrar refugio en un barco atrapado en los hielos. Después de contar su historia a un inglés que viajaba en el barco, murió.

Mientras tanto, la banquisa se quebró, dejando libre el paso a climas más cálidos. Pero el monstruo llegó a bordo justamente después de la muerte de su creador. Le afectaban ya los remordimientos de conciencia, tal vez porque percibía débilmente mis propias reacciones ante sus satánicas fechorías (aunque me sentía tan ansioso como él mismo por matar a Victor), y por esa razón, a través de intrincadas vías, empezaba a mostrar síntomas de arrepentimiento.

No me parece que tuviera suficientes razones por ello para decidir darse muerte a sí mismo. Era con diferencia el más agraviado de los dos. ¿Qué esperaba Frankenstein? ¿Que la criatura, como un buen cristiano, pusiera la otra mejilla? No había recibido instrucción religiosa y, en cualquier caso, ¿cuántos cristianos habrían perdonado ofensas tan graves como las que se le habían infligido?

En realidad, el hecho de que el monstruo tuviera una conciencia tan tierna y tan rigurosamente ética dice mucho en favor de su innata bondad.

Pero también podría ser que mis incitaciones mentales, por minúscula que fuera

su voz, ya entonces influyeran en él. Yo me esforcé en intentar que se diera muerte a sí mismo, por su bien y también, he de admitirlo, por el mío. ¡Qué vida tan miserable he llevado! He pasado hambre y frío a su lado, he sido golpeado con él, y con él he sufrido ataques de furia y de deseo de venganza. Quería poner fin a nuestras vidas; de hecho, a nuestra vida única y compartida.

El suicidio es uno de los pecados que no tienen perdón. Pero yo no iba a matarme mediante una acción directa mía. Quien lo haría iba a ser aquella miserable criatura innatural sin nombre. Mis manos estarían limpias; él ensuciaría las suyas. Pero no ardería en el infierno por esa culpa, porque no tenía alma. Ni ardería yo. Ya había muerto una vez y debería estar en el cielo. En cambio Frankenstein, aquella falsa encarnación del Archidemonio, me había devuelto a la vida. Por su crimen blasfemo, Frankenstein permanecería para siempre, después de la muerte, como una de las sombras de la llanura de arenas ardientes situada en el séptimo círculo del Infierno. Allí caería sobre él una eterna lluvia de fuego. Allí, según el gran poeta italiano Dante, se encuentran los blasfemos y los sodomitas, los culpables de violencia contra Dios, que es el pecado en que sin la menor duda había incurrido Frankenstein. También están allí los usureros, es decir, los culpables de violencia contra el Arte. Frankenstein también forma parte de sus filas. Violó el Arte de Dios al fabricar el monstruo. ¡Triplemente maldito y triplemente torturado!

Su monstruo le perdonó al fin, pero yo no puedo hacer lo mismo. Eso quiere decir que el monstruo es mejor cristiano que yo. He aquí una cuestión teológica y filosófica para usted, colega. ¿Significa eso que Dios dotó al monstruo de un alma? Y si Él efectivamente obró así, ¿a quién pertenece el cerebro de esa alma? Mi cerebro es el suyo, y siempre los dos han sido uno. Las implicaciones de una cuestión así son abrumadoras. Un concilio entero de santos Aquinates podría estar discutiendo ese solo problema durante eones.

Para resumir. La criatura —y yo mismo— dijimos al inglés del barco donde murió Frankenstein que debía erigir una pira funeraria y hacerlo arder en ella hasta que su aborrecible cuerpo quedara reducido a cenizas. Por supuesto, usted encontrará ridícula nuestra petición. ¿Dónde, en este desierto helado del Ártico, podíamos encontrar una simple ramita de madera combustible?

Más tarde, el monstruo saltó a un enorme iceberg y flotó con él a la deriva. Durante el tiempo transcurrido hasta que la isla de hielo llegó a tierra firme, conseguí por fin establecer comunicación con la otra parte de mi cerebro. Era una comunicación de dirección única, es decir que yo podía impartir en él algunas sugerencias u órdenes mentales, pero él no era consciente de mi presencia ni de la

existencia de la orden. No sé cómo pude conseguirlo al fin. Creo que la razón era la debilidad de su estado físico y el marchitamiento de su cuerpo, que me permitió superar el obstáculo previamente existente, fuera éste de la naturaleza que fuera.

Él —nosotros— erró por aquella región cubierta de nieve y hielos, hasta llegar a esta remota aldea, habitada por algunos miserables nativos. Aquí recibimos alimento, bastante repugnante pero nutritivo, y un refugio que apenas si merece el nombre de tal. Ahora puedo transmitir mis instrucciones, aunque en el camino quedan distorsionadas como si se tratara de banderas manejadas por un señalizador borracho. Sin duda, ello se debe al rápido deterioro sufrido por el sistema nervioso del monstruo. Por supuesto, ese deterioro también me afecta a mí, y posiblemente alguna culpa de las distorsiones se deba a mi forma de transmitir.

El principal problema es que, cuanto más débil y desorganizado está el cerebro de la criatura, más fácil me resulta a mí influir en él, pero al mismo tiempo esa remoción de obstáculos disminuye la eficiencia del monstruo en la plasmación de mis mensajes.

Para expresarlo en términos coloquiales, has de pagar por lo que recibes. O dicho de otra manera, cuanto más avanzas en la solución de un problema, más problemas nuevos encuentras.

En realidad no puedo ver hasta qué punto la escritura resulta legible. Los objetos que veo a través de sus ojos se han ido haciendo más y más pequeños. Y el velo acuoso parece tener ahora miles de partículas flotantes. Van haciéndose más y más numerosas. A no mucho tardar se convertirán en una cortina ms o mnos slida.

Temo ha Ueg… es el fin… Dos perdene… montruo. A mí tambn… perdne a su creat… Farknesten… Dos… no Dos… dcir, Dios… purdnar… nordepar… pardin… predon… denoprar tdo… misralbe… humno tamben… predon… todo… Ds… Dios… me denopre.

UN ESCRITO DE *HABEAS CORPUS*

CHELSEA QUINN YARBRO



Le resultaba difícil manejar la barra de colorear. Sus dedos gruesos y anchos eran tan torpes que sólo conseguía garabatear unas docenas de palabras en cada página.

Había pedido una pluma, pero no se la dieron como era de esperar.

Los demás hombres de la prisión psiquiátrica procuraban evitarlo, a excepción de Rowell, que presumía de que nada era capaz de asustarle. De tanto en tanto, se acercaba contoneándose al hombre alto y le dirigía una mirada dura; lo hizo ahora, consciente de que varios presos le estaban observando.

—¿Qué estás haciendo, Frank? —preguntó Rowell, mientras Frank se encogía de hombros, sin dejar de sostener la barra—. ¿Un dibujo? ¿Qué clase de dibujo?

—Escribo una carta —dijo Frank, pronunciando cada palabra con lentitud y precisión, en el tono pausado de alguien que se está recuperando de un ataque al corazón. Cuando estaba ocupado en una tarea distinta, hablar le resultaba especialmente dificultoso.

—Hum —dijo Rowell, intentando leer las letras rojas impresas en el papel amarillento—. ¿Y a quién?

—A un abogado —contestó Frank. Se inclinó sobre la mesa y tuvo la satisfacción de ver cómo Rowell retrocedía un paso.

—Otro intento para salir de aquí —comentó Rowell con aplomo—. Muchacho, nunca te dejarán largarte. Nunca pasa nada por el estilo. Entérate. Fuera, piensan que estás muerto. Nadie sabe que estás vivo, y eso es lo que ellos quieren. Te quieren aquí para siempre.

Sonrió con una mueca deslumbrante de maníaco, y golpeó la mesa con su puño:

—¡Entérate!

—Déjame solo, Rowell —contestó Frank con paciencia, esforzándose para escribir la palabra «simpatizará» en una sola línea. La «z» se le resistía, y sacó la punta de la lengua con el entrecejo lleno de concentración.

—Eres un monstruo, eso es lo que eres. Te crees un genio pero eres un monstruo. ¡El Monstruo Frank, eso es! —Dio otro puñetazo en la mesa y se retiró apresuradamente como si esperara ser atrapado y castigado por su audacia—. ¡Monstruo!

—Probablemente tienes razón —contestó Frank, y volvió a concentrarse en su carta. Había escrito ya cinco páginas, y probablemente necesitaría cinco más, pero eso no le desanimaba. Había aprendido que la constancia da sus frutos; continuó con su tarea.

Cuando hubo acabado, cuatro horas después, releyó el resultado de sus esfuerzos:

«Querido señor Gregory Hartford:

»Por favor, disculpe el aspecto de estas líneas y présteme atención. Estoy en la sección psiquiátrica de la prisión estatal de Senzano y no se me permite utilizar plumas, lápices ni máquinas de escribir, y sufro de cierta torpeza relacionada con mi condición.

»Le quedaría muy agradecido si tuviera la amabilidad de hacer que revisen mi caso. No tengo dinero y es bien poco lo que puedo ofrecerle en concepto de honorarios. Pero creo que mi caso es lo bastante insólito para decidirle a usted a aceptarlo, por la notoriedad que podrá proporcionarle.

»Creo que podrá usted obtener el expediente de mi anterior juicio, si desea revisarlo antes de hablar conmigo. Después de haberlo examinado, estoy seguro de que simpatizará con mi situación y tendrá a bien redactar un escrito de babeas Corpus referente a mi persona. Como descubrirá usted en mi expediente, existen argumentos jurídicos suficientes para una solicitud de ese género.

»Con independencia de cuál sea su decisión definitiva, señor Hartford, quiero agradecerle su atención.

»Sinceramente,

»n.° 5598735-PS14 Frank Einstein

El médico del turno de noche tendió un sobre a Frank y le dio también el sello del franqueo.

—Buena suerte —le dijo, de forma rutinaria. Era la decimoquinta carta que escribía el preso n.° 5598735-PS14, y hasta el momento no había habido ninguna respuesta; ni se esperaba que la hubiera. El preso n.° 5598735-PS14 era uno de esos internos invisibles que no tenían familia, ni visitas, ni contacto con el mundo exterior, a excepción de lo que veían en las noticias televisadas de la noche.

—Gracias —dijo Frank, y cruzó la sala de recreo, de vuelta hacia su celda. Algunos de los otros estaban viendo la televisión, pero a Frank no le atraía la vida social y no estaba dispuesto a ver *La diligencia* por quinta vez. Las viejas películas le interesaban poco; le recordaban demasiadas cosas de su pasado.

La carta fue una sorpresa, tanto para Frank como para el guardián que se la llevó. Gregory Hartford había contestado con una celeridad tan sospechosa como gratificante. Frank abrió el sobre atenazado por un mar de dudas.

«Querido señor Einstein:

»Su carta me sorprendió, porque me habían informado de que usted había muerto mucho tiempo atrás. Sí, conozco su caso y creo que disponemos de un enfoque válido para resolver su problema. No me cabe duda de que tiene usted razón al calificar su situación de legalmente insólita.

»Tal vez sepa usted ya que mi tío-abuelo era Spencer Daré; él siguió su caso con enorme interés, interés que he llegado a compartir. Le habría gustado saber que una persona de la familia está actuando en su favor.

»Estoy tomando disposiciones con el fin de poder visitarle el mes próximo. Espero que le agrade saberlo.

»Sinceramente,

»Gregory S. Hartford

Frank leyó tres veces la carta antes de empezar a creérsela, e incluso cuando su incredulidad desapareció, todavía no alcanzaba a asimilar lo que había ocurrido. Alguien estaba realmente dispuesto a conseguir que se revisara su caso; Gregory Spencer Hartford se disponía a visitarle. En todo el tiempo que llevaba encerrado, nunca se sintió tan justificado como aquella tarde.

Fue a ponerse su inyección semanal, que se suponía que debía mantenerle en calma, por más que tanto él mismo como el médico jefe del servicio sabían que no le producía el menor efecto.

—Acabemos con eso —dijo al doctor, y luego dejó asombrado a aquel hombre y a sí mismo, contándole la respuesta que había tenido su carta.

—Bueno, supongo que debes sentirte como unas pascuas —comentó Doc Reginald cuando Frank acabó de hablar.

—No sé cómo me siento. De verdad, Doc. Todas las demás cartas…, nada. No esperaba una cosa así —contestó Frank, mientras observaba cómo se hundía la aguja de la jeringuilla en su brazo, justamente por encima de la cicatriz—. Me hará falta algún tiempo para acostumbrarme.

—Supongo que sí —dijo Doc Reginald.

—No quiero hacerme ilusiones —añadió Frank, anticipándose a la advertencia.

—Aborrezco decir una cosa así, pero es mucho mejor no hacérselas, Frank. Supongo que es duro de aceptar —palmeó el enorme hombro de Frank—. La mayor parte del tiempo te has comportado con mucha sensatez. No lo estropees ahora. Frank hizo un desacostumbrado gesto de asentimiento, y luego dijo:

—Pero es la primera noticia estimulante que he recibido. Eso es importante, ¿no?

Doc Reginald pensó un rato la respuesta.

—Los estímulos son una cosa buena, siempre que no te dejes enganchar por ellos. Has estado aquí dentro mucho tiempo, y salir no resulta fácil después de un período de encierro tan largo. Eso es lo que tienes que vigilar: no esperar demasiado en lo que encontrarás fuera.

—¿De esa forma no quedaré desilusionado? —dijo Frank, y asintió antes de que Doc Reginald contestara.

Gregory Hartford era un hombre pequeño y nervioso, incapaz de mantener el trasero pegado a una silla más de tres segundos. Paseó por la sala de visitantes mientras esperaba a Frank Einstein, con sus ojos verdosos iluminados por el fuego de la determinación.

Por una vez se le presentaba un desafío real, algo en lo que podía hincar el diente; a sus treinta y seis años, estaba dispuesto a recoger el guante, y ansioso por hacerlo. Y además se trataba de un caso que había seguido el tío-abuelo Spencer. El tío-abuelo Spencer había dicho que el caso Einstein había constituido un grave error de la justicia, y que la película no había ayudado nada. Frank Einstein nunca debió ser considerado responsable de lo que había hecho su hermano. Hartford casi se frotó las manos de anticipación. ¿Podía haber algo mejor que eso? Se volvió bruscamente en el momento en que Frank era introducido en la severa y tenebrosa sala de visitas.

—¿Señor Hartford? —dijo Frank, tendiendo su enorme manaza.

Aunque Hartford creía estar preparado para ese momento, tragó saliva al ver a Frank Einstein. No había tenido en cuenta la estatura de aquel hombre, ni lo crudo de sus cicatrices. La que cruzaba de lado a lado su frente era probablemente la peor de todas, pensó Hartford, incapaz de apartar la vista de ella. Era ancha y blanca, y las señales de la sutura formaban a los lados una línea de profundos frunces. No era extraño que la identificación por testigos no hubiera dejado el menor resquicio a la duda. Aquel rostro era de los que seguían apareciendo durante años en las pesadillas.
—Señor…, señor Einstein —dijo, disimulando la aprensión que le producía la presión de aquella mano.

—Le estoy muy agradecido por el hecho de haber venido —dijo Frank dando un paso atrás. Había visto antes aquella expresión, y sabía que era conveniente poner alguna distancia entre Hartford y su propia persona.

—Sí. Bien. Encantado de hacerlo. Se trata de un caso interesante; y bien puede decirse que sin precedentes. —Echó una discreta ojeada a la puerta, y luego se forzó a sí mismo a mirar de nuevo a Frank. Sus diez años de práctica forense le ayudaron a mantener firme la voz mientras observaba al hombre que deseaba ser su cliente—. Sí, muy interesante.

—Ha leído usted los expedientes, entonces —dijo Frank, que escogió para sentarse la única silla de madera existente en la habitación; las de plástico con patas metálicas no parecían lo bastante sólidas para aguantar su peso.

—La mayor parte. He leído los informes del arresto y las diferentes evaluaciones psiquiátricas, además de la cobertura de la prensa en la época de los…, ah…,

acontecimientos —señaló su portafolios—. He traído más material. He seleccionado lo básico, por supuesto: la trascripción del juicio, los cargos que se presentaron, todo eso.

—Bien —dijo Frank, enlazando las manos—. Eso quiere decir que conoce usted los asesinatos, ¿no es así? —No esperó la respuesta—. Se supone que yo maté a Víctor y a aquella niña del lago, al menos según los cargos que se me imputaron.

—Los informes del arresto son muy detallados. El caso contra usted resulta definitivo, hasta donde es posible establecerlo.

—Hasta donde es posible establecerlo. Ése es el problema. Ya ve, sé que yo estaba allí, pero la verdad es que no conservo ningún recuerdo concreto. Es casi como si le hubiera ocurrido a alguna otra persona. Eso es lo que me preocupa, que parecía tratarse de algún otro. De alguna manera, supongo que fui yo quien hizo todas esas cosas. Mis manos recuerdan haber rodeado la garganta de Victor. Pero… —Alzó una mano y señaló la terrible cicatriz de su frente—. Esto supone una diferencia, ¿no le parece? El cerebro y las manos, quiero decir. ¿No puede hablarse de capacidad disminuida, si no es tu propio cerebro?

—Eso habrá de decidirlo el jurado, si podemos conseguir un nuevo juicio. —Se obligó a sí mismo a mirar las cicatrices sin estremecerse—. Fue Victor quien le hizo eso, ¿no es cierto? —preguntó Hartford, obligándose a mostrar simpatía por aquella figura grotesca.

—Oh, sí, soy su… hijo mental. —No había ninguna alegría en la tensa sonrisa que acompañó aquella observación irónica.

—No hubo ninguna cuestión de complicidad, ¿verdad? No formó usted parte de una conspiración. No lo planeó de antemano. Usted no sabía que él iba a hacerle una cosa así.

Se cruzó de brazos, pero los descruzó rápidamente por miedo a que su actitud pareciera amenazadora. No quería hacer nada que pudiera ser interpretado como un desafío, no ante alguien que tenía *aquel* aspecto.

—No, no lo sabía. O creo que no lo sabía. Tal vez accedió alguna parte de mí, pero no mi mente. Y quiero decir *mi* mente, no el cerebro que tengo ahora. Nunca supe lo que él pretendía hacer, de eso estoy seguro. Y tampoco creo que a él le preocupara el que yo estuviera o no de acuerdo. Yo era un animal de laboratorio para Víctor, su experimento —suspiró—. Algunas personas infectan de ántrax a los animales de laboratorio. Victor me infectó de vida. Y lo hizo por medio de este cerebro y de aquella máquina suya.

—No es su propio cerebro, ¿verdad? —reprimió el súbito impulso de soltar la

carcajada al hacer una pregunta tan extraña—. ¿O sí lo es?

—Tanto como lo son mis manos, supongo —contestó Frank—. Ni la una ni la otra cosa son aquéllas con las que nací.

Hartford se dejó caer en una silla y consiguió dirigir a Frank una mirada tan fija que parecía tallada en granito.

—Sin su permiso.

Se levantó y empezó a caminar en círculo en la parte de la sala más alejada del lugar donde estaba sentado Frank.

—¿Qué permiso podía necesitar? ¿Cómo puede nadie pedir permiso para una cosa así? Desde luego, yo me habría negado si él me hubiera preguntado. No puedo recordarlo, pero sé que nunca habría consentido en algo de ese género. ¿Quién lo haría? Nunca preguntó nada sobre el cerebro que me colocó, de eso estoy completamente seguro. Él estaba absorto en su experimento, ¿no lo entiende? El resto no tenía ninguna importancia. Lo primero, por encima de todo, era su experimento. —No hizo ningún esfuerzo por disimular la profunda amargura que sentía al hablar de aquel tema. —¿De modo que lo exhumó a usted sin su permiso? —insistió Hartford —. ¿La…, la mayor parte de usted?

—Así se lo conté a la policía. Se lo dije al juez durante la vista. Nunca encontraron nada que demostrara que yo había sido su cómplice en ese asunto, ni en mis declaraciones ni en los papeles de Victor. Todo eso consta en el expediente. —Se miró las puntas de los zapatos—. Procuré contarlo todo, pero me temo que no lo hice demasiado bien. Me parece que no me creyeron hasta que encontraron las anotaciones de laboratorio de Victor.

—Cuéntemelo. —Hartford ponía un gran énfasis en cada palabra—. Cuéntemelo todo. Empiece desde el principio.

—¿Otra vez? —preguntó Frank. Miró dubitativamente a Hartford, y éste asintió con un enérgico gesto de la cabeza—. De acuerdo, otra vez —hizo una pausa mientras retornaba con su mente (si era realmente suya) al pasado—. Mi hermano, el doctor Victor Frankenstein, me formó a partir de…, trozos de tejido y de órganos. Me llamó Frank Einstein como un chiste, supongo. Einstein por el genio, y Frank para no tenerse que acordar de mi nombre. Ésos son datos aceptados incluso por la policía. El psiquiatra que me examinó quedó muy confuso con respecto a mi identidad. No estaba seguro de qué partes de mí eran mías, ni de quién era yo. La única posible respuesta está en que la mayor parte de mi cuerpo fue exhumada del ataúd en el que reposaba el hermano de Victor.

—¿Y usted cree ser su *hermano*? ¿Después de todo lo que le hizo? —preguntó

Hartford.

—Desde el cuello hasta las rodillas y las muñecas, lo soy. Las manos, las piernas y los pies, y la cabeza, pertenecen a otras personas.

—Buen Dios —dijo Hartford—. Nadie mencionó el hecho de que usted fuera su hermano.

—Sólo parcialmente hermano —le corrigió Frank—. El tribunal pidió que no constara esa información. La consideraba demasiado perturbadora para el caso y para el propio juicio. Dijeron que la prensa le daría una resonancia excesiva, y que la circunstancia resultaría perjudicial a la larga. —Miró a Hartford—. Supongo que lo suprimieron también en el expediente del caso.

—No he encontrado ninguna mención específica —contestó cautamente Hartford, reacio a acusar a las autoridades de tergiversar deliberadamente los hechos—. Tal vez consta en algún documento que no he revisado todavía.

—¿Representa alguna diferencia? —dijo Frank encogiéndose de hombros—. No sé lo que esperaba Victor. Yo no habría aceptado, y de hacerlo, no con el cerebro de Sacton. Tampoco Sacton supo nunca una palabra del asunto. —Reprimió un suspiro —. Descubrí lo de Sacton hace pocos años. Supongo que ellos ocultaron también todo lo referente a él.

—No puede culparles por ello. El cerebro de Elihu Sacton. No me extraña que haya tenido usted problemas. —Hartford paseaba de nuevo, siempre manteniéndose a prudente distancia de Frank—. ¿Cuántas personalidades cree que tenía?

—Una docena más o menos —contestó Frank en tono paciente—. Yo no las he advertido, pero en ocasiones tengo la sensación de que una o dos andan rondándome.

—¿Por qué lo cree? —preguntó Hartford. A pesar de sus buenas intenciones, se sentía fascinado.

—Bueno, mi memoria tiene lagunas —abordó el tema con precaución—. Sé que estas manos estrangularon a Victor, pero no estoy seguro de si lo hicieron las manos, o bien una de esas otras personalidades del cerebro de Sacton. ¿Qué parte de mí es responsable de lo que ocurrió? No he descubierto de quién eran estas manos. Debió de ser un enorme hijo de perra, a juzgar por su tamaño.

—Eso responde a la pregunta sobre Victor. —Hartford hizo una pequeña pausa—. Y sobre la niña. ¿Recuerda usted algo respecto a ella?

Frank sacudió la cabeza, al tiempo que miraba a Hartford a los ojos.

—Creo que puedo recordar habérmela encontrado, pero… es algo borroso. Me parece que ella pudo darme una flor. En cualquier caso, conservo la imagen de una niña pequeña con una flor. Del resto…, no sé nada.

—Fue golpeada y ahogada —dijo Hartford con deliberada brutalidad.

—Lo sé. Se explicó todo en el juicio. Fue horrible. —Bajó la vista hacia sus enormes manos—. Supongo que pude haberlo hecho yo. Dios sabe que tengo la fuerza suficiente para haberlo hecho. Pero no me considero capaz de hacer una cosa así, no tal y como soy ahora. No puedo responder por cómo era entonces, ni por el cerebro que lo hizo. —Era el cerebro que está ahora en su cráneo, ¿no? —El tono era el de una acusación.

—Sí, pero ahora no es como era antes. Con los años me he ido… integrando mejor. He aprendido a hablar otra vez. Sigo sintiéndome… ajeno, pero no internamente hostil, de la forma que me ocurría al principio cuando todas estas… estas partes —mostró las manos como ejemplo— no se compenetraban entre ellas.

Hartford se detuvo unos instantes, y luego reemprendió sus paseos.

—Pero tiene usted razones para pensar que no fue técnicamente responsable de aquellos crímenes.

—Bueno, creo que el cuerpo no lo es. —Seguía con los ojos a Hartford—. Pudieron serlo las manos, pero yo sospecho más bien del cerebro. Ahora es distinto.

—¿Está seguro de eso? ¿Puede garantizarse a sí mismo que nunca volverá a matar?

—El cerebro de Sacton puede querer volver a hacerlo, pero el cuerpo no. Ahora hemos conseguido un equilibrio mejor. Yo no soy Elihu Sacton, ni ninguna de sus personalidades. Y en un sentido muy real, no lo fui nunca.

—El cerebro de Elihu Sacton —dijo Hartford, a fin de asegurarse.

—Sí. Por lo menos en él hay algunos rastros de sus distintas personalidades. Tres de ellas eran…, y todavía pueden seguir siendo homicidas. Ése sería el argumento ahora, ¿no? Creo que el tribunal podría determinar que él sigue siendo capaz de matar, ¿no es así? —intentó sonreír, pero su boca no acababa de dibujar bien el gesto.

—Así consta en el expediente —contestó Hartford con extraordinaria cautela—. Su caso fue uno de los primeros. No sabemos cómo se evaluarían ahora algunos de los resultados que aparecen allí: entonces la metodología no era demasiado precisa, y ahora…

—Ahora ya no es posible intentarlo, ¿no es eso? —preguntó Frank en voz baja.

Hartford hizo una pausa, y luego sacudió la cabeza:

—No, me temo que no.

Doc Reginald frunció el entrecejo al ver los resultados del test. —Lo siento, Frank,

pero no son concluyentes. No sé lo quehacer con ellos, ésa es la verdad—. Miró a su paciente, sujeto a la plataforma del escáner, y observó de nuevo las líneas trazadas por la máquina. —El problema es hasta qué punto la interferencia se debe al trasplante de cerebro, y en qué medida es el eco de una personalidad múltiple. No sé si conseguiremos diferenciar una cosa de la otra.

Frank cerró los ojos, resignado.

—¿Ha observado usted algo que no debería estar ahí, algo… extraño?

—Oh, sí, en cierta medida está claro que el cerebro no tiene un comportamiento normal. Hay líneas que nunca había visto antes, y cualquiera sabe lo que pueden significar. —Doc Reginald palmeó el hombro de Frank—. Le pasaré los resultados al fiscal, por supuesto, pero que me condenen si sé lo que decidirá respecto de tu *babeas Corpus*.

—Bueno, no sé gran cosa sobre mí mismo —dijo Frank, esforzándose por mostrarse optimista—. ¿Va usted a hacer más pruebas, o hemos acabado?

—Será mejor que tomemos otra serie, para compararla con las dos primeras. No tenemos aún una buena muestra de las variaciones. De una a otra se dan muchas irregularidades. —Empuñó la palanca de la puesta en marcha—. No te importa volver a empezar, ¿verdad?

—En realidad, no —contestó Frank, aunque le hacía sufrir la estrechez de la plataforma del escáner—. Acabemos de una vez con eso.

—Tienes razón —dijo Doc Reginald, y se preparó para empezar una nueva serie de pruebas.

Gregory Hartford se absorbió en la lectura de los resultados y garabateó notas en los márgenes del análisis que le había tendido Doc Reginald. Apenas prestó atención a Frank, que estaba sentado a la otra punta de la desvencijada mesa, esperando sus preguntas.

—No me llevará mucho tiempo. Lamento hacerle esperar.

—No me esperan en ningún otro sitio —replicó Frank en tono suave. El día anterior había llegado un nuevo interno, y Frank quería mantenerse alejado de él, porque sabía que muchos de los demás presos lo señalaban a los novatos como el terror de la institución. Por mucho que intentara mantener su impasibilidad, aquello siempre le azoraba. —Doc Reginald se ha ofrecido como testigo en favor suyo, ¿lo sabía? —dijo Hartford mientras doblaba cuidadosamente los tests y los introducía en una carpeta especial.

—No me lo había dicho, no —contestó Frank—. Es muy amable por su parte.

—Parece pensar que se ha cometido una injusticia con usted. Cree que es usted una mezcla heterogénea, y que el hecho de tener el cerebro de Sacton no lo convierte en Sacton. —Se inclinó hacia atrás en su silla, balanceándose precariamente sobre sus patas traseras—. Dijo que no tiene el menor sentido tenerle encerrado de esta manera.

—¿De qué manera considera que debería estar encerrado? —preguntó Frank, mientras miraba con curiosidad a Hartford.

—¡Hey! —Hartford volvió a asentar la silla sobre sus cuatro patas—. ¿Por qué dice usted eso?

Frank miró a Hartford sin pestañear.

—No va a recomendar que dejen suelto a un tipo como yo, ¿no es cierto? No podría hacer una cosa así. ¿Dónde iba yo a trabajar? ¿Quién querría contratarme? ¿A qué podría dedicarme? Míreme. Toda la rehabilitación del mundo no podría cambiar esto —y señaló las cicatrices de la cara y del cuello.

—Probablemente tiene razón, y puede apostar a que aquí hay personas que han utilizado el argumento de su aspecto para tenerle encerrado en esta prisión. Bueno, ahora tenemos leyes contra esa forma de pensar, y usted ha estado recluido aquí sin juicio cuando obviamente es capaz de presentarse delante de un tribunal. Es hora de que la gente que lo trajo aquí responda por lo que ha hecho —dijo Hartford. Se balanceó en su silla—. Porque es tan seguro como el infierno que usted no debe estar aquí. Tiene toda la razón en eso. Y le sacaremos de este lugar. —Se acercó un poco más a la mesa—. Y hablando de sacarle de aquí, he redactado un escrito de *babeas Corpus* a su nombre, junto a la petición de un nuevo juicio, sobre la base de que en el momento de celebrarse el juicio anterior no se presentaron todos los hechos pertinentes al caso. Una vez le hayamos sacado de aquí, el objetivo siguiente será eliminar la acusación contra el cerebro. Podemos presentar una tonelada de material, si nos dejan. No sé cuánto tiempo nos llevará conseguirlo, pero vale la pena intentarlo, y eso les demostrará que íbamos en serio al solicitar el *babeas corpus*.

—¿Qué ocurrirá si dicen que sí? —preguntó Frank, confuso al ver el celo de su abogado—. He pasado aquí dentro mucho tiempo. Sería más fácil que…

—Le sacaremos y le conseguiremos un juicio justo. Eso para empezar. Nos aseguraremos de contar con el testimonio de expertos, algo de lo que usted se vio privado en la anterior ocasión. Conseguiremos información sobre trasplantes de cerebro (si hay alguien que sepa lo bastante sobre el tema para proporcionar una información correcta al tribunal) y haremos resaltar, por lo que valga, la ética médica subyacente en su caso. Demostraremos que en este caso es usted la víctima, en la

misma medida que aquella niña pequeña. Tal vez más víctima todavía, porque su hermano abusó de usted y lo convirtió en un…

—¿Un monstruo? —sugirió Frank—. ¿Y no sigo siéndolo, todavía?

—No, ahora que yo estoy al cargo del caso. Puedo demostrar que no era usted responsable de nada de lo ocurrido después de la operación, que ha sido usted el chivo expiatorio de las fechorías realizadas por Víctor. Podemos machacar en ese punto desde todos los ángulos, empezando por los progresos de la medicina ocurridos después de su operación, y acabando por la presión social que se vio usted obligado a soportar. He andado husmeando por ahí. Hemos conseguido algunos precedentes favorables respecto de su situación. —Sus ojos se iluminaron ante la perspectiva—. Si hacemos valer ese derecho, su caso puede ir directamente al Tribunal Supremo.

—En otras palabras, juzgaremos a Víctor *in absentia* —dijo Frank.

—Algo parecido —asintió Hartford—. Si no otra cosa, conseguiremos establecer una duda mucho más que razonable respecto de sus responsabilidades legales en los asesinatos, y su derecho a una compensación por su encierro y los sufrimientos padecidos en él. Eso último es un tanto aleatorio —añadió—, pero podemos intentarlo. A poca suerte que tengamos con el jurado, podremos conseguir todo lo que usted pida, e incluso un poco más —y acompañó sus palabras con una palmada en la mesa—. Ése es sólo el primer paso.

—¿El primer paso? ¿Hay algo más, aún? —preguntó Frank. Aquello le parecía una película, y no algo que le estuviera ocurriendo a él en persona.

—Sí. Después de conseguir su libertad, nos aseguraremos de que todo el país sabe lo que está ocurriendo. Vea, usted es una noticia potencial de primera página. He visto los índices demográficos de popularidad de temas médicos, y son muy favorables para un caso como el suyo. Los trasplantados del corazón se convierten en estrellas de los medios de comunicación, a pesar de que la mayoría de esos tipos no viven lo bastante para poder contarlo. A usted le hicieron un trasplante de cerebro mucho antes de que nadie pensara en nada por el estilo, y *resultó*. Ésa es la verdadera gran noticia, porque hasta la fecha nadie más ha sido capaz de hacerlo, a pesar de todos los avances que ha experimentado la cirugía —hizo un amplio gesto con la mano—. Piense en ello. Tiene usted el cerebro de otro hombre, las manos y los pies de otras personas, y de todo lo que consta en sus tests se deduce que no existe ningún problema de rechazo en sus tejidos. Es una noticia asombrosa, y si la utilizamos podemos convertirla en un premio gordo.

—¿Utilizarla, cómo? —preguntó Frank con aprensión.

—Oiga, no puede echarse atrás ahora. Si lo hace, con la clase de preguntas que he

andado haciendo por ahí, el Gobierno se le echará encima, y sólo Dios sabe lo que le puede ocurrir.

—Hasta ahora no me han hecho nada —dijo Frank, pero su seguridad se tambaleaba.

—Porque se han olvidado de usted. No puede esperar que esta situación continúe, una vez que hemos empezado a armar ruido. Confíe en mí; le garantizo que nos encargaremos de su protección, no se preocupe por eso. Encontraremos la manera de impedir que en ninguna circunstancia vuelva a convertirse en un conejillo de Indias. —Dio una palmada en el aire, mientras su rostro brillaba de determinación—. Contaremos su historia en cada una de las televisiones existentes desde Maine hasta San Diego, y nos aseguraremos de que todos los periódicos del país cubran la noticia de la revisión de su juicio. —Estaba tan entusiasmado que se puso en pie y empezó a pasear arriba y abajo—. De esa manera no se atreverán a esconderlo debajo de la alfombra, o a hacerlo desaparecer en alguna remota instalación del Gobierno. Y usted podrá conseguir también algunos beneficios colaterales. He sondeado el terreno para vender su historia a alguna revista o una casa editora de libros. Puede usted conseguir una buena cantidad de dinero con un contrato de ese tipo. Y además, quién sabe, su caso es tan curioso que podríamos conseguir también un contrato para el cine. Tal vez Nick Nolte podría hacer el papel en la pantalla, ¿qué me dice? —¿Una película?— Frank parecía abrumado. —Ya hicieron una, antes.

—Eso no tiene importancia —contestó Hartford—. Es pasado, no significa nada. Estamos tratando de conseguir un contrato para hacer de nuevo la historia, y en esta ocasión tratará de usted y de lo que hicieron con usted; no de ese loco hermano suyo.

—¿Cómo…? —Intentó ordenar sus ideas confusas—. No es posible, en realidad, ¿verdad? No puedo imaginarme cómo podría usted… Es irreal.

—Dice eso porque está aquí encerrado. No sabe hasta qué punto ha cambiado el mundo fuera de estos muros. Lo que ve por televisión no es nada, la vida real le va a volver la sesera del revés, como si fuera un calcetín. —Se detuvo y pareció arrepentido—. No lo he expresado de un modo afortunado. Sólo pretendía decir que todo es mucho más excitante de como solía ser cuando le encerraron en este lugar. Vamos a cambiar su vida. El mundo está lleno de posibilidades que usted nunca ha imaginado.

Por un instante, la visión que ocupaba la mente de Frank se cargó de terribles significados. Temía el mundo exterior, y al mismo tiempo le atraía.

—Pero…

Hartford ahuyentó su pánico con un amplio gesto.

—Si trabajamos a fondo en el tema, podrá usted encontrarse al salir de aquí con un pequeño apartamento y la oportunidad de disfrutar de algo de intimidad, si es eso lo que le preocupa. Pero también puede llevar la vida de una estrella de la pantalla —sonrió—. He estado pensando en el asunto y vislumbro muchas formas de hacer dinero. Además del cine y el libro, habrá montones de investigadores médicos a lo largo y a lo ancho del país, que estarán ansiosos de estudiarlo. Piense en ello. Podrá exigir tarifas diarias y dietas de viaje en cada ocasión. Podrá protegerse a fin de evitar verse mezclado en nada ilegal. Yo cuidaré de sus intereses, día a día. —Dejó de pasear, y acabó su discurso sentado en el borde de la mesa—. Creo que ha padecido usted una auténtica injusticia, sin la menor duda. Pero ahí está la clave de todo.

—No lo entiendo. —Frank empezó a incorporarse, pero Hartford le puso una mano en el hombro.

—Es usted la víctima de la injusticia. Se merece una oportunidad, incluso un par de ellas. Y eso es lo que va a abrirle todas las puertas —en esta ocasión su sonrisa estaba cargada de promesas—. Seguro que no me va a creer, pero dentro de un año será usted famoso.

—¿Famoso? —preguntó Frank, lleno de pánico. La palabra parecía habérsele quedado atravesada en la garganta.

—Exactamente. Una vez le hayamos sacado de aquí, ya no habrá nada que pueda detenerle. ¡Mejor dicho, «detenernos»! —y Hartford dejó escapar una risita—. Apuesto a que nunca había soñado que sucedería una cosa así.

—No —contestó Frank en voz baja—. No lo había soñado.

—Y todo por un simple escrito de *babeas corpus* —repitió Hartford, muy satisfecho consigo mismo. Su mente empezaba a vislumbrar nuevas posibilidades y se sentía impaciente por explorarlas—. Espere y verá. No puede imaginarse todo lo que va a ocurrirle a partir de ahora.

—No —dijo Frank sacudiendo la cabeza.

Diez días más tarde, cuando pusieron en libertad a Frank, una limusina plateada estaba frente a la puerta de la prisión. Gregory Hartford aguardaba sonriente junto a ella.

—Tengo esperándonos una botella de champaña y una bandeja de canapés —dijo mientras acomodaba a Frank en la trasera de aquel espléndido vehículo—. Apuesto a que nunca había viajado en un trasto de estos hasta hoy.

—No que yo sepa —respondió Frank al tiempo que miraba a uno y otro lado, sobrecogido. Se sentía fuera de lugar. Sus nuevas ropas no le sentaban bien, y tenía

una aguda conciencia de que el mundo en el que entraba no era ya el mismo que dejó atrás cuando las puertas de la prisión se cerraron a sus espaldas, tantos años atrás. Removió inquieto su enorme mole en el asiento forrado de piel.

—Esto —Hartford señaló con un gesto la limusina al entrar y acomodarse en el asiento delantero— es una gentileza de Gargantúa Films. Es la compañía que ha adquirido en exclusiva los derechos para las películas basadas en su historia. Están preparando una gira publicitaria para usted, conjuntamente con Eureka Books, con la idea de que el libro y la película se beneficien de una publicidad conjunta. Me gustaría que hubiera estado usted allí, cuando les solté toda la información sobre usted. Pegaron un bote hasta el techo. —Dio una palmadita en el hombro del chófer—. Ya puede arrancar, Blake.

—Sí, señor Hartford —dijo el chófer, y puso en marcha la limusina.

Hartford se arrellanó en los blandos cojines de su asiento.

—Sé que probablemente no es la manera como habría llevado el caso Spencer Daré, pero en su época no existían oportunidades como éstas. —Finalmente, tomó la botella de champaña—. Déjeme servirle una copa. Hemos de celebrar su puesta en libertad.

Frank se volvió a mirar por la ventanilla oscurecida los muros de la prisión psiquiátrica, y por un momento se preguntó si no habría sido más libre dentro que en aquellos momentos.

—He reservado mesa para cenar en Manhattan a las ocho. Allí se reunirán con nosotros el presidente de Eureka Books y Samuel Flannagan, que será su colaborador en el libro. Están ansiosos por conocerle, ya me las arreglé para ponerles los dientes largos.

El tapón de la botella saltó con un pequeño estampido, y Hartford ofreció a Frank la primera copa que llenó.

—Seguro que habrá llovido mucho desde la última vez que bebió algo así.

Frank hubo de sujetar la copa con las dos manos para evitar que el vino se derramara. Miró atentamente la hilera continua de burbujas que ascendían hacia la superficie.

—Yo… no sé si lo he bebido antes, alguna vez. No recuerdo.

Había muchas otras cosas que no recordaba. En la prisión apenas tenían importancia, pero aquí fuera se sentía vulnerable, desprotegido.

—Bueno, qué más da, ya se acostumbrará —brindó Hartford haciendo chocar el borde de su copa con la de Frank—. Ésta es la vida que va a llevar a partir de ahora. Disfrute de ella, se la ha merecido. Ya no está encerrado en la cárcel.

En los ojos de Frank se encendió una luz extraña, y su voz, cuando respondió, no parecía pertenecerle.

—No —dijo a Hartford, mientras la limusina se deslizaba veloz entre las luces brillantes de la ciudad al atardecer—. Supongo que no.

EL ESTADO CONTRA ADAM SHELLEY

BENJAMÍN M. SCHUTZ



INFORME FORENSE

Esté es el informe de la evaluación *realizada* por el equipo forense de la División de Ciencias del Comportamiento del Centro Médico de Goldstadt a Adam Shelley (DOB 31/10/92).

HISTORIA SOCIAL

La madre de Adam era Mary W. Shelley, de diecinueve años de edad; estudiante de primer curso en la universidad. Solicitó exploración genética ante un posible embarazo y fue informada de que se habían identificado en el feto defectos cromosómicos inusuales. Pidió entonces abortar alegando haber sido violada. La petición fue denegada por no haber sido denunciada la violación en el término de siete días establecido en las leyes del estado para dar validez a la alegación. De hecho, la policía local había recibido una denuncia por asalto, pero en ella no se mencionaba ninguna violación. Posteriormente a la denegación de su solicitud, Mary Shelley intentó al parecer abortar ilegalmente en la ciudad de Charlotte, y fue detenida, bajo la acusación de poner en peligro la integridad del feto, en el curso de la Operación Limpieza emprendida por el Departamento de Sanidad y

Bienestar Social, con el fin de eliminar los centros en los que se practicaban abortos «aparentemente» ilegales en el territorio del estado. La Liga para la Defensa Fetal presentó una moción de Santidad de la Vida y Mary Shelley fue confiada a los cuidados del Centro de Reproducción Memorial Jesse Helms, durante el tiempo de su embarazo.

Mientras estaba en el citado centro, Mary Shelley sufrió un grave traumatismo craneal, debido a una caída accidental o tal vez a un intento de suicidio. Fue confiada entonces a los cuidados del doctor Henry Frankenstein, en la unidad de cuidados intensivos neonatal. A pesar de que el cerebro estaba clínicamente muerto, el doctor Frankenstein consiguió mantener las constantes vitales de Mary Shelley como portadora viable del feto. De hecho, en el curso de este caso fue cuando el doctor Frankenstein desarrolló muchas de las técnicas que se utilizan en la actualidad en el tratamiento del coma inducido en pacientes afectados de abortos espontáneos crónicos, partos prematuros o agitación preparto.

Con posterioridad al nacimiento de su hijo, se mantuvieron los sistemas de vida asistida conectados a la señorita Shelley, que más tarde fue transferida al Centro Neurovegetativo Raleigh-Durham, donde sigue internada en la actualidad. En ningún momento se mencionó la existencia de un padre.

El niño fue bautizado como Adam Shelley por sus guardianes legales, la Unidad de Protección a la Infancia del Departamento Estatal de Servicios Sociales. Fue criado en la unidad pediátrica del Centro Helms hasta cumplidos los siete años de edad, en atención a la gravedad de sus carencias médicas. (Ver datos en el apartado de Información físico/médica).

A la edad de siete años fue enviado a Winston-Salem, donde fue acogido por la familia DeLacey. Se consideró que se trataba de un entorno adecuado, porque el padre era ciego y la familia tenía ya una hija minusválida, Agatha, además de un varón, Félix. La medida pareció funcionar bien, e incluso empezó a tramitarse la adopción legal de Adam por la familia DeLacey. Por desgracia, ocurrió un incidente con una amiga de Agatha. La pequeña, Marian Ludwigsdottir, era dos años menos que Adam. Una tarde fue a visitar a los niños, que estaban al cuidado de la señora DeLacey. Ella los llamó a la hora de merendar, y como Marian no aparecía, la buscó hasta encontrarla ahogada en la piscina de la familia. La muerte fue calificada legalmente de accidental, y no existió la menor

prueba que relacionara a Adam con el suceso, pero los DeLacey solicitaron que el Estado volviera a hacerse cargo del chico.

A la edad de nueve años, Adam salió por segunda vez del Centro Helms. En esta ocasión fue acogido en el Centro para Jóvenes Dulce Amor de Jesús, dirigido por Billy Ray Washburn, conocido por sus charlas religiosas en televisión. Adam estuvo allí durante un período de casi dos años. En ese lapso intentó suicidarse en varias ocasiones, incluida una en la que se perforó una vena de la muñeca, con resultado casi fatal. Se discutió entonces si su desequilibrio era una expresión de culpabilidad por la muerte de la pequeña Ludwigsdottir; sin embargo, Adam nunca pareció tener conocimiento de que ella había muerto.

Por desgracia, el hogar fue clausurado por la policía en el verano del año 2005, al descubrirse que algunos de los niños, seleccionados por el personal directivo, eran conducidos a un edificio separado donde servían de compañía sexual al reverendo Washburn y los componentes del Consejo de Administración de su iglesia. No se descubrió ninguna prueba de que Adam Shelley fuera objeto de abusos deshonestos de ese género. Sin embargo, se recogieron informaciones no confirmadas de otros niños en el sentido de que Adam fue objeto de abusos por parte de un miembro de la dirección del centro llamado Fritz Harmann, y que se proyectaban cintas de vídeo en las que se recogían esos abusos para estimular a algunos de los hombres antes de que molestaran a otros niños. Lo que no tiene discusión posible es el hecho de que, al irrumpir en el local, la policía encontró el cadáver de Fritz Harmann estrangulado en su dormitorio, con el cuello partido. También es un hecho comprobado que Adam Shelley residía en la misma sección.

Se hicieron algunos intentos de colocar a Adam en escuelas residenciales donde podría recibir una terapia multimodal como minusválido. Debido a su historial, su edad y su aspecto físico, se descartó de raíz su acogida en un entorno familiar. Adam no fue bien recibido en ninguno de los lugares que lo acogieron. Los demás estudiantes, fueran cuales fueran sus propias incapacidades, lo atormentaban. Por fin, fue devuelto a los Servicios para Adolescentes y Jóvenes del Centro Helms.

Durante su estancia allí, conoció la relación entre su nacimiento y el doctor Frankenstein. Otro residente le enseñó un artículo de la revista *People* sobre los trabajos del doctor Frankenstein, en el que se mencionaban sus primeros descubrimientos y el tratamiento experimental que recibió Mary Shelley en el nacimiento de su hijo Adam.

Adam mostró en apariencia muy poco interés por el doctor Frankenstein ni por su nacimiento. Los informes pediátricos muestran que entró en la pubertad bastante tarde, cumplidos ya los trece años. Poco después, protagonizó violentos ataques a miembros de la dirección y a otros residentes. Adam fue castigado a un confinamiento solitario, y seguía en la misma situación en el momento en que escapó del Centro Helms y enloqueció.

EXAMEN FÍSICO/MÉDICO

Adam Shelley es un varón de raza blanca, bien alimentado, de catorce años de edad. Mide dos metros y siete centímetros y pesa 124 kilos. No es posible decir con certeza si esa estatura poco común forma parte de su condición general o es una característica aparte, no relacionada con ella.

Adam presenta un complejo cuadro clínico que incluye varias disostosis congénitas, entre ellas la cleidocraneal, craneofacial (enfermedad de Crouzon) y mandibulofacial (enfermedad de Treacher-Coüins o síndrome de Francheschetti). Una combinación de esa índole sugiere la posibilidad de que la madre estuviera expuesta a agentes mutagénicos tales como desechos tóxicos o radiaciones. Sin embargo, el historial médico de la madre no revela la presencia de síntomas similares.

La exploración encefalográfica y la tomografía axial computerizada se realizaron con el paciente dormido, por lo que los resultados no son definitivos. Adam se negó a cooperar en el examen médico y fue preciso tranquilizarlo inyectándole, y después tenerlo atado. No se detectó ninguna actividad cerebral idiopática o de cualquier otro tipo inusual, ni la existencia de lesiones o tumores. Efistorial negativo en cuanto a crisis epileptiformes.

Visualmente, Adam presenta acrocefalia o cráneo en punta, áreas parietal y frontal del cráneo abombadas y ojos extremadamente exoftálmicos, que se asientan en protuberancias blandas parecidas a pedúnculos. La visión estereoscópica es muy deficiente y puede contribuir a la torpeza general de movimientos que muestra, y a sus problemas en las articulaciones del aparato motor.

El oído externo presenta malformaciones; el crecimiento y los pliegues de tejido extraño interfieren en la adecuada recepción del sonido. Ese tejido podría ser de naturaleza tumoral; las operaciones quirúrgicas dirigidas a recortarlo van

seguidas de una rápida reaparición de los tejidos.

La nariz y las cavidades de los senos aparecen incompletas y sin una separación total. El sentido del olfato es rudimentario. El arco muy pronunciado del cielo del paladar y la dentición defectuosa hacen que la articulación de la voz resulte muy deficiente.

El historial médico incluye 27 operaciones quirúrgicas diferenciadas en edades tempranas, para reparar defectos o detener el deterioro físico en algunos casos. El aspecto actual representa el punto de máxima mejoría. El rápido crecimiento en la adolescencia amenaza crear nuevas dificultades. A la luz de la situación actual, debe señalarse que es muy raro que un individuo de sus características viva tanto tiempo, y que las expectativas máximas de vida no se prolongarán seguramente mucho más allá de los veinte años.

Aunque la estatura de Adam es bastante insólita, no parece sufrir de gigantismo. Los niveles de testosterona son normales, y en tamaño y estructura, los genitales son normales y proporcionados. Tampoco es anormalmente hirsuto. No parece justificada una explicación de su conducta basada en factores endocrinos, y tampoco resultarían eficaces tratamientos hormonales como por ejemplo la castración química.

El desarrollo corporal, si se excluyen las deformidades craneofaciales masivas, congénitas e irreversibles, parece situarse dentro de los límites de la normalidad.

FUNCIONAMIENTO PSICOLÓGICO

Los intentos de aplicar tests psicológicos formales a Adam resultaron infructuosos. Se le presentaron la Escala de Inteligencia Wechsler para Niños-Revisada (EIWN-R), el Rorschach con utilización del Método Exner y el Inventario Millón de la Personalidad Adolescente (IMPA), y destruyó los materiales. Su gesticulación amenazante hacia el personal presente indujo a dar por terminadas las pruebas.

Se intentó entonces llevar a cabo entrevistas estructuradas, colocando a Adam en el otro lado de una barrera transparente de plexiglás irrompible. Debido al constante goteo en la garganta de las mucosas de los senos nasales incompletos, y a las deformidades mencionadas dentales y palatales, la articulación de palabras es extremadamente deficiente, y la comunicación verbal

muy limitada. La revisión de sus notas escolares previas muestra sin embargo un nivel académico equiparable como mínimo a la media. En efecto, un anterior test del EIWN-R, adaptado para respuestas escritas, a la edad de siete años, poco antes de la colocación con la familia DeLacey, mostró un coeficiente de inteligencia (CI) verbal de 107 y un CI de desempeño 111, con un coeficiente total de 109, cómodamente situado dentro de los límites de la normalidad. No existe una evidencia contrastada de que Adam no posea la capacidad cognoscitiva requerida para comprender la consecuencia de las propias acciones.

Adam ha sido observado a través de cámaras de vídeo durante toda su estancia en el Centro Médico de Goldstadt. Análisis detallados de sus vocalizaciones y movimientos no mostraron ninguna configuración estructurada de respuestas a estímulos generados internamente, tales como alucinaciones visuales o auditivas. Paseó por su celda con movimientos repetitivos muy parecidos a los que mostraría cualquier otro espécimen de un orden zoológico elevado. Sus intentos de arrancar los barrotes de la ventana o de forzar la cerradura de la puerta resultaron infructuosos y han ido disminuyendo en el curso de su encierro. Pasa la mayor parte del tiempo sentado en el suelo, en el rincón más alejado de su celda. Unas veces llora, y otras golpea con violencia la cabeza contra la pared. Recientemente, ha empezado a desgarrarse obsesivamente la ropa. No se ha apreciado en él un comportamiento suicida, pero no puede descartarse dado su historial anterior. La vigilancia continua a través del vídeo y la naturaleza espartana de su alojamiento hacen altamente improbable el éxito de un eventual intento.

No se ha observado a lo largo de su historial el uso de drogas ni de alcohol. El análisis de sangre realizado cuando fue capturado no mostró el menor rastro de drogas psicoactivas, prescritas o ilegales. No existe ninguna evidencia que permita justificar una alegación de responsabilidad disminuida.

No disponemos de acceso a buena parte de la estructura psicológica de Adam Shelley. De hecho, siempre ha ocurrido así, pero con mayor razón en las presentes circunstancias, en que muestra un rechazo activo a cooperar con nuestra evaluación. No ha sido posible ningún análisis de los contenidos de sus fantasías.

Su aspecto exterior le ha mantenido apartado de los demás desde su nacimiento. La falta de una relación maternal estable, consistente y protectora le

restó probablemente capacidad para desarrollar relaciones subsiguientes con objetos distintos. Su historial muestra un aislamiento cada vez mayor, a partir del fracaso de la acogida de la familia DeLacey. Su posible implicación en la muerte de la pequeña vecina suscita la cuestión de una impulsividad precoz y un autocontrol escaso incluso en un contexto familiar. Esa pérdida puede haber sido la causa de los posteriores intentos de suicidio. Todo parece indicar, por consiguiente, la experiencia interior de culpabilidad, pérdida, depresión, y una capacidad rudimentaria de empatizar e identificarse con otras personas. Su capacidad para relacionarse socialmente es muy limitada, además de verse lastrada por una inexperiencia prácticamente total.

Es probable que experimentara en alguna medida un ansia de objeto, y viviera la experiencia del fin de esas relaciones como una pérdida, acompañada de depresión y sentimiento de culpabilidad como expresión de su responsabilidad personal. Por desgracia, su comportamiento a partir de ese momento no indica una existencia continuada de tales estructuras internas y capacidades. La muerte de Fritz Harmann puede explicarse como represalia por los abusos que él le había infligido; sin embargo, los informes del Centro Helms no muestran presencia de remordimientos, culpabilidad o alguna clase de emoción ante ese suceso. De hecho, Adam se ha negado de plano a discutir siquiera el menor detalle acerca de su estancia en el Hogar para Jóvenes Dulce Amor de Jesús.

Creo que sería adecuado considerar que Adam como mínimo posee una personalidad antisocial (DSM III-R 301.70), con capacidad muy limitada para conectar o empatizar con otras personas. Los anteriores intentos de terapia realizados con Adam han tenido un resultado uniformemente infructuoso. Los intentos iniciales fracasaron debido a su sensitividad hacia las reacciones del terapista ante su aspecto. Puso a prueba a los mencionados terapistas colocándose muy cerca de ellos, abriendo su boca y mostrándoles su cavidad rinolaríngea. Más tarde rechazó la terapia y se negó a participar. Su actitud en tales ocasiones debe de ser considerada permanente y no sujeta a una posible rectificación. La prognosis de una psicoterapia bajo los efectos de la coerción es, como se sabe, muy baja.

Esta valoración utilizará un modelo de predicción combinado, clínico y actuarial. No pueden emplearse fuentes de datos recientes, porque Adam Shelley se ha negado a cooperar en la evaluación. Hemos debido basarnos en la interpretación de las pruebas reunidas por la policía en el curso de su investigación.

VARIABLES ACTUARIALES

Edad: en la actualidad Adam tiene catorce años. Aunque en tiempos dicha edad se consideraba prematura en un historial de violencia, ése no es ya el caso. Lo que tiene mayor importancia es si debemos considerar como la fecha del primer episodio violento la muerte de Marian Ludwigsdottir, a la edad de siete años, o la de Fritz Harmann a la edad de doce. Las evidencias en ambos asuntos resultan altamente equívocas. Una interpretación cautelosa, que intenta minimizar la probabilidad de una negativa falsa, aconseja tomar como base la edad de siete años. Estadísticamente el dato es infrecuente, y un signo ominoso desde el punto de vista del pronóstico.

Sexo: varón. Ninguna observación. Encontramos de forma permanente el dato de que por lo menos el 90% de los episodios violentos son obra de varones.

Raza: caucásica. Se trata de un factor que tiene cierto peso contrario a una predicción de riesgo. Estadísticamente, en los Estados Unidos cometen más actos de violencia los miembros de grupos étnicos minoritarios. Resulta coherente con estudios previos sobre razas el hecho de que tanto el atacante como la(s) víctima(s) eran del mismo grupo racial.

Estatus socioeconómico: tratándose de un adolescente, resulta prematuro asignar a Adam Shelley a una clase social en particular. No obstante, sobre la base de otros factores considerablemente interrelacionados, puede establecerse una predicción razonable. 1) Familia de origen: Adam ha sido educado, a excepción de breves interludios, a cargo del Estado y en centros institucionales. La adscripción definitiva a una clase social de adultos con dicho entorno suele coincidir, en un porcentaje muy elevado de casos, con la de niños procedentes de familias con padres separados de clase obrera sin cualificar. 2) Nivel educacional/ocupacional: Adam nunca ha asistido a escuelas públicas. Su educación ha formado parte de su tratamiento como residente en instituciones hospitalarias. Si comparamos su nivel educativo actual con el equivalente en las escuelas públicas, consideramos que su retraso puede cifrarse como mínimo en

dos años, y posiblemente en cuatro. Por consiguiente, su previsible estatus ocupacional es bajo. La falta de escolarización, socialización escasa y aspecto le dificultarían considerablemente el trabajo, incluso en una línea de montaje. Dada su estatura y su prodigiosa fuerza, podría acceder a gradaciones superiores de vida a través de algún trabajo aislado de alto riesgo, como por ejemplo vigilante de un almacén de artículos alimenticios en un sector conflictivo con alta incidencia de atracos y robos con escalo.

VARIABLES CLÍNICAS

Historial de violencia: nuestro método se ha basado en el Modelo Kleinholz-Wessel modificado. Partimos de la suposición de que la probabilidad aumenta con cada nuevo episodio, hasta alcanzar el nivel de seguridad en N5; las características consideradas más importantes en el análisis de los episodios son: 1) proximidad en el tiempo, 2) gravedad, 3) frecuencia, con un escalado propio en cada una de dichas características.

Episodio más reciente: las raíces del episodio más reciente de violencia se encuentran en una serie de cartas escritas por Adam Shelley al doctor Henry Frankenstein. Esas cartas estaban en posesión de Henry Clerval, abogado y amigo personal del doctor Frankenstein. Él mismo informó a la policía de que había aconsejado al doctor Frankenstein no responder a las cartas por considerar que se trataba de un posible trámite previo a una demanda por imprudencia profesional con resultado de daños.

En esencia, las cartas (fueron tres en total) expresaban la creencia de Adam de que el doctor Frankenstein tenía para con él la obligación de «buscar y proporcionarme otras personas como yo», a fin de aliviar la soledad que sentía debido al repetido rechazo de otras personas. La segunda carta contenía vagas amenazas contra la gente en general, pero sin dar nombres. La última carta concluía con el juramento de «arruinar su vida como usted ha arruinado la mía».

Tan sólo tres semanas después de haber enviado esa última carta, Adam Shelley se escapó del Centro Helms. La dirección de la casa del doctor Frankenstein se encontraba en la guía de teléfonos. Parece comprobado que aquella noche Adam recorrió a pie el trayecto hasta el citado lugar, aunque carecemos de informes de testigos que le hayan visto por el camino.

El doctor Frankenstein acababa precisamente de casarse, en primeras

nupcias, con Elizabeth Lavenza. Su mujer había sido enfermera en la sección de cuidados intensivos del hospital en el que el doctor Frankenstein era jefe de neonatología.

En su casa se encontraban aquella noche el hermano menor del doctor Frankenstein, William; un amigo personal íntimo, Víctor Moritz, que había sido testigo de la boda, y su padre, Alphonse Frankenstein.

Lo que sigue es la reconstrucción oficial del crimen llevada a cabo por los expertos forenses de la policía. Se cree que Adam Shelley se ocultó entre los arbustos próximos al garaje. Cuando Víctor Moritz abrió la puerta para aparcar el coche que había pedido prestado, Adam Shelley se deslizó en el interior del garaje y se escondió en las sombras. Víctor Moritz salió del garaje y se dispuso a entrar en la casa por la puerta interior de comunicación. En ese momento, Adam Shelley le atacó por la espalda y le estranguló con sus manos.

Al parecer, al entrar en la casa Adam Shelley fue visto por William Frankenstein, que gritó pidiendo auxilio e intentó huir de la casa. Fue alcanzado por Adam Shelley, que lo sujetó por el cuello con una fuerza tal que, con las sacudidas, la médula espinal se partió, y la columna vertebral quedó asimismo rota por la parte de la cervical. El cuerpo del muchacho fue arrojado al hueco de la chimenea.

El padre de Willian, Alphonse, despertado al parecer por el ruido de la lucha, apareció a tiempo de presenciar la muerte de su hijo y sufrió un ataque cardíaco súbito y fatal.

El doctor Frankenstein y su esposa fueron vistos por última vez al salir de una fiesta a las 10.30 de la noche. Probablemente llegaron a su hogar alrededor de las 10.50. Adam Shelley no hizo el menor esfuerzo por ocultar los cadáveres, y aparentemente les esperaba en la sala de estar a oscuras.

Cuando al doctor Frankenstein entró en la sala, recibió un golpe en la sien que lo dejó inconsciente. Lo que sigue se basa en las declaraciones finales del doctor Frankenstein antes de morir camino del hospital.

El doctor Frankenstein y su esposa, que se había desmayado, fueron llevados hasta su dormitorio, en el piso superior. La señora Frankenstein fue colocada en la cama, y el doctor atado a un sillón con su corbata.

Al recuperar el sentido, vio que Adam Shelley acariciaba el pecho de su esposa, todavía inconsciente. Le pidió que dejara de hacerlo, y el muchacho se

rió de él. Recordó al doctor su petición de que le proporcionara otros seres semejantes a él, sin que se hubiera molestado en contestarle. Dijo que primero había planeado entrar en la casa y matar el doctor Frankenstein por «haber forzado la vida en mí, una vida lejos del alcance del amor»; pero que ahora había ideado una venganza más adecuada. Dejaría vivir al doctor Frankenstein, pero se llevaría a su esposa para convertirla en su propia compañera. Pretendía dejarla embarazada con el fin de crear una familia para él y a su propia imagen, y tener unos hijos a los que amar y por los que ser amado en correspondencia. Obviamente, el plan de Adam estaba condenado al fracaso. No parecía advertir lo difícil que sería crear otro ser como él, incluso si él mismo era el padre.

Adam Shelley procedió entonces a violar a Elizabeth Lavenza Frankenstein delante de su marido. Mientras lo hacía, el doctor Frankenstein consiguió librarse de su ataduras y se precipitó sobre Adam Shelley. Lucharon, y Adam cogió en vilo al doctor, lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó escaleras abajo, con el resultado de un traumatismo craneal grave.

Elizabeth Frankenstein intentó escapar por una ventana del piso alto, pero fue alcanzada por Adam Shelley. Al salir de la casa, con la señora Frankenstein sobre sus hombros, se detuvo unos momentos y, empapando sus dedos en la sangre de Henry Frankenstein, dejó el siguiente mensaje garabateado en el espejo situado junto a la puerta principal: «Temedme, ya que no me amáis».

Luego desapareció entre la nieve que caía con intensidad en aquella noche de diciembre. Henry Frankenstein consiguió arrastrarse hasta la puerta principal de la casa y asomarse al exterior, donde fue visto desde el otro lado de la calle por un vecino que dio aviso a la policía.

Adam Shelley fue objeto de inmediato de una caza intensiva en todo el estado. Al día siguiente, fue acorralado en una alquería cercana, y capturado. Antes de rendirse, alzó por encima de su cabeza a Elizabeth Frankenstein y le rompió el cuello.

PREDICCIÓN DE FUTURAS VIOLENCIAS

Basándonos en los datos psicológicos y médicos, de la historia social del sujeto y de la recreación del episodio violento más reciente, ofrecemos las siguientes predicciones.

En el interior de todos nosotros existe siempre la violencia como algo

potencial. Se da un flujo dinámico constante entre las fuerzas que inhiben su expresión y los motivos que la favorecen. La violencia tiene lugar cuando una particular situación externa o un complejo de relaciones desestabiliza el equilibrio de fuerzas en el interior de un individuo determinado. Una predicción de futuras violencias debe intentar describir esas fuerzas, la estabilidad de su equilibrio y las probabilidades de que se presente una situación provocativa.

Adam Shelley es un joven desfigurado de forma permanente, que interpreta como rechazo las reacciones de los demás ante su aspecto. Aunque tiempo atrás ese rechazo debió de provocar en él dolor y tristeza, ahora genera una ira furiosa. El aspecto de Adam no puede alterarse. Con franqueza, es asimismo improbable que su respuesta ante la actitud de los demás pueda alterarse a su vez. Por consiguiente, las interacciones sociales plantean un riesgo constante de provocación. Las terapias dirigidas a alterar sus respuestas ante terceras personas cuentan con muy escasas posibilidades de éxito.

Ninguna de las emociones de la «conciencia» parece operar en estos momentos en el interior de Adam Shelley. No ha mostrado remordimientos ni culpabilidad por ninguna de sus acciones. Cualquier capacidad, siquiera fuera rudimentaria, para la empatía que haya tenido anteriormente, parece haber desaparecido en la actualidad. No se considera a sí mismo como un ser humano, y su capacidad para identificarse con los demás es muy reducida. El miedo a las represalias no parece motivarle. De hecho, es perfectamente lícito suponer que busca y agradecerá un castigo proporcionado a la gravedad de sus crímenes, como una forma indirecta de suicidio.

El historial de violencia de Adam muestra un incremento en la proximidad, gravedad y frecuencia de los episodios. Los más alejados en el tiempo podrían ser calificados de accidentales o retributivos, pero las muertes de William Frankenstein y Victor Moritz eran un mero expediente para conseguir sus fines, y la de Elizabeth Lavenza Frankenstein revela una complacencia sádica.

CONCLUSIONES

En resumen, Adam Shelley parece ser un muchacho desprovisto de inhibidores internalizados de la violencia, propicio a caer en muchas situaciones de provocación, y en la actualidad con un historial que permite afirmar casi con total seguridad que recurrirá de nuevo a la violencia. Técnicamente, los crímenes

de los que se acusa a Adam Shelley constituyen un asesinato en masa, aunque el rapto de Elizabeth Lavenza Frankenstein podría calificarse como crimen sexual. En la opinión de este equipo forense, si se permite la reintegración de Adam Shelley a la sociedad, se planteará un continuo alto riesgo de que vuelva a matar.

Se exploraron una serie de condiciones atenuantes de su responsabilidad criminal. No se advirtió ninguna patología cerebral inusual, ni desórdenes neurohormonales. Asimismo se descartó la posibilidad de una capacidad disminuida por el abuso, intencional o no, de alguna sustancia. Su inteligencia ha sido considerada apta para distinguir el bien y el mal. No apareció la menor evidencia de procesos psicóticos ni de alucinaciones compulsivas. No puede considerarse que los crímenes en cuestión fueran cometidos debido a un impulso irresistible. La primera amenaza se plasmó en una carta enviada por correo tres semanas antes del ataque. Existen evidencias claras de que el crimen fue intencional y estuvo minuciosamente planeado. En la propia escena del crimen, Adam Shelley reiteró sus motivaciones al escribir con la sangre de Henry Frankenstein: «Temedme, ya que no me amáis».

RECOMENDACIONES

Después de enumerar las evidencias reunidas por este equipo forense, debemos concluir que Adam Shelley fue criminalmente responsable de las muertes de William, Alphonse, Elizabeth y Henry Frankenstein, y de Víctor Moritz. También consideramos que reintegrarlo a la sociedad implicaría un constante alto riesgo de que volviera a matar.

A pesar de su edad, no podemos argumentar ninguna razón para rebajar la pena a que ha sido condenado, ni para solicitar un aplazamiento de la ejecución.

M. Waldman, M. D., Ph. D.
Jefe de los Servicios Forenses
División de Ciencias del Comportamiento
Centro Médico de Goldstadt

CHUI CHAI

S. P. SOMTOW



Los muertos vivientes no son como los imagináis. Nada de tripas colgando, ni goteo de líquidos viscosos. Guardan los intestinos y la sangre en su interior, como vosotros y como yo. Vistos a una luz adecuada pueden resultar hermosos, por ejemplo de pie en el umbral de una puerta, iluminados por el parpadeo de las luces de neón. Si uno los considera con el adecuado toque de fantasía, resultan indistinguibles de nosotros. Escuchadme, yo lo sé. Los he tocado.

Durante la década de los ochenta, solía ir con frecuencia a Bangkok. Los asesores financieros para los que trabajaba hacían muchos negocios allí; sucios en algunos casos, en otros no. Había empezado el flujo de dinero desde Hong Kong y nuestra compañía, como buen buitre que era, trataba de llevarse la mayor porción posible de aquel pastel. Bangkok tiraba el dinero como si el mañana no existiera. Hacía que Los Angeles pareciera Peoría. Era algo salvaje, veloz, frenético y frustrante. Tenía templos y edificios construidos como robots gigantes. Se recortaba contra el cielo con un perfil que era un cruce entre Shangri-La y Manhattan. Para un *yuppie* dinámico como yo, siempre había reuniones a las que asistir, fax que pasar, tráfico en el que sumergirse, tarjetas de crédito que quemar. Y también estaba el sexo.

Estaba Patpong.

Yo era un adicto. Muchos días, después de horas de conversaciones de alto nivel, de lecturas de innumerables documentos y de banquetes que duraban desde la hora del cierre de las oficinas hasta la medianoche, recorría las concurridas calles de Patpong. La noche olía a orines y jazmín. El calor se filtraba en todas partes. Cada

paso que yo daba estaba coloreado por un anuncio de neón diferente. Por las puertas entreabiertas de los *night clubs* veía nalgas que se agitaban sin descanso al airoso ritmo del *synthrock*. Allí todo estaba en venta: las mujeres, los muchachos, el *software* pirata, los falsos Rolex. Y todo sudaba. Yo vagaba por aquellas calles y en ocasiones, al azar, entraba en algún lugar donde se desarrollaba un *Live-show* con mujeres que disparaban pelotas de ping-pong con el cono y muchachos que se daban por el culo subidos en motocicletas. Yo era un adicto. En otros lugares, me sentaba en una sala de espera y contemplaba a través de un cristal de dirección única a mujeres esbeltas, gráciles, morenas, con un número colgado del cuello. Elegía número y palpaba en mi bolsillo los condones de fabricación americana. Nunca compres productos locales, hermano; tienen más agujeros que un colador.

Yo era un adicto. No sabía qué era lo que buscaba, pero estaba convencido de que no había nada que no pudiera encontrarse en Encino. Yo era un caballero andante, pero ignoraba que encontrar el Santo Grial es posiblemente lo peor que puede ocurrirle a una persona.

Tuve el primer atisbo del Grial en el Club Pagoda, que está cerca de mi hotel y que era el lugar adonde solíamos llevar a nuestros clientes. Él club estaba en el mismo extremo de Patpong, pero era respetable: la clase de lugar donde te ofrecen una imitación en plástico de *Ana y el rey de Siam*, que no es otra cosa, por supuesto, que una imitación en plástico de la vida en el antiguo Siam…, ya sabéis, un artificio que imita a otro artificio. Los camareros paseaban por el local vestidos con uniformes medievales y los clientes se sentaban en el suelo, pero debajo de las mesas había huecos para acomodar las piernas entumecidas de los hombres blancos. El espectáculo, por su parte, era eminentemente austero: danzas clásicas thai, con bailarinas tocadas con esos sombreros en forma de pagoda que se movían con una gracia penosa y lenta al son de una música tintineante y extraña. Un buen lugar para entrevistarse con potenciales receptores de créditos, porque tenía la cualidad de ponerlos muy nerviosos.

La doctora Francés Stone, sin embargo, no estaba nerviosa en absoluto. Estaba ya allí cuando yo llegué. Entretenía la espera picando los cacahuetes de su *gaeng massaman* y disponiéndolos en su plato de arroz de tal forma que parecían los ojos, la nariz y la boca de una cara blanca.

—¿Le gusta jugar con la comida? —pregunté, al tiempo que me quitaba los zapatos en el límite de nuestra cabina privada y deslizaba mis piernas bajo la mesa, frente a ella.

—No —contestó—. Pero los prefiero triturados a enteros. Los cacahuetes, quiero

decir. Usted debe de ser el señor Leibowitz.

—Russell.

—El hombre al que se supone que debo convencer de que me consiga unos pocos millones de dólares.

Hizo un mohín de coquetería, algo muy distinto de lo que yo esperaba de alguien dedicado a la investigación médica. Tenía un rostro avejentado, pero su manera de sonreír evocaba el recuerdo de la belleza juvenil que debió de adornarla. Me pregunté qué podía haberle ocurrido para cambiar tanto; según su ficha, sólo tenía cuarenta y cinco años.

—Normalmente, nosotros aquí sólo nos dedicamos a recibir —le dije—, no a dar. Los procesos de I + D no son nuestro fuerte. Le aconsejo que acuda a Hoechst o a Berli Jucker, Francés.

—Pero, Russell… —no había tocado su curry, pero los cacahuetes formaban ahora sobre el arroz un rostro humano perfecto, en el que el cabello estaba representado por algunos churretes de salsa—. No se trata exactamente de I + D. Es un descubrimiento que se ha estado persiguiendo durante casi siglo y medio. Los papeles de mi bisabuelo…

—¿Los que provocaron su expulsión de la Academia Austríaca? Sí, tengo un expediente bastante completo sobre usted, doctora Stone; lo sé todo sobre su huida a América y su cambio de nombre. —Y mi expediente sobre usted, señor Leibowitz —sonrió—, también es bastante completo.

Sacó de su bolso un paquete de fotografías comprometedoras y lo colocó encima de la mesa.

Sonó un gong para anunciar el siguiente número de baile. Era un solo. El escenario se cubrió de niebla, y a través de ella emergió una mujer. Sus ropas estaban tachonadas de cuentas de vidrio, pero sus ojos inmensos relucían más que el circón. Me miró y yo sentí el estremecimiento de la adicción. Me sonrió y sus labios parecieron brillar con una humedad lúbrica.

—Le gusta lo que está viendo —dijo Francés en voz baja.

—Yo…

—La danza se llama *Chui Chai*, la danza de la transformación. En todos los dramas clásicos thai, se producen transformaciones: una mujer se transforma en una rosa, un espíritu se transforma en un ser humano, etcétera. Después de la transformación, el personaje realiza una danza *Chui Chai*, que expresa la alegría por la plenitud y la belleza de su yo transformado.

Yo no tenía el menor interés en el tema, pero por alguna razón insistió en contarme

toda la historia relacionada con aquella danza.

—Este *Chui Chai* en particular se llama *Chui Chai Benjakai*… Benjakai es una mujer demonio enviada por el rey de los demonios, Thotsakanth, para seducir al héroe Rama… Disfrazada con la apariencia de la hermosa Sita, descenderá flotando río abajo hasta el campamento de Rama e intentará convencerle de que su amada ha muerto… Pero al ser colocada en la pira funeraria, despertada de su trance por las llamas, adquirirá de nuevo su forma demoníaca y huirá volando al reino oscuro de Lanka. Pero no me está escuchando.

¿Cómo podía escucharla? Tenía delante de mí la clase de mujer que existe únicamente en los sueños o en los poemas. Se movía con lentitud frente a un roñoso telón de fondo que representaba, ya bastante descolorido, un palacio con el tejado concluido en un alero amplio y puntiagudo. Sus pies apenas tocaban el suelo. Los brazos ondulaban. Y mantenía su mirada fija en mí, como si no viera ninguna otra cosa. Las mujeres thai hacen con sus ojos cosas que ninguna otra mujer es capaz de hacer. Sus ojos poseen un lenguaje secreto.

—¿Por qué la mira tanto? —dijo Francés—. No es más que una chica de bar de Patpong, que trabaja aquí ocasionalmente… Danza clásica por la noche y sexo de madrugada.

—¿La conoce? —pregunté.

—He tenido con ella cierta… relación profesional.

—¿Qué es exactamente lo que está investigando, doctora Stone?

—La relación entre la vida y la muerte —contestó. Señaló las fotografías. Al lado de ellas había un contrato redactado, un acuerdo para un préstamo I + D de alguna clase. Las letras estaban borrosas.

—Oh, no se preocupe, se trata sólo de un par de millones de dólares…, su compañía ni siquiera se dará cuenta del pellizco… y usted poseerá el mayor secreto de todos…, el árbol de la vida y de la muerte…, la manzana de Eva. Por lo demás, conozco su precio y puedo pagarlo —dirigió una mirada a la muchacha que bailaba—. Se llama Keo. No hay inconveniente en proporcionársela, puesto que todo ello irá en beneficio de la ciencia.

De súbito, me di cuenta de que la doctora Stone y yo éramos los únicos clientes del Club Pagoda. Aquél era un tinglado montado exclusivamente para mí.

La mujer continuó bailando, más aprisa ahora, trazando con las manos misteriosos gestos en el aire. En ningún momento dejó de mirarme. *Era* el personaje que representaba, seductora y diabólica. En todas sus miradas, en cada uno de los movimientos de su mano estaba presente la oscuridad. Apuré el resto de mi cerveza

Kloster e hice señal de que me sirvieran otra. Una fuerte erección presionaba contra mis pantalones.

La danza finalizó; ella se postró delante de su auditorio compuesto por dos personas y juntó las palmas de las manos en un gracioso *wat*. Con la mirada baja, salió del escenario. Yo había firmado el contrato de préstamo sin darme cuenta siquiera de lo que hacía.

La doctora Stone dijo:

—Cuando suba a los lavabos del piso alto…, abra la segunda puerta de la izquierda. Ella le estará esperando.

Me bebí otra cerveza, y cuando levanté la vista, se había ido. No había probado un solo bocado. Pero la comida de su plato dibujaba el rostro de una hermosa mujer. Parecía tan viva que…, pero no. No estaba viva. No respiraba. Todavía llevaba puestos sus ropajes del baile cuando entré. Una niña cortaba cuidadosamente las puntadas de los adornos con unas tijeritas. En el suelo había un montón de prendas de vestir. A la luz cruda de una bombilla, la vestimenta de la diosa tenía muy escaso atractivo.

—No botones en vestidos de danza clásica —dijo—. Nos cosen dentro de ellos. ¡No podemos pipí! —y soltó una risita.

La niña recogió el montón de ropa y desapareció.

—Eres… muy hermosa —dije—. No entiendo por qué…, quiero decir, cuál es la razón de que *necesites*…

—Tengo problema —explicó—. Problema caro. ¿Doctora Stone no decirle?

—No.

Sus manos estaban púdicamente cruzadas sobre su regazo. Las aparté con suavidad.

—¿Quiere que yo baile para usted?

—Baila —contesté. Estaba desnuda. Olía de una forma distinta a la de las demás mujeres. Era una especie de aroma a flores exprimidas, tal vez con un ligero matiz marchito. Se sacudió los cabellos que cayeron sobre sus pechos como serpientes negras. Al verla en el escenario, me había entretenido en imaginar una especie de fantasía en la que la violaba, pero ahora quería hacer durar aquella situación tanto como pudiera. Dios, aquella mujer me estaba volviendo loco.

—Veo gran vacío en su interior. Venga conmigo. Yo lo llenaré. Nosotros dos, personas vacías. Necesitamos ser llenados.

Empecé a protestar, pero sabía que me había visto tal como era. Me salía el dinero hasta por las orejas, pero no era más que un jodido *yuppie*. Ésa era la raíz de mi

adicción.

De nuevo ejecutó la danza de la transformación, en esta ocasión sólo para mí. Realmente, sólo para mí. Quiero decir que todas las chicas de Patpong conocen esa manera de hacerte creer que te aman. Es lo que alimenta tu adicción. Es la única calle del mundo donde *puedes* comprar amor. Pero ahora no se trataba de eso. Cuando me tocó, fue como si atravesara una barrera invisible, un hueco imposible de rellenar, para llegar hasta mí. Incluso cuando la penetré, seguía siendo intocable. Pertenecíamos a mundos diferentes y ninguno de los dos dejaba su infierno privado.

No es que no existiera pasión. Ella conocía todas las posiciones del libro, las conocía del derecho y del revés. Me tuvo allí toda la noche, y cada nuevo acto parecía recién inventado para nosotros dos. Fue la última vez en que llegué a pensar que había visto el Grial. En sus ojos, a la luz de la bombilla que colgaba del techo, parecía reflejarse el brillo de algún recuerdo triste. La amé con todas mis fuerzas, y luego el terror se apoderó de mí. Ella era un demonio de ojos amarillos y garras de dragón. Ella era yo, era mi ansia imposible de saciar. Estaba jodiendo con mi propia adicción. Creo que rompí a llorar. La acusé de haber mezclado alucinógenos en mi bebida. Lloré hasta quedar dormido, y entonces ella se marchó.

No me di cuenta de los bultos del colchón, ni de los jirones del empapelado de las paredes, ni de la manera en que temblaba la bombilla con la música que sonaba en el piso bajo. No me di cuenta de las cucarachas.

No me di cuenta hasta la mañana siguiente de que me había olvidado de usar mis condones.

Fue un viaje productivo, pero en los dos años siguientes no volví a Thailandia. Me ascendieron, dejé de viajar al exterior, trasladé mi residencia de Encino a Beverly Hills, adquirí una esposa nueva, último modelo, y envié a mis hijos a una escuela suiza. También encontré una nueva terapista y un nuevo grupo de apoyo. Diluí mi adicción en nuevas adicciones. Mi anterior terapista había sido un freudiano estricto. Intentó identificar la raíz de mi adicción en algún trauma de mi infancia —vejaciones, aprendizaje de la continencia de la orina, juegos edípicos—, pero nunca consiguió encontrar nada. Tengo una excelente capacidad para bloquear mis recuerdos. Los más antiguos que tengo se remontan a la edad de mis ocho o nueve años. Mis padres ya habían muerto, pero entonces conseguí un préstamo para completar mi beca de estudios.

Mis mejores amigos en el grupo de apoyo eran Janine, que había tenido ocho

maridos, y Mike, un travestido que caminaba con un contoneo de caderas espectacular. La clínica estaba en Malibú, de modo que podíamos bajar a la playa entre sesión y sesión de arrancarnos la piel a tiras los unos a los otros. Un día surgió Thailandia en la conversación. Mike dijo:

—Conocí a una mujer en Thailandia. ¡Vaya si me divertí en Thailandia!, ¿sabes? Tope. Había montones de travestidos allí, palabra. Yo no soy marica, sólo me gusta la *lingerie*. Y encontré a esa chica. Pocas veces se expresaba de manera precisa, porque andaba continuamente trompa. Nuestra terapista, Glenda, descabezaba un sueñecito tendida en uno de los bancos de madera de secoya, y la playa estaba desierta.

—En Thailandia conocí a esa chica, una bailarina. Cuando bailaba, se transformaba. *Se transformaba*, de verdad. Tendrías que ver su piel: translúcida. Y olía de forma diferente. Un olor a drogas exóticas.

Yo empecé a estremecerme cuando dijo eso, porque había intentado no pensar en ella durante todo el tiempo, incluso cuando se me aparecía en sueños. Incluso antes de empezar a soñar, en el momento de cerrar los ojos, escuchaba el tintineo hueco de las marimbas y veía sus ojos flotando en la oscuridad.

—Me suena familiar —dije.

—De eso nada. No había nadie como esa chica, palabra, nadie. Actuaba en un espectáculo de danza clásica y luego se hacía las casas de putas. También tenía un empleo de día, trabajaba para una profesora chiflada…, una mujer paliducha, de cara arrugada, con gafas. Una especie de doctora, me parece. Como en Patpong no hay la menor higiene, reparte gratis a las chicas medicamentos para las enfermedades venéreas.

—La doctora Francés Stone.

¿Estaría mi compañía pagando medicinas gratis para las prostitutas? ¿En eso consistía aquella investigación sobre los secretos del universo?

—¡Eh! ¿Cómo sabes su nombre?

—¿Hiciste el amor con ella? —súbitamente, me había puesto a temblar de rabia. No sé por qué. Quiero decir que yo sabía cuál era el medio de vida de la chica.

—¿Lo hiciste tú? —respondió Mike. También él se había puesto nervioso. Se apartó un poco de mí y se puso a liar un canuto con una mano, mientras pasaba nerviosamente la otra por el listón de madera de secoya del banco en que estaba sentado.

—Yo he preguntado primero —grité, y pensé para mí mismo: «Cielos, parezco un niño de diez años».

—*¡Por supuesto* que no! Ella tenía problemas, ¿vale? Problemas caros. Pero era

preciosa, mm-mm, estaba como para comérsela.

Miré furioso a mi alrededor. La terapista seguía durmiendo —una manera ideal de ganarse mil pavos a la hora—, y los demás estaban dispersos en pequeños grupos. Janine parecía escucharnos, pero le preocupaba mucho más el untar de aceite solar cada centímetro expuesto de su piel.

—Quiero volver —dije—. Quiero volver a ver a Keo.

—Eso es una, digamos, chorrada completa —intervino Janine acercándose a mí—. Estás tan sólo, digamos, exteriorizando tu trauma interior en una fantasía-objeto. Es como si, digamos, necesitaras mantenerte en contacto con tus hijos, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Vas a conseguir enredar a todo tu grupo de apoyo, palabra —comentó Mike en tono belicoso.

—Oye, Russ, en lugar de, digamos, proyectarte en una mujer olvidable que conociste hace dos años y se encuentra a quince mil kilómetros de distancia, ¿por qué no, digamos, te concentras en alguien que está un poco más cerca de tu casa? Quiero decir, te he estado *observando*. Si me integré en este grupo de apoyo es sólo porque los grupos de apoyo son, digamos, el único sitio en el que puedes encontrar chicos *sensibles*.

—Janine, estoy casado.

—Entonces, liémonos.

Me gustó la idea. Mi matrimonio con Trisha había sido poco más que una broma: yo necesitaba un adorno nuevo que realzara mi presencia en los cócteles y las inauguraciones, y ella necesitaba seguridad. No nos habíamos dedicado demasiado al sexo, ¿cómo íbamos a hacerlo? Yo estaba colgado de mis recuerdos. Tal vez esta mujer me ayudara a curarme. Y yo deseaba angustiosamente curarme porque la historia de Mike había hecho añicos mi fantasía de que Keo había existido únicamente para mí.

Pero estábamos ya en los noventa y Janine insistió en que me hiciera un análisis de sangre antes de nada. Di resultado seropositivo. Me cagué de miedo al saberlo. Porque la única vez en que había sido tan descuidado como para olvidar usar el condón fue… aquella noche. Y habíamos hecho de todo, explorado todos los orificios, mezclado todos nuestros fluidos.

Había sido una auténtica danza de transformación.

No tenía nada que perder. Me divorcié de mi mujer y envié a los niños a un colegio

todavía más caro en Connecticut. Me sentía en plena forma; quizás era que nada podía hacerme morder el polvo. Leí todos los libros y artículos que trataban del tema. No se lo dije a nadie. Metí en una maleta un par de trajes y ropa deportiva, más un repuesto de contrabando de AZT. Me sentía en plena forma. En plena forma, me repetí a mí mismo. Cogí el primer vuelo a Bangkok.

En la compañía se sorprendieron al verme, pero por entonces yo era un ejecutivo tan importante que dieron por supuesto que iba a organizar algún reajuste interno. Me alojaron en el Oriental y me asignaron 10 000 baht diarios. En Bangkok se puede comprar un montón de cosas con cuatrocientos pavos. Les pedí que me dejaran solo, ya que la investigación no les concernía. No sabían qué era lo que estaba investigando, de modo que se temieron lo peor.

Fui a Silom Road, donde estaba antes el Club Pagoda. Había desaparecido, y en su lugar se alzaban ahora un nuevo McDonald's y un despacho de billetes de una compañía aérea. Tal vez Keo había muerto ya. ¿No era ése el olor que percibí en ella? Un aroma a flores aplastadas, marchitas…, el olor de la muerte que se acerca. Y la pasión con que me había hecho el amor. Ahora lo comprendía, era la pasión de los condenados. Se había aferrado a mí desde algún lugar situado entre la vida y la muerte. Había aspirado la vida de mi interior y me había dado él virus como una prenda de su amor.

Paseé por Patpong. Tenía que abrirme paso a codazos entre los vendedores callejeros que agitaban delante de mi cara sus Rolex falsificados. Era inútil preguntar por Keo, hay por lo menos un millón de mujeres que se llaman Keo. Keo quiere decir «joya», y también significa «cristal». En la lengua thai, muchas palabras se utilizan indiscriminadamente para designar la realidad y el artificio. Yo no tenía ninguna fotografía, y la belleza de Keo es difícil de describir. Además, todas las chicas de Patpong son hermosas. Cada noche desfilaban ante mí, en aquel laberinto de neón, miles de pares de labios y de ojos, sensuales e infinitamente tentadores. Pero eran otros labios, otros ojos.

En Patpong no hay más que unas cuantas manzanas de casas, pero recorrerlas de arriba abajo en medio del calor sofocante, preguntando, observando cada rostro en busca de algún signo del Grial entrevisto que conservamos en la memoria…, puede resultar agotador. Dejé de afeitarme y tomé esporádicamente drogas como pasatiempo. ¿Qué importancia tenía, de todos modos?

Pero seguía encontrándome bien, nada podía hacerme sucumbir.

Me encontraba bien, y entonces, un día, en el momento de pagar un Big Mac, vi sus manos. Miré al suelo mientras contaba el dinero. Oí el «bip» de la computadora de

la caja registradora, y en ese momento las vi: me ofrecían la hamburguesa con las palmas hacia arriba, como si se tratara de una ofrenda a los dioses. Los dedos estaban ligeramente arqueados, con delicadeza y una fuerza oculta. Dios mío, conocía bien esas manos y su tacto delicado cuando me frotaban los omóplatos o cuando se deslizaban sobre mis testículos sin rozarlos, a una distancia no mayor que el espesor de un cabello. Conocía su fuerza cuando empujó su puñito cerrado en el interior de mi recto. Jesús, hicimos de todo aquella noche. Dejé caer mi billetero sobre el mostrador, me apoderé de aquellas manos, las apreté con hamburguesa y todo, y percibí su tacto familiar. ¡Oh, Dios, cómo me dolía todo!

—Mister, ¿quiere un *blowjob*?

No era su voz. Levanté la vista. No era ni siquiera una mujer.

Bajé de nuevo la vista hacia las manos. La alcé de nuevo hacia el rostro. No tenían nada en común. Se trataba de un muchacho con marcas de viruela, y cuando me habló miraba a un punto indeterminado del espacio. No había ninguna relación entre su expresión vacía y la pasión con la que aquellas manos acariciaban las mías.

—No me gusta hacer esas cosas —dijo—, pero soy un estudiante pobre y necesito el dinero. Si quiere, puede venir pasadas las cinco de la tarde. No le defraudaré.

Los dedos se aferraban a mis muñecas con la familiaridad de quien ha tocado cada centímetro cuadrado de tu piel, y ha memorizado las varices de tu pierna izquierda y la peca del testículo derecho.

Era obsceno. Sacudí las manos para librarme de su contacto, y a duras penas conseguí acordarme de recuperar mi billetero antes de salir corriendo a la calle.

Desde que llegué había intentado encontrar a la doctora Francés Stone, buscando en los archivos de la sede central de la compañía y abroncando a las secretarias. A pesar de que la empresa había financiado el proyecto de la doctora Stone, los registros parecían haberse volatilizado.

Finalmente, me di cuenta de que aquélla no era la forma adecuada de conseguir mi objetivo. Recordé lo que me había contado Mike, y al día siguiente del encuentro con las manos de Keo, estaba de vuelta en Patpong, preguntando a diestro y siniestro la dirección de alguna buena clínica venérea. La más prestigiosa de todas ellas resultó encontrarse en la esquina de Patpong con Soi Cowboy, encima de una tienda que vendía *software* pirata y cintas de vídeo.

Subí una escalera empinada que me llevó a una habitación minúscula sin ventanas, con un ventilador en el techo que movía de un lado para otro el mismo

ambiente cargado de sudor. Una recepcionista me dedicó una sonrisa. Su mirada tenía la misma vacuidad que la del muchacho que servía hamburguesas en el McDonald's. Me senté en una desvencijada silla de bambú y esperé hasta que la doctora Stone me introdujo en su despacho.

—Usted le ha hecho algo a ella —dije.

—Sí —estaba revisando una pila de papeles. Había en el despacho una ventana y un acondicionador de aire, dirigido hacia el lugar donde estaban colocados los ordenadores; pero yo seguía empapado de sudor.

Sonó el teléfono y ella intercambió por el auricular algunas frases en thai, cuyo sentido no pude captar.

—Está usted furioso, por supuesto —comentó ella al colgar el aparato—. Pero era preferible eso que nada. Mejor que el vacío helado de la tierra. Y ella no tenía nada que perder.

—¡Se estaba muriendo de sida! ¡Y ahora estoy infectado *yo*! —Era la primera vez que permitía que saliera de mis labios la palabra fatal—. ¡Usted me ha *asesinado*!

Francés se echó a reír.

—¡Vamos! —dijo—, ¿no nos estamos poniendo un poco melodramáticos? Tiene usted el virus, pero no está en coma ni nada por el estilo.

—Me encuentro estupendamente. Estupendamente.

—Me alegro. ¿Por qué no toma asiento? Encargaré algo de comida y charlaremos.

Había adquirido las costumbres locales. En Thailandia es de mala educación hablar de negocios sin ofrecer comida. Me senté ceñudo mientras ella abría la ventana y gritaba algo a uno de los vendedores callejeros.

—Para ser franca, señor Leibowitz —dijo—, desearía concertar un nuevo préstamo. Tuvimos que gastar una porción *tan* considerable del anterior en problemas accesorios sin interés (sistemas de seguridad, sobornos varios, etc)., que apenas quedó nada para la investigación propiamente dicha… Mire a su alrededor y verá lo que quiero decir… No malgasto el dinero en decorar mi despacho, ¿no le parece?

—He visto sus manos.

—Impresionante, ¿verdad? —Llegó la comida. Consistía en una especie de fideos fritos envueltos en hojas de bananero y crujientes por el peso de unos pepinillos con salsa picante. Ella no probó bocado, pero se entretuvo ordenando los pepinillos hasta formar la figura de…—. Quiero decir las manos. Más hermosas que nunca. Son vibrantes. Sensuales. Mi primer éxito.

Empecé a temblar de nuevo. Había leído algo sobre el bisabuelo de la doctora Stone y sus experimentos con cadáveres robados de sus tumbas. Rompecabezas de

cuerpos devueltos a la vida con el choque de los relámpagos. No a la vida, sino a un simulacro de vida. ¿Podía haberle pasado una cosa así a Keo? Pero ella se estaba muriendo. Tal vez era preferible eso que nada. Tal vez…

—De cualquier forma, esperaba que viniera usted pronto, señor Leibowitz, porque hemos preparado otra petición de un préstamo. Tengo aquí los papeles. Sé que ahora es usted tan importante que basta su firma para proporcionarnos una cantidad diez veces superior a la que autorizó hace dos años.

—Quiero verla.

—¿Le gustaría bailar con ella? ¿Verla representar otra vez el *Chut Chai*?

Me llevó por unas escaleras distintas. Muchos tramos. Estaba seguro de que nos encontrábamos bajo el nivel del suelo. Supe que nos acercábamos a Keo porque el aire adquirió un sutil aroma a flores marchitas. Descendimos aún más. El frío de aquel lugar no era natural.

Por fin llegamos al laboratorio. No había allí ningún Igor que arrastrara los pies, ni retortas con líquidos burbujeantes. Tan sólo una nave bien iluminada y fría como los subterráneos de un depósito de cadáveres. Paredes cubiertas de azulejos blancos; techo estucado; lámparas fluorescentes; y el penetrante olor de los no muertos del todo.

Junto a las paredes se alineaban depósitos de plástico transparente, llenos de algún fluido y partes de cuerpos. Pasé delante de brazos y piernas flotantes. Unos torsos giraban en otro contenedor. Un pecho de mujer asomaba entre los muslos de un niño. Más allá se arremolinaban unos corazones, cada une de ellos con su aorta limpiamente seccionada. Había un contenedor de ojos. Otro de genitales. En un tercero colgaba un collar de lenguas, y en el cuarto se amontonaba una masa de intestinos. Los ordenadores trazaban complicados gráficos en una fila de pantallas. Los osciloscopios parpadeaban. Un gibón vivo estaba encadenado a un poste rematado por una calavera humana. Había algo tan estrafalariamente antiséptico en aquel espectáculo que no pude sentir el menor horror.

—Sea indulgente con el decorado, Russell, ya ve que la falta de medios financieros nos ha obligado a prescindir de todo lo superfluo.

El único intento de adornar el lugar era un descolorido cartel de *El jovencito Frankenstein*, sujeto con unas chinchetas a la pared más lejana.

—Por favor, no se incomode por todos esos fragmentos de cuerpos —añadió ella —. Resulta muy macabro, pero una se acostumbra a cosas así en la Facultad de

Medicina; si cree que va a devolver la comida, hay un pequeño lavabo a su izquierda…, sí, entre los ojos y las lenguas.

No me sentía mareado, sino… excitado. Era el olor. Sabía que me estaba aproximando a Keo.

Francés abrió otra puerta, y entramos en una habitación más pequeña.

Keo estaba allí. Una sábana cubría su cuerpo, pero ver su rostro después de tanto tiempo casi hizo detenerse los latidos de mi corazón. Los ojos, los labios ligeramente entreabiertos, el cabello flotante hacia un foco de luz azul…, por más que no había ninguna corriente de aire en la habitación.

—Es un viento de electrones —dijo la doctora Stone—. Ya no es preciso esperar los rayos de los monzones. Podemos extraer más potencia de un enchufe en la pared de la que ni mi bisabuelo Víctor soñó nunca que podría robar al cielo.

Y se echó a reír, con la risa de los científicos locos.

Vi al chico de McDonald's sentado en una silla, con las manos extendidas hacia mí. Tenía unos electrodos fijos en las sienes. Estaba desnudo, y pude ver las cicatrices en el lugar en que se habían acoplado las manos a las muñecas de alguna otra persona. Vi a una mujer con los pechos de Keo, atada a una columna de cristal, en tensión, jadeante, mientras los bornes a los que estaba enchufada despedían chispas azules. Vi su vagina cosida al pubis de una enana que se retorcía tendida al pie de la columna. Los pies estaban acoplados al cuerpo de un niño de cinco años, y su gracia se convertía en torpeza cuando caminaba tambaleante en círculo alrededor de la columna.

—¡Puzzles de personas! —exclamé.

—¡Por supuesto! —contestó la doctora Stone—. ¿Cree que voy a ser tan loca como para resucitar personas enteras? ¿No se da cuenta de las consecuencias que tendría una cosa así? La indefinición legal de la vida y la muerte…, testamentos anulados, seres humanos al servicio de cadáveres ambulantes… Yo soy una científica, no una filósofa.

—¿Pero quiénes son ahora?

—Antes no eran nadie. Chicos de la calle, prostitutas. Estaban muñéndose, señor Leibowitz, ¡muriéndose! Estaban encantados de legarme sus cuerpos. Y ahora son más que humanos. Son muchas personas en muchos cuerpos. Una *gestalt*. Puedo barajarlos y recomponerlos de mil maneras distintas… Y la hermosa Keo, ¡oh!, lloraba cuando vino a verme. Cuando descubrió que le había contagiado el virus. Le amaba a usted. Fue la última persona a la que amó. Yo se la guardé. Aquí ha permanecido dormida, esperando a bailar para usted, desde el día en que murió. Oh,

no digamos que *murió*. El día en que…, en que… No soy poeta, señor Leibowitz. Sólo una científica.

No quería escucharla. Únicamente veía el rostro de Keo. Lo recordaba todo; todo lo que habíamos hecho. Quería revivirlo, no me importaba si estaba muerta o no. Quería tomar el Grial, estrecharlo en mis manos y poseerlo.

Francés apretó un botón y empezó la música: el agudo chillido del *pinai*, el batir del *taphon*, la percusión de las marimbas y los xilófonos se concertaron en la música del *Chut Chai*. Entonces desapareció con discreción. Oí el chasquido de una llave al girar en su cerradura. El contrato del préstamo había quedado en el suelo. Yo estaba solo con todas las partes de la mujer a la que *amaba*. Lentamente, me acerqué a la cabeza tapada con la sábana. Se alzó el viento electrónico; la fría luz azul se intensificó. Sus ojos se abrieron. Los labios se movieron como si descubrieran el habla por primera vez:

—Rus… sell.

Las manos del muchacho de la cara de pizza empezaron a seguir los acordes de la música. Movía la cabeza de un lado a otro; las manos trataban de apresar el aire y se tendían hacia mi rostro. Los labios de Keo estaban secos. Pasé mis brazos alrededor del cuerpo ensabanado y besé la boca muerta. Pude sentir cómo se me erizaba el cabello.

—Veo gran vacío en su interior. Venga conmigo. Yo lo llenaré. Nosotros dos, personas vacías. Necesitamos ser llenados.

—Sí. Santo cielo, sí.

La estreché contra mí, pero lo que *abrazaba*, era frío y puntiagudo. Retiré la sábana. No había cuerpo, sino sólo una estructura con cables, transistores, circuitos electrónicos y tubos que alimentaban frascos de líquidos reactivos.

—Ahora bailaré para ti.

Me volví. Las manos del chico del McDonald's moldeaban en el aire formas llenas de gracia. Los pies del niño se movían al ritmo de la música, y arrastraban tras ellos el resto del cuerpo. Los pechos de la mujer encadenada se erguían, esperando mis caricias. La música se aceleró. Una voz de contralto entonó plañideros melismas por sobre los ritmos entrelazados de la madera y el metal. Yo la besé. Pude oír cadenas que se rompían y cables que resbalaban por el suelo de ladrillo. Unas manos palparon mi espalda, frotaron mi nuca, desabrocharon mi cinturón. Un pecho se restregó contra mi nalga izquierda y un pie presionó con suavidad la derecha. No tenía importancia que esas partes estuvieran ligadas a otros cuerpos. Eran de ella. Me estaba amando toda ella. La enana que llevaba su vagina empezó a trepar por mi pierna. Cada parte

suya estaba amándome. Oh, y bailaba. Bailamos juntos. Yo era el epicentro de la pasión de aquellos fragmentos de cuerpo. Éramos personas vacías, pero ahora bebíamos nuestra plenitud. ¡Oh Dios, cómo bailamos! Era una música fúnebre, pero nos satisfizo.

Y lo firmé todo, incluso el codicilo.

Ahora me encuentro en la sección de enfermos terminales de sida de un hospital de Beverly Hills. No habré de esperar mucho. Pronto el codicilo se hará efectivo y mi cuerpo será enviado a Patpong, preservado en el interior de un depósito de nitrógeno líquido.

Las enfermeras no quieren mirarme. Se acercan a mí con guantes de goma para evitar que las contamine, aunque por su oficio deberían conocer mejor las vías de infección. Mi compañía de seguros ha declinado toda responsabilidad. Mis hijos no me escriben cartas, aunque pagué para que recibieran educación en los mejores colegios. Trisha viene a verme a veces, está contenta por haber hecho tan poco el amor conmigo.

Un día mis ojos se cerrarán y despertaré en una docena de cuerpos diferentes. Estaré más cerca de ella de lo que nunca lo estuve en vida. En vida, todos somos islas. Sólo en el laboratorio de la doctora Stone podemos conocer la verdadera intimidad, porque la mente de uno dirige los músculos de otro y hace que los nervios de un tercero se estremezcan de deseos inmencíonables. Espero que no tardaré en morir.

Los muertos vivientes no son como los imagináis. Nada de tripas colgando, ni goteo de líquidos viscosos. Guardan los intestinos y la sangre en su interior, como vosotros y como yo. Vistos a una luz adecuada pueden resultar hermosos, por ejemplo de pie bajo la fría luminiscencia de un laboratorio subterráneo, esperando que una corriente de electrones les preste la ilusión de la vida. Si uno los considera con el adecuado toque de fantasía, resultan indistinguibles de nosotros.

Escuchadme, yo lo sé. Los he amado.

YO, EL MONSTRUO

LOREN D. ESTLEMAN



Ascenderé triunfante a mi pira funeraria y exultaré
en la agonía de las mordientes llamas.

El Monstruo

¡Todo resultaba tan mortalmente familiar!

Los granjeros, los mesoneros y los talabarteros, con sus enloquecidas esposas, armados con teas y horcas, aullando como pieles rojas con el valor demente de la horda; los mastines, ladrando y saltando con movimientos torpes, los negros belfos retraídos hacia atrás mostrando los colmillos color de pergamino al morder mis tendones y hacer brotar la sangre en cada nuevo asalto; los mirones, demasiado cobardes para unirse a la chusma, pidiendo con gritos orgásmicos que me sacaran los ojos y las entrañas; y yo, el ogro horrendo, me *alzaba* sobre esa pesadilla carnal colectiva, atado a una enorme cruz de madera como un Cristo mutante, tironeando mis ataduras, retorciéndome y escupiendo encima de ese mar hidrofóbico que me arrastraba hacia mi destino, en el charco de luz del centro de la arena. Realmente, las cosas se estaban saliendo de madre. Como mínimo, deberían de haber contenido a los perros un poco más. Iba a tener que emplear la mayor parte de mi paga en vendas y tintura de yodo.

No hice levantar una pira.

Quienes han leído las cartas de Robert Walton a su hermana en las que cuenta los detalles del viaje polar que le puso en contacto con Víctor Frankenstein, publicadas bajo el nombre de *Frankenstein, o el moderno Prometeo*, recordarán que me despedí del explorador y del cadáver de Frankenstein, caliente todavía en el puente del barco, con la promesa de dejar para siempre este mundo sacrificándome en una inmensa hoguera. No mentía, pero tampoco llegué a realizar mi designio.

Tan eficiente era el proceso del razonamiento en el cerebro que mi mortal creador había seleccionado para mí, que tomé una decisión en contra de la muerte por fuego, casi antes de abandonar aquel navío atrapado entre los hielos. ¿No era la hoguera un medio ordinario para destruir al ser más monstruosamente extraordinario de toda la historia del mundo? ¿Había hecho todo aquel largo viaje hasta el techo del mundo, en busca de una conjunción diferente de todas las demás, sólo para acabar mi atormentada existencia de la misma manera que emplean las pescaderas para hacer desaparecer los desperdicios de sus cocinas? La respuesta, repetida en tono burlón por los ecos de aquellos riscos helados, fue una resonante negativa.

Ignoro cuántos días grises anduve errante a través del perenne crepúsculo, apesadumbrado por la certidumbre de que mis tormentos no iban a tener fin. No dediqué ningún pensamiento a la comida, ni al frío infernal que dejaba mi espina dorsal tan rígida como el cañón de una escopeta y convertía mis pies en planchas de metal; hasta que la misma insensibilidad de mis extremidades me reveló repentinamente —¡oh, relámpago estático de lucidez!— que no necesitaba llevar a cabo ninguna acción específica, porque sin hacer nada, nada en absoluto, invitaría a los elementos y al grosero barro de que estoy hecho a extinguir definitivamente mi vida.

Caminé. Caminé hasta que el frío mordió mi carne, caminé hasta que el hambre perforó mi estómago como una lombriz ciega. Suponía que caminaba hacia el norte, lejos de las ciudades de los hombres y del calor traicionero y el alimento que son necesarios para la vida, pero que ellos convierten en motivo de nuevas crueldades y mayores injusticias; lejos del mundo infinito. Pero en realidad carecía de instrumentos que me indicaran el camino, y al menos una vez en mi delirio me convencí de que cada paso que daba me acercaba un poco más a aquel país de pesadilla, y que mis instintos me abandonaban de la misma forma que antes había hecho mi creador. Mis oídos y mi nariz perdieron su capacidad de sentir, mis labios se agrietaron y sangraron y la sangre, al cristalizarse en el instante en que entraba en contacto con el aire, contribuyó sin duda a hacer aún más espantoso mi aspecto. Pero seguí caminando.

Nunca sabré si realmente me hundí, al pisar una placa de hielo imperfectamente

formada, en las oscuras aguas heladas, o si tan sólo se trató de una alucinación. No consigo recordar el momento preciso en que la torturada *conciencia* se convirtió en amable olvido. Mi último recuerdo claro es la visión, a muchas leguas de distancia y encaramado en un enorme témpano, de un solitario oso blanco erguido sobre sus patas traseras para defenderse de un círculo de grandes lobos peludos, y el profundo orgullo y compañerismo, una emoción tan ajena a la trágica soledad de mi condición, que sentí cuando el animal acorralado se revolvió furioso y proyectó a uno de los lobos en el aire. Brotó la sangre, y el aullido de agonía del atacante despertó los ecos de los picachos helados en una hermosa polifonía. Luego sobrevino la oscuridad total y profunda. (Más tarde he llegado a la conclusión de que aquella visión no pudo ser real, puesto que el hábitat del oso polar y el de los lobos no coinciden; pero el placer de mi recuerdo no ha disminuido lo más mínimo por esa circunstancia).

La siguiente emoción que sentí fue la rabia.

La causa de la misma era que todavía seguía con vida para sentir cualquier clase de emoción.

¡Estaba vivo todavía! ¿Cuántos breves letargos habría de soportar todavía antes de que llegara el sueño eterno?

Comprended que yo no tenía ningún medio de determinar en aquel momento que mi letargo había durado doscientos años. Oí, antes de ver nada.

Era el pesado zumbido de un gran motor, parecido a las dinamos de Frankenstein en mi primer despertar.

Mi confusión era completa. ¿Era así, entonces, el infierno para un hombre sintético? ¿Era mi destino, único entre todos los demás, el de resucitar una y otra vez en mi horrenda envoltura corporal, con el refinamiento adicional del conocimiento de mi vida anterior? ¿Pues no es acaso la capacidad para conocer lo que ha de ocurrir la definición del Hades para cualquier hombre, y desde luego que también para cualquier monstruo? Entonces brotó en mí la rabia, con la misma cegadora pureza escarlata que sentí cuando mi dios depravado hizo pedazos a la compañera que había creado para mí, delante de mis propios ojos. Si hubiera tenido ante mí en aquel momento una legión de secuaces de Lucifer, los habría exterminado a todos y después me habría reído a carcajadas de la sangre demoníaca que me cubriría de la cabeza a los pies. Pero no podía moverme.

Algo me mantenía inmóvil en posición supina. Advertí, sin investigarlo, que ese algo era más poderoso que yo. Por consiguiente no era orgánico, porque ninguna mera criatura puede competir con esta cosa reunida a partir de fragmentos de cadáveres gigantescos, vivificada gracias a la alquimia. Se trataba de un artefacto

mecánico, en el que mi cuerpo estaba encajado de tal modo que únicamente la cabeza quedaba libre para girar y observar a izquierda y derecha…

Nada.

El cielo vacío más allá de una pequeña ventanilla de grueso cristal, a la altura de mis ojos. Lo que en un primer momento me parecieron témpanos del Ártico, eran en realidad nubes vistas desde arriba. Ya no estaba encadenado a la tierra que despreciaba.

¡Así pues, me encontraba en el cielo! Entonces todos los disparates que había leído en los dos Testamentos y en los polvorientos tratados de teología, acerca de que la inmortalidad es patrimonio exclusivo de Dios y del alma humana, no eran más que palabrería de ignorantes. La fuerza vital que Frankenstein había conseguido dominar, era también merecedora de la Eternidad. ¡Qué broma excelsa! ¿Pero con qué propósito? ¿No sería mi destino el convertirme en un marginado también entre los ángeles, como lo había sido entre los hombres? Y si era así, ¿con qué derecho podría llamarse Paraíso aquel lugar? Apenas tuve tiempo para meditar sobre todo ello, porque una tosecilla próxima me reveló que no estaba solo. El ángulo en el que había sido colocado no me permitía observar a mi nuevo compañero, pero pude oír dos voces diferentes que conversaban. Respecto del tema de su charla no pude averiguar nada, porque, aunque hablaban en inglés, lo hacían con un acento extraño y nasal que instintivamente comprendí que no era continental, y muchas de sus palabras parecían extranjeras: *okay, software, head, honcho, megabucks*… A efectos de mi comprensión, podía haberse tratado de la lengua del Catay. Oí frotar una cerilla, olí a tabaco que se quemaba, y la siguiente conversación fue lo primero que pude entender en aquel encuentro inicial con mis apresadores.

—¡Por Dios, Hal! Ya sabes que el viejo no quiere que fumemos aquí.

—Tranquilo, el abuelete está echando una cabezada. Apagaré el pitillo en cuanto note que esa marmota se menea otra vez.

Siguieron varios minutos de observaciones indescifrables, luego una puerta se abrió y volvió a cerrarse, y de nuevo estuve solo. Algún tiempo después entró alguien distinto de la anterior pareja, se dirigió directamente al lugar donde estaba yo tendido y colocó los dedos en mi cuello, por primera vez desde mi breve y conmovedor encuentro con el bondadoso doctor Lacey; desde aquel lejano contacto —yo ignoraba en ese momento *cuántos* años habían pasado en realidad—, éste era el primer ser humano que se aproximaba a mí sin repugnancia. Por entre mis ojos empañados observé la sorpresa reflejada en las facciones de un anciano recién rasurado.

—¡Late! —susurró, con un acento que reconocí de inmediato como alemán—. *Du*

lieber Gott! ¡Vive!

—Sí, vivo —respondí entonces, con una voz que rechinó como si mis cuerdas vocales estuvieran cubiertas de polvo—. ¿Quién es el que tal cosa afirma?

Después de lo cual su arrugada mandíbula se desencajó, revelándose que el arte de fabricar dentaduras había conocido grandes progresos desde mi época; se llevó la mano a la bata blanca que cubría su pecho, y cayó hacia atrás, quedando fuera de mi campo de visión. Ése, como supe más tarde, había de ser mi único encuentro con Dwight Laemmle, profesor de antropología y miembro de la Academia, antes de que la muerte le reclamara a la edad de setenta y seis años, en el curso de la famosa expedición al Ártico patrocinada por la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Michigan.

Mi temeridad me había colocado en apuros, pero la suerte me salvó momentáneamente.

Cuando finalmente fue descubierto el cadáver del profesor, decidí no volver a hablar, al menos hasta verme libre de mis ataduras; porque, a pesar de que ansiaba la inmolación tanto como siempre, mi odio hacia los hombres sobrepasaba mi aborrecimiento por la vida y no me permitía rendirme ante mis eternos atormentadores. Felizmente, la excitación y el desconcierto que produjo el hallazgo del cadáver del eminente investigador (la causa de su muerte había sido una apoplejía) distrajeron la atención general de aquel objeto inerte que compartía su habitación, y yo conseguí pasar inadvertido durante el resto del vuelo.

Porque se *trataba* de un vuelo. Por entonces yo ya había adivinado que no me encontraba a bordo de ningún carro celestial, sino de una máquina terrena y que, de alguna manera, durante mi estancia en el Norte, la maldita Ciencia, la única divinidad adorada por Frankenstein, había conseguido alcanzar un dominio tan completo del arte reservado por la naturaleza a los pájaros, como el que él mismo llegó a usurpar respecto del Poder de la Vida. Tuve entonces los primeros atisbos de la Gran Verdad cuya revelación completa, unida a su horror intrínseco, había de llegarme *más tarde*.

Había de pasar mucho tiempo antes de que yo llegara a conocer el descubrimiento que el profesor Laemmle había *realizado* en un glaciar: un hombre, físicamente colosal y en apariencia neandertalense, pero vestido con ropas similares a las de los primeros exploradores polares del siglo dieciocho, preservado exactamente igual a como fue en vida. Supe también que aquel singular hallazgo fue transportado en secreto, cubierto con una manta, hasta la «base» del equipo de investigación, donde se

retiró con todo cuidado la capa exterior de hielo, y su prisionero fue instalado en una cámara portátil de clima controlable, diseñada por el propio profesor para la preservación de especímenes de gran tamaño, en especial un felino con colmillos largos como sables cuya adquisición en estado prístino era el sueño de su vida.

Ahora sé que después de depositar *tena firma* los restos del profesor, el «espécimen» —yo mismo—, todavía en el interior del brillante cilindro, fue descargado, con considerablemente menos ceremonia, en la trasera de un ingenio de cuatro ruedas llamado furgoneta, y conducido en dirección norte desde una cosa llamada aeropuerto hasta un lugar de nombre Detroit, en una región conocida con el nombre de Michigan y situada en los Estados Unidos de América, esa antigua colonia británica sobre la que tanto había oído hablar en otra época, aunque su celebrado *status* de refugio igualitario se me antojaba una burla cruel, ya que estaba poblada por hombres. Nuestro destino final era la ciudad de Flint, y las instalaciones dedicadas a la investigación que tenía allí la universidad. Por supuesto, en aquel momento todo se redujo a una vertiginosa confusión de luces y ruidos, además de aquel inglés plagado de términos extraños, de modo que yo rectifiqué mi primera conclusión, y me convencí de que había despertado en el Infierno. Parecía que Frankenstein hubiera fingido morir, pero en realidad siguiera vivo para aleccionar a toda una comunidad de estudiosos de las ciencias ocultas. Para entonces yo estaba empezando a darme cuenta de que había hecho algo más que descabezar un sueñecito después del episodio del oso.

Nos desviamos del camino, debido a un accidente o bien a alguna de las ubicuas construcciones características de aquella extravagante civilización, que continuamente se destruía y se reedificaba a sí misma, sin que ni siquiera ahora alcance yo a ver la razón. Repentinamente, mi campo de visión a través de las ventanillas de la furgoneta varió, y en vez de letreros azules con direcciones y de grandes letreros coloreados con leyendas crípticas —más sabor /menos masa; sid's, la ciudad de los reptiles; comida y ambiente grato—, empecé a atisbar zonas arboladas y la superficie por la que viajábamos se hizo más áspera. La cámara ahusada en la que me habían encerrado no iba sujeta, y empezó a bambolearse de un lado a otro. Yo la ayudé. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, fui ganando impulso a cada nuevo bache, hasta que un giro violento la proyectó contra el costado del vehículo, con un topetazo que me agitó las entrañas. Cuando me recuperé, vi que podía mover el brazo izquierdo.

Aunque sólo había ganado un par de centímetros, era evidente que se había soltado algo, alguna abrazadera o pestillo. Con mi nuevo punto de apoyo, me flexioné y estiré hasta que me pareció notar que alguna otra cosa cedía. Durante la media hora

siguiente, o tal vez más, me debatí, tomándome un descanso únicamente cuando el corazón y la respiración se me disparaban hasta un punto en que temía realmente ser oído. Después de un último y desesperado empujón, el cilindro se abrió en dos mitades como un huevo. Sentí como si me pincharan las extremidades con mil finísimas agujas cuando recuperé la circulación. Y luego salí de mi ataúd, como un cadáver ambulante.

En ese momento, la furgoneta se detuvo. O bien habíamos llegado a la meta de nuestro viaje, o mis movimientos habían sido advertidos en el asiento delantero. Oí el crujido de pisadas en el suelo de grava; alguien pasó entre la ventanilla y la luz exterior, en dirección hacia las portezuelas traseras. Esperé hasta oír el chasquido del cierre, y entonces me precipité con todo mi peso contra la doble puerta.

Se abrió sin resistencia, y una de las hojas golpeó y derribó a mi visitante, que quedó tendido en el suelo. Yo aterricé a su lado, recuperé el equilibrio y empecé a mirar a mi alrededor para orientarme cuando un segundo hombre apareció al otro lado de la furgoneta.

—Clive, ¿qué demonios…?

Era un jovenzuelo gordinflón y medio calvo, vestido con un extraño traje acolchado, y se interrumpió bruscamente al verme en pie junto al cuerpo inerte de su compañero. Reconocí de inmediato su voz, como una de las que había escuchado conversar en el aire. Levanté el brazo para aporrearle, pero al verme hizo un curioso ruido cloqueante y echó a correr por la carretera, moviendo vigorosamente, aunque con torpeza, brazos y piernas. Le despedí con un ostentoso gesto de desdén, y me sumergí en el espeso bosque.

Era, como supe más tarde, un terreno de propiedad estatal, prácticamente virgen, y me recordó en no escasa medida el paisaje suizo en el que recibí la vida. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve, pero yo estaba acostumbrado a un frío mucho peor, y de hecho abandoné el sobretodo impermeable forrado de lana que había llevado en el Polo. Más tarde he podido deducir que aquél era un día de finales de noviembre. Se aproximaba mi cumpleaños.

Durante dos días erré por aquella región selvática, evitando los caminos y maravillándome de que el ruido continuo del tráfico rodado pudiera penetrar hasta el interior del profundo bosque. La primera vez que un avión a reacción pasó aullando sobre mi cabeza, me asusté y busqué algún refugio, pero luego aquello se convirtió en un sonido normal que no parecía representar la menor amenaza para mí, de modo que lo incluí en la lista que iba redactando mentalmente de las rarezas presentes en aquel extraño nuevo mundo.

Al comenzar el segundo día, me encontré ante el primer ser humano que veía desde el incidente de la furgoneta. Éste iba armado.

Entramos al mismo tiempo en un claro del bosque, desde dos lados opuestos. Él iba vestido de color anaranjado fosforescente desde el gorro hasta las botas, una visión capaz de sobrecoger al más intrépido. Cuando me vio, se puso rígido, aguardó un instante y luego levantó su rifle hasta apoyarlo en el hombro. Pero yo me anticipé a la maniobra y en un abrir y cerrar de ojos atravesé la distancia que nos separaba y arranqué el arma de sus manos. La hice pedazos partiéndola sobre mis rodillas, y me disponía a hacer lo mismo con su patético cuerpo, cuando se desmayó.

Desconcertado por lo que había podido ver de los principios de la autopreservación en aquel lugar, le dejé allí tendido. Muchas semanas después, volví a ver su rostro en la portada de un periódico ramplón, bajo el siguiente titular:

CAZADOR ATERRORIZADO CUENTA:
¡ASÍ ESCAPÉ DEL GIGANTE!

Tenía un hambre voraz. Olvidando en mi confusión mi juramento de dejarme perecer de inanición, maté y me comí un gamo, dejando sólo los cascos, la piel y los cuernos. No fue suficiente para saciar mi hambre, después de dos siglos de ayuno total.

Finalmente llegué a una vivienda, situada en lo alto de una colina boscosa, que a primera vista me pareció una iglesia; un triángulo de tres pisos de altura, en madera y cristal, con tejado de pizarra que llegaba hasta el suelo, y que tenía toda la apariencia de un campanario edificado tomando como modelo la forma de la letra A. Aunque la puerta principal estaba cerrada, el cerrojo saltó con ridícula facilidad y yo entré, dispuesto a estrangular a cualquier ocupante que encontrara, sabiendo que donde hay rastros de civilización, también se encuentra comida.

Nadie apareció. Estaba solo en una casa cuyo aire enrarecido me informó de que llevaba algún tiempo sin ser habitada. Pasé de largo ante los muebles de la sala de estar y los extraños artilugios que me rodeaban, y entré en lo que me pareció una despensa, provista de una mesa y varias sillas, un mostrador que me llegaba a la cintura con un pequeño estanque abierto en él, más utensilios extraños, y un cofre vertical de metal esmaltado. Abrí el cofre. El aire frío que salió de su interior me sobresaltó. Cuando me repuse, examiné los paquetes que había en el interior y averigüé que contenían carne congelada, aunque no pude imaginar la clase de brujería que podía haber empleado el dueño de aquella casa para dominar el aire del Ártico y

encerrarlo allí con el fin de preservar mejor los alimentos en aquel clima templado. Saqué todos los paquetes y los dejé deshelarse en el suelo, mientras buscaba alguna otra cosa susceptible de calmar con urgencia mi hambre.

En un armario encontré una serie de contenedores de metal herméticamente cerrados, con etiquetas que indicaban que en el interior había frutas o verduras. Abrí los envases sin apenas esfuerzo y comí hasta que me di cuenta de que, con un juicioso racionamiento, los alimentos almacenados en aquella casa podían permitirme sobrevivir indefinidamente, mientras planeaba mi siguiente maniobra. Entonces volví a colocar la carne en el cofre, para evitar que se estropeara.

No pondré a prueba la paciencia del lector contándole mis reacciones ante cada nuevo milagro que se me reveló en aquellos primeros días. La luz eléctrica, los distintos aparatos grandes y pequeños, un instrumento adherido a la pared que al manipularlo empezaba a zumbar en tono muy bajo y calentaba la casa, un recipiente que era claramente un bacín de gran tamaño, pero que presentaba la particularidad de vaciarse y limpiarse por sí mismo gracias a un chorro de agua que salía al apretar una palanca (¡cómo se habría divertido con él mi creador!). Pero lo más maravilloso de todo era la caja colocada en la sala de estar del piso bajo. La primera vez que se asomó un hombrecito a su ventana iluminada y me disparó con una pistolita a través del cristal, estuve a punto de destrozar la caja por una reacción de autodefensa. Pueden imaginar ustedes lo pasmado que me quedé cuando, días después de haber encendido el aparato —había estado funcionando sin parar, porque la fascinación que despertaba en mí era inagotable—, el locutor pronunció el nombre de *Frankenstein*.

Era un aparato de televisión por cable, por supuesto, y casualmente estaba conectado a un canal que daba películas antiguas durante veinticuatro horas al día. En el ciclo retrospectivo de películas de horror que pasaron durante toda la semana, vi *Frankenstein, La novia de Frankenstein, El hijo de Frankenstein, El fantasma de Frankenstein* y *Frankenstein y el Hombre-Lobo*, algunas de ellas varias veces, porque cada película se repetía a diferentes horas. Supe, por el desfile de relamidos invitados que presentaban las películas, que la historia del científico y su creación había sido escrita por Mary Shelley a partir de las cartas de Robert Walton, y llevada a la pantalla en Hollywood un siglo más tarde, y que se había convertido en parte de la cultura popular, sin que nadie llegara a sospechar que todo era verdad.

Las películas eran notables. Jack Pierce, el genio del maquillaje de la Universal, había añadido al hombre sintético un par de electrodos que sobresalían del cuello, y un curioso aplanamiento de la parte superior del cráneo; en todos los demás detalles, a excepción de la ropa y de unas cicatrices que nunca parecían cerrarse, había

transformado al actor Boris Karloff en una réplica fantasmal de mi propia trágica personalidad. Además, Karloff (y, en menor medida, también los actores que desempeñaban el papel en las dos últimas películas), se esforzaban en dar una imagen simpática de la criatura, y en comprender su situación. Me sentí vindicado; y en más de una ocasión, después de haberme quedado dormido delante de mi ventana mágica, desperté con la triste certidumbre de haberlo soñado todo, y convencido de encontrarme de nuevo a la espera de la muerte en el techo del globo.

Con todo, mi educación no se detuvo ahí. A través de los noticiarios de los distintos canales me enteré de la existencia de los bebés-probeta, los clones, la ingeniería genética y otros incidentes de la persecución científica del Secreto de la Vida, que ya no constituía una blasfemia, sino una búsqueda respetable, financiada por los gobiernos y llevada a cabo, no en alquerías tenebrosas ni en torreones desiertos, sino en laboratorios admirablemente equipados y sometidos al control de la curiosidad del público. Y como esos organismos primitivos que adquieren forma y simetría en las cápsulas de Petri y en los cristales con cultivos bacteriológicos, empezó a agitarse en mi cerebro prestado, y a adquirir lentamente forma y desarrollo, la conciencia de que yo ya no era el Único.

Me encontraba en un estado tan peculiar, tan agitado por aquella sorprendente conclusión, que sentí más curiosidad que recelo cuando la puerta de mi santuario privado se abrió inesperadamente y me encontré frente a frente con mi casero.

Supe por la llave que tenía en la mano, y que no había necesitado utilizar al encontrar forzada la cerradura, que se trataba del propietario. Era un hombre grueso, macizo, de edad mediana, iba tocado con un sombrero de ala flexible y vestía un traje gris y abrigo oscuro con cuello de piel, un atuendo bastante extraño para el campo. Cuando me vio erguido en toda mi considerable estatura frente a él, tuvo un momento de vacilación, pero su mirada revelaba más cautela que temor.

—No se alarme —dije finalmente—. Sólo he venido aquí en busca de alimento y refugio.

—Hum —gruñó—. Y ahora, ¿qué pretende?

—No lo sé. Pero me iré si mi presencia supone una molestia.

Sus ojos me evaluaron detenidamente.

—¿Es usted tan fuerte como parece?

Por alguna razón que no alcanzo a explicarme del todo, agarré por una pata el sofá de cuero de tres metros y medio de largo y lo levanté en el aire, hasta la altura de mis hombros. Luego volví a colocarlo en su lugar. Hizo un gesto de asentimiento, como si no hubiera esperado menos de mí.

—Creo que podremos ponernos de acuerdo —dijo, e introdujo la mano en el bolsillo interior de su americana.

Temí que sacara un arma y avancé hacia él, pero me tendió únicamente una pequeña tarjeta de visita, nada letal. Extendí el brazo para recogerla, y leí la inscripción impresa en una de sus caras:

CLARK FLOREY
PRESIDENTE, A. M. L.

Leí las iniciales en voz alta. No tenían ningún significado para mí.

—Asociación Mundial de Lucha —explicó—. Soy un promotor.

Definitivamente, los perros han de desaparecer. A pesar del histrionismo bien ensayado de los «campesinos» de alquiler y del clamor y los abucheos de la muchedumbre, tomé nota mental para hablar del tema con Clark después del combate. Era una queja minúscula. No había planteado el menor conflicto en relación con el nuevo corte de pelo, que creaba la ilusión de que tenía el cráneo plano, ni con los electrodos de plástico sujetos a mi cuello con esparadrapo de color carne, aunque a veces éste me provocaba sarpullido, en locales públicos desprovistos de aire acondicionado; pero no estaba dispuesto a ser mordisqueado por animales antes de poner el pie en el ring.

En este caso el local se hallaba en Cleveland, y mi oponente, que esperaba pacientemente entre las cuerdas mientras la multitud me zarandeaba de forma más o menos convincente antes de que yo saltara al ring, libre de las ataduras que me sujetaban a la cruz, era Sloan Van Whale, el Terrorista Holandés, con el que había de luchar al mejor de tres asaltos, sin descalificaciones, en un clásico *match* con el campeonato de los pesos pesados de la Asociación Mundial de Lucha en juego. Las localidades se habían agotado, y los términos del contrato que había suscrito con Clark me garantizaban el diez por ciento de la recaudación, más una participación en la cantidad estipulada para la transmisión del combate por televisión, cuyo montante definitivo dependía de los *ratings* de la audiencia nocturna de la cadena. Yo había aparecido ya en la portada de la revista *Figuras del Deporte*, y un programa televisivo de entrevistas se había puesto en contacto conmigo pidiéndome que participara en una mesa redonda sobre el nuevo auge de la popularidad de la lucha profesional, fenómeno del que yo ¿por qué no?, era responsable en buena medida.

Mi apodo como luchador es *Frankenstein*. Papá se habría sentido orgulloso.

ESTA HELADA REGIÓN MI CORAZÓN OPRIME

STEVE RASNIC TEM Y MELANIE TEM



Él había vuelto. Ella supo siempre que lo haría, porque así lo había imaginado. Había imaginado su silueta, moviéndose cautelosa de una sombra a la otra, confundida con el aspecto gastado del ladrillo o la piedra, casi imposible de distinguir a veces de una columna o un poste. Durmiendo en un establo abandonado o bien bajo un árbol de Hyde Park.

En una ocasión, ella imaginó también su rostro, pero ahora no conseguía imaginarlo de nuevo. Sólo estaba segura de que, como siempre, se trataba de un rostro vivo, pero al mismo tiempo muerto. Un sueño demasiado vivido. Una vez había soñado ella algo parecido: que su hija primogénita, prematuramente muerta, había resucitado. En el sueño la dulce pequeña estaba tan sólo aterida de frío, y cuando Shelley y ella la arropaban y la colocaban al lado del fuego, revivía. Pero al despertar no tenía ningún bebé a su lado; su Mary Jane seguía muerta. ¿Cómo había sobrevivido tanto tiempo a su hermosa y monstruosa Imaginación, que constantemente la repugnaba y la hería? El propio y querido Shelley no había sobrevivido. Le parecía ahora que él apenas fue otra cosa que Imaginación en su forma más pura, más bella y peligrosa; la inspiración tanto para Víctor Frankenstein como para el Monstruo, ninguno de los dos totalmente identificables después de todos los años transcurridos.

Tampoco los rasgos del propio Shelley habrían podido ser identificados en aquel día de julio, en la playa de Viareggio. Todos habían intentado ocultarle los detalles, pero ella insistió. Era su chaqueta verde, y en los bolsillos estaban los volúmenes de

Keats y de Sófocles, pero el mar oscuro había hinchado y deformado su hermoso rostro. Ella lo habría reconocido de todos modos por su figura, por la sombra que proyectaba su alma.

En los últimos días, había visto reflejarse una sombra así contra el tejado de una casa vecina en Chester Square, y en una ocasión la vio en un jardín lejano, tiesa y erguida como un espantapájaros. La sombra no tenía alma, y ella supo de inmediato quién la proyectaba. Casi le alegró su aparición, a pesar del miedo que sentía.

Él había vuelto y traía consigo algo de las heladas regiones de su exilio. El tiempo era extraordinariamente frío. Ella había caído enferma en enero, y ahora pensaba que febrero debía de estar a punto de llegar. Siempre le había disgustado el clima inglés, pero nunca, que ella recordara, había vivido un enero tan frío en Londres.

Pero ¿por qué llamar «él» a esa criatura, puesto que se trataba en efecto de Shelley que volvía junto a ella desde el desierto helado, desde el erial situado más allá de los confines de la pasión y de la poesía? Aquellos pensamientos la llenaban de remordimientos, como si la abominación estuviera en ella misma. Era una vieja loca.

El Monstruo se envolvía en el frío como en un manto ondulante que le brindara protección. Ella había tocado el cristal de la ventana una vez, pero no pudo volverlo a tocar; la sombra distante que entrevió al otro lado había convertido sus dedos en hielo. El aire de la calle parecía sólido, lleno de luz, demasiado frío para resultar respirable. Quiso advertir a su hijo Percy que no saliera, pero no pudo moverse. Nunca había conseguido proteger convenientemente a sus hijos.

Los pájaros se helaban en las ramas; sus cuerpecitos oscuros yacían sobre la acera. Y cada día, la forma oscura parecía más próxima. Se preguntó si debería de alertar a la reina, porque el palacio de Buckingham estaba a muy escasa distancia de su casa. Pero aunque pudiera ir hasta allí, ¿qué le diría? Podría hablarle de Shelley, pero no de ese otro que introducía su hielo hasta lo más profundo del mismo corazón y el alma de Inglaterra. El intenso afecto que Victoria sentía por su Albert era bien conocido, pero ¿qué podía entender la reina acerca del espíritu y de la Imaginación?

Fuera, en la plaza, los perros parecían haber ganado en volumen, cubiertos por la nieve, y sucumbían bajo el peso de aquella capa. Mary vio que el cristal de la ventana había empezado a agrietarse, con fisuras tan secas y definidas que se preguntó si no estarían en realidad en sus propios ojos, en lugar de en el cristal. Unos dedos cálidos y húmedos expulsaron el frío de su garganta. ¿Qué era lo que quería?

—¿Qué es lo que quieres?

Lejos de su ventana, el hielo temblaba y se agitaba con los gritos del Monstruo, pero Londres no prestaba atención.

El Monstruo había venido a buscar el corazón de Shelley. Pero era de ella, y no se lo entregaría.

Mary conocía ahora el corazón de su marido más íntimamente que cuando él estaba vivo. Era como si, privada de toda referencia durante los más de veintiocho años transcurridos desde que Shelley se ahogó, ella hubiera recreado aquel corazón para sí misma y lo hubiera animado con una forma diferente de vida.

«Imaginación», pensó Mary, y aunque su cuerpo se resentía de nuevos dolores, y su espíritu de los dolores antiguos, «asomó la faz resplandeciente de la Imaginación, y el peso mortal de la aflicción se hizo más ligero». Sonrió. Cuando escribió aquellas palabras, veinte años atrás, se había asombrado y angustiado al percibir en su interior instantes de felicidad, y creyó saberlo ya todo acerca de la aflicción y de la Imaginación. ¡Qué extraña, pensaba ahora como había pensado constantemente a lo largo de su vida, qué extraña cosa había sido su vida!

El amable y melancólico Edward Trelawney fue el primero es mostrar a Leigh Hunt el corazón de Shelley, después de retirarlo sin consumirse de las llamas de la pira funeraria preparada en la *playa*, y que Mary se había sentido incapaz de ver arder. Le habían contado, y no le sorprendió, que el cuerpo había tardado en consumirse y que al fin, después de tres horas, habían extraído de entre las cenizas aquel corazón inusualmente grande y al parecer incombustible. Una y otra vez su Imaginación había conjurado, no sin un atisbo de placer, la visión vivida de la escena: con la mano envuelta en un pañuelo y los ojos arrasados en lágrimas por el humo, la pena y el dolor, Trelawney guardaba silencio al mostrar el corazón de Shelley a otro poeta, si bien considerablemente menor.

Finalmente, el corazón de Shelley había sido entregado a Mary, y ella lo había guardado consigo durante todos aquellos años. Lo había envuelto en un lienzo y entre las líneas de su poema *Adonais*, y aquellos versos —a pesar de haber sido escritos como una elegía a un hombre a quien ella nunca apreció demasiado— le hablaban como si siempre hubieran estado íntimamente unidos al corazón de su amada:

¡Yo nací oscura, temerosamente, lejos!

En la miserable casucha de Pisa, siempre expuesta a las inundaciones y ahora repentina y permanentemente inundada por la ausencia de Shelley, el corazón había tenido una existencia tan agitada como la de ella misma, cambiando continuamente de lugar. Permaneció efímeramente sobre la mesa, en un estante, en un rincón del suelo oscurecido por la humedad, porque Mary nunca se avino a creer que existía alguna superficie capaz de sostenerlo por mucho tiempo, y le preocupaba que el niño tropezara con él y supiera lo que era; o bien, posibilidad igualmente horrorosa, que no

lo supiera.

En Albaro, su siniestro primer hogar en solitario, el corazón envuelto en telas halló reposo sobre su escritorio. Entonces vino a ocupar casi exactamente el mismo espacio que el corazón de ella misma, porque se consagró a la que había de ser la gran tarea de su vida: conmemorar a la única criatura merecedora de que le dedicara su amor y su vida, el ser esencial que había quedado prisionero, fijado para siempre, en una frágil imagen, que tan pronto se hacía añicos como se liberaba mientras ella trataba de evocarla lo mejor que podía.

Pero después, en cada nuevo traslado, el paquete que contenía el corazón de Shelley se había convertido simplemente en uno más de los elementos que componían el mobiliario de la casa. En todos los pisos de Londres —Speldhurst Street, Somerset Street, Park Street— en Putney, y ahora en el 24 de Chester Square, para ella había sido un objeto poco más reseñable que su espejo, o bien que aquella silla. Y sin embargo, sus palabras seguían llegando hasta ella, como si la presión del corazón las arrancara del manuscrito y las lanzara al aire:

… una tumba entre los eternos…

Las palabras llegaban a ella como un susurro procedente de su corazón. A veces le parecía una profanación, e incluso algo peligroso en sí mismo, que el corazón de Shelley no se hubiera quemado; otras veces lo consideraba un milagro.

Al despertar de sueños que podía recordar si lo deseaba, Mary se encontró a sí misma con los ojos fijos en la fría repisa de la chimenea donde siempre había estado colocado, en esta habitación, el corazón envuelto. Su propia falta de conciencia habitual de la presencia de aquel corazón la disgustó, y dijo en voz alta:

—Monstruo.

Era un nombre que se había dado a sí misma a menudo en diarios que nadie había de leer nunca, y ahora, con un paso ya en la tumba, se atrevió a decírselo en voz alta:

—¡Monstruo!

Como en respuesta, algo se movió en el exterior de la ventana, la sombra de la nieve acumulada al caer de una rama, un crujido parecido al de unas extremidades largo tiempo inactivas que tantearan las paredes exteriores del edificio. Había vuelto. El miedo se sobrepuso entonces a la fatiga, y Mary se revolvió en su lecho para escapar de la repisa de la chimenea, de la ventana y del corazón, y quiso volver a dormir, porque nada había tampoco en el día de hoy que mereciera la pena de estar despierta.

Había algo en su cama, algo pequeño y sólido y muy quieto, a la altura de su cintura. Mary alargó la mano por entre las sábanas y tocó el objeto, retuvo el aliento,

retiró apresuradamente la mano, se obligó a sí misma a buscar de nuevo aquella cosa, tomarla en su mano, levantarla. Con un gran esfuerzo de voluntad, no la dejó caer; la sostuvo entre las manos largo rato, la miró fijamente. Mary Jane, muerta de nuevo en su cuna. Su pequeña, muerta.

La niña no estaba allí, en realidad. No había nada en las manos de Mary. Temblorosa, se reclinó en la almohada y pensó en lo solitaria que se encontraba, lo solitaria que siempre se había encontrado, extraña para sus semejantes y para sí misma. Quienes la acusaron de tener un corazón frío se equivocaban: su corazón ardía, se abrasaba, pero su núcleo más íntimo estaba protegido por capas y más capas de hielo, que le habían permitido sobrevivir.

Lejos de su ventana, la ciudad crujía bajo el peso del hielo, y una sombra ávida, imaginada a medias, avanzaba con pasos torpes hacia su habitación. Las palabras de Shelley no le proporcionaban ya consuelo:

Disfrazó con adornos la presencia de la Muerte.

Mary se levantó con esfuerzo de su lecho y dio los pocos pasos que la separaban de la ventana. Había aparecido el sol en el cielo y se reflejaba en la nieve con un doloroso deslumbramiento que hacía parecer grises su propia piel y su camisón blanco. Los pájaros guardaban silencio, con sus picos cargados de hielo. Hacia ella, por entre los árboles desnudos como esqueletos, se acercaba una figura muy pequeña, con el bamboleo torpe de un bebé que aprende a caminar. Mientras Mary la miraba, hipnotizada por una horrible e imposible esperanza, un rayo de sol iluminó la cara de la niña. La garganta de Mary se apretó como si una mano se hubiera cerrado en torno a ella.

—¡Clara! —gritó en voz alta.

Su hija pequeña —muerta hacía treinta años, sacrificada su salud a un padre que de todas formas había muerto también— miró hacia arriba al oír su nombre y Mary, aunque incapaz de moverse, trató frenéticamente de pensar cómo podría abrir la ventana, saltar fuera y correr sobre la fría alfombra acariciada por el sol para salvar esta vez a su hija; pero ya ésta había desaparecido.

En su lugar estaba otro niño. Mayor, más fuerte, más parecido a ella misma, con cabellos rubios que brillaban al sol del amanecer. William. El Ratón Will. Willy Ojos Azules. Su muerte fue profetizada tres años antes de que ocurriera, en el libro del Monstruo: «¡William ha muerto! Ese niño encantador cuyas sonrisas iluminaban y llenaban de calor mi corazón; tan delicado y al tiempo tan alegre. Víctor, ha sido asesinado». Y también profetizó allí la culpabilidad de la madre, inexcusable a pesar de las circunstancias que habían concurrido en la muerte del pequeño: «¡Oh Dios, he

matado a mi hijo!».

Mary no se sorprendió al ver a William después de sus otras dos hijas. Pero su corazón se detuvo, al verlo, lo bastante para que se llenara de una negrura tan intensa como si el sol no hubiera salido jamás, y no hubiera de volver a salir nunca, o como si su aparición no representara, de cualquier modo, ninguna diferencia. ¡Qué crueldad la de enviarle ahora a sus hijos muertos, para recordarle que había robado para sí misma, aunque involuntariamente, años que tenían que haber sido de ellos! Para recordarle también, monstruosamente, que volvería a sacrificarlos de nuevo a los tres, incluso al querido William, por un solo día más junto a Shelley. Consiguió abrir la ventana, frotar sus nudillos en el alféizar helado y extender sus manos en el aire frígido, pero su gesto ahuyentó a William, y volvió a quedar sola.

… las sombras terrenas vuelan…

El corazón de Shelley sabía todo aquello.

No estaba sola. Cuando se volvió tambaleante para regresar a su cama —pensando que podría dormir al menos hasta que se levantaran su hijo superviviente y su nuera, y resignada a aceptar un día más de vida—, la cama estaba ya ocupada. Una figura femenina, con la cabeza colgando a medias a un lado del colchón, la negra boca abierta y visibles las señales de la garganta, las facciones borrosas y mezcladas, la piel amarillenta y tensa a la luz sesgada de la ventana, de modo que Mary gritó en voz alta:

—¡Fanny! —Y enseguida—: ¡Harriet!

Y supo que eran las dos. Su amor por Shelley, y el de él por ella, las había matado a las dos; la marca de sus manos y la de las de él estaban impresas en sus dos corazones; y si tuviera ocasión, volvería a hacer lo mismo sin dudar.

Desde donde se encontraba, en pie y con la espalda aterida por la brisa helada que penetraba por la ventana entreabierta, la cama se interponía entre ella y la puerta. Al pie de la cama había un espacio apenas suficiente para permitirle el paso. Se apretó contra la pared y empezó a rodear la cama, con la intención de escapar de la habitación y del espectro de la cama, para refugiarse entre los quehaceres matinales de la familia de su hijo, agradecida al hecho de que éste fuera un joven simpático, abierto y totalmente desprovisto del toque del genio y de sus sombras.

Pero la figura la agarró.

—¡Maldita! —gritó Mary—. ¡Déjame sola!

El rostro era una monstruosa mezcla de las mujeres a las que Mary Shelley había matado: su hermana, la primera mujer de Shelley, y alguien más cuya identidad no acababa de precisar.

—Estarás siempre sola —murmuró la mujer—, hasta que me admitas a tu lado. La

mujer tendía los brazos, mostrándole las palmas de las manos en una obvia actitud de súplica. La mujer deseaba algo de ella, y Mary se sintió conmovida por un elemental sentido de la piedad, pero el horror y la repulsión eran más fuertes, y dio unos pasos más, pegada a la pared, hacia la puerta.

—No me niegues, Mary.

Con una respiración ya jadeante y entrecortada, Mary corrió. Demasiado pronto, sin embargo, o demasiado tarde, porque la mujer se interpuso entre ella y la puerta, como una sombra cuando cambia la dirección de la luz. Los brazos rodearon su cintura. Un aliento caliente como el humo, dulce como la tumba, nubló sus ojos y le cortó la respiración. En el interior de su cabeza se produjo una explosión, una llamarada de color exquisito seguida de una súbita oscuridad, y en ese momento supo quién era la mujer.

—¡Madre! —gritó.

Su madre, de cuya vida e incluso de cuyo nombre se había apropiado, la abrazaba tan estrechamente que Mary sintió que su corazón y su cráneo se partían en dos. Su madre se precipitó entonces en el interior de su mente y de su cuerpo y los reclamó como suyos.

—¡Tú me creaste! —le susurraba su madre, pero por supuesto no era verdad; Mary era la criatura de su madre, que le dio la vida y después la abandonó.

Mary cayó a un lado y se golpeó la sien con el borde de la cama. Pensó que debía de estar sangrando y quiso alzar la mano para tocar la herida, pero descubrió que no podía hacerlo. Consiguió encaramarse a la cama y darse la vuelta para respirar. Todo su costado izquierdo estaba paralizado. La aparición se había desvanecido, estaba sola en la habitación, escuchando los ruidos del hogar que despertaba a su alrededor, sabiendo que ella, que miraba fijamente el corazón envuelto colocado sobre la repisa de la chimenea sin fuego, ya nada tenía que ver con la vida que bullía al otro lado de la puerta.

En una ocasión, cuando era muy joven, había visto un gato gris que mordisqueaba rosas amarillas.

—¡Shelley! —llamó alborozada al hombre que todavía no era su marido—. ¡Aquí hay un gato que come rosas! ¡Se convertirá en una mujer!

Y Shelley, entusiasmado, lo había escrito en un poema.

Mary intentó incorporarse y se dio cuenta de que no podía. No podía llegar hasta el corazón envuelto en la repisa, y tan sólo consiguió levantar una mano y apretarla contra su propio corazón que, cosa notable, todavía seguía latiendo. Había vivido con Shelley —respirado el mismo aire, temido y cortejado a las mismas sombras,

contemplado el mismo gato que comía las mismas rosas— el lapso de una vida entera, aunque efímera; había vivido sin él cuatro veces más tiempo, otra vida entera, aún no concluida. Sospechaba que, ahora, era más real y estaba más presente para ella en su ausencia de lo que nunca lo había estado físicamente vivo en este mundo corpóreo.

Ahora que finalmente se disponía a reunirse con él, Mary pensó que debería de desenvolver el lienzo y, por última vez, contemplar directamente el corazón de Shelley. Tocarlo. Olerlo. Verificar lo que quedaba de él. Observar su color y su forma. Sujetarlo contra su pecho (su pezón era un ojo que había espantado a Shelley en Diodati, porque veía el futuro y sorbía el pasado), hasta que su propio corazón se detuviera. Pensaba que no tardaría demasiado en hacerlo.

No podía alcanzar el *Adonais* envuelto junto al corazón de Shelley. No podía bajar de la cama; la mera idea de intentar mover todos aquellos músculos en una secuencia concertada resultaba absurda. Pensó llamar a Percy o a su lady Jane para que le alcanzaran el corazón, pero el cordón de la campanilla colgaba sobre la mesita colocada en el lado izquierdo de la cama, un lugar que la noche pasada era aún perfectamente accesible, pero al que ahora no podía acercar sus dedos paralizados.

De cualquier forma, alguien se acercaba. Oyó unos pasos decididos y una respiración áspera, apresurada. Mary quiso expresar en voz alta su alivio y su gratitud, decir lo que deseaba. Por alguna razón, sentía miedo, y por la misma razón, lloraba y no conseguía articular distintamente los sonidos guturales que salían de su garganta.

No era Jane la que venía a comprobar si necesitaba alguna cosa, y tampoco su hijo. No era Shelley quien estaba en el umbral de la puerta, entrando en su fría habitación con el amanecer, junto a su lecho de muerte, aunque ella esperaba a medias que él le sirviera de guía en el viaje postrero. No era ninguna de las mujeres espectrales que se le habían aparecido poco antes. Supo, de súbito, quién era.

—¡Monstruo! —susurró, y se dio cuenta de que nadie que la oyera advertiría que se trataba de una bienvenida. Era su Monstruo, al que dio forma primero en el curso de un lejano, tumultuoso \ compartido verano en el que todo le había parecido posible, incluso eludir el destino Muerte y dolor eran en aquel tiempo meras palabras que no despertaban ningún eco autentico en su corazón, por más que ella, como todos los demás, creyera conocer todas las grandes emociones del mundo Después de la primera pesadilla y de la subsiguiente fiebre creadora, mas parecida a una fuga, Mary había llegado a creer que el Monstruo era un capricho ocioso y extravagante, tan solo un juguete forjado por la Imaginación de una mucha cha Pero ahora estaba aquí de nuevo, mas real que ella misma, y fue consciente de un extraño hormigueo en las partes de su cuerpo que habían quedado paralizadas por el contacto de la sombra de

su madre, y de un calor terrorífico en la gélida región que oprimía su corazón.

El Monstruo hizo ademán de tocarla, para acariciarla tal vez, o tal vez para atacarla Mary intento echarse a un lado, pero el Monstruo estaba muy cerca, como unido a ella por los pies, o por las puntas de los cráneos, o —como los gemelos siameses que Shelley y ella habían visto en un espectáculo ambulante, un otoño en Genova— por los huesos del tórax, compartiendo un solo corazón hinchado.

Mary se froto los ojos con el puño derecho e intento mover torpemente la cabeza Aunque la luz de la habitación había ido aumentando gradualmente a medida que se *alzaba* el sol sobre los hielos, apenas conseguía ver nada Pero el peculiar, y extrañamente familiar, olor del Monstruo predominaba sobre los olores propios de la alcoba de una anciana enferma, mezcla de sudores acres y de preparados farmacéuticos inesperada, desorientadoramente iluminada por una fragancia floral.

Miro con atención, el Monstruo empezó a adquirir forma delante de ella Los limites del cuerpo de Mary empezaron a perder nitidez, el Monstruo se encontraba ahora tan próximo que podía estar dentro de ella misma.

Como siempre, los miembros del Monstruo eran perfectamente proporcionados y sus facciones hermosas Inquieta, Mary se dio cuenta de que observaba su propio cuerpo y visualizaba su propio rostro, primero como en un espejo, después de dentro afuera Siempre se había considerado a si misma vulgar, los años sin Shellev la habían afeado, por más que no supiera precisar que parte de su organismo o de sus facciones era incorrecta, desde hacía mucho tiempo se consideraba un ser deforme.

La piel amarillenta y resplandeciente del Monstruo cubría ligera, casi delicadamente la red de músculos y arterias que se encontraba debajo Mary podía levantar su mano derecha lo bastante para colocarla ante sus ojos y examinarla Su propia piel era grisácea, arrugada, manchada de pecas, demasiado tirante en algunos lugares mientras que en otros colgaba fláccida, la estructura ósea subyacente y el esquema de los vasos sanguíneos parecían estar mal dispuestos y daba la impresión de que no podían funcionar bien, y de hecho, en el otro lejano costado de su cuerpo, no funcionaban.

El cabello de la criatura era de un color negro lustroso, y ondulado Mary torció a un lado la cabeza sobre la almohada caliente y recordó que su propio cabello estaba enmarañado, sucio, deslustrado por la edad, la enfermedad y los pesares excesivos.

Todas aquellas características del Monstruo le resultaban familiares Recordó haberlas soñado, imaginado, escrito, leído en voz alta a su selecto, aunque algo distraído, primer auditorio Pero en esta ocasión había algo nuevo Su creación, una vez liberada del caos de la propia creadora, no se había detenido El horror se había

vivificado Durante su exilio entre los hielos, el Monstruo había cambiado tanto como ella misma, su largo período de corrupción había abatido su disfraz y revelado una faz enteramente nueva La máscara del Monstruo se había podrido hasta desaparecer por completo El corazón de Shelley debía de haberlo sabido siempre, *se había despertado del sueño de la vida*.

Ahora supo ella lo que siempre había sido cierto que su Monstruo era una mujer Ella no había creado los senos prominentes, las delicadas manos, la cóncava región en sombra entre los muslos, nunca habría sido capaz de permitirse a sí misma esos pensamientos, y mucho menos de plasmarlos sobre el papel o, Dios bendito, leerlos en voz alta a los tres hombres jóvenes y ardientes que eran los primeros en no considerar a las mujeres seres del todo reales Pero su Monstruo era y siempre había sido mujer, una mujer parecida a ella misma, y Mary no sabía si sería capaz de soportar esa revelación.

Ahora sabía por qué había llegado el Monstruo hasta ella Si no protegía de alguna forma el corazón de Shelley, el Monstruo —su propia creación huérfana, negada durante tanto tiempo— lo descubriría y lo devoraría, lo reclamaría como posesión suya. ¿Pero cómo podía una proteger un corazón?

—¡Vete lejos de mí! —fue un quejido más que un grito, una súplica más que una orden.

El Monstruo se echó un poco atrás y su hermoso rostro se contrajo con la amargura de los eternos rechazados. Mary había imaginado que el Monstruo tendría aquella expresión delante de Victor Frankenstein, pero nunca había esperado ser ella misma el agente de tanta infelicidad. Sabía que sus propias facciones estaban deformadas también por aquel rictus que ya no conseguía hacer desaparecer.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido a visitarme ahora? —Era una pregunta sin sentido, porque conocía la respuesta, pero retuvo dolorosamente el aliento, pendiente de la réplica de la otra.

—Tú me has llamado —dijo la criatura, y Mary reconoció la voz como más suya de lo que la suya propia era ahora.

No lo negó.

—Vete, entonces. He cambiado de idea.

—No tengo ningún otro lugar a donde ir. Te pertenezco. Soy tu criatura. Nadie más me poseerá.

—Tampoco yo te poseo, ser odioso. —Su propia crueldad la dejó asombrada, además de resultar, como enseguida vio, totalmente ineficaz.

—Soy tu criatura. —El Monstruo se golpeó el pecho—. Estoy vacía. Necesito…

Se detuvo, y giró torpemente la cabeza, mientras inspeccionaba la habitación de Mary.

Mary no siguió con sus súplicas, y en su lugar dijo, audazmente:

—Tráeme el poema doblado que está sobre la repisa de la chimenea, al lado de un paquete envuelto en un lienzo. Y tráeme además el corazón de mi esposo.

Su Monstruo le sonrió con un placer infantil cuando le pidió que hiciera algo por ella, y Mary sintió que desaparecía la opresión de su pecho. El Monstruo no parecía sorprendido por la petición, ni siquiera un poco confuso. Dio rígidamente media vuelta y se encaminó directamente a la chimenea, con pasos mucho más largos de los que hubiera dado Mary, de modo que le bastaron dos para cruzar la habitación. Sus manos asieron pesadamente el bulto; Mary apenas podía soportar verlas allí, y de hecho tan sólo percibía su silueta en la brillante luz gélida que invadía la alcoba.

El Monstruo alzó el bulto de la repisa y, girándose, se lo tendió. Mary sólo podía mover una mano para cogerlo y el Monstruo no lo soltó. Como si supiera que Mary no podría sujetarlo bien y lo dejaría caer, se dobló por la cintura y dejó el paquete en el regazo de Mary. Era sorprendentemente ligero. Aquello la angustiaba. Los poemas deberían de ser pesados, pensó Mary, y también la Imaginación. El corazón de Shelley tendría que ser lo más pesado de todo.

La barca de mi espíritu es arrastrada lejos de la ribera…

Mary hojeó las frágiles páginas de *Adonais*. Los hermosos versos se deshacían bajo la presión de sus dedos; rompió a llorar.

… lágrimas nutridas por el amor, que no por el rocío…

Los nudos del lienzo estaban rígidos y duros por los años transcurridos, y no podía desenlazarlos con una sola mano.

Con manos temblorosas ajena su fría cabeza…

El Monstruo colocó su mano sobre la de Mary, y Mary se sobresaltó, pero enseguida cedió y los dedos largos y fuertes del Monstruo desanudaron el lienzo, llevando pegados a los suyos, como sombras, los dedos de Mary.

Algún sueño ha dejado caer de su mente una lágrima…

Mary no podía ver lo que había en el interior de aquel trapo viejo y tieso. Sus dedos exploraron el contenido, sólo encontraron arena y polvo. Miró a su Monstruo, y durante largo rato los dos quedaron inmóviles y silenciosos.

El *viejo dolor retorna con el nuevo año…*

Mary gritó. El Monstruo gritó también. El lienzo estaba vacío. El corazón de Shelley se había marchado.

Mary buscaba una explicación. Tal vez el corazón nunca había estado allí. Tal vez

Hunt la había engañado, con la ayuda de sus propias locas fantasías, o la pena de Trelawney le había confundido; tal vez durante todos aquellos años ella había vivido ante la presencia indiferente de una pieza de lienzo vacía.

Pero era más probable que el corazón se hubiera desintegrado, simplemente. Como todas las demás cosas de su vida, se alejó poco a poco de ella, y al tratar de recuperarlo, su forma y su sustancia se habían alterado hasta el punto de que le era imposible reconocerlo. El Monstruo sollozaba y sus lágrimas corrían por las mejillas de Mary.

O bien, alguien lo había robado. Mary y su Monstruo se gritaron recíprocamente, al mismo tiempo:

—¡Tú has robado el corazón!

Las manos del Monstruo rodearon la garganta de Mary. Sus poderosos pulgares presionaron las cuerdas vocales con tai fuerza que le impidieron gritar pidiendo auxilio. Los frenéticos pensamientos del Monstruo estallaron en su propio cerebro, y todo su cuerpo quedó paralizado, a pesar de que le parecía estar moviéndose muy aprisa. Su corazón se consumía en las llamas del Monstruo, al revés de lo que le había ocurrido a Shelley; era una curiosa sensación de plenitud y calor. Cuando penetró en las cavernas oscuras en su nuevo viaje, el Monstruo la acompañó, empuñando en alto una antorcha.

Mary Wollstonecraft Shelley murió en su residencia de Londres el primer día del mes de febrero de 1851. La parálisis se había ido agravando durante el último mes de su enfermedad. Fue enterrada en la iglesia de St. Peter, en Bournemouth, en la misma tumba que su padre William Godwin, su madre Mary Wollstonecraft Godwin, y el corazón de Shelley.

UN LOCO EN LA ACADEMIA

ESTHER M. FRIESNER



Sucedió, tuvo que suceder, en una noche oscura y tormentosa. En algún lugar, de alguna manera. Pero el cielo de California, sobre el cementerio de Forest Lawn, estaba claro y había luna, a despecho de las oscuras maldades que se tramaban y de las exigencias de la necesidad artística. Un cuarto creciente miope lanzaba pálidos resplandores sobre las tumbas, y a punto estuvo de dejar de advertir la ágil figura ataviada con un uniforme ninja, que en aquel instante se deslizaba de un mausoleo en sombras al siguiente.

A pesar de no ser tormentosa, la noche era oscura. Todas suelen serlo. Por esa razón, el rayo de luz procedente de una linterna oscilaba de un lado a otro delante del visitante nocturno. Aquel delgado hilo luminoso resiguió los crujientes senderos de grava, los esculpidos leones en reposo, los ángeles llorosos y el restante surtido de decorados funerales que guardaban el eterno reposo de quienes habían dejado a sus espaldas la vida, la alegría y el buen gusto.

En un determinado lugar, el camino se hizo una pizca más selvático. La linterna detectó montañas de flores exuberantes: gardenias al por mayor, masivas oleadas de orquídeas blancas, fantasmales ramos de rosas cenicientas formando guirnaldas sujetas con alambres a unas complicadas estructuras decorativas. Toda aquella exuberancia horticultora sólo podía significar un enterramiento reciente. En un elaborado tapiz floral, las caléndulas formaban la siguiente frase: «Robert, siempre te amaremos». El punto de la «i» de «siempre» era una cara sonriente en forma de corazón, dibujada con capullos de rosa sobre un fondo de margaritas. La coma estaba

compuesta por flores de carraspique.

La luz de la linterna se detuvo, y luego se apagó.

—Éste debe de ser el lugar —dijo su propietario. La voz parecía femenina, pero podía tratarse tan sólo de una impresión. Quienquiera que fuera el visitante extemporáneo, la máscara ninja que él, o ella, o ello llevaba, desfiguraba y disfrazaba la voz tanto como el rostro.

—Es hora de ponerse al trabajo.

Hablar en voz alta con uno mismo es una aberración que puede excusarse si la conversación tiene lugar entre muertos, que tienen fama de ser poco charlatanes. La linterna fue enfundada, y en su lugar apareció una palanqueta pequeña de aspecto eficiente. La puerta del mausoleo aparecía al otro lado de toda aquella profusa vegetación. Parecía imposible llegar hasta ella sin hacer pasar antes una máquina segadora-cosechadora por aquel océano en miniatura de flores. ¿Tarea difícil? Tal vez para algunos. Pero es legendaria la agilidad felina de los guerreros ninja. Ni un solo pétalo fuera de lugar reveló el paso de un visitante clandestino del fúnebre monumento.

La gracia felina de una persona que ha adquirido por cuatro pavos un disfraz ninja de segunda mano suele ser un tanto irregular. Con o sin máscara, las palabras «¡Oh, *malditas* hierbas de las narices!», pudieron oírse perfectamente cuando una gran corona de dalias plateadas, en una alevosa maniobra, alargó deliberadamente una pata del caballete que la sujetaba, la atravesó en el camino que quería seguir la otra persona, y se precipitó a continuación sobre su víctima, de modo que ambas cayeron rodando juntas por los escalones de la tumba.

—Mierda, me he roto una uña.

En esta ocasión, tanto la voz como el tema se conjugaron para no dejar la menor duda de la identidad del visitante: no se trataba de un guerrero ninja, sino de una dama. Salió a rastras de entre las flores, se sacudió los pétalos dispersos sobre el disfraz, e inició un nuevo asalto a la tumba. Ahora era más fácil. Si había caído una corona, ¿por qué detenerse ahí? Con manos impacientes apartó todos los demás tributos florales a la memoria del querido Robert, mientras tarareaba cierta canción sobre Matarile y unas llaves.

Forzar la puerta del mausoleo fue coser y cantar. En el interior, se alegró al comprobar que no iba a necesitar su linterna. Los albaceas de Robert habían colocado allí una anémica luz eternal, una pantalla de cristal anaranjado iluminada desde detrás por un fluorescente tan grande como debió de serlo el bueno de Robert. No era mucha luz, pero sí la suficiente para lo que se proponía hacer.

La tapa del ataúd estaba decidida a imbuirle la lección moral de que es preciso esforzarse para conseguir lo que se desea. No se abría. Se reía de la palanqueta. Lo cual habría estado bien de no tratarse de una mera figura de lenguaje, por más que, pensando en ello, también el bueno de Robert solía reírse siempre con los labios apretados; una carcajada descuidada habría revelado sus empastes. Para un actor, los huecos visibles en su dentadura representaban otros tantos puntos restados en el apartado de Perfección Física, con la consiguiente rebaja en el salario.

Maldiciendo, volvió a presionar hacia abajo con todas sus fuerzas la palanqueta trabada en la tapa del ataúd. Algo cedió, y la tapa saltó como una tostada en su punto.

—Ya era puñetera hora —observó la mujer, y abrió por completo el ataúd.

La muerte y el departamento de maquillaje se habían portado muy bien con Robert. Al mirarle en su actual posición —piernas y brazos extendidos, faz serena—, se hacía difícil recordarle tal como era cuando estaba sumido en su sueño terrenal: boca abajo, con el trasero levantado, la nariz aplastada, la boca abierta pegada a la almohada, y una mano invariablemente colocada en los bajos por si irrumpía mientras dormía algún ladrón decidido a robarle las joyas de la familia.

La palabra «joyas» —en su significado concreto, y no en el doble sentido— la devolvió a sus actuales preocupaciones. Por así decirlo. La verdad es que el albacea de Robert se había comportado con una tacañería desusada incluso en un abogado. Sólo tres anillos decoraban cada mano, y ninguno de ellos iba rematado por una piedra preciosa. Al menos, el cadáver todavía lucía las cadenas de oro que habían sido su amuleto en vida. La gente contaba con verlas en el funeral, y los *paparazzi* necesitaban captar en sus cámaras el brillo del oro al disparar sus *flashes* de despedida a la celebridad fallecida. Tal vez el abogado de Robert había pensado regresar al día siguiente para apoderarse de las alhajas o tal vez no, pero evidentemente se había visto obligado a dejarlas puestas para el funeral. En Hollywood hay un nombre para definir a los tipos capaces de negar a la prensa lo que ésta espera: carroñeros.

—Yo me limito a ahorrarle problemas, eso es todo —murmuró ella, intentando evitar que le temblaran las manos mientras buscaba a tientas el cierre de una de las cadenas en la parte posterior del cuello. Llevaba guantes, pero era difícil no imaginar que un frío de ultratumba traspasaría el delgado tejido de algodón si accidentalmente tocaba la piel de Robert. Trabajaba aprisa, deseando verse de una maldita vez lejos de allí.

Había quitado ya cuatro cadenas y le quedaban sólo tres más, cuando uno de los cierres se trabó. Ella se había dedicado al asunto lo bastante para saber que el robo de tumbas no está nunca libre de pequeños fallos. El secreto consiste en no dejarse

dominar por el pánico, como se recordó a sí misma. Entonces la cadena se le enganchó en el puño, la *cabeza* de Robert se derrumbó a un lado contra su brazo, y algo falló en la magia mortuoria utilizada para mantener cerrada su boca, porque la mandíbula se aflojó y ella volvió a ver todos aquellos empastes haciéndole guiños, y dio un grito.

—Con permiso.

Unas manos regordetas y hábiles pasaron por encima de los bordes de la caja y soltaron la cadena enganchada en su mano. Al sentirse libre retrocedió unos pasos y dirigió una larga mirada a la pistolita de color negro que le apuntaba al pecho.

—Será mejor que me explique lo que estaba haciendo —dijo el hombrecito al que pertenecía la pistolita—. Pero antes quítese esa máscara.

Así lo hizo, sin pensarlo dos veces. No se debe discutir nunca con alguien que te apunta con un arma de fuego, ni siquiera si está en las manos de un individuo bajito, calvo y gordo vestido con una bata blanca de laboratorio. Al tiempo que se quitaba la capucha ninja, sacudió la masa ambarina de sus cabellos del mismo modo que lo había hecho en *Las amazonas enjauladas*. Si consigues que el hombre que te ha capturado desee hacerte el amor, razonó consigo misma, no te matará.

Luego se le ocurrió que la cosa no era tan segura, tratándose de un tipo como aquél. Para ella, el cementerio de Forest Lawn venía a ser el sustituto de la joyería Tiffany's; ¿qué pasaría si para aquel tipo era el equivalente a una casa de citas? Los hay que sólo se ponen calientes cuando tratan con un fiambre.

—Habla, querida —dijo él—. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Y dime la verdad. Detesto a los mentirosos.

Muy bien, se dijo a sí misma. No me conoce, luego no forma parte del mundillo del espectáculo. Y en voz alta preguntó:

—¿Es usted…, es usted el guardián?

—¿Un guardián? ¿Yo? —Echó atrás la cabeza y rompió a reír. Tenía más muelas cariadas que Robert, y todas empastadas en oro. Aquella boca parecida a una mina del Klondike se cerró de súbito con un chasquido.

—Sí, soy un guardián. ¡Un guardián de los secretos de la vida! Un preservador de los misterios relacionados con la chispa divina de la mortalidad humana. Un visionario órfico que ha osado hacer retroceder la senda oscura que lleva a todo hombre desde la luz de la existencia hasta las lúgubres sombras de la sepultura. Se atreven a llamarme loco…, loco, ¿lo oyes? ¡Ah, estúpidos! ¡Loco yo! ¡Yo, el doctor Godwin Shelley, loco…! —y una nueva carcajada maníaca que la salpicó de saliva despertó los ecos del interior de la tumba.

—Oh —dijo ella.

Por extraño que pueda parecer, no estaba asustada. En su corazón se había encendido la luz de una esperanza sin mácula e inocente, como la de un niño que, después de dar más y más vueltas por el laberinto de pasillos de unos grandes almacenes, descubre por fin los aseos. Sabía de lo que hablaba aquel tipo. Estaba convencida de que andaba mal de la azotea, pero si se utiliza el mismo lenguaje que un chiflado armado y peligroso, probablemente se ha recorrido ya la mitad del camino preciso para desarmarle. Y ella conocía a la perfección ese lenguaje. ¿Acaso no había perdido la virginidad en la furgoneta de Devoe Jenkins, durante una maratón del terror en el cine al aire libre Yellow Rose de Eastland, con el pase de *Frankenstein, El hijo de Frankenstein, La venganza de Frankenstein* y *Frankenstein y el Hombre-Lobo*? Ciertas cosas jamás se olvidan.

—Encantada de conocerle, doctor. Me llamo Polly Doree. Trabajo como actriz de cine y modelo a tiempo parcial. —Sacó de la bolsita que colgaba de su cintura las relucientes cadenas de oro y las dejó caer en el suelo, entre los dos—. También robo a los muertos.

Le dedicó su mejor mirada de Sinceridad Penetrante, utilizada tan sólo una vez en *La espada de Venus*, una película justamente famosa por sus penetraciones sinceras.

—¿Podemos hablar?

—¡Estúpida! ¡Has dejado caer su cerebro! —¡Oh, ponga un calcetín en su lugar, Doc! Va a ser un actor, no es lo mismo que si lo necesitara de verdad.

Pasó el tiempo. Ocurrieron cosas.

—Al próximo mamón que me llame Igor —dijo ella—, lo mato.

El doctor Shelley se inclinó sobre el monstruo para palmear la rodilla enfundada en nailon de su ayudante (de una manera estrictamente profesional, por supuesto) y le recordó:

—Pueden llamarte como más les guste, querida Polly, siempre y cuando hablen primero con la United Press y nos proporcionen más dosis de esa encantadora y valiosísima publicidad gratuita.

Su mano se entretuvo en aquella posición, por más que, con la imponente mole del monstruo de por medio, el buen doctor no debía de estar demasiado cómodo.

Polly cruzó enérgicamente las piernas, alejando la tentación de la sudorosa palma de la mano de su patrón. Sus labios rojos y turgentes dibujaron un mohín que había hecho que no pocos directores de cine y de televisión perdieran la *cabeza*, aunque por desgracia no hasta el punto de adjudicar a Polly papeles realmente importantes. Con unos labios seductores y un dólar con veinticinco centavos puedes agenciarte una taza de café en Malibú, si los citados labios son incapaces de recitar un texto más complejo que: «¡Cuidado, Steve! ¡Tiene una sierra eléctrica! ¡Aaaaagh!». —De cualquier forma, todos los periodistas son unos chacales —continuó el doctor Shelley—. Nada más apropiado, por consiguiente, que el hecho de que agarren con los dientes este sabroso bocado, y salgan corriendo con él.

El brillo de las luces de la ciudad se reflejaba en sus gruesas gafas sin montura y en su cabeza calva. Cuando sonrió, sus dientes de oro relucieron con las luces multicolores del neón que fluían en el exterior de la veloz limusina.

—No me importa. —Polly cruzó los brazos bajo la pechera tachonada de monedas —. Pero he tenido en esto una participación tan importante como la tuya. ¡Tú mismo me dijiste en una ocasión que no podrías haberlo hecho sin mí! Entonces, ¿por qué no aparezco yo en los títulos de crédito, eh?

—Querida —ronroneó el doctor Shelley—, tu nombre figurará en estos titulares y en muchos otros, te lo prometo. Entre tanto, recuerda lo que puede beneficiarse tu carrera con toda esta publicidad.

Polly no se ablandó lo más mínimo.

—Publicidad, claro, pero me molesta que esos gilipollas se comporten como si tú lo hubieras hecho todo, y yo únicamente haya ido de un lado para otro del laboratorio balando: «Ssí, maesstro. Igor coger ahora cerebro, maesstro».

—Igor *echar a perder* cerebro, también —comentó con una risita el doctor Shelley, y se inclinó para descorchar una botella de champaña helado del mueble-bar de la limusina. Tendió a Polly una copa rebosante de Moet et Chandon, e intentó poner un final consolador a sus quejas—. Mi preciosa chiquilla, nadie aprecia más que yo tu ayuda. Los consejos que me proporcionaste, basados en tu, ejem, conocimiento íntimo de tantas, *realmente* tantas rutilantes estrellas de Hollywood, fueron indispensables en el momento de seleccionar las fuentes a las que recurrir para, hum, agenciarnos los atributos físicos específicos requeridos por mi creación.

Polly le miró ceñuda.

—¿Me estás llamando golfa?

—No en el estricto sentido peyorativo de la expresión —y alzó su copa en un brindis por el poder de las palabras, mientras ella se esforzaba en adivinar si había

sido insultada o no.

—Éste no ha sido un proyecto fácil para ninguno de los dos —siguió diciendo él —. La ciencia exige sacrificios. Disponer de un apoyo moral adecuado no es el menor de ellos, puedes estar segura. ¿No me he visto obligado a soportar la rechifla y el desdén de mis compañeros académicos? ¡Estúpidos miopes! ¡Fueron incapaces de ver la magnitud de mi audacia, el significado de la misión que emprendí en nombre de la humanidad! Me llamaban loco… ¡loco!, ¿lo oyes? ¡Osaron reírse de mí! Cuchicheaban a hurtadillas, se reían arrellanados en sus butacas, se mofaban de mí ocultos detrás de sus tubos de ensayo. Muy bien, veremos quién ríe el último. Juro que me las pagarán, me pagarán muy caras sus afrentas. ¡Y la hora del triunfo está ya muy cerca! ¡Ja! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—Estás echando otra vez espuma por la boca. —Polly le pasó un pañuelo del tamaño de la funda de una almohada—. No te preocupes, tus polvorientos compadres ya están pagando un precio muy alto por ver los trucos que les tienes preparados, Doc. ¿Has visto a cómo se cotizan últimamente las entradas de cine?

—Sí, claro, así es. —El doctor Shelley tenía cierto aire bovino mientras se secaba generosas porciones de baba espumosa. Bebió un sorbo de su champaña e intentó recuperar su educado aire pseudoeuropeo—. Te pido disculpas; en ocasiones tiendo a dejarme arrastrar por las Musas.

—Espléndido, si las Musas se acuerdan de traerte una camisa de fuerza —murmuró Polly—. Miserable paternalista, tonto del culo, yo te enseñaré lo que es la publicidad. Espera nada más a que estemos allí, y tendrás más de la que nunca has soñado.

—¿Decías algo, Polly?

—Nada, doctor Shelley —bebió de un solo trago su champaña.

La limusina dio una curva muy pronunciada a la derecha y proyectó violentamente a sus tres pasajeros hacia la izquierda. El doctor emitió un gemido de horror cuando todo el peso del cuerpo del monstruo se desplomó sobre él.

—¡Fuera! ¡Sácamelo de encima! ¡Quita, quita de aquí!

Sus pies, incongruentemente elegantes en sus relucientes zapatos de charol, pataleaban como los de un chiquillo.

—Sí, doctor Shelley.

Polly suspiró y buscó en su bolso de pedrería falsa el único instrumento capaz de controlar al monstruo.

Después de tocar cuatro veces y media el coro del vals vienes de Oscar Mayer, y cuando Polly empezaba a pensar que los sesos se le iban a salir por el silbato de

plástico rojo, el monstruo respondió. Frotándose los ojos para ahuyentar el sueño, preguntó:

—¿Hemos llegado ya?

—Llegaremos pronto. Entretanto, sal de encima del doctor Shelley.

—Ohhh. —Los soñadores ojos azules del monstruo se agrandaron—. Lo siento. Será mejor que me aparte, ¿verdad?

—Mmmm-buf —intervino el doctor Shelley.

Muy despacio, pero con una peculiar agilidad parcialmente suya, el monstruo regresó a la posición vertical. El doctor Shelley se había quedado con las gafas enredadas en una oreja, el *smoking* se le había arrugado y la pechera de la camisa mostraba manchas de baba espumosa, pero en conjunto se sintió encantado por poder volver a respirar.

—La próxima vez que fabrique una criatura, colocaré células electrónicas de alta sensibilidad en los centros nerviosos —protestó, al tiempo que se ajustaba las gafas—. ¿No podías moverte un poco más deprisa?

El monstruo inclinó la cabeza con el indescriptible candor juvenil que había hecho de su anterior propietario un éxito de taquilla.

—Lo siento.

Polly conocía la facilidad con la que iban a brotar las lágrimas que ahora asomaban en los ojos del monstruo. ¿No había insistido mil veces al doctor Shelley en que era necesario «comprar» por separado los ojos y los conductos lagrimales? Se había necesitado mucha más microcirugía, de acuerdo, ¡pero valía la pena! Aquellos candorosos ojos azules eran magníficos en sí mismos; combinados con la capacidad para llorar tomada «a préstamo» de un actor fallecido mucho tiempo atrás, cuyo nombre era sinónimo de sensibilidad viril, se convertían en dinamita en cinemascope.

—¡*Ach*, no llores, no llores! ¡Espera a estar delante de la prensa, maldita sea! —El doctor Shelley se apresuró a poner su propio inmenso pañuelo en las manos del monstruo—. No querrás quedar mal ante las cámaras.

El monstruo se estremeció.

—Cámara…, cámara *mala*.

Polly le dio un rápido codazo en las costillas. Toda la región torácica había sido —a Polly le gustaba decir «apropiada para la eternidad»— de un musculoso ídolo de finales del siglo XX famoso por sus películas del género «mate y hágase la justicia por sí mismo». El doctor y ella habían tenido una suerte del demonio al encontrar en la tumba de aquel tipo la suficiente cantidad de tejido cultivable para formar una masa tan grande. Se precisaría un martillo pilón para causar un impacto perceptible en

aquella barricada de carne de buey, pero de todos modos el monstruo acusó el toque.

—Para de decir «cámara mala», mierda —le gritó—. Cámara *buena*. Cámara jodidamente *ma-ra-vi-llo-sa*, ¿lo entiendes? Sin cámara, no hay películas; sin películas, no hay dinero; y sin dinero, más te valdría estar muerto, en esta ciudad.

—Lo sé —y los cautivadores ojos del monstruo empezaron de nuevo a derramar lágrimas.

—Ahora cálmate… —su voz disminuyó hasta convertirse en un susurro—… y recuerda lo que hemos planeado.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Ahí está! —exclamó súbitamente el doctor Shelley. Señaló una mancha de luz más brillante que se divisaba al frente, apenas visible a través de la doble barrera formada por el parabrisas de cristal ahumado y la mampara de plástico que separaba a los pasajeros del chófer. El tráfico se espesaba. La limusina se alineó con muchos otros vehículos parecidos. En colores negro clásico, blanco jeque árabe, plata deslumbrante, oro falso, más una gama completa de tonos pastel puesta de sol caribeña, las limusinas se apretujaban para avanzar al unísono, como una especie automóvil que remontara la corriente del río para desovar.

La cola fue moviéndose intermitentemente, y después de una larga espera llegó el momento que Polly había soñado en cada ocasión en que iba al cine, incluidas todas las proyecciones a las que había asistido acompañada por Devoe Jenkins: se abrió la portezuela que tenía al costado, la primera batería de flashes disparó su barrera de luz cegadora, y el cordón de seguridad uniformado empujó hacia atrás a la multitud para impedir que se abalanzara sobre Polly Doree mientras ella avanzaba por la mullida alfombra roja en dirección a la gala de los Premios de la Academia.

«Lástima que ellos no estén aquí para verte —dijo una vocecita en su interior—. Bueno, están trozos de ellos, ¿no es así?». La vocecita tenía un cierto tonillo engreído y antipático.

«Fastídiate —le informó—. Muy pronto seré la *única* a quien querrán ver». Las cámaras disparaban, más flashes fijaban su sonrisa estática. Los micrófonos se agitaban delante de su rostro hasta que ansió hundir los colmillos en el forro de espuma de sus cabezales. Todos la rodeaban, aquellos pequeños «mediácratas» hambrientos, con los rostros ladeados para no perderse el menor fragmento de sonido que ella se dignase dejar caer. Poder. Buen Dios, *era* mejor que el sexo.

Y se acababa casi igual de deprisa. Emergió el monstruo, con el doctor Shelley colgado de su brazo, y Polly Doree se tornó de súbito invisible para una audiencia de millones de personas. No le gustó lo más mínimo.

«Muy bien —se dijo a sí misma—. Puedo esperar».

Dentro, el vestíbulo era todo zumbidos, murmullos, una enorme caja de resonancia de cientos de excitadas conversaciones. El efecto que producía aquel revuelo generalizado era parecido a escuchar el ruido de las mandíbulas en una escuela de pirañas. Mientras los tres avanzaban hacia su mesa por entre hileras de ojos que les miraban fijamente, Polly pudo escuchar retazos de conversaciones maliciosas:

—… un presupuesto más bajo que el del vídeo *bar mitzvah* de mi hijo.

—¿Y eso te sorprende? Suerte tuvieron de encontrar al menos un productor barato que se atreviera a correr el riesgo. ¿Sabes lo que cuesta un seguro de vida de un cadáver?

—Bah, pero como le den el Óscar, harán cola para lamerle su culo de muerto.

—Eso en el caso de que no se lo hayan cambiado también.

—¡Oye! ¿Crees que sigue pagando impuestos?

—… el colmo, ahora votan a los muertos…

—¿Qué esperabas? Siempre hay que contar con que la Academia se sacará de la manga una o dos nominaciones de compromiso.

—Sí, claro, pero en esos casos se supone que se trata de viejas glorias con un pie en la tumba.

—¿Un pie? Muchacho, con ese tipo se han superado a sí mismos.

Una mujer se echó a reír en voz alta:

—… ya veo que les gusta demostrar que apoyan las reapariciones.

—Creo que sigue siendo tan buen actor como antes.

—¿Por qué el singular? Di mejor que *son* buenos actores.… —ahora resulta que te pueden dar un Óscar por joder *en grupo* con un solo hombre.

La multitud fue tomando asiento. Todas las caras se adornaron con sonrisas *prét-á-porter* para, las cámaras. Comenzó la ceremonia. Sentada al lado del monstruo, Polly revisó el contenido de su bolso de noche y casi fue presa del pánico cuando no encontró los papeles. Volcó todo el contenido encima de la mesa, y por fin soltó un suspiro de alivio: ahí estaban. Tuvo el tiempo justo de ocultarlos antes de que se anunciara el premio al Mejor Actor, y todas las cámaras de televisión convergieran hacia su mesa.

Él fue el elegido. Nunca había tenido la menor duda de que sería así. Polly escuchó a sus espaldas un par de pullas envenedadas:

—Claro que han votado por él: cortesía profesional. Siempre he dicho que la Academia es una colección de viejas momias.

—Vamos, vamos, tal vez lo han hecho para que nadie pueda acusarles de prejuicios contra las minorías.

—¿Desde cuándo los muertos son una minoría?

—Oye, tú…

Una inmensa ola de aplausos fue creciendo y creciendo hasta barrer todos los comentarios.

—De acuerdo, muchacha; *ahora* —se dijo Polly. Pasó su brazo alrededor del monstruo y se puso en pie, sonriendo a la audiencia. Con total tranquilidad, empezó a caminar hacia el escenario. El doctor Shelley se precipitó detrás de ella.

—¡Para, para! ¿Qué estás haciendo? ¡Quedamos de acuerdo en que sería yo quien le acompañara para recibir el premio! ¡Te advierto, Polly…!

Ella le dirigió una dura mirada, por encima del hombro.

—Y yo te advierto a ti, gordinflas, que el juego ha cambiado. Esfúmate, pero ya.

No lo hizo. Les siguió hasta el mismísimo escenario, ladrando igual que un perro de lanas. Consiguió apoderarse del otro brazo del monstruo, y se colgó de él. La criatura le dirigió una mirada de disgusto, pero siguió caminando.

Los relucientes presentadores invitados que estaban en el podio eran veteranos del espectáculo, con muchas horas de vuelo en los platos. Se mantuvieron firmes al aproximarse el monstruo, aunque las cámaras más indiscretas mostraron que los nudillos de la dama estaban blancos mientras aferraba la estatuilla del Óscar, y los dientes del galán rechinaban por la presión de la sonrisa forzada. La estatuilla estuvo a punto de caer en el momento de los apretones de manos, debido a la velocidad con la que ambos se retiraron a un segundo plano.

El monstruo subió al podio, con Polly colgada de su brazo izquierdo, y el doctor Shelley del derecho. En sus manos brillaba el Óscar.

—Yo, ejem, quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho esto posible.

—¿A *todos* de verdad? —gritó alguien entre el auditorio.

El monstruo parpadeó y se ruborizó. El doctor Shelley aprovechó la oportunidad y con un rápido golpe de mano se apoderó de la estatuilla.

—Gracias, muchas gracias a todos por este voto de confianza hacia mi gran tarea. Quiero asegurarles que, aunque la prensa ha levantado una innecesaria polvareda en torno a los precisos derechos legales *post-mortem* de los que es titular mi, ah, creación, yo haré todo lo que esté en mi poder para salvaguardar sus intereses en cuantos futuros proyectos cinemáticos emprendamos…

—¡Es la palabra justa!

—… por su parte. Es lo menos que puedo hacer por un ser cuya misma existencia es la prueba viviente de que mis teorías son viables. ¡Qué se atrevan ahora a reírse de mí! ¡Escupo en sus turbios prejuicios! ¡Me llamaron loco…, loco, tal como lo oís!

¡Pero yo les enseñaré! ¡Enseñaré a todos…!

—Me he casado con él —dijo Polly, en voz muy suave, delante del otro micrófono.

Las cámaras saltaron en rápidos *zooms* para captarla, los lebreles de la prensa se abalanzaron hacia ella, y el doctor Shelley sufrió una momentánea ceguera al cometer el error de mirar directamente a todos los *flashes* que estallaron de súbito e iluminaron la licencia marital de Las Vegas y las fotografías de la boda, que Polly había extraído de su bolso. Ella aprovechó la oportunidad para quitarle el Óscar de las manos.

—¿Vegas? ¿Lo llevaste a *Vegas*? —tartamudeó el doctor, llevándose febrilmente las manos a la garganta—. ¡Me dijiste que sólo ibas a comprobar si sus piernas eran capaces de practicar todavía el *breakdance* después de que se te cayera el cerebro!

—Mentí —dijo Polly en voz tan baja que ni siquiera los micrófonos llegaron a recogerla. Y luego añadió, en tono mucho más alto—: ¡Cuidado! ¡Tiene una sierra mecánica! ¡Aaagh! —y de un puntapié mandó al doctor Shelley fuera del escenario.

El infortunado fue a caer sobre una mesa de guionistas de cine; siguieron bebiendo sin advertir su presencia.

Ella rodeó con un brazo a su nuevo aunque ligeramente usado maridito, y se dispuso a responder a las preguntas de los periodistas. Mantenía los párpados pudorosamente bajos, tanto por el deseo de producir buen efecto, como para proteger sus ojos de los interminables relámpagos producidos por los disparadores automáticos maniobrados por unos fotógrafos enloquecidos por el sensacionalismo. Acababa de revelar que los términos del contrato para un libro *hardsoft* sobre sus experiencias le impedían describir pormenores de su luna de miel, cuando un profundo aullido gutural rasgó el aire.

—¡Cámara *mala*! ¡Cámara *mala*! —rugió el monstruo, y entonces empezó a repartir mandobles a los reporteros que le rodeaban.

—Por favor, querido… —suplicó Polly, pero nadie la oyó.

El monstruo enarbolaba el Óscar y golpeaba con él todas las cámaras que tenía a su alcance…

—Oh, mierda —suspiró ella—. Ahora probablemente tendré que tocar por lo menos *seis* veces el vals vienes de Óscar Mayer para calmarlo.

Y empezó a rebuscar el silbato en su bolso.

Pero no estaba allí. Si los *flashes* se lo hubieran permitido, podría haberlo visto sobre su mesa, junto al resto del contenido de su bolso, abandonado allí cuando buscaba las pruebas de su boda. Desesperada, intentó cantar la mágica canción, pero el resultado no era el mismo.

—¡Cámara *mala*! ¡Cámara *mala*! ¡Las cámaras siempre sacan mi perfil malo! ¿Saben lo que significa eso para un tipo metido en este negocio? ¡Cámara *mala*!

Seis Nikon más mordieron el polvo. Polly lo agarró por el codo, pero ni tan siquiera consiguió frenarlo momentáneamente. Y entonces, cuando empezaba a apoderarse de ella el presentimiento de que toda su dudosa carrera iba a hundirse y a desaparecer por el desagüe de la alcantarilla más próxima, las cosas hicieron lo que tienen por costumbre cuando uno cree que ya no pueden estar peor.

Empeoraron.

—¡Conrad, cariño! —Una *starlet* vestida con abalorios de un color azul chillón saltó al escenario, apoderándose de la iniciativa y del otro brazo de la criatura.

—¡Eric, amor! —Una segunda pollita, herméticamente enfundada en raso color malva, la siguió, y se sentó en la rodilla derecha del monstruo.

—Brad, ¿cómo has podido hacerme eso? ¡Con lo que hemos llegado a ser el uno para el otro! ¡Después de todos los años que vivimos juntos! —El bomboncito que decía esas frases perdió la mitad de su minivestido de lamé verde en el curso de un heroico asalto por un flanco.

Era absolutamente evidente qué era lo que estaba sucediendo. «No eres la única golfa de la ciudad capaz de montar un tinglado de relaciones públicas cuando la ocasión salta de la tumba delante de tus narices —susurró la vocecita antipática—. ¿Cuántos, hum, donantes habéis empleado el viejo Doc Shelley y tú para fabricar esta *prima donald* remendada?».

«¿Y qué demonios importa eso?».

«Bueno, cariño, parece que cada una de las piezas tenía un pasado, y que todos ellos han venido a juntarse aquí».

—¡Que alguien se lleve a estas zorras! —gritó Polly.

Pero tanto sí esperaba hacer callar a la molesta vocecilla interior como si realmente esperaba conseguir ayuda ajena, su intento fracasó. Una cuarta joven y cariñosa salió de detrás del telón, una quinta apareció por una puerta lateral, y la sexta y la séptima se lanzaron a un disputado *sprint* con *foto-finish* para llegar al podio, y se aferraron a las porciones de la criatura que les correspondían como se pegan las ventosas al cristal mojado. Les siguieron más aún. El monstruo se tambaleaba, tan untado de material femenino como un perrito caliente de mostaza. Soltó el Óscar, que fue a aterrizar en la cabeza del doctor Shelley, abriéndola en dos como si fuera efectivamente el huevo pasado por agua cuyo aspecto imitaba; lo que proporcionó a uno de los escritores sentados a la mesa una espléndida idea para un nuevo guión.

Y en el escenario seguían apareciendo más *starlets*. Cada una llamaba al monstruo

con un nombre diferente, cada una tenía una porción específica de su cuerpo que reclamar, y cada una aferraba con decisión la parcela que consideraba de su propiedad legal. Ninguna de ellas, por lo demás, tenía el menor problema en pronunciar las palabras «demanda», «abogado» y «alimentos». La cosa iba de mal en peor. Entonces aparecieron los agentes y todo acabó.

Alguna cosa tenía que ceder, y cedió. Se escuchó un sonido apagado, como de algo que se desgarrara. El brazo que sujetaba Polly se le quedó de repente en las manos, y al caer hacia atrás, el peso de la criatura sumado al de todas las otras pretendientes, se le vino encima. El último pensamiento que acudió a su mente antes de que todas las luces se apagaran definitivamente para ella, fue: «Le *dije* que repasara todas las costuras con un dobladillo, pero ¿me hizo caso? ¡Noooo!».

En realidad, debería haberlo sabido. Planeado. Anticipado algo que es del conocimiento público. Mirad, en Hollywood siempre ocurre lo mismo: en cuanto alguien consigue el menor relumbre de la fama, todo el mundo quiere quedarse con un pedazo.

Y suelen conseguirlo.

Así es el mundo del espectáculo.

ÚLTIMA LLAMADA PARA LOS HIJOS DEL SHOCK

DAVID J. SCHOW



Blank Frank maniobra los mandos con la mirada clavada en las barras azules led del ecualizador. Le gusta la luz.

Las notas de «La criatura de la laguna negra» se suavizan.

El club se llama No/Muertos. El sistema de sonido procede del viejo Tropicana, el altar elevado en Los Angeles a la lucha libre sobre el barro, el boxeo femenino y el calentamiento de braguetas hasta el extremo del dolor físico. Su especialidad es el metal, los bajos a todo volumen. La pegada de los bailes en los tonos bajos produce un impacto similar a un golpe en el esternón con un enorme martillo de terciopelo.

A Blank Frank le gusta la fuerza. Siempre que piensa en el ejercicio físico, se acuerda de la Presa de Tornillo.

Se cuelga del hombro un cajón de Stoli, y sujeta debajo del brazo otro de Beam. Con eso, ya están listos los repuestos del bar. Para sobrevivir a las multitudes del fin de semana, tienes que tener buenos brazos. Blank Frank puede manejar una pila de cinco cajones sin necesidad de carretilla. Tiene que encogerse para cruzar el dintel. El paso hacia los teléfonos y los aseos está decorado de forma que parece la caja fuerte de un banco, con cerrojos y manivelas. El dintel está a una altura de dos metros, pero no basta para Blank Frank, que tiene que agacharse.

Faltan aún dos horas para que se abran las puertas.

Blank Frank disfruta de estos momentos de tranquilidad. No ha olvidado la fecha. Sonríe a un cartel cinematográfico enmarcado, colgado junto a la caja registradora,

detrás de la barra. Lo compró en Hollywood en un bazar de curiosidades, por un precio obsceno, a pesar de que le hicieron un descuento profesional. Lo había montado sobre gomaespuma para alisar las arrugas. No permite que el polvo se asiente sobre el cristal. El cartel está impreso a dos colores, con letras chillonas. Su primera aparición en el cine. De vez en cuando, algún cliente de No/Muertos con pasta para fundir le hace una oferta exorbitante para comprárselo. Blank Frank siempre dice que no con una sonrisa…, y por lo general sirve una bebida por cuenta de la casa a quien preguntó.

Vuelve a subir el volumen del Bauhaus, que ahora toca «Bela Lugosi ha muerto», en versión para orquesta.

El personal suele tomar café o té con hielo, pero Blank Frank prefiere un preparado no alcohólico de su propia invención, que ha bautizado con el nombre de Ermitaño Ciego. Agita ahora la mezcla en una coctelera cromada, mientras la otra mano descansa ociosa sobre el globo de plasma. Michelle se lo regaló hace cuatro años, cuando los aparatos empezaron a hacerse populares. Al tocar el exterior, las venas purpúreas de la electricidad prolongan las puntas de los dedos. Unos mandos permiten variar la densidad y la amplitud, y te permiten dominar la corriente magnética, como en las exhibiciones científicas de Tesla.

A Blank Frank le gusta el relampagueo de la electricidad.

Ahora lleva muchos tatuajes. Pero su favorito es el que adorna el dorso de su mano izquierda —la mano que juega con el globo—, un planeta Tierra estilizado, con un pequeño avión movido a hélice que gira a su alrededor. Es tan antiguo, que la tinta dérmica de color cobalto ha empezado ya a desteñir.

Blank Frank está totalmente calvo desde hace tres décadas. Sólo un delgado mechón de cabellos asoma por el occipital. Lo tiene anudado en una trenza de unos quince centímetros, y es de color blanco. En ocasiones, cuando bebe, la trenza se oscurece por breve tiempo. Él ignora por qué.

Michelle hacía *strip-tease*, pero en una redada se llevaron a la anterior dirección, el club fue vendido, y de sus cenizas surgió No/Muertos. A ella le gusta trabajar de camarera, y le gusta Blank Frank. Le llama «gigantón». La mitad de los habituales del club creen que Blank Frank y Michelle se lo montan de alguna manera. No es así, pero la fantasía los distrae de un montón de problemas potenciales, sobre todo en las noches de los fines de semana. Blank Frank ha aprendido que la gente necesita con frecuencia fantasías que *parezcan* superficialmente verdaderas, por más que en realidad no lo sean.

Blank Frank barre. Ojalá los motoristas pudieran verle así, concienzudo, atento,

manejando la escoba con mimo.

Blank Frank raramente tiene que hacer de gorila cuando se cuece alguna trifulca en No/Muertos. Lo más normal es que se limite a colocarse detrás del alborotador, y espere inmóvil a que él, o ella, se dé la vuelta y pida disculpas. Las tareas musculares de Blank Frank no van por lo común más allá de *mirar* de arriba abajo.

Si eso no basta, piensa con una sonrisa, siempre queda el recurso de la Presa de Tornillo.

En el monitor del vídeo aparece un taxi Red Top aparcado delante de la entrada de servicio. Blank Frank se alegra. La llegada ha coincidido exactamente con el final de su trabajo de limpieza en la barra del bar, que ahora brilla como el ónice. Toquetea el botón móvil que controla el volumen del micro del sistema de seguridad de la puerta. Tienen que oírse tres golpes.

A Blank Frank le encantan todos esos chismes. Cámaras, micrófonos ocultos, amplificadores, sondas, y una fuerte y nítida corriente alterna que enlaza toda la red y la hace funcionar con la precisión de una orquesta. A Blank Frank le gustan los interruptores, las palancas y las luces intermitentes. Pero, por encima de todo, le gusta la fuerza.

Tap-tap-tap. Justamente. Tres golpes, como siempre.

—Bueno —se dice a sí mismo, ahuecando la voz. Mientras camina hacia la puerta, la canción acaba y el poderoso susurro del silencio electrificado invade el club.

Salir en limusina y regresar en taxi. Uno de esos eternamente malditos fallos de programación. El Conde da una propina excesiva al taxista porque está acostumbrado a trabajar con sumas redondas. Nunca acepta cambio. El Conde jamás ha pagado impuestos. Ha ganado cuarenta y tres millones largos de dólares el año pasado, y la mayor parte está guardada a salvo, en lingotes, en un banco del extranjero, una vez descontados los gastos generales y el blanqueo.

El Conde da tres suaves golpecitos con el paraguas en la puerta de servicio de No/Muertos. Biank Frank nunca le hace llamar por segunda vez.

Es un placer ver la carota de Blank Frank desbordando la estrecha mirilla de seguridad: y su voluminosa figura enmarcada en el umbral. El Conde aprecia a Blank Frank a pesar de sus limitaciones en lo que se refiere al trato social. Es relajante apreciar la lealtad incondicional de Blank Frank, la tendencia innata al honor y a la justicia que ese tipo gigantesco parece tener programada en su interior. Resulta tranquilizador sentarse a beber y charlar sobre temas intrascendentes, de la misma

forma maquinal en que las personas normales charlan con sus conocidos normales sobre dónde han ido y lo que han hecho desde la última vez que se vieron. Cumplidos desprovistos de malignidad.

Ninguno de los edificios de Los Angeles lleva en pie tanto tiempo como el que llevan de vida el Conde y Blank Frank.

Vida. He aquí un término que exigiría algunas definiciones nuevas y más amplias que las que acoge actualmente el diccionario. Los estudiosos tal vez pondrían objeciones a la afirmación, pero el hecho es que el Conde, Blank Frank y Larry están definitivamente vivos. Y en lo que a «vivos» se refiere, *sobre todo* Larry. Los robots, los zombies y los muertos vivientes en general nunca podrían empañar tradiciones como los cónclaves anuales del trío en No/Muertos.

El rostro del Conde está surcado de arrugas que recorren su piel fina como el papel de arroz. No son producto de la edad, sino tributarias del uso, como las líneas y las bifurcaciones que aparecen en la palma de la mano. Su palidez, como siempre, cobra un matiz azulado. Lleva gafas oscuras con los cristales, en forma de rombo, de un tono negro-sangre. Tras ellas, los ojos son de un azul brillante, como los de un perro esquimal. Mantiene su eterno pelo reluciente y peinado hacia atrás, que Larry llamó una vez «cofia de director de orquesta renegado». Desde la frente y las sienes blancas como la nieve, descienden cabellos de un color negro puro como el cobalto. Los labios son tan finos y descoloridos como dos rebanadas de hígado ahumado. La dieta que sigue no le proporciona una robustez sanguínea; en los actuales tiempos, a duras penas consigue mantener el peso. Eso le preocupa.

Antes de que Blank Frank llegue a abrir la puerta, el Conde enciende un cigarrillo de coca liado a mano y aspira profundamente el humo lechoso, que se mezcla y se filtra con la droga que recorre ya su organismo.

El zumbido del motor del taxi se pierde en la noche húmeda. Llueve en el exterior.

Blank Frank abre la puerta con gesto solemne, jugando al mayordomo. El Conde alza una ceja.

—¿Tan pronto has olvidado, amigo mío?

Sólo se advierte en su vieja boca marmórea el eco remoto de un acento centroeuropeo. Se trata de un rasgo que el Conde ha luchado por dominar durante años, y está justamente orgulloso de haberlo conseguido. Algunas veces, alguien le pregunta si es canadiense.

Blank Frank pone la exagerada expresión de un niño sorprendido en falta.

—Vaya, lo siento —carraspea ligeramente—. ¿Desea usted entrar?

Con la misma teatralidad, el Conde hace un signo afirmativo y entra con su abrigo

cruzado de Armani, de un precio de miles de dólares, en el recinto frío y en penumbra del bar. Es más *bonito* cuando te invitan a pasar, de cualquier forma.

—¿Larry? —pregunta el Conde.

—Aún no ha llegado —dice Blank Frank—. Ya conoces a Larry, siempre con retraso. Hay la hora real y la hora de Larry. Las celebridades *esperan* que tú esperes que van a llegar con retraso.

Señaló el reloj colocado detrás de la barra del bar, como si eso lo explicara todo.

El Conde puede ver perfectamente en la oscuridad, incluso con sus gafas ahumadas. Cuando se las quita, Blank Frank advierte el crucifijo de plata, colocado del revés, que pende del lóbulo de su oreja izquierda.

—¿Ahora te da por el metal?

—Me gusta la ornamentación —dice el Conde—. Las joyas nunca han sido mi fuerte; siempre hay gentes codiciosas que te desentierran para robártelas si saben que las llevas puestas; pregúntaselo a Larry. Y la clase de gente que se pone a robar a los muertos en medio de la noche no es la que uno elegiría para una fiesta entre amigos.

Blank Frank conduce al Conde hasta tres sillas victorianas de respaldo alto que ha traído del vestíbulo y colocado alrededor de una mesa de cóctel. Mesa y sillas están situadas directamente debajo de uno de los focos del techo, lo que da al conjunto un aire intencionadamente teatral.

—Impresionante. —La mirada del Conde se desvía hacia el bar.

Blank Frank se adelanta a servirle.

El Conde se sienta y sigue hablando:

—Conocí una vez a una mujer afligida por una agudísima alergia a los gatos. Y se trataba de una persona que sentía una profunda comunión emocional con dicha especie. Pues bien, un día, ¡paf!, dejó de estornudar; sus ojos ya no lagrimeaban. Pudo prescindir de una medicación tan fuerte que la aturdía. Se había forzado a sí misma a estar en contacto con los gatos durante tanto tiempo, que al final la química de su cuerpo se adaptó. La alergia cedió —palpa la cruz de plata que pende de su oreja, algo que en tiempos suponía una doble amenaza para él—. Llevo esto como recuerdo de la medida en que puede triunfar el cuerpo. La química nos proporciona una vida mejor.

—Lo mismo me ocurrió a mí con el fuego. —Blank Frank le tiende un cóctel muy potente, llamado Gangbang.

El Conde sorbe, y luego entorna placenteramente los párpados. Como un gato. La bebida debe de contener ingredientes extraordinarios: hay sustancias que para el Conde representan un fluido vital.

Blank Frank observa al Conde mientras éste da otro trago largo, goloso, embriagador.

—Sabes que Larry volverá a preguntar si sigues haciendo… lo que estás haciendo.

—No pienso rebajarme a dar excusas ni disculpas —y sin embargo, Blank Frank nota que se pone rígido en su silla, casi a la defensiva—. Podría alegar que tú proporcionas la misma clase de servicios en este local. —Señala el bar con un amplio gesto. Aunque en casi todo lo demás resulta difícilmente reconocible, el Conde mantiene esa característica gesticulación, grandiosa como un signo de admiración físico.

—Es todo legal. Se come, se bebe, se fuma un poco. —Oh, sí, ése es el asunto.

El Conde se pellizca el puente de la nariz. Consume descongestivos comerciales sin parar. Blank Frank espera verle tragar alguna píldora, pero en cambio el Conde coloca una cucharadita de polvo blanco en su uña de mandarín, pintada de negro brillante, larga como una espuela. Blank Frank sabe por experiencia que el pelo y las uñas continúan creciendo mucho tiempo después de la muerte. El Conde inhala el equivalente de un espléndido almuerzo en Spago, con café incluido.

—No hay lugar en el mundo donde yo no haya vivido —dice el Conde—. Incluso en el Ártico. El desierto australiano, la sabana keniana, Siberia. He atravesado campos de batalla, en medio de los combates más encarnizados, sin sufrir el menor daño. Se aprende mucho al observar a los hombres en guerra. He sobrevivido a holocaustos, conflagraciones, incluso a una prueba atómica a baja cota, con un ingenio de un megatón de potencia, en cierta ocasión, tan sólo para comprobar si era capaz de hacerlo. Entiéndeme; estaba bajo los efectos del alucine. Pero dondequiera que me dirija, sean cuales sean los especímenes del *phylum* humano con los que me encuentre, en todos ellos descubro una cosa en común.

—El líquido rojo —medio bromea Blank Frank; no le gusta que la conversación se ponga demasiado trascendente.

—No. Me refiero a la necesidad de ser narcotizados, —El Conde no admite las digresiones—. Con televisión, sexo, café, poder, coches veloces o sadojuegos. Con lastres emocionales. Y por encima de todo lo demás, con *química*. Todas las drogas son como el café instantáneo: proporcionan rápidamente una sensación. *Compras* la sensación, en lugar de merecerla. ¿Deseas relajarte, animarte o tranquilizarte, ser más fuerte o más estúpido? Sencillamente, ingieres, o *esnifas*, o te inyectas, y el mundo cambia a tu alrededor porque tú has cambiado. Las empresas comerciales más lucrativas se basan innegablemente en las ideas más sencillas; fíjate en la prostitución, por ejemplo. La sangre, los cuerpos, los armamentos, la posición social…, todo es

mercancía. Los seres humanos exigen *mucho* de la vida.

El Conde sonríe y sorbe su bebida. Sabe que el final de la vida es tan sólo el comienzo. Hoy es el primer día del resto de tu muerte.

—Debo disculparme, mi viejo amigo, por venir en un estado de ánimo tan agresivo. He racionalizado mi vocación, ya loves, hasta el punto de discursear sobre ella, utilizando argumentos demográficos. Es muy raro encontrar a alguien interesado en escuchar mis discursos.

—Estabas ensayando —Blank Frank reconoce el tono apasionado que el Conde imprime a su voz cuando declama. El propio Blank Frank se ha asaeteado en los últimos siglos con tantas jeringuillas hipodérmicas que ya no le quedan venas disponibles. Ha comprobado la calidad de la coca del Conde aspirándola por su enorme nariz; sólo ha conseguido estornudar e irritarse las mucosas. Las únicas drogas que todavía parecen surtir algún efecto en él son tranquilizantes extremadamente activos a grandes dosis, casi en el límite de la toxicidad. Y los efectos nunca se prolongan demasiado tiempo.

—Dime una cosa. ¿Las drogas tienen algún efecto sobre *ti*?

Ve que el Conde vacila sobre la conveniencia de contestar con sinceridad. Luego asoma la tenue sonrisa de complicidad, un guiño entre viejos camaradas.

—Empleo varios paliativos. Te voy a decir toda la verdad: en buena parte es sólo afectación, una manera de tener ocupadas las manos. Los hábitos humanos (los vicios, en este caso) facilitan mucho las cosas para que mis clientes se sientan cómodos cuando cierro mis tratos con ellos.

—Ahora piensas como un mercader —dice Blank Frank—. ¿No queda en ti ni una gota de nobleza?

—Todo es una mascarada. —El Conde frunce el entrecejo—. ¿Sobre quién, mi buen amigo, se extiende mi ilimitado dominio? Estrellas de rock. Yonquis temblorosos. Monstruos sindicados. No vale la pena presumir de linaje en esa compañía. No. Ocupo mi tiempo del mismo modo que lo hace un diseñador de modas. Me concentro en la línea de la próxima temporada. Yo saqué la cocaína de su limbo de Vin Mariani y ayudé a repopularizarla en los ochenta. Luego vino el *crank*, después el *crack*, y la nieve. Drogas de diseñador. Has oído hablar del Éxtasis, pero todavía no del Cromo. Ni del Amp. Todo llegará.

De repente se oyen fuertes golpes en la puerta principal, como si toda la Brigada Antinarcóticos se hubiera reunido para montar una redada. Blank Frank y el Conde no pueden evitar un respingo sorprendido. Blank Frank atisba por una fracción de segundo la enorme Browning alojada en el sobaco izquierdo del Conde.

Probablemente es sólo por dar imagen, se recuerda Blank Frank a sí mismo. El estruendo hace pensar en algún lunático que diera patadas a la puerta y al mismo tiempo aullara a la luna. Blank Frank se apresura a abrir, y su pulso va aquietándose a medida que su paso se acelera.

Tenía que ser Larry.

—¡Cómo me alegro de verte, maldito viejo monstruo imbécil! —Larry es unos treinta centímetros más bajo que Blank Frank. Sin embargo, aprieta de tal modo a su amigo que casi lo ahoga en un abrazo de oso lobuno.

Larry es demasiado para verlo con un solo par de ojos.

Lleva unos pantalones elásticos, ceñidos como una segunda piel y festoneados con orlas que se introducen, a la altura de las rodillas, en unas botas de *cowboy* doradas. Las botas llevan unas espuelas relucientes. El cinturón se cierra con una hebilla en relieve del tamaño del radiador de un Rolls. Todo Larry aparece decorado, incluidos un pendiente del que cuelga una calavera de plata de ley, un centenar aproximadamente de brazaletes metálicos y un anillo del tamaño de tres dedos, en oro de 24 kilates, con un vaciado que forma las letras AUUU. Su pecho macizo y prominente emerge de un chaleco de las carreras de Daytona, de un color plateado brillante, sujeto a la cintura pero desabrochado, de modo que el mundo pueda ver una camiseta escarlata fosforescente que pone de relieve su masa muscular y en la que aparece su caricatura en tonos amarillos. Debajo aparece escrita una orgullosa leyenda: El auténtico hombre lobo. Larry lleva puestas sus gafas polarizadas a pesar de ser de noche, y menea ostentosamente las caderas al caminar.

—¿Dónde anda el viejo Bat Man? ¡Yu-ju! ¡Ya te veo, *escondido* en la oscuridad! —Larry palmea el bíceps de Blank Frank, y luego se inclina a saludar al Conde. Con el Conde se limita a un apretón de manos normal: seco, firme, comercial—. ¡Sal de tu madriguera, petimetre colmilludo! ¡La fiesta ha *empezado*!

—Nada como gozar de un poco de fama en nuestro medio —dice Blank Frank—. Pero oye, ¿qué demonios es esa mierda del «*auténtico*» hombre lobo?

Larry hace una mueca como si le dolieran las tripas, y enseña los dientes.

—Una pequeña y vieja historia de *copyrights*, marcas registradas, derechos preferentes… Resulta que un jodido cenizo se inscribió en la Federación Mundial de Lucha con el título de«El Hombre Lobo». Ha resultado ser un tipo al que yo mismo mordí, hará un par de décadas. De modo que he tenido que añadir lo de «auténtico». Quisimos formar equipo, en las últimas Veinticuatro Horas de Lucha, pero no

conseguimos dar con un buen nombre para la pareja.

—«Los Canijos de la Alcantarilla» —opina el Conde, divertido.

—«Los Cachorros Infernales» —sugiere Blank Frank.

—«Tomad mucho po'l culo los dos» —replica Larry con una mueca, marca de la casa, enseñando mucho los dientes. Luego se quita las gafas y examina el interior de No/Muertos—. ¿Qué se puede tomar en este antro? Y demonio, ¿qué cono de *ciudad* es ésta, en cualquier caso?

—¿Estás de gira? —pregunta cortésmente Blank Frank, haciendo de anfitrión.

—Sá. Voy a partirle los huevos a Jake el Serpiente en Atlanta, el viernes próximo. Lo estrangularé con Damien, si la pitón aguanta. No es que quiera hacerle daño de verdad, pero no me importaría que el viejo Jake meara sangre uno o dos días, si entendéis lo que quiero decir.

Blank Frank sonríe; entiende lo que quiere decir Larry. Cierra el puño izquierdo, y luego se aprieta la muñeca izquierda con la mano derecha.

—Hazle una Presa de Tornillo.

Larry es el inventor de la Presa de Tornillo, que en el *ranking* de la infamia en la lucha libre ocupa el segundo lugar, precedida tan sólo por el Abrazo del Dormilón. La Presa de Tornillo ha hecho a Blank Frank un buen servicio en tiempos pasados, frente a clientes pendencieros. Larry está justamente orgulloso de su invento.

—¡Quiero *decir* que mee sangre *pum*! —insiste Larry.

—Ees —dice el Conde—. Por favor.

—Perdona, don Remilgos. ¡Eh! ¿Os acordáis de aquella empresa cervecera que lanzó tres anuncios de la cerveza El Lobo antes de *la otra* campaña en la que patinó y pisó mierda? ¡Bueno, pues era yo!

Blank Frank levanta su Ermitaño Ciego.

—En ese caso, brindo por la cerveza El Lobo. Que aúlle por muchos años.

—*Prosit* —dice el Conde.

—Y que se jodan. —Larry vacía su jarra de un solo trago. Eructa, se seca la espuma de la boca y suelta un lobuno «Augh».

El Conde se enjuga los labios con una servilleta de cóctel. Blank Frank observa a Larry, y una oleada de recuerdos invade su mente. Ese hocico, esos bicúspides, y los ojos saltones e inyectados, siempre distinguirán a Larry. Las cejas están juntas; eso era un clásico dato revelador, en los viejos tiempos. Por lo demás, Larry no es tan peludo. Al menos en su forma humana. El vello de los antebrazos tiene un aspecto espléndido. El levantar pesas y pelearse con la gente ha desarrollado sus hombros. Por lo regular, lleva camisas con el cuello abierto; la abertura de las camisetas resulta estrecha para su

poderosa garganta. El cuerpo es todo músculo, sin una gota de grasa. Es capaz de apretar en el puño una lata llena de cerveza y hacer saltar el tapón con el ruido de un disparo. Las manos son callosas y hábiles. El pentagrama de la palma de su mano derecha apenas es visible. Se ha borrado, como el tatuaje de Blank Frank.

—Guay —dice Larry al ver el crucifijo del Conde.

—¿No llevas también *tú* un toque de plata? —El Conde señala la calavera del pendiente de Larry—. ¿O es la luz?

Los dedos de Larry toquetean la plata.

—Sí, culpable. Ahora no armaríamos tanto escándalo con toda aquella leche de Cinelandia, por una pieza así.

—Yo me divertí. —Blank Frank exhibe su tatuaje—. Fue bueno.

—*Bueeeno* —dicen a coro Larry y el Conde, burlándose de su amigo.

Los tres examinan el pequeño aeroplano volando eternamente alrededor del mundo blanco y negro.

—¿Desde hace cuánto tiempo tienes eso? —Larry ha vaciado ya su segunda jarra, y la espuma rodea su boca.

Las pupilas de Blank Frank se dilatan, al mirar el grabado sobre su piel. No recuerda.

—Por lo menos hace cuarenta años —dice el Conde—. Han cambiado el logotipo varias veces desde la época en que se lo tatuó.

—A lo mejor, por eso lo hice. —Blank Frank sigue un poco perdido. Toca el tatuaje como si fuera a producirse un fundido seguido de un *flashback* de exposición.

—Oye, fuimos *nosotros* quienes salvamos ese jodido estudio de la bancarrota —reniega Larry—. Nosotros, con Abbott y Costello.

—También a ellos les dieron puerta. —Hasta el día de hoy, el Conde sigue comprensiblemente molesto por la confusión existente respecto al *copyright* relativo a la utilización de su imagen. Ve su cara en todas partes, y no percibe ninguna compensación económica por ello. Ese hecho amortigua su instinto profesional por la yugular. Comprende demasiado la necesidad de precisar lo del «auténtico» hombre lobo—. Bud, Lou, tú y yo con el gigantón incluido, desaparecimos en el naufragio de la Segunda Guerra Mundial.

—*Yo* estuve en el funeral de Lou —dice Larry—. Tú andabas acechando a los campesinos de los Cárpatos. —Se vuelve a Blank Frank—. Y lo que es *tú*, ni siquiera te enteraste.

—Yo quería mucho a Lou —dice Blank Frank—. ¿Os he contado alguna vez la historia de cómo me tropecé con él por accidente durante el rodaje de…?

—*Sí* —contestan al unísono el Conde y Larry.

Eso rompe la tensión de unos recuerdos teñidos por las sórdidas intrigas de pasillos de los estudios. Es preferible recordar a las personas, no los hechos.

Blank Frank intenta recordar a algunos de los demás. Vuelve al bar para llenar de nuevo su copa. El globo de plasma se hincha y restalla con un chasquido seco, una tempestad fabricada por el hombre dentro del límpido cristal.

—He oído que el viejo Vendas se buscó un trabajo en el Museo de Historia Natural. —Larry pone apodos como ése a todo el mundo.

—El Príncipe —le corrige el Conde— sigue guardando a la Princesa. A ella la exhiben en la sección de Egiptología. El Príncipe llegó a un acuerdo con los responsables de seguridad del museo. Ronda por los alrededores de la tumba, y vigila los sarcófagos. Le han proporcionado un vendaje sintético preparado con hojas de abrótano. Eso le produce un efecto calmante, como la metadona.

—Un empleo de vigilante nocturno —dice Larry, pensando obviamente en lo bajo del salario. Pero ¿para qué demonios puede necesitar el Príncipe el dinero humano? —. Difícil de imaginar.

—Prueba a mirarte a ti mismo en el espejo —dice el Conde.

Larry le contesta con una pedorreta.

—Estás celoso.

A Blank Frank le es muy fácil visualizar al Príncipe deslizándose por los pasillos silenciosos y llenos de ecos, en las horas de la noche. Todos los museos, después de todo, no son otra cosa que tumbas gigantes. Larry está totalmente seguro de que Cara de Pez —otro apodo— escapó de un científico loco en San Francisco y huyó con sus alas de mariposa hacia el sur, probablemente para refugiarse en la comarca de los pantanos. Larry y él se tenían una firme simpatía mutua, de mamífero a anfibio. También habían sido los dos elementos más violentos del antiguo grupo. Larry seguía alimentando el propósito de proponerle la organización de un combate de exhibición. Sin embargo, nunca había sido capaz de salirse de la logística de la lucha en el interior de un depósito de acero lleno de agua.

—¿Y Griffin? —dice el Conde.

—¿Quién puede saberlo? —se encoge de hombros Blank Frank—. Podría estar plantado aquí mismo y nunca lo sabríamos a menos de que se pusiera a cantar «Puñetas en Mayo».

—Era un misántropo —dice Larry—. Y el loco de su hijo, también. Eso es lo que pasa por habituarse a las drogas.

Esta última es una alusión a la profesión del Conde. Pero el Conde espera que

Larry diga cosas así, y no se lo toma a mal. Lo último que desea en una noche como ésta es discutir sobre la moralidad del uso de las sustancias químicas.

—A veces sueño con aquellos días —dice Blank Frank—. Entonces vuelvo a ver las películas. Los sueños se han hecho literatura, es algo que sobrecoge.

—Antes de *este* siglo —dice el Conde—, nunca me había tenido que preocupar de que alguien reuniera datos sobre mi pasado.

De los tres, es el más paranoide en lo relativo a la intimidad personal.

—Eres un romántico. —Larry nunca haría una acusación de ese género de no encontrarse en compañía especial—. Era importante para un montón de gente que nosotros *fuéramos* monstruos. No puedes negar lo que se muestra allí en blanco y negro. Hubo una época en la que el mundo *necesitaba* monstruos así.

Cada uno de ellos medita sobre sus actuales ocupaciones, y todos descubren que siguen encajando bien en este mundo.

—Nadie te molestará ahora —continúa diciendo Larry—. No te molestes en revisar tu pasado… Hoy, tu pasado es del dominio público, y espera que hables para contradecirte. Nos limitamos a cumplir con nuestra obligación. ¿Cuántas personas se han convertido en mitológicamente legendarias sólo por haber cumplido con su obligación? —¿Mitológicamente legendarias?— le imita el Conde. —Te crecerán pelos en las manos si sigues empleando esas grandes palabras.

—Muerde aquí —y Larry le ofrece su mejilla, el símbolo de la paz unilateral.

—No, gracias, ya he cenado. Pero he traído algo para vosotros. Para los dos.

Blank Frank y Larry se dan cuenta de que ahora el Conde habla como si hubiera una gran cámara Mitchell oculta en alguna parte, más allá del círculo de luz. Saca un par de paquetes de pequeño tamaño, envueltos y atados con lazos, y se los entrega.

Larry no pierde tiempo en rasgar el envoltorio del suyo.

—Pesa una tonelada.

Entre las palomitas de poliestireno aparece una cabeza de lobo: salvaje, tendida, jadeante. El grácil cuello canino está hueco.

—Es del bastón de paseo —dice el Conde—. Todo lo que queda.

—No bromees. —La voz de Larry tiene un tono conmovido por primera vez en la noche. La *cabeza* de lobo parece más pesada en su mano. Un par de latidos más de su poderoso corazón, y sus ojos parecen húmedos.

El regalo de Blank Frank es mucho más pequeño y ligero.

—Ahora un pequeño acertijo —dice el Conde, a quien le divierte hablar como un presentador de televisión—. Había muchas posibilidades, pero ninguna de ellas fácil de adquirir. ¿Un pedazo de suelo de Transilvania? ¿Agua del lago Ness? ¿Una piedra

de un castillo adecuadamente ruinoso?

Lo que encuentra Blank Frank al desenvolver su paquete es un anillo. Oro viejo, con una sutil filigrana grabada. Un pequeño rubí engastado entre los dedos de una garra. Lo sostiene a la luz.

—Por lo que he podido averiguar, este anillo perteneció a un hombre llamado Ernst Volmer Klumpf.

—Guau —dice Larry—. Vaya un nombre raro.

Blank Frank mira el anillo, perplejo. Lo levanta hacia el Conde, como si fuera una lupa.

—Klumpf murió hace mucho tiempo —dice el Conde—. Murió y fue enterrado. Luego fue desenterrado. Y después, algunas partes selectas de su cadáver fueron recicladas por un hábil cirujano que ambos conocemos.

—Blank Frank ya no parece tan inexpresivo. —De hecho, parte de Ernst Volmer Klumpf sigue todavía rondando por ahí…, sirviendo bebidas a sus amigos, entre otras cosas.

La nueva expresión de la cara de Blank Frank complace al Conde. El anillo a duras penas se ajusta al meñique de la mano izquierda del gigantón.

Larry, para evitar parecer conmovido, decide armar barullo. Se levanta, camina hasta el bar y vuelve a llenar su jarra.

—Esto exige un brindis —levanta la jarra en alto, ladeando la cabeza—. Por los amigos muertos. Incluidos nosotros mismos.

El Conde extrae varias cápsulas de una cajita metálica decorada, y las traga con los últimos restos de su Gangbang. Blank Frank apura su Ermitaño Ciego.

—No pienses siquiera en la cuenta —dice Blank Frank, que conoce el hábito del Conde de pagarlo todo.

El Conde sonríe y hace un elegante gesto de asentimiento. En su interior, de lo que se preocupa es de mantener equilibrados el Debe y el Haber. Blank Frank da unas palmaditas en el hombro del Conde, fuertes y fraternales, aprovechando que Larry está lejos. Al Conde le disgusta el contacto físico, pero lo tolera porque, después de todo, se trata de Blank Frank.

—Mierda, con todo el talento que hay en esta habitación, bien podríamos reaparecer con una secuela de nuestras viejas interpretaciones —dice Larry—. Tal vez pegaríamos fuerte, con alguno de esos nuevos chicos. Haríamos una reunión de monstruos.

Podría ser. Se miran entre sí, de modo significativo. Aparece una leve sombra de culpabilidad, de resentimiento, como un pedo que se insinúa en una habitación mal

iluminada.

Cambia lo de habitación mal iluminada por «cámara de tortura», piensa Blank Frank, que nunca olvida la importancia de «dar» el personaje en todo momento.

Blank Frank piensa en las secuelas. En cómo los estudios tiraron y tiraron de sus cuerdas de marionetas, obligándoles a salir tambaleantes al escenario una y otra vez, añadiendo nuevos monstruos cuando la taquilla descendía, hasta que todos ellos agotaron los últimos restos de su potencial de generar beneficios, y fueron descargados en una parada de autobús, para comenzar el largo velatorio que los había convertido en nostalgia.

Era como una muerte en vida, a su manera.

Y estas reuniones, año tras año, habían acabado por convertirse también en secuelas, por derecho propio. La evidencia es en sí deprimente, y en cierto modo estropea la velada a Blank Frank. Sigue mostrándose tan simpático y charlatán como de costumbre. Pero la emoción se ha agriado.

Larry ha soplado tanto que está medio colocado. Las químicas del Conde se mezclan y borbotean; él parece hundido en las profundidades de su chaqueta, con la barbilla cada vez más cerca de la culata de la pistola del sobaco. Larry bebe otro trago, y luego aúlla. El Conde se tapona un oído con un dedo de su mano libre.

—Me gustaría que no hiciera *eso* —dice en un aparte *sottovoce* de cara a la galería que demuestra que su disgusto es en buena parte fingido.

Cuando Larry intenta saltar de nuevo la barra del bar, moviéndose exageradamente como hace siempre, planta su robusto codo de luchador en el cristal del cartel cinematográfico enmarcado de Blank Frank. El cristal cede con un agudo chasquido, y se agrieta en una telaraña de líneas curvas. Larry se pone a jurar, instantáneamente apenado. Luego, sin convicción, se ofrece a pagar los daños.

El Conde, no del todo inesperadamente, se ofrece a comprar el cartel, ahora que está estropeado.

Blank Frank sacude su maciza cabezota cuadrada para decir que no a sus amigos. Tantos años juntos los tres.

—Es sólo el cristal. Lo cambiaré. No será la primera vez.

La idea de que ya ha hecho antes esto lo deprime todavía más. Ve el reflejo de su rostro, dividido en fragmentos, en el cristal quebrado, y al otro lado la ilustración chillona. El entonces, y él ahora.

Blank Frank se palpa la cara como si fuera la de otra persona. Sus uñas siempre han sido negras. Ahora, simplemente, están de moda.

Larry sigue abatido por los destrozos accidentales, y el Conde empieza a consultar

su Rolex cada cinco minutos, como si se acercara la hora de una cita urgente. Algo ha estropeado el buen ambiente de la reunión, y Blank Frank se siente furioso por no acertar a adivinar la causa. Cuando está furioso, se excita con rapidez.

El Conde es el primero en levantarse. Dignidad ante todo. Larry intenta pedir disculpas una vez más. Blank Frank sigue estando cordial, pero lo domina la súbita necesidad de echarlos de una maldita vez fuera de No/Muertos. El Conde se inclina en una rígida reverencia de despedida. Su limusina se presenta exactamente a la hora prefijada. Larry da un abrazo a Blank Frank, y sus brazos consiguen rodear todo el corpachón del gigante.

—*Au revoir* —dice el Conde.

—Que sigas mal —dice Larry.

Blank Frank cierra la puerta de servicio, y echa el cerrojo. Desde la estrecha mirilla de seguridad, observa la silenciosa, deslizante partida de la limusina del Conde, y cómo se desvanece en la niebla el brillo de los adornos de Larry.

Falta todavía media hora para la apertura. De todas formas, el ambiente no se caldea de verdad en No/Muertos hasta pasada la medianoche, por lo que las posibilidades de que algún paseante resulte herido son muy pocas.

Blank Frank sube a tope el volumen de la música y marca el ritmo con sus pies. Un elogio con redoble. Ama a Larry y al Conde a su manera *maciza*, amplia, incondicionalmente leal, y espera que ellos entenderán lo que se dispone a hacer. Supone que sus dos amigos más íntimos son lo bastante sagaces para saber, en los próximos años, que no está loco.

No está loco y, ciertamente, no es un monstruo.

Mientras suena la música, va a por dos botellas de plástico, de tamaño económico, de queroseno para lámparas, y las vierte liberalmente por la barra del bar, empapando las viejas maderas. Los pirómanos llaman «aceleradores» a ese tipo de líquidos inflamables.

En los guiones de cine, siempre era una lámpara volcada, o una antorcha lanzada por alguien de entre la masa de campesinos airados, lo que desencadenaba la flamígera apoteosis final. Mansiones, laboratorios de científicos locos, e incluso castillos pétreos ardían y se derrumbaban, eliminando la amenaza de los monstruos hasta que se les necesitara de nuevo.

La corta coleta de guerrero que adorna la nuca de Blank Frank se ha teñido de hilos negros. Son todos esos Ermitaños Ciegos.

La electricidad púrpura serpentea hacia su dedo y resigue lealmente su curso. Desconecta el globo de plasma y lo guarda bajo su gigantesco antebrazo. En cuanto al

cartel de cine, lo deja colgando de su marco destrozado.

Enciende la cerilla frotándola en una de sus uñas negras. Surge la llama y ennegrece la cabeza de fósforo, comiéndosela con un agudo silbido. Las paredes de No/Muertos tiemblan con las notas bajas de «D. O. A».. El olor del fósforo se esparce por el aire viciado. La llama vira del anaranjado al amarillo y a un azul intenso, y se refleja en forma de punto luminoso en las grandes pupilas negras de Blank Frank. Puede verse a sí mismo, como a la luz de una vela, fragmentado en la imagen del cartel roto: el pasado. Bajo el hombro sostiene el globo de plasma, intachable, prístino, aguardando una nueva carga: el futuro.

Recuerda sus anteriores experiencias con el fuego. Deja caer la cerilla en el pequeño charco de acelerador que reluce sobre la barra del bar. La llama crece en silencio.

Bueno.

Brota la luz, de un blanco cegador, a sus espaldas, mientras él sale y cierra la puerta. La noche es fría, neblinosa. La condensación enturbia el globo de plasma mientras Blank Frank se aleja a largas zancadas, deteniéndose bajo una farola para examinar de cerca el anillo de su dedo meñique. No necesita comer ni dormir. Echará de menos a Michelle y al resto de los amigos de No/Muertos. Pero él no es como ellos; nunca le ha faltado lo que necesitaba, y sabe que siempre podrá encontrar nuevos amigos.

A Blank Frank le gusta el poder.

VICTOR

KAREN HABER



El hombre siente que su cuerpo muere centímetro a centímetro. Los pies son como de madera; en las piernas carece de sensibilidad. Está solo en los páramos helados. Mientras el entumecimiento asciende hacia su pecho, advierte el suave calor que lo acompaña. Se sumerge agradecido en ese calor, lo extiende a su alrededor como si fuese una manta. Sí, se encuentra a salvo en un lecho mullido. Lo que está frío es la casa donde se ha cobijado. Y no es un niño. Es viejo, viejo y gastado. El espacio que rodea su jergón está lleno de recuerdos, de sombras en color sepia que se desarrollan, transparentes, delante de él sobre el tosco suelo enmaderado.

Justine oscila como un péndulo, como el badajo en el interior de una campana, lentamente, a izquierda y derecha, colgada por el cuello de la cuerda que la ha matado. Su piel es pálida, casi blanca. Un hilo de sangre roja asoma por su boca abierta, desencajada.

—Oh, Dios mío —grita Elizabeth—. Es terrible. ¿Por qué no la has salvado? —Se aparta de la claraboya del lugar desde el que ambos observan, y la repugnancia enturbia su mirada—. La han ahorcado por tu culpa. Por tus crímenes. Ahora lo sé.

—No —contesta él—. Soy inocente. O en todo caso, no pretendí hacer ningún daño. ¿Debía haberme presentado? ¿Querías verme muerto y descuartizado por esa chusma vociferante?

Elizabeth no se conmueve. Su amada esposa es a un tiempo juez y jurado.

—Habría sido mejor que lo hicieras y salvaras tu alma inmortal. ¿Qué delito cometió Justine? Su único error consistió en haber nacido, en vivir con nosotros, en trabajar para nosotros. Y en cuidar del pobre William. Tú la has matado. Tú y tu horrenda, maldita criatura.

—No —insiste él—. Espera, Elizabeth, no te vayas.

Pero ya se ha ido, como todos los demás. Muerta por culpa de su ambición. El viento sopla a través de la ventana abierta, con un ruido parecido al de un ser que agoniza. Está solo en la oscuridad.

Nervios como cordones rosados, como las cuerdas de un instrumento de música. Pellízcalos y escucharás el eco de la melodía de la vida. Victor se inclina, fascinado, sobre el cadáver tendido en la mesa de disección. Maneja diestramente el bisturí, corta aquí y allí. Aprenderá los secretos del cuerpo, y la ciencia le otorgará el poder para utilizarlos.

Los guantes y las mangas de su bata están manchados de rojo mientras él trabaja en la cavidad del cuerpo; sus ropas sudorosas se le pegan como una húmeda segunda piel. No se da cuenta. Hará grandes cosas con lo que está aprendiendo. El nombre de Frankenstein irá a unirse a los de la hermandad científica y médica, al gran panteón del conocimiento.

Persigue decidido a la naturaleza. Pero no en los valles boscosos ni en los arroyos soleados. Para él la fascinación se concentra en la casa de la muerte, el cementerio.

—¿Siempre tajando y sondeando? —le pregunta Henry Clerval. Asoma por la puerta y arruga la nariz al percibir el olor acre del formaldehído—. ¡Puaf! Qué olor más horrible. Sal a la luz del día y respira el aire libre. —Luego, Henry.

—Estás tan obsesionado con tus experimentos como antes lo estabas con Cornelio Agripa y Paracelso —y Henry sacude la cabeza—. El profesor Waldman te ha hecho pasar de la filosofía a la necrología.

—Me enseñó que la filosofía se limitaba a manejar palabras —responde Victor—. Pero la ciencia contiene la esencia de la vida. No de la muerte, Henry. De la vida.

—Tienes una carta de Elizabeth encima de la mesa.

—Luego la leeré.

Intenta levantar los brazos entumecidos, incorporar su cabeza paralizada. Tan caliente. Yace en su lecho de muerte, esperando con paciencia. Sabe que si se muestra

demasiado ansioso, la muerte tal vez le esquivará. Ha perseguido esa presa durante años, conoce sus humores y sus caprichos. Ha aprendido a no mostrarse impaciente.

Nada de venenos, navajas, sogas. Mejor tenderse aquí, con los ojos cerrados hundidos en las grandes órbitas oscuras. En silencio, sí. La atraerá a él por medio de la quietud, del silencio. La muerte es un conejo asustadizo. El pensamiento le hace reír por lo bajo. Oh, él consiguió atraparla una o dos veces. O al menos, imaginó que lo hacía. Pero siempre, siempre, la muerte se le escapó. Siguió su danza enloquecida, casi al alcance de su mano. Pudo sentir el revuelo de su paso, el roce de la punta de un sudario de algodón cuando se alejaba.

—Espérame —gritó, lloroso como una Alicia cualquiera, sin aliento después de correr con todas sus fuerzas tras ella—. Oh, por favor, espérame.

Toda su vida había sido una carrera, una carrera rápida y dura para atraparla, para atraparla y vencerla. Una risa seca rechina en su garganta estrecha y áspera. Vencer a la muerte. Volverla del revés como si fuera una suave sábana de algodón recién traída de la lavandería, y no un sudario sucio y pegajoso como una tela de araña. Vuelve a reír. Era tan joven y arrogante. Qué bueno haber sido así, haber poseído aquella rabiosa impaciencia, una vez, en tiempos. Antes de su desesperada huida a los hielos del Norte, para escapar de su némesis.

Ginebra reluce iluminada por el sol del verano, con sus calles rectas y limpias y sus ciudadanos atareados y bondadosos. Víctor ha crecido en esta ciudad, hijo de una distinguida familia con una larga tradición de servicios a la comunidad. En Ginebra, el nombre de Frankenstein es sinónimo de hombres de leyes. Su padre casó, ya mayor, con la hija de un viejo amigo. El primogénito de ambos, Víctor, heredó la determinación de su madre y el amor de su padre por la ciencia.

—Víctor cree que el mundo es un secreto que únicamente él puede descubrir —dice su padre.

—Dale tiempo, entonces, y oportunidad de hacerlo —responde su madre—. Y cuando llegue el momento, dale por esposa a su prima Elizabeth.

Su hermano pequeño, William, el mimado de la casa, con sus saludables mofletes rosados y su cabello rubio, suave como la seda, espera junto a la puerta, dando saltitos excitados y agarrándose al faldón de la chaqueta de Víctor.

—¿Adónde vas?

—A la Academia.

—Llévame. Llévame contigo, por favor. —En los ojos azules brilla la adoración por el hermano mayor.

Víctor está acostumbrado a aquella admiración infantil, y no le da importancia.

—¿No prefieres ir a ver lo que tiene preparado Nanny?

—Nanny cuida de los niños. Yo quiero ir contigo.

—Cuando seas mayor, quizá —dice él con una sonrisa triste.

—Ahora —y el labio inferior se pliega con dramática petulancia.

Víctor da unas palmaditas en el hombro del muchacho, y lo rechaza con suavidad.

—Tal vez cuando seas mayor.

En la sala de estar, la madre de Víctor se vuelve hacia su padre.

—Víctor es como un segundo padre para ese niño.

—Sí —dice el anciano, adormilado en su butaca—. Me atrevo a profetizar que algún día lo apadrinará.

William. Justine. Elizabeth. Huesos que se agitan en el interior de frías cajas. Espectros que rodean mi cama. Él os mató. Hundió una daga en mi corazón por intermedio de vosotros.

La habitación está en penumbra, iluminada por una sola lámpara. Víctor suda, inclinado sobre la mesa quirúrgica, afanado en modelar, cortar, coser tejidos, empeñado furiosamente en realizar otro oscuro milagro.

—Una compañera —dice la criatura—. Me darás una mujer. —Su voz es ronca, casi incoherente—. He de tener una compañera. ¿Debo errar solo mientras todos los demás seres de la naturaleza forman parejas?

—Tú no perteneces a la naturaleza —responde Victor, y en su voz tiembla el miedo.

—Tú me has creado, y tú crearás a mi mujer.

Victor trabaja durante toda la cálida noche. La criatura se retira a meditar sobre su soledad.

Cerca ya del alba, un pájaro lanza al aire un agudo trino.

Victor hace una pausa en su desesperada labor, y se enjuga la frente. Ha engendrado una abominación, ¿no es eso suficiente? ¿Qué es lo que ha aprendido? Demasiado. Se aparta de la mesa y del torso tendido en ella. Deja caer el bisturí.

—Si yo debo estar solo, también tú lo estarás —dice la criatura—. Yo soy tu pálido reflejo en el espejo. Y te acompañaré en tu noche de bodas.

La piedra filosofal. El elixir de la vida. Habría sido preferible no haber oído hablar

nunca de esas fantasías engañosas. Padre, ¿por qué no me dijiste que otras investigaciones, mejores, habían ya dado sus frutos? La limpia racionalidad de la química me habría atraído, con toda seguridad. Maldigo el día en que tropecé, en la posada, con la obra de Agripa. Te maldigo a ti, padre. A todos los padres. A todos los hombres y a su descendencia.

Se frota un pie entumecido, y por un momento el calor retrocede. La habitación palidece, se desvanece, sustituida por una blancura cegadora.

Henry, piensa él. Querido Henry, amigo favorito de mi infancia. Y tú, padre, siempre honesto y cariñoso. Habéis desaparecido, todos los seres que amé. Justa retribución, pero no suficiente.

Aunque fuera tan sólo por el pobre Henry, él se merece sin duda el infierno, y no le asusta el viaje. ¿Qué le espera allí? ¿Un espacio al rojo vivo, lleno de horrores que zumban y gorjean: pájaros de dientes mellados y alas de concha, seres de pesadilla deformes, hinchados, con patas flacas y largas terminadas en cascos, y pieles porcinas, peludas, que se abren para mostrar un relleno gelatinoso, como de clara de huevo, en el que están incrustados unos ojos fijos de color amarillo? ¿Hay en el infierno un tormento especial destinado para mí?

Victor ríe por lo bajo.

Cuánta arrogancia. Después de tantos años, todavía no se ha desprendido por completo de ese orgullo peligroso e insolente. La idea casi le produce placer. Se recuesta en su almohada. El calor y el entumecimiento han llegado ya a la cabeza.

William ha estado fuera todo el día, y no ha regresado al caer la noche. Con creciente aprensión, la familia y los criados lo buscan. La doncella Justine parece especialmente perturbada por la noticia de la desaparición del muchacho. Retrasa su vuelta a la ciudad, y busca en cada pajar, en cada establo por los que pasa.

—William —llama, y los ecos de su voz se debilitan hasta desvanecerse—. Ven conmigo, bonito.

Se retrasa demasiado tiempo en los campos —tal vez el pobre chico se habrá quedado dormido debajo de un arbusto—, y encuentra cerradas las sólidas puertas de la ciudad. La noche pasa aprisa e insomne, salvo por un extraño sueño en el que ve una sombra monstruosa que se inclina sobre ella, y siente el tacto de unas manos extrañas que tironean de su delantal.

Por la mañana vuelve tambaleante a Ginebra, exhausta, derrotada. Lleva revuelto el cabello castaño, enrojecidos los ojos.

—Justine —grita Elizabeth—. ¿Dónde has estado?

—He pasado fuera toda la noche, buscando al pequeño Will. ¿Ha aparecido?

Las lágrimas brotan de los ojos de Elizabeth.

—Lo han encontrado esta madrugada.

—Muy bien, pues. Corro a buscarle.

Una mano colocada en su hombro la detiene.

—Tenía el cuello roto. Algún ladrón lo mató y le robó el reloj que yo le había regalado.

—¿Muerto? —Justine se tambalea y tiene que apoyarse en la pared para no caer. ¿También esto es una pesadilla? Sus manos empiezan a recorrer nerviosas su persona, estirando aquí una manga, colocando bien el cuello, hundiéndose en el bolsillo del delantal para palpar ahí un objeto no familiar. Lo coge y lo saca a la luz. Traga saliva, incrédula. En la palma de la mano está el reloj de oro con joyas incrustadas, sujeto aún a una cinta de terciopelo rota.

Qué astucia de loco. El asunto revela una imaginación perversa y una crueldad sin límites. Matar primero al amado hermano menor, para implicar después a la inocente doncella de la familia. Y así había de arrancar una a una las hojas del árbol, con infinita malicia, hasta dejarlo desnudo. Oh, monstruo astuto y brutal.

Elizabeth, su esposa, está tendida en la cama, como una muñeca desarticulada, con los brazos en ángulos extraños y la cabeza horriblemente doblada hacia atrás. Los ojos le miran con fijeza, acusadores, vacíos.

Y Henry, el buen Henry, ha sido encontrado en la nieve, estrangulado.

Su padre, abatido por tantas tragedias, ha sucumbido al dolor.

Victor está solo. Pero ese ruido, ¿qué es ese ruido? ¿La muerte que se acerca? No, está demasiado ansioso, respira con demasiada fuerza; ahuyentará a ese conejo negro. Tranquilo, debe estar tranquilo.

El sonido parece el de unos escalones crujiendo bajo unos pasos pesados. Con toda seguridad no es la muerte la que viene.

El espacio que rodea su lecho está abarrotado por sus recuerdos, pero falta uno. Tan sólo uno, el de la criatura fantasmal que tal vez sobreviva a su creador. ¿Es ella quién viene ahora, siguiendo sus huellas, para acabar la tarea que la muerte ha dejado abandonada?

Lo ha terminado, a finales de noviembre. El objeto de dos años de trabajo está tendido, presa de convulsiones, sobre la mesa de operaciones manchada, y abre unos turbios ojos ambarinos. La boca grotesca se tuerce en algo que quiere ser una sonrisa. Una mano torpe se levanta. Y Victor sabe que ha fracasado.

Ha profesado la ciencia pura, la más sagrada de las religiones. Tan nítida, tan segura. Y sabe con fría claridad que será llamado blasfemo. Su nombre será susurrado a los niños como una amenaza. Su ambición será maldita.

La criatura se incorpora, murmura algo en un tono gutural. La mano curvada se aproxima.

—¡No!

Víctor retrocede, cierra tras él la puerta de golpe, y echa el cerrojo. ¿La golpeará aquella cosa hasta reventarla para abrirse paso hacia la libertad? Se detiene. De la cámara cerrada sale un sonido curioso, agudo y penetrante. Se diría el llanto de un niño.

La criatura. Incluso ahora, Víctor no puede reprimir un estremecimiento de espanto. Intentó amarla. Pero su aspecto era horrendo, peor que el de una momia resucitada. Su sentimiento de culpabilidad y su miedo se hicieron demasiado grandes, y las protestas de la gente demasiado insistentes. La cosa no había sido malvada, al principio. ¿Cómo podrían ser malvados los muertos? Si la ciencia aséptica y laica los hace revivir, ¿han de asumir ellos la vieja mancha del pecado original de los cristianos y su desdichada responsabilidad, como quien se viste con ropas usadas y sucias? No, no.

De nuevo suenan pasos graves. Es el monstruo, que viene a acabar con él. Por fin ha llegado.

Una enorme manaza lo sujeta por el hombro.

—Siéntate —dice la criatura—. Afronta tu muerte.

—Estoy dispuesto.

—¿Lo estás? —La criatura se echa hacia atrás, y su rostro recosido se deforma por los efectos de una extraña alegría—. Yo creo que no.

Las horrendas manos se tienden hacia él. A pesar de su resolución, Victor siente una débil punzada de miedo, de desconfianza.

—Espera —dice—. No puedes ser tan completamente malvado.

—¿Malvado? —El monstruo hace una pausa, como sorprendido—. No soy yo el malvado, sino tú. Tu sentimiento de culpabilidad. Tu voluntad.

—Pero los asesinatos…

—Tú los cometiste por mediación mía.

—¡Cómo te atreves! Soy inocente de esos crímenes.

—No eres inocente. Tú me creaste, y después me repudiaste. Pretendiste no saber nada de toda la destrucción que te rodeaba. Yo no he fingido nunca ser otra cosa distinta de mi verdadera naturaleza. Pero tú, tú has guardado silencio mientras otras personas morían en tu lugar. Tú eres el monstruo. Y nunca habrá paz para ti. Víctor afronta la mirada de los ojos muertos de color de ámbar, y comprende. La muerte no acabará con todo, no será el escondite seguro que él había imaginado. Más bien será como un túnel que le conducirá al infierno del renacimiento. Él se convertirá en su criatura. Debe hacerlo, como penitencia. Y el monstruo será la comadrona que ayudará a su renacimiento después de la muerte; el creador será recreado, y su creación será el padre. Se convertirá así en el reflejo de su propia criatura.

Siente deseos de llorar. «¡Oh, dioses! —piensa—, ¿será él la primera cara que vea cuando despierte? ¿Y cómo habré de llamarle? ¿Padre? ¿Hermano?».

Unas manos poderosas se cierran en torno a su garganta. La presión se hace insoportable. El rostro del monstruo se aproxima al suyo. En el momento crucial, Víctor cierra los ojos.

La criatura se desvanece. Las paredes de la habitación se funden y desaparecen también. Victor está tendido en la nieve, solo.

Mira a su alrededor. Se ha ido, piensa. No hay nadie, nadie en absoluto. Todo ha sido una ilusión provocada por el frío.

Tengo que levantarme. He de encontrar un refugio.

Trabajosamente, se pone de rodillas y fuerza a sus piernas entumecidas a soportar su peso. Hace una pausa, y da un paso. Luego, otro. Pero sus piernas están demasiado débiles y rígidas. Cae de bruces sobre la nieve y ahí se queda, los ojos cerrados contra la cegadora blancura.

Detrás de él, oye ruidos en el páramo desierto. El inconfundible crujir de la nieve comprimida por unos pasos lentos y deliberados. Mientras escucha, el viento disminuye hasta convertirse en un leve susurro.

Los pasos se acercan.

QUINTA PARTE

GARFIELD REEVES-STEVENS



—A uno le recuerdan fuegos, ¿no es verdad?

Samantha Grant apartó los ojos del amplio y reluciente panorama nocturno que se extendía ante ella, hasta más allá de las colinas de Hollywood. Había estado pensando en el papel. No había oído lo que decía su anfitrión.

—¿Perdón? —dijo.

—Fuegos —repitió su anfitrión, como perdido en antiguos recuerdos—. Antorchas, en realidad. Como inmensas hileras de personas que desfilaran con antorchas.

—Oh —dijo Samantha—, las luces.

Volvió a mirar por el ventanal panorámico, abierto desde el suelo hasta el techo, y procuró no pensar en el abrupto precipicio de cuarenta metros de altura en que finalizaba aquella parcela situada en el extremo de Mulholand. Lo mismo que le ocurría a la finca de Warren Beatty, al este, y al complejo arquitectónico de Marión Brando, al oeste, la casa estaba tan aislada e inexpugnable como un castillo medieval.

Pero no se trataba de una casa solitaria. Más allá de las negras siluetas de los árboles situados debajo, Los Angeles aparecía engalanada con el brillo de innumerables ascuas de luz que punteaban el recorrido de las calles y las avenidas como gotas de rocío en una tela de araña. «Estoy aquí, donde debía de estar —se dijo a sí misma Samantha—, en medio de todo esto, y aquí seguiré mientras viva. La ciudad a mis pies, los estudios en el valle que se abre a mis espaldas. Exactamente en el centro de todo».

Aspiró, y el aire fresco de la casa la acarició tan suavemente como la seda que llevaba debajo del ceñido jersey negro drapeado de su conjunto Azzedine Alai'a. Lo había alquilado en «Dressed to Kill»: trescientos dólares por una noche. Pero si conseguía el papel, la extravagancia habría valido el ayuno al que habría de someterse las próximas semanas.

—Sí, eso parecen —dijo Samantha, volviéndose hacia su anfitrión—. Fuegos muy brillantes.

Edward Styles había dejado de contemplar la ciudad. Ahora contemplaba a su invitada, no menos hermosa que el panorama que se divisaba desde la casa.

Samantha Grant había visto anteriormente ese tipo de mirada, y llevaba en la ciudad el tiempo suficiente para saber cómo manejarla.

«Es cierto —pensó mientras su mirada se cruzaba con la de Edward y la sostenía impávida—, conozco esta ciudad, y sé cómo funciona este negocio». Los brillantes ojos grises del hombre se detuvieron en sus labios. Todavía podía sentir en ellos la espesa capa del lápiz de labios, y sabía que debían de ofrecer un brillo húmedo a la luz de las velas que ardían en la amplia sala circular. «Míralos, míralos bien —se dijo a sí misma: la frase ritual del actor sin empleo—. En esos labios hay inyecciones de colágeno del doctor Morely por valor de setecientos dólares. *Están* así para ser mirados». Luego, calculadoramente, se mordió con suavidad el labio inferior, sabiendo que, como buen conocedor, su compañero de escena se sentiría orgulloso de la sutil inocencia que sugería aquella expresión. Michelle Pfeiffer no era nada en comparación.

Los ojos de Edward no se apartaban de ella, ni dieron la menor indicación de haber detectado algún artificio en su pose. Habló en el portentoso lenguaje de Hollywood: —La ciudad se nos aparece así, en algunas ocasiones. Ardiente.

Los ojos bajaron del rostro, y se posaron con delicadeza en el escote bajo y tenso de su vestido.

«Míralos también —pensó Samantha—. Tres mil quinientos el par». Todo lo que había ganado en una semana de trabajo en la cadena de televisión USA. A sus veintitrés años, no había necesitado engrosar el volumen; pensaba hacerlo más tarde, cuando hubiera pasado ya sus mejores años en esta ciudad, tal vez a los veintiocho y desde luego no después de los treinta. De momento, el doctor Morely la había convencido de que todo lo que necesitaba era un cuidadoso pliegue de la piel y un ligero realzado, más un remodelado menor utilizando las células grasas extraídas de la cara interna de sus muslos. «Adelante, míralos —pensó ella—. Para eso están. Para eso es mi cuerpo de la manera que es, de la manera que yo lo he hecho. Para que tú *desees* mirarlo,

para que *todos* quieran verlo, verme a mí extendida a lo largo y a lo ancho de los veinte metros de la pantalla reflectante de una sala de cine. Para poseerme en la intimidad de sus televisores y sus aparatos de vídeo». Pensó en el papel. Todo aquello lo había hecho por el papel y por los beneficios que había de reportarle.

La mirada de él se paseó por el resto de su anatomía y finalmente —siempre caballeroso— volvió a encontrar sus ojos, aparentemente inconsciente de que su color verde se debía a la presencia de lentes de contacto, y de los ligerísimos pliegues que ocultaban las tenues cicatrices del mínimo retoque efectuado a sus párpados. Este año se llevaban los ojos grandes, le había asegurado el doctor Morely.

—Nosotros la encontramos apasionante —continuó diciendo Edward, y Samantha había hablado con él lo bastante, en el curso de la velada, para darse cuenta de que cuando decía «nosotros» se estaba refiriendo únicamente a sí mismo—. La ciudad. El ardor…, la excitación que hay en ella.

Edward se llevó la frágil copa Steuben de champaña a los labios y bebió con tanta delicadeza como si besara.

Samantha hizo lo mismo, sosteniendo la mirada de él, y advirtiendo, mientras las burbujas de Dom chispeaban leves en su lengua, que esta noche los demás invitados no acababan de llegar. Esa súbita conciencia no la inquietó, ni siquiera la sorprendió. Esto era Hollywood, y las normas de conducta eran tan simples y brutales como en cualquier otra selva. En lo que concernía a Samantha Grant, si ése era el plan que se había trazado su anfitrión para la noche, estaba dispuesta a secundarlo sin pestañear. Y con esa decisión, sabía que ascendía un nuevo escalón hacia la consecución de lo que pretendía. Lo que necesitaba. Aquello para lo que vivía.

Edward dejó su copa de champaña sobre un pequeño cubo de mármol negro junto a la ventana, y miró la hora en su reloj. A pesar de encontrarse a metro y medio de distancia, Samantha pudo observar en la esfera del reloj el brillante perfil de Mickey Mouse, labrado en oro y platino. Sólo existían diez relojes como aquél, y a Edward Styles le había regalado el suyo Michael Eisner en persona, el día en que *Stardreamers* llegó a la recaudación de 100 millones de dólares, menos de dos semanas después del estreno. De contarse un reloj por cada cien millones recaudados, Edward Styles tendría tres únicamente por esa película; fue el primer filme que superó las ganancias de *Solo en casa* en el mercado doméstico, a pesar de tres años de descenso continuado de público y de la precaria situación económica de la industria del cine. Pero, al revés que la mayoría de los restantes productores, sorprendentemente Edward había evitado la auto-publicidad, eludido a los medios y esperado en silencio, en su retiro de las colinas de Hollywood, que la atención exterior se desplazara hacia las

películas para la siguiente temporada y se olvidara de él.

Hasta ahora, hasta la llegada de lo inevitable.

Stardreamers II.

Edward sonrió a Samantha como disculpándose por haber hecho un gesto tan trivial como el de consultar el reloj.

—Nos parece que ya es hora —dijo, e indicó con un elegante ademán el interior de la casa.

Samantha representó el papel que se esperaba de ella.

—¿No va a reunirse Steven con nosotros?

Su entonación fue perfecta. Parecía sinceramente convencida de que Spielberg podía presentarse en cualquier momento.

Edward respondió con idéntica sinceridad, poniendo cara de benévola desilusión.

—Por desgracia, lo han retenido, y nos ha pedido que continuemos sin él —y añadió con un guiño conspirador—: Al parecer, se propone filmar de nuevo el episodio final de *Encuentros en la cuarta fase*. De principio a fin. Samantha colocó su copa al lado de la de Edward, mientras tiraba reflexivamente del bajo de su vestido, descolocado por aquel simple movimiento.

—¿No decían que el rodaje no se iniciaría hasta el mes que viene?

—Exacto —aseveró Edward—. Steven, siempre tan perfeccionista. Pero la verdad es que luego todos esos desvelos rinden sus frutos.

La carcajada de Edward fue totalmente inesperada, y Samantha se sorprendió al advertir cómo se transformaba la expresión de su anfitrión, hasta recuperar una especie de aura juvenil que ella daba por extinguida desde mucho tiempo atrás. Y no porque Edward hubiera abandonado la juventud sin lucha. Su propia experiencia del arte y la ciencia de reesculpir el rostro y el cuerpo le mostraba huellas significativas de aquella batalla.

Para un ojo poco avezado, Edward Styles era un cincuentón sano y bien conservado, vestido de manera informal pero a la moda con una camisa amplia de seda color marfil abotonada hasta el cuello, y pantalones de hilo cuyos elegantes pliegues revelaban su pertenencia a los *prét-á-porter* de Fred Segal, de mil doscientos dólares la pieza. El cabello de un blanco brillante y con un corte tradicional parecido al de Steve Martin, no lo envejecía, sino que hacía más llamativo su aspecto. Las comisuras de los ojos estaban adornadas con esos pliegues que los cuarentones se empeñan en asegurar que son las líneas de la sonrisa, y no arrugas. Pero a pesar de todos aquellos signos de edad y de experiencia, los párpados seguían lisos y la frente tersa, lo que inducía a Samantha a suponer que debajo de su cabello trasplantado

debía encontrarse alguna fina cicatriz blanca reveladora de al menos un *lifting* facial.

También la carne distribuida en torno de la mandíbula de Edward se mantenía firme; sin duda se había retirado de ahí medio centímetro de piel para rebajar el cuello y definir el perfil del hueso. O tal vez los planos rectos y bien esculpidos de los maxilares eran el resultado de implantaciones que habían permitido devolver la firmeza de la juventud a una carne debilitada por décadas de lucha contra la gravedad. El doctor Morely había sugerido un procedimiento similar para remodelar el rostro de Samantha, pero finalmente ambos habían decidido que los maxilares de ella no necesitaban de tales medidas extremas por el momento, y sí tan sólo la extracción de las dos muelas del juicio situadas más atrás, con el fin de hundir levemente las mejillas y acentuar así su esbeltez juvenil.

A Samantha le impresionaba lo que veía en Edward. He aquí un hombre que se preocupaba de su propia apariencia tanto como de la de ella. Se preguntó quién sería su doctor, pero la pregunta debería esperar un poco. A algunas personas les incomodaba el tema. Samantha misma sabía que se sentiría incómoda si se viera obligada a discutir los distintos tratamientos a que se había sometido con alguien a quien no conociera íntimamente. Aunque, a juzgar por la forma en que se iban desarrollando los acontecimientos de la velada, sospechó que no tardaría mucho en desaparecer esa incomodidad con respecto a su anfitrión. Una vez que le hubieran adjudicado el papel, por supuesto.

Edward tomó lo que parecía ser un mando negro de control remoto para un sistema estéreo o un televisor, y apretó sin mirar uno de la docena de botones que había en él. Samantha oyó un susurro apagado procedente de un mecanismo eléctrico, y giró la cabeza a tiempo de ver cómo todo un panel curvo de la pared, en madera sueca barnizada, se deslizaba con suavidad a un lado, dejando a la vista un pequeño comedor íntimo en un lado de la sala circular. Edward dirigió a aquel punto su mando remoto y una docena de pequeñas luces halógenas iluminaron el rincón.

Samantha siguió a su anfitrión a la alcoba elevada, en la que una mesita circular de granito y dos sillas de madera profusamente tallada, estaban dispuestas de tal modo que los comensales podían seguir disfrutando de la vista de los amplios ventanales. Por la medida y la forma del resto de la habitación circular, Samantha calculó que podía haber hasta cinco alcobas más ocultas detrás de los curvos paneles de maderas nobles. Cínicamente, se preguntó en cuál de ellas estaría la cama.

En el pequeño comedor, sobre la superficie oscura de la mesa se habían dispuesto pétalos de flor de un color amarillo pálido y una serie de fuentes de porcelana de forma irregular con ribetes dorados, repletas de ensaladas artísticamente dispuestas.

Junto a ellas había un completo surtido de cubiertos de bronce, labrados en formas que debían más a Giger que a las nociones de la utilidad práctica. Y alzándose sobre la mesa como flores de cristal, brillaban copas y vasos Steuben aún más delicados centelleantes a la luz mágica de los focos del escenario en que se había convertido la alcoba.

«Probablemente contrató a un decorador de los estudios para este trabajo», pensó Samantha. Se preguntaba cuánto tiempo habría de esperar ella para permitirse tales fantasías. Julia Roberts lo había conseguido con sólo tres películas. Samantha quería establecer un nuevo récord.

Edward retiró la silla de Samantha para que se sentara, y luego la arrimó a la mesa con tanta facilidad que su fuerza la sorprendió. Por un momento, sintió cierta preocupación al pensar que tal vez la velada no se desarrollara exactamente de la forma que ella había previsto. La fuerza quedaba al margen de las normas habituales de conducta, pero de vez en cuando ocurría. Samantha lamentaría verse obligada a responder a un ataque de aquel género, pero era muy capaz de hacerlo. Mantuvo las manos debajo de la mesa y comprobó la disposición de los eslabones de plata de su brazalete, y el anillo. A diferencia del vestido, las joyas que llevaba eran de su propiedad, de un diseño centenario, algo pesado, procedente de Europa, que se había puesto otra vez casi de moda; las finas incrustaciones de plata ocultaban resortes que al apretarse liberaban hojas cortantes de acero, muy útiles para la autodefensa. Samantha no se había visto aún obligada a emplear las joyas para el propósito para el que habían sido diseñadas, pero siempre hay una primera vez. Volvió a colocar las manos sobre la mesa y esperó a ver la dirección que tomaban las negociaciones.

Edward se sentó ágilmente en la silla dispuesta frente a la de ella. A su derecha, una esfera de cobre batido contenía una segunda botella de champaña. El globo metálico, de casi medio metro de diámetro en su ecuador, presentaba una superficie rugosa, con una abertura en ángulo en su hemisferio norte, y reposaba sobre un grueso cilindro de cristal como un huevo pasado por agua en su soporte. Samantha lo había visto anunciado en *Connoisseur*. Valía más que el BMW convertible que ella había alquilado para la velada, forzando el crédito de su tarjeta para no tener que aparcar su Civic de seis años de antigüedad en el multimillonario jardín de Edward.

Pero Samantha se mantuvo impasible y no prestó ninguna atención especial a la esfera, como si diariamente se viera expuesta a tanta opulencia. No debía parecer hambrienta por nada de lo que Edward le ofreciera. No era así cómo se desarrollaban las negociaciones para conseguir papeles en esta ciudad; pero era el comportamiento que ella estaba decidida a mantener hasta el final.

Edward extrajo del hielo la botella de champaña, envolvió en un paño de hilo el tapón y tiró ligeramente de él hacia uno y otro lado, hasta que se produjo un pequeño estampido. Cuando retiró el paño, la boca abierta de la botella exhaló una pálida cascada de espuma.

—Perfecto —dijo Samantha, y hubo un guiño apreciativo en los ojos de Edward mientras se inclinaba sobre la mesa para verter el líquido de color pajizo en la copa de ella. El champaña espumeó en la estrecha copa, pero no con la fuerza del de la botella que había abierto antes, junto a la ventana. Samantha decidió dejar que fuera su anfitrión quien decidiera si el vino estaba o no pasado. Levantó su copa por el delicado tallo, y esperó a que Edward diera el primer sorbo de prueba.

—Por Hollywood —dijo Edward—. Donde todas las cosas son posibles, y la belleza se encuentra en todas partes. —Bebió su champaña mientras otra sonrisa iluminaba su rostro—. Y siempre a precios razonables —añadió con aire divertido.

«Ah, bueno —pensó Samantha—, el dinero no implica necesariamente buen gusto…, ni respecto al champaña, ni respecto al talento».

—Por Hollywood —dijo en voz alta; respondió con una sonrisa deslumbrante a la de su anfitrión, y dio un sorbo al vino de su copa. A diferencia de la primera botella, este champaña era tan sólo pasable.

—Decimos en serio que la belleza se encuentra en todas partes —dijo Edward a la mesa, al tiempo que colocaba de nuevo, cuidadosamente, su copa y tomaba el menor de los tres tenedores de formas caprichosas. Alzó la vista de súbito—. Eres una mujer muy hermosa, Samantha.

Durante unos segundos desconcertantes, Samantha perdió el hilo de la conversación, como si Edward se hubiera saltado una página del guión al que supuestamente habían de ajustarse. Aquella frase correspondía a una escena distinta, después de cenar, con el coñac, y después de haberse aludido al papel, siquiera fuera de pasada. Tomó otro pequeño sorbo de champaña, para darse a sí misma tiempo para recuperarse.

—Bueno, muchas gracias, Edward.

«Completamente vulgar», pensó inquieta. Pero él había lanzado aquel cumplido tan inesperadamente que ella no había encontrado forma de encajarlo. Intentó pensar lo que le habría sugerido su actual profesor o la réplica adecuada en caso de que en un ensayo su acompañante en escena se saliera de forma tan súbita del guión. «Trabájalo, trabájalo».

—Oh, querida, no es a *nosotros* a quien has de agradecerlo. —Los ojos de Edward se estrecharon por un instante y dejaron de reflejar el brillo centelleante del

cristal y el lustre de la porcelana negra, de modo que bajo sus cejas se extendió una sombra tan negra como la de las siluetas del otro lado del ventanal. Samantha sintió que él habría querido decir algo más, pero se contenía. Luego el ceño desapareció, y sus ojos, súbitamente visibles de nuevo, se llenaron una vez más de brillo, como las velas de la sala de estar situada a sus espaldas, o como las luces de la ciudad que parpadeaban en la noche.

Antes de que Samantha pudiera replicar, o siquiera pensar una réplica, Edward habló de nuevo.

—Cuéntame algo de ti misma.

Para *esa* frase, Samantha estaba bien preparada. Pinchó con su tenedor una tira de pimiento asado.

—Soy una actriz.

Edward esperó más explicaciones, pero éstas no llegaron.

—Querida, todos somos actores.

—¿También tú? —preguntó Samantha, al tiempo que aplastaba un pedacito de queso de cabra con su tenedor.

Edward se recostó en su silla y alargó de nuevo el brazo hacia la botella de champaña.

—Ser productor de películas significa ser muchas cosas al mismo tiempo para muchas personas. De modo que sí, nosotros hemos sido, y quizá todavía somos un actor.

—En ese caso sabes todo lo que hay que saber sobre mí —dijo Samantha. El pasado era pasado, y no tenía ganas de discutirlo. Tal vez, en el momento en que fuera absolutamente necesario, podría producir algo adecuado para *People* y para *Premiere*. Pero de momento, lo único que importaba era su talento, sus dotes y su aspecto físico. Quería triunfar en esta ciudad por sí misma, no por su cuidadosamente oculta conexión con la industria.

Samantha sintió cómo la estudiaba Edward mientras ella se concentraba en su ensalada. Se preguntó quién la habría preparado. Se preguntó si habría alguien más en la casa en aquel momento, o si Edward había arreglado las cosas para disponer de una intimidad total Que hubiera despachado al servicio no era una buena señal Samantha se tranquilizo al sentir el peso de su brazalete.

—Tal vez nosotros —dijo finalmente Edward.

Samantha levantó la vista del plato Los ojos de Edward estaban clavados con fijeza en los suyos.

—Sepamos, en efecto, todo lo que necesitamos saber sobre ti —concluyó—. Una

mujer sin pasado, sin conexiones ¡Qué encantadoramente enigmática! —extrajo una vez más la botella de champaña de su esfera de cobre—. ¡Qué hollywoodiense!

Samantha percibió algo más que un matiz de crítica en la voz de Edward, cuando pronunció la última palabra Decidió que era preciso intentar explicar su posición, aunque sólo fuera para aligerar la tensión.

—¿Tiene realmente alguna importancia cómo pasé mis vacaciones de verano cuando tenía quince años? —pregunto, m tentando adoptar un aire desenvuelto Sostuvo su copa por el tallo mientras Edward volvía a llenarla «Sólo un sorbo más— se advirtió a sí misma, —y basta Por lo menos hasta haber concluido las negociaciones».

—¿Importancia en qué sentido, querida? —Edward acabo de llenar la copa de Samantha y volvió a colocar la botella en el hielo, sin servirse a sí mismo.

«También él cuida de no beber en exceso —observó Samantha—. Sabe muy bien que estamos en una reunión de negocios».

—Importancia para lo que estamos discutiendo —respondió Samantha.

Edward colocó las manos sobre la mesa, a uno y otro lado de su plato.

—¿Y qué es lo que discutimos?

Samantha sintió que de nuevo le habían cambiado el guión, que el gerente comercial de Edward se había hecho una idea equivocada de la razón de su presencia en esta cena, que se esperaba de ella que fuera simplemente una *starlet* más *du jour*, buena para una sesión de aerobic sexual en casa de un productor a cambio de un papel sin letra y *topless* para una producción destinada directamente al mercado del vídeo Decidió marchar se de inmediato, y entonces vio el casi imperceptible guiño en la cara de Edward. —Perdóname— dijo él con voz cálida. —Estabas a punto de marcharte, ¿no es eso?

Samantha lo pensó por un instante, y decidió no contestar La sonrisa de Edward se hizo más amplia

—*Ahora* sabemos todo lo que necesitamos saber sobre ti Es tan raro encontrar principios en esta ciudad ¡Y tan refrescante! —Tomó su copa e hizo el gesto de brindar con ella—. Estamos aquí para discutir sobre *Stardreamers II*.

Samantha tomó un sorbito de champaña para suprimir la súbita sequedad de su garganta.

—Así pues, empecemos ¿Qué sabes sobre el tema? —preguntó Edward, y volvió a dedicarse a su ensalada.

—Sé que consideras que ha llegado el momento de continuar la historia de los

Stardreamers —dijo Samantha.

Edward hizo una seña de asentimiento.

—Y que cuentas con un guión que le gusta a Spielberg.

Otro movimiento afirmativo de cabeza.

—Y que haber hecho que Jacqueline Ocho muriera al final de la primera película fue un terrible error, y sería preciso encontrar un nuevo amor para Austin Tres en la continuación.

Edward agitó una mano en un educado movimiento de protesta.

—La muerte de Jacqueline no fue un error No teníamos otra opción Demi Moore no quiso saber nada de una continuación Esa posibilidad nunca figuró en su contrato.

—¿De verdad? —preguntó Samantha, realmente sorprendida—. Pero las continuaciones son dinero seguro A la gente le encantan las segundas partes.

Edward parecía tener sus dudas al respecto.

—¿Incluso a pesar del hecho de que las segundas partes nunca funcionan tan bien como la primera película de la serie?

Hablaba como si la invitara a discutir Samantha se inclinó hacia adelante.

—¿Qué me dices de *El padrino*?

Edward sacudió la cabeza.

—¿Y *Los cazafantasmas*?

—*Aliens* —dijo Samantha

—*Regreso al futuro II* —contraatacó Edward Samantha agitó con fuerza su tenedor en el aire.

—Ése fue un simple error de *marketing* Tenían un problema clásico de segundo acto, sin desenlace, como *El imperio contraataca* —pudo advertir la excitación de su propia voz; le gustaba la industria del cine, deseaba entrar en ella, necesitaba aquel papel—. Pero al menos la gente sabía que con el *Imperio* tendrían que esperar algunos años más la aparición del *Jedi*. Como *Regreso al futuro III* iba a aparecer a los pocos meses, la audiencia del *II* no se lo tomó en serio. Ellos…

Samantha notó que algo se le atravesaba en la garganta, y hubo de detenerse para toser. Se tapó la boca, pero no era ninguna porción de comida que se le hubiera atragantado. Volvió a toser. Edward le tendió su copa de champaña, y ella dejó el tenedor sobre la mesa para tomarla. Sorprendentemente, el líquido apenas tenía burbujas, pero calmó la irritación. Por desgracia, ella había perdido el hilo de su argumentación.

—Lo siento —dijo en tono de disculpa—. He olvidado lo que iba a decir.

Sintió que sus mejillas enrojecían. Era una actriz, ¿cómo podía olvidar su papel?

—No tiene importancia —contestó Edward, y le tendió de nuevo la copa—. Me decías que algunas segundas partes funcionan mejor incluso que los origínales.

—¿No lo crees así tú también? —preguntó Samantha.

—¡Ah, querida, somos la prueba viviente de ello! —Edward rió, y Samantha le coreó, insegura.

—¿Has producido otras segundas partes? —preguntó. Había averiguado todo lo que pudo sobre su anfitrión en el servicio de información computerizada Baseline. Hasta *Stardreamers*, el currículo de Edward Styles como productor había sido tan anodino y falto de relieve como el de ella misma como actriz. «Pero dijo que también había sido actor— se recordó a sí misma. —Tal vez a eso se refería al hablar de las segundas partes. O tal vez dirigió alguna segunda parte en los comienzos de su carrera».

—¿Otras segundas partes? —repitió Edward—. No en Hollywood —y levantó un dedo para anticiparse a la siguiente pregunta—. Desde luego, no después de que tú nacieras, querida.

Volvió a enfrascarse en su plato, con el tenedor y el cuchillo en la mano.

—Nuestro pasado tiene muy poco que ver con nuestro presente, y menos aún con nuestro futuro. Y lo mismo te ocurre a ti, querida. Somos lo que somos, ¿no es así? Vivimos nada más que para el instante presente. ¿Y qué mejor lugar para ello que este lugar…, esta ciudad sin memoria del pasado, sin previsiones para el futuro, sumergida en un eterno presente en el que la apariencia lo es todo?

—Entiendo lo que quieres decir —contestó Samantha. Al menos, esperaba entenderlo. El último sorbo de champaña la había dejado en un estado peligrosamente próximo al límite en el que la habitación podía empezar a girar sin control a su alrededor.

—Por supuesto que lo entiendes, querida. Eres todo lo que esta ciudad adora: hermosa, decidida, sin pasado, y… —extendió el brazo a través de la mesa para tomar la mano de ella entre las suyas—… preparada para hacer lo que sea preciso con el fin de conseguir lo que quieres.

Sus dedos jugueteaban con el pesado anillo de plata.

—¿Qué quieres decir? —Samantha intentó zafarse, pero la mano de Edward resultaba cálida y extrañamente tranquilizadora sobre la suya propia.

—Tu anillo, querida Samantha. Y tu brazalete. Los reconozco. Un diseño de Fontaine, París, hacia 1880. Monsieur de Fontaine fabricaba bastones provistos de dagas, para los caballeros. Y para las señoras, broches y joyas con resortes ocultos para… autodefensa. El Bijan de su época, sin duda.

La mano de Samantha no se movía de debajo de la de Edward. «Es muy fuerte», recordó. Pero no podía sentir la menor presión, la menor sensación de que estaba siendo retenida en contra de su voluntad. Sólo calor.

—Estabas dispuesta a marcharte cuando se te ocurrió que podíamos intentar… ¿cuál es la frase cinematográfica adecuada?… tener acceso a ti. Y del mismo modo estabas preparada para utilizar el anillo y el brazalete contra nosotros si no conseguías lo que deseabas. ¿No es verdad?

Samantha vio cómo Edward le quitaba rápidamente sus joyas con la misma indiferencia que si estuviera viendo un noticiario. Estaba en pantalla, pero nada de lo que hiciera podía hacer variar el resultado de la toma.

—Yo no debía… —dijo con lentitud. El calor de su mano se extendía ahora a otras regiones de su cuerpo—. Sólo quería el papel.

Edward se puso en pie, y guardó las joyas en el bolsillo de sus pantalones.

—Bueno, en eso al menos somos diferentes —rodeó la mesa y se detuvo junto a ella—. Tú querías un paptl, y yo los quiero todos.

Samantha se sintió arrastrada fuera de la mesa y de la alcoba-comedor hasta la sala de estar circular. Más allá de los ventanales, las luces danzaban y se mezclaban en un laberinto, como si las antorchas se combinaran para formar una conflagración infernal, que se extendía al calor que recorría su propio cuerpo, una aterradora magnificación del cálido bienestar que tanto nos reconforta cuando tomamos un solo sorbo de…

—Champaña —dijo Samantha. Sentía la boca espesa, torpe y como despegada, como si el doctor Morely hubiera sobreinyectado sus labios, dejándolos irremediablemente hinchados y sin utilidad posible.

Edward salió de la alcoba-comedor y se detuvo delante de ella con el mando del control remoto en la mano.

—Nunca bebas champaña con la ensalada —dijo—. El aliño hace imposible apreciar realmente los delicados matices del vino, o identificar la presencia del metoprominol.

Edward le dirigió una amplia sonrisa de triunfo al tiempo que sostenía el mando del control remoto a la altura del hombro y apretaba un botón. Tras él, una nube de tela rugosa descendió sobre las ventanas panorámicas como baja el telón en un teatro después de la escena final.

—¿Qué estás haciendo? —Samantha hubo de esforzarse en pronunciar las palabras. A pesar de la desorientación que dominaba su mente, todavía seguía sentada en la silla, sin caerse de lado, como si lentamente estuviera perdiendo el control de

todo su cuerpo.

—Cómo, pensábamos que lo sabías —respondió Edward con amabilidad. Dirigió su control remoto a una serie de puntos situados a lo largo de la pared curva opuesta a la de las ventanas ahora tapadas. Samantha oyó el zumbido apagado de más motores eléctricos, y los paneles de madera se deslizaron a un lado.

—Me estoy preparando para mi próxima producción.

Samantha volvió con dificultad la cabeza y vio que los paneles, al descorrerse, dejaban al descubierto nuevas alcobas en sombra. Eran cinco, tal y como había sospechado. Tuvo terribles visiones de cámaras ocultas en ellas, para que Edward la filmara cometiendo actos innombrables con su cuerpo drogado. «Y si pone en circulación los fotogramas —pensó en un delirio creciente—, mi carrera quedará arruinada». Entonces Edward apretó el botón que encendía las luces de la primera alcoba, y Samantha vio cosas peores todavía de lo que *había* imaginado. Peores incluso de las que podría imaginar David Cronenberg.

En la alcoba había un cuerpo: el de un hombre de edad más que mediana, vestido con un traje azul eléctrico con solapas anchas y pantalones de pata de elefante. La corbata era una mezcla chillona de dibujos florales anaranjados y verde lima. La cara estaba hundida, como una calabaza hueca y tallada que al pudrirse hubiera caído sobre sí misma. Estaba obviamente muerto, sujeto a un panel de madera colocado en ángulo, como el trofeo de un cazador loco.

—Quién…, quién… —fue todo lo que consiguió decir Samantha.

—Éste es Bernie —se apresuró a contestar Edward, adivinando la pregunta. Miró a Samantha con aire preocupado—. No creemos que le conozcas. ¡Tan poca gente lo hizo! Productor de televisión. Intervino en un montón de coproducciones a finales de los años sesenta, pero en nada grande. Nada… notable —caminó hacia el cuerpo—. Y después de sus buenos veinte años sin hacer nada significativo, Bernie se fue de la ciudad en el mismo mes en que nosotros… llegamos. —Edward levantó los brazos y se encogió cómicamente de hombros—. *Quelle coincidence, n'est-ce pas*?

Samantha intentó sacudir la cabeza, pero aquel acto estaba ya fuera de sus posibilidades. Todo lo que pudo hacer fue murmurar:

—No entiendo.

Edward hizo un mohín con los labios, y luego encendió las luces de la alcoba siguiente.

Samantha gimió. Había allí otro cuerpo sujeto a otro panel en ángulo. También varón, y también muerto.

—Y éste es Harold —dijo Edward al tiempo que caminaba hacia la segunda

alcoba.

Hablaba con tanta claridad y tranquilidad como si fuera la voz en *off* de un documental especial del National Geographic.

—Trabajaba en la televisión, como Bernie. De hecho, fue allí donde se conocieron.

Harold tenía un pelo corto y crespo sobre la cabeza hundida, y llevaba un traje gris con una corbata negra estrecha. La camisa blanca que llevaba debajo estaba manchada de algo oscuro y viscoso que había goteado desde la nuca.

—Harold empezó en la radio —continuó diciendo Edward—. En Nueva York. Allí es donde se concentró toda la actividad después de la guerra. Y de la radio pasó a la televisión. Hay montones de personas que irrumpen en el negocio de la televisión; nadie puede seguirles la pista a todos. Es fácil hacer mucho dinero y pasar prácticamente inadvertido al mismo tiempo. —Edward dedicó una mirada triste a Samantha—. Por esa razón podían ser más viejos, ¿sabes? En aquellos tiempos era más fácil ser un desconocido. No era como ahora. Si quieres encontrar a alguien que no destaque hoy, necesariamente ha de tratarse de una persona joven. *Y* con principios. Alguien como tú, para ser precisos.

Samantha gimió de nuevo, y Edward frunció el entrecejo.

—No deberías de haber perdido el control del sistema nervioso voluntario —dijo —. ¿Puedes hablar?

—¿Los… mataste? —consiguió preguntar Samantha con un esfuerzo de concentración.

—Más o menos, eventualmente —asintió Edward en tono de disculpa.

«Está loco», pensó Samantha, y un súbito relámpago de pánico le dio una inesperada lucidez.

—¿Vas a… matarme… también a mí?

Edward elevó al techo una mirada pensativa.

—Sí y no —dijo por fin, y luego volvió a mirarla a los ojos—. Algunas personas lo considerarían tema para un debate filosófico.

«Completamente loco». Samantha intentó ponerse de pie con un esfuerzo supremo, pero todo lo que consiguió fue oscilar un par de centímetros hacia adelante, y luego atrás hasta quedar en la misma posición.

Edward miró su reloj y el perfil orejudo de Mickey brilló un instante, dejando al desaparecer una sombra oscura en la retina de Samantha.

—Tú *eres* una luchadora, ¿no es así? —le dijo él—. Aguarda unos minutos, entonces.

Enfocó el control remoto y la tercera alcoba se encendió. Samantha gimió de nuevo y sintió que se revolvían en su interior los escasos bocados de ensalada que había comido.

El tercer cuerpo expuesto llevaba un polvoriento traje de gruesa tela marrón. Los pantalones estaban sujetos por un cinturón a la altura del esternón, y la corbata en forma de rombo apenas llegaba del cuello a la hebilla del cinturón. Samantha procuró concentrarse en la hebilla. O en el cuello. En cualquier parte, excepto en la cabeza, o el lugar en el que debiera de haber estado la cabeza.

Lo que quedaba sobre los hombros del tercer cuerpo era algo agrietado y excavado, como si la cabeza del hombre muerto hubiera sido cortada y vaciada igual que la esfera de cobre batido que había contenido la botella de champaña drogado.

—Sabemos lo que sientes —comentó Edward en tono consolador—. Muy fuerte. Todavía había algunos problemas técnicos por resolver. Cuadernos de notas quemados que hubieron de reconstruirse —se alejó del cuerpo destrozado—. Se llamaba Ollie. Llegó del Viejo Mundo…, años atrás. Hizo mucha radio en directo, aunque su nombre, por desgracia, no aparece en ninguna parte en nuestros días. Es la naturaleza de la industria, me temo. Todo muy efímero. Por más que eso no es necesariamente malo para las personas… en nuestra posición.

Edward volvió la espalda al cuerpo de Ollie y se acercó de nuevo a Samantha. Ella podía sentirse a sí misma cubierta por un sudor frío, pero no estaba segura de si se trataba de una reacción debida al miedo que sentía, o bien de la sustancia que él le había hecho beber. Vio cómo Edward se inclinaba para mirarla más de cerca. No comprendía la preocupación que reflejaban los ojos de él. Luego se colocó a sus espaldas, y ella no consiguió girarse para ver adonde iba o qué era lo que hacía.

—Entonces corrían tiempos mucho más sencillos —dijo detrás de ella—. Todo era nuevo. No se conocía nada en absoluto.

Algo rozó la frente de Samantha y ella se echó atrás todo un centímetro por lo menos, llena de horror. Su visión se oscureció por un instante. Dio un grito gutural, inconexo. Entonces se dio cuenta de que Edward se había limitado a secar el sudor de su frente con una servilleta de la mesa.

—Sólo intentaba que estuvieras más cómoda, querida.

Siguió enjugando el sudor y Samantha tuvo la impresión terriblemente incoherente de que él intentaba no estropear su maquillaje.

—Ya ves, querida Samantha, entonces, en los inicios, en los años veinte o treinta, y también después de la guerra y en casi todo el tiempo transcurrido desde entonces, era muy fácil esconderse, ser un desconocido… «¿Ha estado matando gente durante

todo ese tiempo? —pensó Samantha—. Pero no puede haber sido él. No es lo bastante viejo. O bien tiene un cirujano plástico de primera…».

—Pero mucho nos tememos que ya no es así. —Edward dio un paso atrás para estudiar la cara de Samantha, como si acabara de pintarla—. Uno intenta hacer su trabajo, moviéndose entre bastidores, y no se imagina que un buen día producirá una cosilla que se convertirá en el filme más taquillera de toda la historia del cine. —La voz de Edward descendió hasta convertirse en un susurro, como si confesara un secreto vergonzoso—. *Stardreamers* iba tan lejos como pueden ir las películas de esa clase, pero sinceramente, no era *tan* buena.

Samantha tan sólo pudo parpadear, llena de confusión.

—Pero claro —continuó Edward, después de una nueva consulta a su reloj—, ¿quién puede decir lo que desea ver el público cinematográfico? —Se golpeó el pecho con una mano—. ¿Supones que tal vez hemos encontrado nuestra vocación?

Samantha trató de hacer pasar algunas palabras por su garganta seca entre estremecimientos y boqueadas. En su interior sabía que la negociación había terminado, y que estaba acabada en esta ciudad. Ni siquiera podía invocar el nombre de su tío, el director de televisión, como ayuda, aunque se había jurado no utilizarlo jamás y tratar de hacer carrera por sí misma, sin la sospecha de que le daban trabajo por ser su tío quien era Pero todos sus planes y sus sueños estaban arruinados. El guión previsto había quedado olvidado, y ella no podía improvisar ninguna réplica salvadora. Sólo pudo preguntar la más básica de las preguntas en ese momento. ¿Por qué él? ¿Por qué ella? ¿Por qué cualquier cosa?

—… por qué… tú aquí… —las palabras ardían como fuego al pasar por su garganta.

Edward sonrió con tristeza.

—¿Querida, qué mejor lugar podría existir para nosotros? —apretó el botón que encendió la cuarta alcoba, y se apartó a un lado. Y aunque Samantha pudiera haberse movido, sería difícil que lo hiciera, tan grande fue el choque que experimentó al ver el cuarto cuerpo.

Era improbablemente alto, de piel grisácea y vestido de negro, con una cara larga y ceñuda coronada por una frente muy amplia surcada por las cicatrices características de la cirugía del siglo pasado. No llevaba corbata, ni tampoco cuello de camisa. Sólo se percibía el brillo apagado de dos bornes metálicos implantados a cada lado de su cuello.

También el cráneo del cuarto cuerpo estaba vacío.

—Ya ves, querida —explicó Edward—, somos de alguna manera una

continuación de nosotros mismos.

El salvaje grito de terror insoportable que se alzó del pecho de Samantha pudo plasmarse tan sólo en la forma de un leve jadeo agónico. «No *mató* a esas personas…».

—Nunca conseguimos recordar cuál era nuestro nombre —musitó Edward, perdido en sus pensamientos—. De modo que a éste le llamaremos sencillamente… Frank.

«… sino *que fue* todas esas personas. Y ahora…, y ahora…».

Edward se aproximó a Samantha, y sin el menor esfuerzo la levantó de su silla.

—Ahora ya hemos esperado bastante. Disney insiste mucho en empezar la preproducción de *Stardreamers II*, de modo que ha llegado el momento de que Edward Styles haga mutis.

La llevó en brazos, pasando por delante de todos los cuerpos con sus cabezas vacías…, soportes de la única parte que había vivido en todos ellos, para luego pasar al siguiente, y al otro, y…

Edward se detuvo junto a la quinta alcoba. Samantha lo sintió maniobrar el mando del control remoto al tiempo que la sostenía en sus brazos. Se encendieron las luces. Brillante, cegador contra las inmaculadas superficies de los azulejos blancos, llegó hasta ella el brillo de los cromados, mezclado con el olor de un antiséptico. Los instrumentos quirúrgicos relucían, dispuestos con precisión de profesional. Samantha se preguntó quién podría ayudarla, *si* es que podía ayudarla alguien.

Había dos camas en la alcoba, y Edward la colocó en la que tenía unas gruesas abrazaderas metálicas. Cuando hubo acabado de atarla en aquel lugar, dejó que sus manos acariciaran el perfil de su escote, casi con respeto.

—Nos hemos preguntado a menudo qué sensación producirían estos… desde dentro —dijo, con una ligera sonrisa.

El grito de Samantha no fue sino un susurro. Un susurro moribundo que quería expresar una última pregunta.

Edward se inclinó hacia su invitada con una mirada de genuina curiosidad.

—Discúlpanos, querida. ¿Qué es lo que has preguntado?

Samantha miró fijamente a Edward, y vio su rostro con todo detalle. Ahora pudo advertir la tenue cicatriz blanca en el lugar que había supuesto, oculta por el pelo. Pero ahora sabía también que no era el recuerdo de una operación de *lifting* facial.

Abrió la boca para pronunciar de nuevo la pregunta, y sólo entonces advirtió un movimiento a su lado. «¡No estamos solos! —pensó—. ¡Hay alguien más aquí! Alguien más, que puede…».

—¿Me preguntabas por qué tú? —dijo Edward—. ¿Es eso? ¿Por qué razón te elegimos a ti?

La súbita excitación que le había dado la esperanza permitió a Samantha mover la cabeza una fracción de centímetro. Era exactamente eso lo que había preguntado. Pero ahora ya no importaba. Ahora todo lo que quería saber era qué otra persona estaba con ellos. Quienquiera que fuese, podría ayudarla.

—Bueno, ya sabes cómo es esta ciudad —dijo Edward con una carcajada divertida —. A pesar de todo el *glamour* y de todas las historias que se cuentan, Hollywood en realidad no es más que un pueblo pequeño.

Samantha sintió que Edward le palmeaba el hombro al erguirse delante de ella. Luego una segunda figura se aproximó, y justo en el instante antes de que sus manos enfundadas en guantes de goma se colocaran la mascarilla quirúrgica y el brillante bisturí empezara a descender, Samantha se dio cuenta de quién se trataba.

La voz de Edward le llegó muy lejos:

—Tenemos un amigo común, querida. Alguien que conoce todo lo mejor que puede ofrecer esta ciudad en materia de órganos…

Entonces el bisturí del doctor Morely empezó su trabajo. El dolor recordó a Samantha el fuego de un millar de antorchas, y mientras siguió con vida, estuvo exactamente en el centro de todo.

LA PEQUEÑA FRANKIE

JOYCE HARRINGTON



Me estoy forzando a mí mismo a escribir esto. No es una tarea agradable. Me obliga a pensar en todas las cosas que podía haber hecho, que debí hacer, para impedir la tragedia. Pero yo no sabía, Dios mío, no tenía ni idea de lo que proyectaba Francesca, ni de los extraños caminos que había recorrido en sus investigaciones sobre los orígenes y el proceso de creación de la vida.

La creación de la vida. Es un chiste. Y muy malo, por cierto. Fuera lo que fuera lo que creó ella, no era vida. Y provocó la destrucción del ser humano en particular al que tanto ella como yo amábamos más que a nada en el mundo.

Pero estoy anticipando. Dejadme empezar por el principio.

Supongo que todo empezó con dos niñas pequeñas, íntimas amigas desde el día en que se conocieron en el jardín de infancia. Francesca, cuyos padres, el doctor Howard Stein y señora, eligieron de forma especialmente desafortunada el nombre de su única hija, tímida y retraída; y Johanna, de cabellos rubios, ojos azules y pizpireta como un capullo de rosa, que con el tiempo llegaría a ser mi esposa.

Casi desde el momento en que nos conocimos, Johanna me contó anécdotas de su brillante amiga. De cómo Francesca había sobresalido en todo durante sus años escolares, y de cómo sus éxitos siempre se habían visto empañados por las burlas crueles de los demás niños. Con su pelo oscuro y rizado hasta hacerse casi imposible de peinar, sus penetrantes ojos negros y su nombre evocador, era seguramente inevitable que todo el mundo la llamara Frankie Stein, «la Novia de Frankenstein».

Johanna era su defensora en aquellos días, además de su única amiga. Desearía

haber conocido a Johanna de niña. Casi puedo verla combatiendo injusticias ocurridas en el patio de juegos, en favor de una compañera que no podía defenderse a sí misma. Cuando yo la conocí, acababa de graduarse en la Facultad de Derecho y trabajaba para la Sociedad de Auxilio Legal, en casos de personas pobres.

En aquella época, Francesca estaba todavía estudiando medicina en otro estado, y no la conocí hasta que vino a nuestra boda, unos años más tarde. Fue doncella de honor de Johanna, y parecía rígida y falta de naturalidad con su falda de volantes. Tuve la sensación de que la boda de Johanna le parecía una traición. Apenas cruzó unas cuantas palabras conmigo, y no habló en absoluto con el resto de los invitados. Sin embargo, a Johanna no le molestó la antipática actitud de su amiga. Se limitó a decir:

—Bueno, Frankie es así. Hace años hicimos el juramento tonto e infantil de no casarnos ni tener hijos jamás. Me imagino que todavía se acuerda, y que cree que yo debería haber obedecido aquel voto. Ya lo superará.

Lo cierto es que no volví a preocuparme de sí Francesca superaba o no su disgusto. Johanna y yo iniciamos nuestra vida en común. Como muchos de nuestros conocidos, decidimos esperar para tener niños a que nuestras carreras se hubieran consolidado. Johanna se especializó en casos de abusos y malos tratos a niños, una práctica legal que no proporciona precisamente unos honorarios suculentos, pero en la que ella se sentía enormemente realizada. Yo aporté mi granito de arena a la economía familiar ejerciendo de reportero de sucesos, mientras empezaba a emborronar cuartillas con esbozos de la novela que algún día escribiría.

La ciudad donde vivíamos era lo bastante pequeña para resultar cómoda, y lo bastante grande para permitirse un auténtico periódico. No dejábamos de tener, con todo, nuestra cuota proporcional de modernas plagas urbanas. Escribí sobre asaltos, delitos relacionados con la droga, políticos corruptos y cohechos de funcionarios casi cada día, aparte de ocasionales asesinatos atroces que parecían cometidos con el único fin de demostrar que nuestra ciudad participaba en el alza estadística de crímenes violentos en el país. Johanna veía la otra cara de las estadísticas, el lado humano, los niños golpeados y maltratados y las niñas violadas, demasiado asustados o demasiado pequeños para hablar de los crímenes de que habían sido víctimas.

Pasaron los meses y los años. Los dos considerábamos que estábamos haciendo un trabajo importante. Compramos una casa, nada lujosa pero que contaba con un par de dormitorios extra que utilizábamos «temporalmente» como estudios particulares de cada uno de nosotros. Nuestros horarios de trabajo eran una locura, de modo que por lo común picábamos cualquier cosa de comer cuando y donde podíamos. Pero una o

dos veces a la semana nos las arreglábamos para cenar juntos. Yo me sentía desaforadamente orgulloso de mis almuerzos dominicales: las crepés con salsa de nueces eran mi gran especialidad.

Era una vida muy corriente. A nosotros nos gustaba, y también nos queríamos mucho el uno al otro.

Durante aquellos años, no vimos a la doctora Francesca Stein. Johanna recibió algunas breves notas de ella, por lo común para notificarle la concesión de una nueva beca para la investigación, o alguno de los muchos honores que empezaron a llover sobre ella. De tanto en tanto, yo me encontraba en el periódico con un despacho del servicio de telegramas de agencia en el que se mencionaba su nombre, pero siempre se trataba de titulares tipo «científico del futuro», y las reseñas apenas daban idea de lo que estaba haciendo; tan sólo constaba que se trataba de algo relacionado con la investigación genética.

Y luego, de súbito, un día Johanna escuchó el sonido del timbre de alarma en su reloj biológico.

—No estoy dispuesta a ser una vieja carcamal con un hijo en la universidad —fue su manera de expresarlo.

—Sólo tienes treinta y siete años —la tranquilicé—. Se es vieja a los noventa. Y nunca serás una carcamal, ni vieja, ni joven ni de edad mediana.

—Entiendes lo que te estoy diciendo, ¿no? —preguntó con su más punzante amabilidad en el estilo «eres un estúpido de remate, pero me armaré de paciencia»—. Quiero tener un hijo. Ahora.

—Ahora es imposible —le dije. Y antes de que montara en cólera, añadí—: ¿Qué te parece dentro de nueve meses?

Lo cierto es que me había estado preguntando cómo abordar el tema por mi parte. Ahora disponía de una columna fija, de tono liberal-satírico, en la que charlaba prácticamente de todo, desde abejas asesinas hasta el control de armamentos, y disponía de un poco más de tiempo para pensar en las cosas realmente importantes, como la propagación de la especie. De mi propia especie personal. Pensaba que iba a ser un padre condenadamente bueno.

¿He dicho ya que Johanna era una mujer eficiente? La eficiencia no es la virtud que más simpatías despierta en el mundo, pero con Johanna todo parecía transcurrir sin esfuerzo, y nunca nos hacía reproches a los torpones que la rodeábamos. A los nueve meses justos de aquella conversación, dio a luz un manojo gritón de energía femenil, a la que de inmediato adjudicó el nombre de Francesca.

—¿Estás segura de eso? —le pregunté—. No creo que la doctora Frankie se sienta

halagada por el detalle, ni que nos lo agradezca de ninguna manera.

—¿Se te ocurre alguna alternativa? —me preguntó ella—. ¿Qué te parece si le ponemos el nombre de tu madre? ¿O el de la mía?

—Francesca me parece perfecto —contesté. Las dos abuelas se llaman Edwina y Gertrudis, respectivamente.

La doctora Frankie no envió ningún regalo a la niña, pero nos escribió que había establecido un fondo de fideicomiso, pagadero al cumplimiento de los dieciocho años de Francesca, para costear su educación, con la condición de que optara por estudiar alguna rama científica. Johanna comentó:

—Es una idea estupenda. Frankie no sabría comprar juguetes infantiles, y de este modo la niña cuenta con una opción de futuro.

—¿Y qué pasará si quiere ser abogada, o escritora, o belleza playera? —pregunté. —Será lo que ella decida ser —replicó Johanna—, pero si elige ser otra Frankie, dispondrá de una opción que a otros les ha faltado. No me fue fácil economizar el dinero preciso en los años de la Facultad de Derecho.

—De acuerdo —murmuré—, pero no me gusta. Y no quiero que lo sepa. Creo en la libertad de opciones, pero no si una de ellas está pagada de antemano.

—¿Te sientes como si hubieran usurpado un poco tus funciones? No te preocupes, que no se lo diré. No la teledirigiré. Y hasta los dieciocho años falta mucho tiempo.

El puro gozo de ver a aquella perfecta criatura infantil chapurrear, babear y crecer nos hizo olvidar por completo el fondo de fideicomiso de la doctora Frankie. Y cambié pañales. No con la destreza de Johanna, pero sí al menos de forma suficientemente adecuada al fin propuesto. Por entonces, trabajaba ya en casa. Mis columnas salían todas las semanas en más y más periódicos, y recibía invitaciones para dar conferencias en las escuelas de periodismo y en toda clase de convenciones industriales. Aquello era mucha tela para un exreportero de la sección de sucesos, y mi actitud predominante venía a expresarse del siguiente modo:

—¡Ándate con cuidado, Russell Baker!

Tal vez era inevitable que nuestra hija se convirtiera en la Pequeña Frankie. Sobre todo cuando la doctora Frankie llamó para anunciarnos su intención de hacernos una visita. No a nosotros exactamente. La habían llamado a consulta en algún trabajo en curso en un centro de investigación cercano, pero ella quería pasar con nosotros todo su tiempo libre. Nuestra Francesca tenía por entonces tres años y era una chiquilla precoz y, por supuesto, a nuestros ojos la niña más bonita del mundo. Se parecía más a Johanna que a mí, pero parecía estar desarrollando mis piernas largas y flacas y mi visión irónica de la vida. Se negó en redondo a ver *Magnum* por televisión, y expresó

la opinión de que el Conejo de la Suerte haría un buen papel, asado, en la comida del Día de Acción de Gracias. Johanna me acusó de influir en sus puntos de vista. Bien, tal vez lo hice. Un poco nada más.

La doctora Frankie apareció el día fijado, con un mechón blanco que dividía netamente en dos el amasijo de sus cabellos erizados. Me reprimí como pude para no preguntarle por su misterioso parecido con Elsa Lanchester. En privado, sondeé a Johanna: —¿Crees que lo hace a propósito?

Johanna pretendió no saber de lo que le estaba hablando.

Por entonces, el estudio de Johanna se había convertido en un alegre dormitorio y cuarto de juegos para la Pequeña Frankie, pintado en vivos colores. Nada de visillos con volantes rosados para nuestra pequeña tigresa. Había una cama plegable para su eventual utilización por canguros que cuidaran de noche a la niña, y en ella alojamos a la doctora Frankie durante los tres días que pasó con nosotros. No habían ningún otro lugar en donde colocarla. Yo necesitaba mi propio estudio para la producción de columnas periodísticas, y era frecuente que trabajara en él hasta la madrugada.

La Pequeña Frankie congenió con su tocaya como un fideo con un caldo de pollo, y —sorpresa, sorpresa— la atracción fue mutua. La arisca doctora respondía pacientemente a todas sus preguntas, a las pertinentes y a las impertinentes, y se la llevaba con ella a las reuniones con los *fans* locales de la doctora Frankie. Pido perdón, quise decir con sus compañeros de investigación científica.

Los tres días transcurrieron rápidamente y de una forma bastante agradable. La doctora Frankie llegó incluso a admitir que leía ocasionalmente mi columna, aunque estaba en desacuerdo con todo lo que yo escribía. Sólo como una broma, la clase de broma propia de ella, nos convenció a Johanna y a mí de que contribuyéramos al banco de genes que estaba creando.

—Los dos sois magníficos especímenes —fue su forma de plantearlo—. Me gustaría tener en reserva muestras vuestras.

¿Cómo negarse a una petición tan irresistible?

Una semana después de la partida de la doctora Frankie, la Pequeña Frankie murió. No hay mejor manera de decirlo que así: directa y brutalmente. Fue algo repentino, y aterrador. Los médicos quedaron desconcertados. Un día, teníamos delante a una niña sana, activa, turbulenta. Al siguiente, a un joven animal postrado por el dolor, febril, atormentado. No hubo un milagro médico que salvara a Francesca; todo lo que pudieron hacer fue darle sedantes mientras intentaban frenéticamente diagnosticar qué era lo que la estaba matando. Todo acabó en veinticuatro horas. Un doctor agotado me dijo:

—Parece como sí todos sus sistemas se hubieran vuelto tóxicos, para después dejar de funcionar de golpe. Nunca he visto antes una cosa así. Johanna. ¿Cómo describir su dolor? Rabió, se encerró en un mutismo tétrico, lloró lo bastante para irrigar el Sahara. Se negó a dejarme que la consolara, y se fue a dormir al cuarto de la Pequeña Frankie. Incluso descuidó su trabajo forense.

—No puedo tratar con esos niños —se quejó—. Por lo menos, ellos están vivos.

Parecía que nada en el mundo podría consolarla. Y durante todo aquel tiempo, no recibimos ni una palabra de la doctora Frankie.

Finalmente, al cabo de seis meses durante los cuales Johanna se negó de plano a recibir cualquier clase de ayuda psiquiátrica, llamé a la doctora. Fue un intento desesperado, pero me temía que Johanna estaba empezando a pensar en el suicidio. No por nada que ella misma dijera —apenas hablaba, salvo para referirse a los temas más ordinarios—, sino porque se había instalado en un estado de desapego mórbido, como si estuviera contemplando la eternidad. Si alguien podía sacar a Johanna de aquella situación, probablemente esa persona era la chiflada doctora Frankie.

—Sí —me contestó—. Iré. Está todo listo.

—¿Qué es lo que está listo? —pregunté.

La doctora Frankie adoptó un tono evasivo muy raro en ella.

—Lo verás cuando esté allí —dijo—. Espérame dentro de dos días. Y no se lo digas a Johanna.

¿Cómo podía no decírselo a Johanna? Siempre nos lo habíamos contado todo el uno al otro. Al menos, hasta que Johanna se volvió silenciosa y solitaria. Pero me dije a mí mismo que sin duda la doctora Frankie tenía en perspectiva alguna clase de sorpresa. Si se trataba de una sorpresa capaz de devolver a Johanna a su propio ser y a mí, valía la pena guardar la boca cerrada. Dos días no era demasiado tiempo para callar un secreto.

Empecé a esperar el sonido del timbre de la puerta tan pronto como me levanté de la cama el segundo día. Johanna tenía la costumbre de dormir hasta tarde, acurrucada en la cama infantil de la Pequeña Frankie. Me asomé allí, le di los buenos días y le pregunté si quería una taza de café. Como de costumbre, no hubo respuesta. Como de costumbre, le toqué el brazo, para asegurarme de que respiraba. Todavía sumida, se encogió para evitar el contacto. Claro que me dolía, pero ¿qué podía hacer? Por lo menos, ese día podía tener la esperanza de que la doctora Frankie haría alguna especie de milagro. Fue un día muy largo. Intenté trabajar, pero las palabras que aparecían en la pantalla de mi ordenador se negaban a adquirir sentido. Johanna se levantó hacia el mediodía, picoteó el desayuno que yo le había preparado y se puso a ver la televisión.

No parecía importarle lo que viera. Se limitaba a estar ahí sentada, con ojos vidriosos. Cambié de canal varias veces, y ella siguió mirando. Cuando desconecté el aparato, gimió con suavidad hasta que volví a encenderlo. Nunca había estado peor en todos aquellos largos meses. Si yo no estuviera esperando a la doctora Frankie minuto a minuto, creo que probablemente la habría empaquetado y expedido de inmediato a algún rancho psiquiátrico.

Durante toda una larga tarde de capítulos de series, reposiciones y programas infantiles, mi hermosa, inteligente y sarcástica esposa estuvo sentada sin moverse. Yo no podía soportar seguir allí observándola, y tampoco me atrevía a dejarla sola durante más de cinco minutos. En tres ocasiones intenté llamar a la doctora Frankie para saber si había variado sus planes y olvidado comunicármelo. Todo lo que conseguí fue oír su voz en el contestador automático, declarando no estar disponible. No dejé ningún mensaje. ¿Qué podía decirle? ¿«Estoy aquí esperando que vengas a salvar a mi mujer»?

Finalmente, cuando empezó el noticiario de las seis, Johanna se puso en pie y apagó el aparato.

—Cansada —murmuró—. Estoy muy cansada.

La seguí a la cocina, y allí exploró el interior de la nevera, abrió y volvió a cerrar todos los armarios y las alacenas, y finalmente se quedó inmóvil junto a la puerta trasera, con la cara apretada contra el cristal.

—¿Qué es lo que buscas? —le pregunté.

No me hizo caso. Igual podía no haber estado allí. Intenté rodearla con mis brazos, y me rechazó con impaciencia. Después, con toda deliberación, fue al cajón de los cuchillos, sacó el primero que se le vino a las manos —un pequeño cuchillo de pelar patatas— y se lo llevó a la garganta. Di un salto para detenerla, pero antes de que pudiera hacerlo, dejó caer el cuchillo y se derrumbó en el suelo, sollozando convulsivamente.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

Cogí en brazos a Johanna y la llevé a la sala de estar. Era muy ligera, muy frágil, y su pobre carita triste estaba arrasada por las lágrimas. La tendí en el diván y la cubrí con una manta. El timbre de la puerta volvió a sonar. —Tenemos visita —dije a Johanna.

Ella se me quedó mirando, sin comprender.

—Voy un momento a abrir la puerta. ¿Estarás bien?

Cerró los ojos.

Crucé la habitación y el pequeño vestíbulo sin dejar de vigilar cualquier signo de

que intentara repetir el truco del cuchillo. Abrí de golpe la puerta principal sin mirar quién había en ella. Y no miré hasta oír una voz familiar que gritaba:

—¡Papá!

Saltó a mis brazos de la misma forma en que solía hacerlo siempre, cruzando las piernas alrededor de mi cintura y frotando la cara contra mi cuello. Yo atisbé por entre sus rizos dorados la mueca triunfal de la doctora Frankie.

—Os he traído a vuestra hija —anunció—. A vuestra hija genéticamente perfecta.

La niña, quienquiera que fuera, se descolgó de mis brazos y cruzó a la carrera la habitación hacia Johanna.

—¡Mami, mami! —aulló—. ¡Levántate, mami! ¡Tengo hambre!

Y allí estaba mi milagro. Johanna con la cara alegre, los ojos brillantes, se levantó y, como si no hubiera ocurrido nada en el mundo, tomó a la niña de la mano y dijo:

—Muy bien, vamos a prepararte algo de comer.

Yo me quedé mirando estupefacto a la doctora Frankie.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Y sin esperar la respuesta, seguí a la cocina a mi mujer y a la niña, que era una réplica exacta de nuestra hija muerta.

Johanna preparaba un bocadillo con mantequilla de cacahuete. La niña estaba sentada a la mesa de la cocina, en la silla favorita de la Pequeña Frankie, bebiendo un vaso de leche.

—Espera un momento —dije, sujetando la mano de Johanna—. ¿Quién te crees que es?

—Mi niña ha vuelto. ¿No es maravilloso? —me contestó.

Se sacudió la mano de la mía para seguir preparando el bocadillo, y yo me quedé con el pulgar untado de mantequilla. Pensativo, lo chupé. Si lo miraba desde un punto de vista positivo, Johanna había salido de su marasmo, y yo había estado dispuesto a vender mi alma por conseguir aquello. Pero había demasiados puntos oscuros relacionados con aquella increíble recuperación, y lo más seguro es que yo ni siquiera sospechara la existencia de algunos de ellos. Al menos, no todavía. Confiado en que, en su actual estado de euforia, podía dejarla sola, regresé a la sala de estar. La doctora Frankie estaba allí, muy tiesa, esperándome.

—Sé que tienes preguntas que hacer —dijo—. Preferiría que te las guardaras. Quisiera que aceptaras esto del mismo modo que lo ha hecho Johanna.

—¿Quién es? No es mi hija. ¿Dónde la encontraste?

—Es tan hija tuya como la que murió. Digamos tan sólo que se trata de una versión mejorada del original.

No podía creer lo que oía. Pero la prueba estaba sentada en la cocina, comiéndose

un bocadillo de mantequilla de cacahuete.

—¿Mejorada? ¿Cómo?

La doctora Frankie sonrió.

—Posee mi inteligencia. Es mi hija, tanto como vuestra. ¿Recuerdas aquellas muestras de genes? También tomé algunas de la Pequeña Frankie. Eliminé las imperfecciones, añadí una proporción mayor de las mejores características de Johanna y tuyas, y como remate añadí a la mezcla mi propia capacidad mental. Vas a estar muy orgulloso de tu hija.

—¿Todo eso en seis meses?

—En más de seis años. He estado trabajando mucho tiempo en este proyecto. Pero necesitaba sacarlo del laboratorio y llevarlo a una situación real. El vuestro era el caso ideal.

—No somos un caso, y ella no es mi hija —insistí—. Mi hija ha muerto.

—Y ahora está viva otra vez —interrumpió Johanna, que acababa de entrar en la sala de estar—. Frankie, ¿sabes lo que acaba de decirme? Me ha dicho: «Mami, quiero ser igual que tía Frankie, cuando sea mayor. Tendré montones y montones de niños». ¿Cuántos niños tienes tú, Frankie?

—Unos cuantos. Todos forman parte del proyecto. Y todos son más o menos perfectos.

—¿Y todos se parecen a ésta?

—No, no todos ellos. Ésta es la mejor del lote Francesca.

Johanna absorbió aquella información y reflexionó sobre ella, mientras miraba con fijeza a su amiga. Yo me quedé quieto, esperando a ver lo que haría.

Se aproximó un poco más a la doctora Frankie, con un brillo intenso en los ojos, cuadrando los hombros. La había visto así antes, cuando describía sus casos más horrendos, y no envidié lo más mínimo a la doctora Frankie. Johanna podía ser muy mordaz.

—Frankie, es perfecta. Pero tiene un detalle un poco fuera de lo común.

—Te acostumbrarás —replicó complaciente la doctora Frankie.

—No creo que lo haga —dijo Johanna—. Déjame explicarte por qué. Tuvo que ir al baño, y por supuesto yo la acompañé. No quería perderla de vista un solo momento. Y ahí está lo sorprendente, Frankie. No tiene ombligo. ¿Has visto alguna vez una niña sin ombligo?

—No creo que eso importe, Johanna. No sirve para nada útil —el tono de la doctora Frankie empezaba a mostrar síntomas de nerviosismo.

—Oh, sí que importa, ya lo creo. Pero tú no lo entiendes. Es la conexión, la

evidencia física de que la niña y la madre estuvieron unidas durante un tiempo. Su ausencia me obligó a pensar por primera vez en varios meses. No fue una coincidencia que mi hija muriera una semana después de que tú te marcharas, ¿verdad, Frankie? Tú la mataste, ¿no es así? Le inyectaste algún maldito virus de desarrollo lento, algo que los médicos no podían curar. La mataste para poder sustituirla con esta creación tuya. Tal vez seas una brillante científica, Frankie, pero no tienes la menor idea de cómo son las personas. ¿Niegas que es cierto lo que estoy diciendo?

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Deberías de estarme agradecida por devolvértela mejor de como era antes. Ésta nunca enfermará. Es genéticamente inmune a todas las enfermedades conocidas. Vivirá muchísimos años y contribuirá enormemente al progreso de la humanidad.

—Me temo que no lo hará —dijo Johanna—. No era inmune a esto.

Apareció el cuchillo otra vez, manchado de sangre, tembloroso en la mano de Johanna. Salté hacia ella, intentando apoderarme de su brazo. Pero antes de que pudiera alcanzarla, la doctora Frankie sacó una pistola y disparó. Johanna cayó al suelo. Yo me agaché a recoger el cuchillo. La doctora disparó de nuevo, y la bala pasó rozando mi cabeza. Yo lancé el cuchillo, aquel cuchillo pequeño de pelar patatas. Se clavó en la garganta de la doctora. Boqueó y dejó caer la pistola.

—Yo sólo intentaba —susurró— proteger a mi hija. No lo habéis entendido. Y se derrumbó.

Johanna estaba muerta; el disparo le había atravesado el corazón. En el baño, la criatura de la doctora Frankie estaba muerta también. Y la propia doctora Frankie se desangraba moribunda sobre la alfombra de mi sala de estar. Llamé a la policía.

No había nada de lo que pudieran culparme. La doctora Frankie vivió lo bastante para ser procesada por asesinato. Alegó defensa propia y fue absuelta. A Dios gracias, nadie parecía saber qué hacer con la niña muerta sin ombligo, salvo enterrarla decentemente. No fue mencionada en el juicio. Johanna bajó a su tumba bajo el estigma de desequilibrio mental. Algún día, conseguiré que se le haga justicia.

Todavía no sé si la acusación final de Johanna era correcta. Probablemente, nunca lo sabré. Pero sí sé que la doctora Francesca Stein mató a mi mujer, y que ha vuelto a su laboratorio en algún lugar remoto de las Montañas Rocosas para crear pequeños pseudohumanos perfectos.

¿Y yo? Bueno, sigo produciendo columnas periodísticas. Pero lo hago desde una solitaria cabaña en la montaña, mientras vigilo el lugar donde trabaja la doctora Frankie. Y mi fantasía favorita es hacer volar por los aires el laboratorio con todo lo

que contiene. Tal vez algún día, esa idea fija mía dejará de ser una fantasía. Ese día escribiré mi última columna; búsquela en el periódico de su localidad.

PIEDAD PARA LOS MONSTRUOS

CHARLES DE LINT



Nos alzamos en medio de la tormenta de nuestro propio ser.

Michael Ventura

—En tiempos, yo era una belleza —dijo la anciana—. Los chicos de la vecindad siempre andaban rondando la casa de mis padres, a la espera de una palabra, de una sonrisa, de un beso, como si de alguna manera mi inmerecida belleza me otorgara un valor intrínseco que sobrepasaba con mucho las buenas notas escolares de Emma o la disposición de Betsy hacia la música. Siempre me pareció injusto. Mi valía se basaba en un accidente de nacimiento; la suya era producto del trabajo.

El monstruo no respondió.

—Habría dado cualquier cosa por ser inteligente o por tener cualquier clase de capacidad artística —continuó diciéndole anciana—. Son bienes que no se pierden cuando el cuerpo envejece.

Se arrebujó un poco más en su chal harapiento, apretando los frágiles hombros para preservarse del frío Miró entonces a su compañero. El monstruo contemplaba la pared desnuda por encima de la cabeza de ella, con una mirada extraviada; sus cicatrices eran casi invisibles en la penumbra reinante.

—Sí, claro —dijo ella—. Supongo que todos llevamos a cuestas nuestra propia cruz. Por lo menos yo tengo recuerdos buenos que alternan con los malos.

La tormenta de nieve era tan espesa que la visibilidad se había hecho ya

prácticamente imposible. Los gruesos copos húmedos danzaban y revoloteaban en torbellinos de nubes, cubrían la acera y la calzada, enmarañaban el tráfico y convertían el sencillo acto de caminar en una aventura épica. Uno podía estar en cualquier lugar, en cualquier tiempo. Lo familiar se había hecho súbitamente extraño; la ciudad estaba transformada. El viento y la nieve hacían irreconocibles incluso los paisajes más cotidianos.

Si no se le hubiera hecho tan condenadamente tarde, Harriet Pierson se habría limitado sencillamente a caminar en medio de la tormenta arrastrando su bicicleta de montaña. Vivía más o menos a kilómetro y medio de la biblioteca, y el camino a pie no llevaba *tanto* tiempo, después de todo Pero se le había hecho tarde, desesperadamente tarde, y como la sensatez nunca había sido su fuerte, allí estaba, pedaleando como una loca con el piñón de su montura en el desarrollo más alto, las ruedas patinando y derrapando continuamente sobre el piso resbaladizo mientras seguía el estrecho espacio entre el bordillo y el tráfico semiparalizado.

Las llamadas botas impermeables que había comprado en las rebajas la semana anterior estaban ya totalmente empapadas, y lo mismo les ocurría a las perneras de sus pantalones tejanos El viejo chaquetón de piel de camello, en cambio, era una buena protección contra el frío, y las orejeras mantenían calientes sus orejas. No podía decir lo mismo de las manos y de la cara El viento mordía sin compasión a través de la fina lana de sus mitones, y sus mejillas estaban enrojecidas de frío, mientras que su largo pelo castaño, recogido apresuradamente en un moño sobre la cabeza, estaba cubierto por una capa de nieve que empezaba ya a transmitir una gélida humedad a su cuero cabelludo.

«¿Por qué tuve que venirme a este maldito país? —pensó—. Hace demasiado calor en verano, y demasiado frío en invierno…».

Inglaterra le parecía maravillosa en aquel momento, pero no siempre había opinado del mismo modo. Inglaterra no tenía a Brian, al que había conocido en una fiesta, aquí en Newford, tres años atrás. Brian, tan ansioso porque ella viniera como ella misma lo había estado de emigrar; Brian, que se había marchado de su lado cuando aún no hacía dos meses que se habían instalado para vivir juntos en su apartamento. Ella no quiso regresar, entonces. Decidió aprovechar al máximo las oportunidades que le ofrecía su nueva patria, y se adaptó sorprendentemente bien, no tanto porque llevara una existencia ordenada, sino porque se negaba a emprender el viaje de vuelta a su hogar para que su madre le dijera, en su eterno tonillo protector:

—Bueno, yo ya te lo advertí, querida.

Tenía un buen empleo, aunque nada del otro mundo; un apartamento precioso

todo para ella; una vida social bastante intensa —aunque había de confesar que se trataba tan sólo de amigos, y no de intereses románticos—, y en resumen, le gustaba todo lo relativo a su nuevo hogar. Excepto el tiempo.

Giró desde Yoors Street para meterse en Kelly, conduciendo más por instinto que porque viera el camino, y estaba empezando a felicitarse a sí misma por haber terminado su viaje entera y de una pieza, y de haber ganado unos minutos preciosos de tiempo, cuando una voluminosa figura apareció repentinamente, entre los torbellinos de la nieve, frente a ella. Intentó evitar el choque girando el manillar con demasiada brusquedad… y en la dirección equivocada.

La rueda delantera golpeó el bordillo y ella salió despedida por encima del manillar, como un objeto blanco más que volaba desafiando la gravedad; salvo que, a diferencia de los ligerísimos copos cuyo vuelo había momentáneamente imitado, su peso la arrastró de inmediato al suelo, donde fue a chocar con estruendo contra un cubo de desperdicios que alguien había depositado allí anticipándose al paso nocturno del camión de recogida de las basuras.

Se levantó, se sacudió la nieve, y volvió tambaleante hacia su bicicleta, desorientada, sin ser aún totalmente consciente de aquel repentino accidente. Se arrodilló al lado de la bicicleta y examinó con desánimo la llanta torcida de la rueda. Entonces recordó la causa de la maniobra que la había hecho caer.

Su mirada volvió a la calle, y luego se alzó más, y más aún, hasta el rostro de la figura alta que estaba en pie junto al bordillo. Aquel hombre era un gigante. Harriet no era muy alta, poco más de metro sesenta, y tal vez por eso le daba algún error de perspectiva, pero el hombre parecía medir dos metros y medio. Y con todo, no fue su estatura lo que le hizo retener la respiración.

Aquella cara… Aparecía en una cabeza cuadrada, colocada a su vez sobre unos hombros fornidos. La nariz era grande y torcida, el ojo izquierdo estaba ligeramente más alto que el derecho, las orejas parecían grandes coliflores, la frente era alta y prominente. Grandes cicatrices blanquecinas desfiguraban las facciones, y daban la impresión de que habían sido recosidas por una costurera desmañada y demasiado borracha para poder atender a su labor. La imagen de una vieja película de terror acudió a la mente de Harriet, que instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacía, buscó con la mirada los bornes metálicos que debían de sobresalir en el cuello de aquel hombre.

Por supuesto, no había ningún borne, pero la estatura del hombre y la manera en que estaba inmóvil frente a ella, mirándola sin pestañear, pusieron a Harriet tan nerviosa como si realmente se hubiera encontrado en medio de la tormenta con la

amenazadora criatura de Victor Frankenstein. Se puso en pie a toda prisa, como en un intento de aminorar la diferencia entre sus dos estaturas. El brusco movimiento le produjo un repentino mareo.

«Lo siento muchísimo», quiso decir, pero las palabras no le salían, sentía la boca pastosa, y aquello sonó más o menos así:

—Momento musismo.

El vértigo hizo temblar sus piernas, y el suelo de la calle empezó a moverse con sacudidas tan bruscas que no pudo mantener el equilibrio. El gigante dio un paso hacia ella, sus grandes manos se tendieron para agarrarla. Una oleada oscura la arrastró, y cayó hacia adelante.

«Maldita sea —tuvo aún tiempo de pensar—. Voy a desmayarme…».

El agua burbujeaba alegremente en la lata de estaño colocada sobre el hornillo. La anciana se acercó y dejó caer en ella una bolsita de té; luego apartó la lata del fuego con una mano enguantada.

«Sólo quedan dos bolsas más», pensó.

Acercó las manos al hornillo y disfrutó de su calor.

—Me casé por dinero, no por amor —dijo a su compañero—. Mi Henry no era un hombre guapo.

La mirada del monstruo se desplazó para explorar el rostro de ella.

—Pero llegué a quererle. No por su dinero, ni por las comodidades de su hogar, ni por la seguridad que ofrecía a una mujer joven cuyo futuro, a pesar de toda su belleza, no parecía reservarle nada mejor que las limitaciones de la condición en la que nació y fue educada.

El monstruo emitió un ruido quejumbroso, poco más que un gruñido, pero la anciana supo interpretar su pregunta. Llevaban tanto tiempo juntos que podía saber lo que pensaba en cada momento, sin necesidad de que hablara.

—Le amé por su amabilidad —dijo.

Harriet despertó con una sensación de frío. Temblorosa, se incorporó y se encontró sentada en una habitación extraña, y envuelta en un rebujo de mantas cuyos pliegues desprendían un olor acre y mohoso. La habitación misma parecía formar parte de algún edificio abandonado. Las paredes no tenían ningún tipo de adorno, a excepción del papel pintado rasgado, el yeso y unos alegres *graffiti* que conminaban al lector a

hacer algo que a Harriet no le pareció posible desde el punto de vista anatómico.

No había mobiliario de ninguna clase. La única luz procedía de una vela corta y gruesa colocada sobre el alféizar de la ventana, en el centro de un grumo de cera solidificada. Fuera, aullaba el viento. En la habitación, y en el interior del edificio, todo era silencio. Pero inclinó la cabeza para escuchar, y pudo percibir los débiles ecos del murmullo de una conversación. Más bien de un monólogo, porque tan sólo se oía el ronroneo monótono de una voz.

Recordó el accidente y al gigante de dos metros y medio de estatura, pero sólo como algo que hubiera experimentado en sueños. El vago sentimiento de desajuste que había tenido al despertar creció hasta convertirse en la sensación confusa de estar soñando. Se sentía preocupada hasta cierto punto por el lugar en el que se encontraba, pero no de una manera urgente ni angustiada. Su mente parecía debatirse entre brumas.

Se puso en pie, dudó por un instante, y finalmente se pasó una de las apestosas mantas por los hombros para protegerse del frío, y cruzó la habitación hasta el umbral de la única puerta. Al pasar al exterior, se encontró en una sala tan ruinosa y vacía como la habitación que acababa de abandonar. El murmullo de la voz la guió, al otro lado de la sala, hasta otra estancia que parecía haber sido un vestíbulo. Apoyada en la pared semiderruida, en el lugar en que el vestíbulo se abría a otro espacio situado más allá, observó la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Siete velas ardían, enganchadas por su propia cera a unos cajones de madera anaranjada dispuestos en semicírculo, en torno a una mujer anciana. Ésta tenía la espalda apoyada en la pared, y las piernas dobladas bajo lo que parecía media docena por lo menos de faldas. Un chal harapiento cubría sus cabellos grises y la espalda hasta debajo de los hombros. El rostro era una telaraña de arrugas muy finas. Había agua hirviendo en una gran lata de estaño colocada sobre un hornillo dispuesto frente a la anciana. En la mano tenía otra lata más pequeña, en la que, a juzgar por el aroma que llenaba la habitación, se había preparado alguna infusión de hierbas. Hablaba en voz muy baja a alguna persona que Harriet no alcanzaba a ver.

La mujer levantó la mirada en el preciso momento en que Harriet reunía fuerzas para aproximarse a ella. La luz de la vela arrancó un brillo extraño en los ojos de la mujer, un reflejo cauteloso que recordó a Harriet la mirada de un gato sorprendido por la luz de los faros de un automóvil.

—¿Y tú, quién eres, querida? —preguntó la mujer.

—Yo…, mi nombre es Harriet, Harriet Pierson. —Tuvo la extraña sensación de que debería de haber hecho una reverencia al presentarse a sí misma.

—Puedes llamarme Flora —dijo la anciana—. En realidad me llamo Anne Boddeker, pero me gusta más Flora.

Harriet asintió con aire distraído. En medio del caos de sus pensamientos, empezaba a aflorar el filo agudo de la preocupación. Recordaba haberse caído de la bicicleta… ¿se habría golpeado en la cabeza?

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó.

Hubo una chispa de humor en los ojos de la anciana.

—¿Y cómo quieres que lo sepa yo?

—Pero… —Las brumas de la cabeza de Harriet parecieron espesarse aún más.

Parpadeó un par de veces, y se aclaró la garganta.

—¿Dónde estamos? —preguntó con cautela.

—Al norte de Gracie Street —contestó Flora—, en esa parte de la ciudad que la gente de tu edad suele llamar, según creo, Los Campamentos. Me temo que desconozco la dirección exacta. Unos vándalos han arrancado los letreros de las calles, como estoy segura de que ya sabes, pero diría que no estamos muy lejos de la esquina de Flood con MacNeil, el lugar donde me crié.

Harriet sintió que el corazón le daba un vuelco. Estaba en Las Tumbas, una zona de Newford que había sido años atrás el sueño de una urbanizadora. Aquellos viejos y ruinosos bloques de viviendas, edificios de oficinas y talleres industriales habían de convertirse en un paraíso para *yuppies*, y de hecho se empezó a trabajar en el derribo de las estructuras existentes; pero de repente las instituciones dejaron de respaldar el proyecto, y la empresa detuvo las obras por falta de fondos. Todo lo que quedaba *ahora* de aquel brillante sueño era un bloque tras otro de edificios abandonados y de parcelas llenas de cascotes y escombros, que habían sido bautizados popularmente como Las Tumbas. Era el hogar de los fugitivos, vagabundos, marginados, motoristas, drogadictos y seres semejantes, que buscaban refugio o un escondite en los edificios vacíos.

También era, probablemente, una de las zonas más peligrosas de Newford.

—Yo… ¿cómo he venido a parar aquí? —preguntó de nuevo Harriet.

—¿Qué es lo que recuerdas? —dijo Flora.

—Volvía en bicicleta a casa después del trabajo —empezó Harriet, y contó lo que recordaba de la tormenta, el gigante que se cruzó tan repentinamente en su camino, el accidente…

—Y entonces supongo que me desmayé.

Se llevó una mano a la cabeza y buscó algún bulto o punto doloroso, pero no encontró nada.

—¿Te habló? —preguntó Flora—. ¿El… hombre que te asustó?

Harriet sacudió negativamente la cabeza.

—Entonces era Frank. Debió de ser él quien te trajo aquí.

Harriet meditó sobre lo que acababa de decir la anciana. —¿Es que hay más de uno como él? —preguntó. Tenía la sensación de que la memoria le hacía una jugarreta cuando intentaba recordar las facciones irregulares y cubiertas de cicatrices del gigante. No podía imaginar que otras personas pudieran confundirse con él.

—En cierto sentido —contestó Flora.

—No es usted muy explícita.

—Lo siento.

Pero, por el contrario, parecía divertida, pensó Harriet.

—De modo que él…, ese Frank…, ¿es mudo? —preguntó.

—Terrible, ¿verdad? —dijo Flora—. Un mocetón robusto como él.

Harriet hizo un gesto de asentimiento.

—Pero eso no explica lo que dijo antes, que hay más de uno como él. ¿Tiene un hermano?

—Él… —La anciana vaciló—. Quizá deberías de preguntárselo a él mismo.

—Pero acaba de decirme usted que es mudo.

—Me parece que está ahí abajo, en la sala —dijo Flora, sin hacer caso de la observación de Harriet. Señaló la puerta opuesta a la que había utilizado Harriet para entrar en el vestíbulo—. Normalmente es allí donde va a jugar.

Harriet guardó silencio durante un rato, y se limitó a observar a la anciana. Flora, Anne, como quiera que se llamara…, obviamente era una enferma senil. Eso explicaba su extraño comportamiento.

Harriet miró en la dirección que había señalado Flora. Sus pensamientos eran todavía muy confusos. Estar de pie durante tanto rato le resultaba mucho más cansado de lo normal, y el tacto de la lengua seguía siendo espeso.

Sólo quería regresar a su casa. Pero si esto era *Las Tumbas*, necesitaría ayuda para salir de allí. Tal vez incluso protección frente a las personas, más parecidas a fieras que a seres humanos, que según se decía habitaban aquellos edificios abandonados. Siempre y cuando, pensó abatida, ese «Frank» no fuera en sí mismo un peligro…

Se volvió hacia Flora, pero la anciana parecía haberse olvidado de su presencia. Flora se ciñó el chal un poco más estrechamente a los hombros, y bebió un sorbo de té de su lata de estaño.

«Muévete», pensó Harriet, y cruzó el vestíbulo. Más o menos en el centro de la siguiente sala, oyó una voz de niño que canturreaba en voz baja. No consiguió

distinguir las palabras hasta llegar al extremo de la sala, donde de nuevo la luz de una vela le ofreció el espectáculo del extraño ocupante de la siguiente sala.

Frank estaba sentado, con las piernas cruzadas, en medio de la habitación, con el contenido del bolso de Harriet esparcido por el suelo a su alrededor. El bolso había sido arrojado a un rincón. Harriet habría querido volver la espalda a aquella habitación antes de que Frank levantara la vista, pero la canción la dejó paralizada en el lugar en que se encontraba. La voz infantil salía de los labios deformes de Frank: era un sonido agudo, imposiblemente suave: la voz de una niña pequeña que cantaba una canción de las que acompañan el juego de saltar a la comba.

Frank y Harrie sentados junto a un árbol,
S-E B-E-S-A-N.
Primero viene el amor, luego el matrimonio.
Mira a Frank con un cochecito de niño.

Las facciones de Frank parecían más monstruosas que nunca con aquella vocecita dulce que salía de su garganta. Tiró al aire los objetos del bolso de Harriet, haciendo juegos malabares con ellos. El documento de identidad, una tarjeta de crédito, algunas fotos de su casa, recortes de papel con direcciones o números de teléfono escritos, billetes de banco, todo aquello revoloteaba en el aire mientras él cantaba y movía las manos con movimientos extrañamente precisos si se consideraba el grosor de sus dedos peludos y llenos de bultos. El estuche del maquillaje, las llaves y las monedas sueltas estaban colocados en hilera frente a él, como soldados de juguete en un desfile. Había un billete de diez dólares medio quemado junto a la vela colocada sobre un cajón de madera, a su derecha. En el cajón de la izquierda había un gato muerto, acurrucado como si sólo estuviera dormido; pero los ojos vidriosos y la lengua hinchada que asomaba por la boca desmentían aquella impresión.

Harriet sintió formarse un grito en su garganta. Quiso dar media vuelta, pero chocó con la pared. Dejó de escucharse la voz infantil, y Frank levantó la vista. Las fotos, los billetes, los recortes de papel, todo cayó sobre sus rodillas. Su mirada se cruzó con la de ella. Por un momento, Harriet estuvo segura de que eran unos ojos de niño los que le miraban desde el fondo de aquella cara destrozada. Tenían una expresión de inocencia pura, absoluta, y no concordaban lo más mínimo con la carne cenicienta y las cicatrices que los rodeaban. Pero enseguida cambiaron, y reflejaron una inteligencia oscura, bestial.

Frank se sacudió los papeles de encima con una brusca manotada.

—Mía —gritó con una voz profunda y estentórea—. ¡La chica es mía!

Mientras se incorporaba, Harriet huyó a la carrera por el camino que había seguido al venir.

—Lo más duro —dijo la anciana—, es ver morir a todo el mundo. Uno a uno, todos van muriendo: los padres, los amigos, la familia…

La voz se arrastraba, los ojos reumáticos tenían una expresión de tristeza. El monstruo se limitaba a mirarla.

—Lo más duro fue la muerte de Julia —prosiguió después de un momento. Hubo un ligero trémolo en su voz al pronunciar el nombre de su hija—. No está bien que los padres sobrevivan a sus hijos. —La mirada se posó en el rostro del monstruo—. Pero claro, tú no has conocido ese dolor en particular, ¿verdad?

El monstruo echó atrás la cabeza y de su garganta salió un aullido inarticulado.

Cuando Harriet entró a la carrera en la sala en la que había dejado a Flora, la anciana había desaparecido. Las velas, los cajones y el hornillo seguían allí. El pote de estaño lleno de té se calentaba en el borde del hornillo, pero sin estar expuesto directamente al fuego del quemador encendido.

Harriet volvió la mirada hacia el lugar por donde la mole tambaleante de Frank corría hacia ella.

Tenía que salir de este lugar. No importaba que la tormenta aullara en el exterior, no importaba el confuso laberinto de edificios abandonados y calles cortadas por montañas de escombros que encontraría en Las Tumbas. Tenía que…

—Aquí está —dijo una voz salida de algún lugar situado detrás de ella.

El corazón de Harriet dio un salto. De sus labios se escapó un grito corto y agudo, al tiempo que se echaba a un lado y se apartaba a toda prisa de las sombras de la puerta de la que había venido la voz. Cuando se dio cuenta de que se trataba sólo de la anciana, siguió retrocediendo. Fuera quien y lo que fuera Flora, no era amiga suya.

Frank irrumpió en ese momento en el vestíbulo, con su extraña mirada desequilibrada fija en ella con expresión hambrienta. Los latidos del corazón de Harriet se aceleraron, y notó seca la garganta. Los músculos de su pecho se tensaron, presionando los pulmones con tanta fuerza que le costaba respirar.

«Oh, Dios —pensó—. He de salir de aquí mientras pueda hacerlo».

Pero no consiguió moverse. Sus miembros se habían convertido en un peso

muerto, y de nuevo sintió síntomas de desmayo.

—Vamos, vamos —dijo la anciana—. No te abalances de esa manera, Samson, o le darás un susto de muerte.

El monstruo se detuvo obediente en el umbral, pero su mirada hambrienta no se separaba de Harriet.

—¿Sam… samson? —preguntó Harriet con voz débil.

—Oh, hay toda clase de pedazos de personas dentro de esa pobre cabezota fea —replicó Flora—. Todo viene de los traumas que sufrió de pequeño. Sufre de… ¿cómo lo llamó el doctor Adams? Disociación. Creo que, antes del accidente, el doctor había documentado a diecisiete personas dentro de él. Algunas son inofensivas, como Frank y la pequeña Bessie. Otras, como Samson, tienen una lamentable capacidad para la violencia cuando no se les da lo que quieren.

—¿Un doctor? —preguntó Harriet. De lo único que parecía capaz era de captar alguna palabra suelta de las explicaciones de la mujer, y repetirla en tono de pregunta.

—Sí, cuando era niño estuvo internado en una institución. Lo extraño es que, de alguna manera, tiene conciencia de todas las distintas personas que viven dentro de él. Cree que cuando su padre lo cosió para formarlo, empleó trozos de toda clase de personas, y esos fragmentos de pieles y tejidos ajenos se apoderaron de su mente y utilizaron partes de ella para su propio uso.

—Eso… —Harriet carraspeó—, ¿eso fue el accidente?

—Oh, no fue en absoluto un accidente —dijo Flora—. Y no permitas que nadie te diga otra cosa. Su padre sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando lo arrojó por la ventana destrozando todos los cristales. —Pero…

—Por supuesto, el padre era demasiado pobre para costear las atenciones médicas que precisaba el muchacho, de modo que lo recosió él mismo.

Harriet miró con creciente horror aquella figura monstruosa.

—Eso…, nada de todo eso puede ser verdad —consiguió decir por fin.

—Está todo documentado por la institución —contestó Flora—. Su padre hizo una confesión completa antes de que lo encerraran. Pobre Frank, de todos modos. Era demasiado tarde para poder ayudarle desde ese punto de vista, de modo que acabaron por ponerle de patitas en la calle, cuando su único crimen fue la desgracia de haber nacido hijo de un lunático.

Harriet apartó su mirada de las torturadas facciones de Frank y se volvió a la anciana.

—¿Cómo sabe usted todas esas cosas? —preguntó.

—Vaya, pues porque yo también vivía allí —dijo Flora—. ¿No te lo había dicho?

—No, no lo hizo.

Flora se encogió de hombros.

—Es una historia antigua. ¿Sabes?, cuando se llega a mi edad, todo es historia antigua.

Harriet habría querido preguntar si también Flora había estado internada en la institución, pero no pudo reunir el valor para hacerlo. Ni siquiera estaba segura de que *deseara* saberlo. Pero había algo que no tenía más remedio que preguntar. Se arrebujó un poco más en la manta, sin notar ya su olor; pero el escalofrío que recorría sus huesos no procedía del frío.

—¿Qué ocurrirá ahora? —dijo.

—No estoy segura de entender la pregunta —contestó Flora con una sonrisa astuta y una mirada que revelaba que la había entendido demasiado bien.

—¿Qué me ocurrirá a mí? —insistió Harriet.

—Bueno, vaya —dijo Flora, y dirigió al monstruo una mirada llena de afecto—. Frank quiere crear una familia.

Harriet sacudió la cabeza.

—No —dijo, y su propia voz le pareció débil y artificiosa—. De ninguna manera.

—Tú no tienes voz y voto en este asunto, querida. No es como si fuera a venir alguien a rescatarte… No vendrán, con esta tormenta. Y aunque alguien te estuviera buscando, ¿dónde mirarían? Las personas desaparecen continuamente, en esta ciudad. Es triste, pero es un hecho inevitable en los tiempos de prueba que nos ha tocado vivir…

Harriet seguía sacudiendo la cabeza.

—Oh, piensa en los demás para variar —le dijo la anciana—. Conozco a las de tu tipo. Estás henchida de tu propia importancia; todo el mundo gira alrededor de *ti*. Hoy una fiesta, mañana un baile nocturno, teatro, clubs, cabarés, y jamás un pensamiento para quienes han tenido menos suerte. ¿Qué te costaría dar un poco de amor y de afecto a un monstruo pobre y solitario?

«Me he vuelto loca de remate —pensó Harriet—. Todo esto (el monstruo, la tranquilidad lunática de la anciana) no es real. No *puede* ser real».

—¿Crees que a él *le gusta* tener ese aspecto? —preguntó Flora. Hablaba en tono más alto, y el monstruo se revolvía nervioso al percibir su irritación, de la misma manera que un perro se pone a ladrar al notar el malhumor de su amo.

—No tengo nada que ver con esto —dijo Harriet, sorprendiéndose de encontrar en su interior el valor preciso para defenderse a sí misma—. No soy como cree usted que soy, y no tengo ninguna culpa en lo que le ha sucedido a ese…, a Frank.

—Tienes muchísimo que ver con esto —replicó la anciana—. «Esto» tiene relación con el cariño, con la familia, con el Buen Samaritano y la decencia y las relaciones largas y estables.

—No puede forzarse a una persona a algo así —argumentó Harriet.

Flora suspiró.

—A veces, en *estos* tiempos, es la única manera. La locura se está apoderando del mundo, hija; tu negación de lo que es justo y correcto es al mismo tiempo la causa y el síntoma de esa locura.

—¡Usted sí que está loca! —gritó Harriet.

Corrió *hacia*, la puerta del edificio, rogando porque no estuviera cerrada. El monstruo estaba demasiado lejos y se movía con demasiada lentitud para poder detenerla. La anciana estaba más cerca y era más rápida, pero en su pánico Harriet encontró la fuerza suficiente para apartarla de un empujón. Corrió hacia las puertas acristaladas que llevaban al exterior del vestíbulo, hacia la tormenta que rugía fuera.

El huracán casi la arrastró de nuevo dentro, cuando finalmente abrió la puerta; pero luchó contra él, cruzó el umbral y salió a la calle. Los torbellinos de nieve, empujados por un viento loco y caprichoso, pronto la desorientaron, pero siguió corriendo sin saber en qué dirección. Chapoteaba en los charcos, cegada por la nieve, con la *cabeza* baja para afrontar el viento, decidida a poner la mayor distancia posible entre ella y aquello de lo que huía.

«Oh, Dios —pensó en un momento dado—. Mi bolso se ha quedado allí. Mi documento de identidad. Saben dónde vivo Pueden venir a buscarme a casa, o al trabajo, en cualquier momento en que lo deseen».

Pero siguió luchando contra la nieve y el viento. No tenía ningún medio de saber durante cuánto tiempo se prolongaba aquella fuga en medio de la tormenta. Pudo ser una hora, o bien la noche entera. Temblaba de frío y de miedo; tropezó una última vez, y cuando cayó al suelo ya no se levantó.

Se quedó allí tendida, y una deliciosa sensación cálida la envolvió. Todo lo que tenía que hacer era dejarse ir, pensó. Nada más dejarse ir, deslizarse hacia el lugar oscuro y caliente que la llamaba. Rodó a un lado y contempló el cielo blanco. De inmediato, la nieve cubrió su rostro. Se frotó la cara con una mano enmitonada, medio helada de frío.

Estaba dispuesta a dejarse morir, a abandonar la lucha, porque sólo tenía las fuerzas que tenía, y ya se le habían acabado, ¿de acuerdo? Ella…

Una figura oscura y alta se inclinó de repente sobre ella La nieve le cegaba la visión, de modo que sólo alcanzó a ver una forma, un perfil contra el fondo blanco.

«No —rogó—. No me lleves. Prefiero morir a volver allí».

La figura se arrodilló a su lado, y ella encontró la fuerza suficiente para golpearla con sus manos heladas.

—Tranquila —dijo con voz amable, mientras una mano firme detenía sus débiles puñetazos—. Vamos a sacarte de aquí.

Dejó de debatirse. No era el monstruo, sino un policía. De alguna manera, en su azarosa fuga, había salido fuera de Las Tumbas.

—¿Qué estaba haciendo aquí fuera? —dijo el policía.

«Un monstruo —quiso decir—. Hay un monstruo. Me atacó». Pero todo lo que salió de sus labios helados fue:

—Mu… tacó. —Primero la llevaremos a algún lugar caliente —dijo él—, y luego buscaremos al hombre que la ha atacado.

Las horas siguientes pasaron en una nebulosa. Estaba en un hospital, donde trataban sus síntomas de congelación. Un detective la interrogó, con tranquilidad, pacientemente, tratando de reconstruir a través de sus palabras inconexas lo que le había sucedido; y finalmente se quedó sola.

En cierto momento despertó de su estado de somnolencia y creyó ver a dos policías al pie de su cama. No supo de cierto si estaban realmente presentes o no, pero como los personajes de Agatha Christie, reunidos en el desenlace de un gran relato de misterio, su conversación le proporcionó datos que completaron convenientemente lo que sabía de las personas que la habían tenido secuestrada.

—Pudo ser antes de tu época —decía uno de los policías—, pero la descripción que ha hecho ella encaja.

—No, ya lo recuerdo —contestó el otro—. Estaban internados en la sala criminal del hospital psiquiátrico, y Cross mató a su médico un día que hubo un apagón de luz.

El primer policía asintió.

—No sé cuál de los dos era peor: Cross con esa cara monstruosa, o Boddeker.

—Ella envenenó a toda su familia, ¿no es verdad?

—Sí, pero recuerdo haber visto lo que le hizo Cross al médico… Casi partió en dos al pobre bastardo.

—Decían que fue Boddeker la que le impulsó a hacerlo. El pobre pelele no tiene cerebro para pensar por sí mismo.

Vagamente, como si observara la acción desde muy lejos, Harriet se dio cuenta de que el primer policía miraba en su dirección.

—Tiene suerte de seguir aún con vida —añadió, y se volvió hacia su compañero.

En los días siguientes, rebuscando entre los periódicos atrasados de la biblioteca,

Harriet averiguaría que todo lo que habían dicho los dos hombres, o lo que ella soñó que decían, era cierto, pero de momento no consiguió registrar la información. Se limitó a darse la vuelta una vez más, y cayó en un sueño agitado plagado de fantasmas y de monstruos. Estos últimos llevaban máscaras para ocultar el horror que guardaban en su interior, y eran los peores de todos.

Se despertó mucho más tarde, con la urgencia desesperada de orinar. La habitación estaba todavía a oscuras. Fuera, el viento seguía aullando.

Fue hasta el cuarto de baño, y después de hacer lo que debía, se miró en el espejo. Apenas había luz suficiente para poder distinguir su reflejo. La imagen que le devolvió el cristal fue un rostro fantasmal que apenas pudo reconocer.

—Monstruos —dijo en voz baja, insegura de si sentía piedad o miedo, insegura de si la figura que veía era ella misma o bien la anciana que con una calma lunática seguía señalándola con un dedo acusador.

Siguió mirando largo rato aquel reflejo espectral, y finalmente regresó a su cama y se acostó de nuevo.

—Te encontraremos otra —dijo la anciana.

El té se le había enfriado, pero estaba demasiado cansada para volver a encender el hornillo y prepararse otra taza. Tenía las manos cerradas sobre el regazo, la mirada fija en la lata de estaño llena de agua fría y colocada todavía sobre el hornillo. Sobre el agua se estaba formando una película de hielo.

—Verás —añadió—. Encontraremos a otra, pero esta vez la haremos los dos juntos, igual que hizo tu padre contigo. Tomaremos un pedazo de una y otro de otra, y te fabricaremos la perfecta compañera, verás si no. Siempre he tenido buena mano con la aguja y el hilo, ¿sabes?… una cualidad necesaria para una esposa, en mis tiempos. Claro que ahora todo es distinto, todo ha cambiado. Hay veces en que me pregunto por qué nos molestamos en continuar…

El monstruo miraba por la ventana cómo seguía cayendo la nieve, suavemente ahora, porque la tormenta se había alejado dejando sólo un silencio tranquilo como recuerdo del anterior huracán. El monstruo no daba ningún signo de estar escuchando a la anciana, pero ella siguió hablando de todos modos.

LA ÚLTIMA COMIDA Y SALCHICHÓN PARA EL CAMINO

GEORGE ALEC EFFINGER



En una noche ventosa de mediados de noviembre, con escarcha en los sembrados, dos hombres sentados en los asientos delanteros del coche patrulla del *sheriff* del municipio de Arbier se habían enzarzado en una discusión sobre a quién preferirían dar un revolcón, a Michelle Pfeiffer o a Kim Basinger. El más gordo de los dos dijo que no se quedaría con Kim Basinger ni aunque le dieran dinero, pero que no le importaría hacer un favor a Urna Thurman. El patrullero más flaco había empezado a decir que nunca había oído hablar de Urna Thurman, pero los dos se callaron en el mismo instante porque vieron algo en la fría oscuridad que no debería de estar allí. Estaban aparcados en el arranque del camino del dique, y su misión consistía en impedir el paso a los críos de la universidad que cogían los coches de sus papas para hacer carreras por la carretera llena de baches que llevaba hasta el embarcadero. Dejarse las gomas en el asfalto del camino del dique era desesperadamente ilegal en el municipio de Arbier, si bien nadie sabía decir por qué razón, y menos que nadie el oficial Kasparian y el oficial Block, los dos hombres del coche patrulla.

Por fortuna para ambos, que se habían visto obligados a interrumpir sus interminables debates relativos, bien a mujeres inalcanzables, o bien al auténtico sentido del Código Municipal de Arbier, lo que los oficiales Kasparian y Block vieron a través del parabrisas, era un tipo. Un tipo condenadamente grande. Medía cerca de dos metros y medio sin exagerar, y estaba plantado sobre el césped de Johnson, hacia la mitad del camino del dique, con una especie de confusión pintada en su fea carota.

—Vaya hijo de perra más feo —dijo el oficial Kasparian.

—Se nos ha instruido para hacer frente a toda clase de eventualidades —dijo el oficial Block al tiempo que abría muy despacio la portezuela del coche—. Pero los recursos del municipio de St. Didier son muy limitados, como bien sabemos tú y yo después del rechazo de las recientes medidas presupuestarias. De modo que creo tener razón al decir que no me pagan para enfrentarme con tipos feos. No si son feos hasta ese punto. A Dios no le gustan los feos.

—No empecemos a poner juicios de valor en la santa boca del Todopoderoso, al menos no de momento —dijo el oficial Kasparian—. ¿Te has dado cuenta de que el tipo feo tiene la cara cosida? ¿Te dijeron algo en esos seminarios tan modernos sobre procedimiento legal que os dan en el municipio de Orleans, sobre cómo tratar a delincuentes con la cabeza cosida?

—Nos hablaron de un fulano que tenía la punta de la lengua casi arrancada; lo llevaron corriendo al hospital, y a estas horas tiene la lengua casi tan normal como tú y como yo. Pero esto es bastante diferente.

—Ya, ya —dijo el oficial Kasparian, mientras salía sin prisa del coche patrulla por la portezuela. Los dos policías habían empuñado sus porras, pero las pistolas seguían enfundadas en sus caderas.

El oficial Block levantó los brazos por encima de su cabeza.

—No queremos hacerle daño. Somos amigos. Venimos en son de paz.

—Oye —le llamó el oficial Kasparian desde la posición defensiva que había pasado a ocupar junto al carenado de la rueda izquierda—, ¿por qué le hablas como si se tratara de una especie de Alien, el invasor del espacio, o algo por el estilo?

El oficial Block se giró y fulminó con la mirada a su compañero.

—¿Cuántos tipos de más de dos metros de estatura y con la cabeza cosida encontramos normalmente en los municipios de Arbier y Linhart?

—No muchos —admitió el oficial Kasparian.

—Entonces, déjame resolver esto a mi modo. ¿De acuerdo?

El oficial Block se adentró en el césped escarchado y volvió a levantar los brazos por encima de la cabeza, con obvio olvido de lo que les había ocurrido a todos los que lo intentaron en la clásica película de 1953 *La guerra de los mundos*.

El condenado gigantón miró al oficial Block, que andaba dando saltitos en un intento de establecer contacto, y al oficial Kasparian, todavía agazapado en su casi invisible posición defensiva, en el extremo más lejano del coche patrulla.

—Oigan, muchachos —gritó el tipo feo—, ¿puedo ayudarles en algo?

El oficial Block hizo una seña al oficial Kasparian, que gateó cautelosamente hasta

introducirse de nuevo en el coche, y llamó desde allí a la oficina del *sheriff* de Linhart. Dio al sargento de guardia todos los detalles, y la decisión final fue que el tipo de la cabeza cosida no estaba haciendo nada ilegal en particular, pero que de todos modos los oficiales Block y Kasparian debían conducir a aquel patoso al Luterano de la Misericordia de Linhart, dejarlo en manos de una enfermera o un médico de la sección de urgencias, y regresar luego a su posición.

Los dos patrulleros tuvieron tiempo de intercambiar una mirada. Luego el oficial Block dijo:

—Bueno, hagámoslo. —Y llamó al grandullón—: Nos parece que será mejor que le acompañemos al hospital. ¿Está de acuerdo?

—Puede apostar a que sí —contestó aquel pobre primo de dos metros y medio de alto. Se acomodó mansamente en el asiento trasero del coche patrulla, separado por una fuerte reja de acero de los mantenedores de la paz que se sentaban delante. Y allí empezaron realmente los problemas para el gigantón feo.

El oficial Kasparian y el oficial Block llevaron al grandullón al Hospital Luterano de la Misericordia, con sede en el municipio de Linhart. Los dos policías dejaron al tipo de la cabeza cosida en manos de una enfermera, recibieron a cambio un recibo garabateado en un impreso, y volvieron encantados a su puesto de vigilancia, en aquella noche fría y clara.

El médico de la sección de urgencias tuvo grandes problemas para reunir la información precisa sobre el gigante feo, que no se acordaba de su nombre, no sabía dónde vivía y no podía citar a ningún amigo o pariente que pudiera venir a hacerse cargo de él.

El médico hizo desvestirse a aquel primo inocente, y se quedó asombrado al ver el catálogo completo de suturas que presentaba su cuerpo: no era sólo la cabeza, sino los brazos, las piernas, otros apéndices menores y la parte superior del cráneo, en la que un cirujano hábil y poco escrupuloso habría podido esconder joyas robadas o drogas extrañas y virulentas, de no estar allí el cerebro ocupando el espacio disponible. El doctor se encogió de hombros, trasladó al gigante feo a una habitación apartada, le inyectó una buena dosis de Thorazina, y lo mantuvo en observación.

Muy pronto, el hospital se dio cuenta de que no podía justificar por más tiempo la retención del grandullón, y su Departamento de Servicios Sociales lo envió al Hospital del Estado para Disminuidos Mentales, en Hanson, donde un asistente social apuntó a aquel bastardo extravagante en un programa de promoción de empleo. Le asignaron un puesto de trabajo con un salario suficiente para que pudiera alquilar un pequeño apartamento. Aquello debería de haber supuesto la solución para todos los problemas

del pobre primo, pero por desgracia, cuando se presentó a trabajar el primer día, el jefe de personal descubrió que el gigantón contrahecho no tenía número de la Seguridad Social.

Sin número, el condenado feo hijo de perra no podía pagar impuestos, ni podía acogerse al programa de promoción de empleo. En el Departamento de la Seguridad Social fruncieron el entrecejo al saber que la única información que había podido proporcionar el inocente primavera era un nombre, Victor Frankenstein, cosido en una etiqueta en el bolsillo interior de la chaqueta *sport* del grandullón, que por lo demás le sentaba igual que el jersey de una quinceañera pizpireta al anuncio de los neumáticos GoodYear.

El cateto fue recorriendo agencias federales, agencias del Estado y agencias locales, todas las cuales prometían en sus anuncios trabajar esforzadamente en la promoción de los recursos humanos, de la mano de obra y del desarrollo económico. Incluso el Departamento de Bienestar Social le dio la patada al pobre bastardo cuando sólo fue capaz de contestar a la primera pregunta de su test de evaluación, y la gente de los Derechos Civiles tuvo serios problemas para decidir hasta qué punto se estaban recortando los derechos del fulano.

Después de ser expulsado de su apartamento, se instaló en un gran cartón de embalaje de un refrigerador Maytag, en el piso superior de un edificio incendiado y abandonado situado en un suburbio ruinoso de Linhart. En el mismo edificio habitaban muchas otras personas, cada una en su propio cartón, pero no tenían gran cosa que decirse entre ellos. De noche, en la oscuridad gélida, el grotesco hijo de perra podía oír el ruido de las patitas de muchos animalillos que corrían de un lado a otro.

Pasaron los días, y su frustración fue creciendo más aprisa incluso que su hambre física. No tenía dinero. Hacía varios días que no comía. Nunca había probado a mendigar, y después de todo, ¿quién dejaría un dólar o un puñado de calderilla en aquellas manos grotescas y deformes, que mostraban todos los signos de proceder del mismo almacén de repuestos orgánicos diversos que la horrible cabezota recosida?

El día siguiente era jueves, y el grandullón se despertó al son de la música. El viernes tenía una cita para visitar la Agencia de Acción Comunitaria y comprobar personalmente las dimensiones de esa acción, pero hoy era un día libre. Se arrastró fuera de su cartón Maytag, se puso en pie, y se desperezó mientras escuchaba distraído el lejano redoble de tambores. Podía oír a su alrededor a algunos otros residentes que revolvían las astillas de vidrio y los ladrillos rotos, y pudo ver sus figuras andrajosas cuando pasaron delante de un tabuco sin ventanas que aún no tenía ocupante. Se desperezó de nuevo, miró desafiante a su alrededor por si alguien mostraba

pretensiones de adjudicarse su cartón Maytag, y descendió pausadamente por la maloliente escalera hasta la planta baja.

El sol se mostraba en tan baja forma como de costumbre en los meses otoñales, oculto detrás de unas nubes que podían llover, o nevar, o seguir inmóviles en el mismo lugar del cielo hasta el mes de abril. El aire conservaba aún el frío de la noche, y el bastardo feo metió sus enormes y torpes manazas en los bolsillos de la chaqueta *sport*. Desearía poseer guantes. Los guantes eran uno de los tesoros que podría adquirir si daba con el secreto de cómo conseguir un número de la Seguridad Social.

Llegaron a sus oídos los sones aflautados de una banda de música, desafinados por la distancia. El *gilí* se sentó en un murete bajo de piedra y miró en la dirección de la música. Por encima de las ramas desprovistas de hojas de los árboles, vio flotar amplias y fantásticas figuras, los globos del desfile anual del Día de Acción de Gracias de Linhart. No era Nueva York ni Macy's, pero Linhart, Luisiana, se enorgullecía de su versión a escala reducida del gran desfile. El papanatas de la cabeza cosida se quedó estupefacto.

El cerebro que habían colocado recientemente en aquel cráneo deforme y mal recosido no era nuevo, es decir, no era una masa de neuronas vírgenes y vacías, receptivas a cada nueva experiencia. No, aquel cerebro procedía de algún lugar —de *alguien*, era preciso admitirlo—, y en su interior había vestigios peculiares de conocimientos y conductas anteriores. Eso explicaba la invariable cortesía y la triste resignación con las que el tipo encajaba la negativa a ayudarle de una agencia tras otra.

Sin embargo, también podían encontrarse residuos más positivos en aquella mente débil y desorientada. Uno de ellos era una imagen borrosa de un desfile del Día de Acción de Gracias, tal vez visto por la televisión o tal vez en persona, desde el bordillo de la acera de una calle de Linhart, de Nueva York o de cualquier otra localidad situada entre ambas. El tipo feo esbozó una lenta sonrisa, y movió torpemente los brazos al ritmo de la música. Se levantó de la piedra tambaleante que sostenía la pared, y marchó con paso inseguro hacia el lugar del desfile.

—Música buena —se dijo a sí mismo con su voz ronca.

Caminó durante unos diez minutos, subiendo y bajando cuestas y torciendo después por una avenida perpendicular a la calle que había seguido hasta entonces. Miró al cruzar una calle lateral y vio un globo gigante inflado como un milagro infantil, con la forma de una poderosa nave espacial de una serie televisiva que había durado nada más un año en pantalla. Una banda de música universitaria que marchaba delante del globo tocaba el casi olvidado tema musical de aquella serie de televisión.

El bastardo ignorante corrió excitado al bordillo de la acera, y desde allí pudo oír

las quejas de los miembros de la banda. Hacía frío, y los que tocaban los trombones tenían problemas con sus pesadas boquillas metálicas. Las flautas y los pífanos movían continuamente los dedos para evitar que se les congelaran.

—Eh, tíos —refunfuñaba ceñudo un tambor—, ¿qué estamos haciendo aquí? No van a pagarnos *ni un pavo*, y me estoy helando.

A pesar del malhumor de los miembros de la banda, el espectáculo era muy superior a todo lo que el desgraciado inútil había visto en su vida. Giró su cabezota cosida y estiró el cuello para ver mejor lo que venía a continuación. Parecía ser un montón de muchachitas heladas y enfurruñadas vestidas con trajes de color rosa rematados en capuchas puntiagudas, que llevaban banderas azules y plateadas y las agitaban en el aire con precisión aproximada.

—Es un signo —se dijo el inocente bastardo—, un signo terrible, que me haya despertado esta mañana en un cartón Maytag de un edificio incendiado y sin saber que hoy era el Día de Acción de Gracias. Es la perfecta constatación de mi degradación irreversible.

El desfile continuó, con cierto aire de procesión religiosa aderezada con payasos adicionales, y el tipo empezó a sentir que le invadía una emoción profunda. Era algo más fuerte que nada de lo que había experimentado hasta aquel momento el gigante feo. Era una especie de purificación, una absolución que alcanzaba incluso a los elementos más básicos de su ser. Presenciar el desfile del Día de Acción de Gracias lo afirmaba en su condición de persona, por más que las perezosas autoridades civiles no hubieran tomado en sus agencias y en sus programas la iniciativa de ayudarle. El gigantón se encogió de hombros: todo se arreglaría en el futuro. Por el momento, él era igual que cualquier otra persona de las que se apiñaban en el bordillo de la acera y acogían con exclamaciones de asombro el paso de cada nuevo grupo de participantes en el desfile.

El supremo momento mágico llegó precisamente al final, como ocurre siempre. El cortejo que cerraba el desfile, el más trabajado, el más hermoso, el que tenía mayor número de candelas y de copos de nieve, era el cortejo de Santa Claus. Santa Claus había llegado aquel año a Linhart, Luisiana, bajo los auspicios de los grandes almacenes Suderin-Cooke.

El feo bastardo de la cabeza cosida vio a través de la luz parpadeante de las candelas cómo un grupo de muchachos y muchachas jóvenes vestidos de pajes de Santa agitaban los brazos para saludarle. El concepto y la firme creencia en la existencia de Santa existían ya en la conciencia truncada del grandullón patoso, y de repente se le ocurrió que, ya que el gobierno se empeñaba en arrastrarlo hacia el

fracaso, sólo la magia podía dar al ingenuo mamón la oportunidad de salvar su vida desesperada.

—¡Aquí, Santa! —aulló el grotesco hijo de perra—. ¡Aquí, Santa! ¡Aquí, Santa!

Gritó y gritó hasta que Santa Claus cambió su posición en el trineo dorado que coronaba la carroza del cortejo, volvió lentamente la cabeza y dirigió la mirada hacia las filas de ávidos espectadores apiñados en la acera. Los ojos de Santa se cruzaron sólo un instante con los del grandullón, y el feo bastardo se quedó convencido de que aquella fracción infinitesimal había bastado para establecer una corriente de comunicación entre los dos. Lo sabía. Lo sentía. Pero nada más que por asegurarse, el grandote empezó a gritar como un desaforado:

—¡Mi número! ¡Mi número! ¡Mi número!

Por su parte, Santa siguió contemplando la multitud con aire aburrido, y luego se fijó en un muchachito vestido con un pesado e incómodo anorak de colores chillones.

—Hola, hola —le saludó Santa, ahogando un bostezo porque el desfile había durado ya mucho tiempo. El muchachito del anorak rompió a llorar y se marchó corriendo.

El feo bastardo vio alejarse el cortejo de Santa calle abajo, y se dio cuenta de que el desfile había terminado. Su pecho recompuesto rebosaba esperanza y alegría. Cada instante de aquel día había representado una nueva experiencia para él, y se preguntaba cuánto más podría saborear de aquella bendita vida, antes de morir y ser devuelto al almacén de órganos.

El pobre mamón caminó al azar por la avenida, en dirección a su domicilio incendiado. Mientras *cruzaba* un solar sin edificar, vio a tres hombres y una mujer agrupados alrededor de un fuego encendido en un viejo bidón de doscientos cincuenta litros de capacidad. Le invitaron a calentarse las manos en el fuego, y se sintió tan abrumado por su generosidad que no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Se dio cuenta de que estaba llorando. En la misma calle, un poco más allá, había un hombre sentado en el porche de su casa, mirando un pequeño televisor portátil. El hombre invitó al patoso bastardo a mirar un rato, porque un equipo de fútbol profesional estaba a punto de hacerle algo ofensivo a otro. El gigantón no estaba seguro de desear quedarse allí a verlo; se sentía todavía rebosante de la felicidad de haber presenciado el desfile y visto a Santa.

Antes de que pudiera tomar una decisión, se acercó a él una joven que bajaba por la colina con una tablilla de escribir.

—Hola, señor —le dijo la joven—. Feliz Día de Acción de Gracias.

Al pobre mamón le encantaban las mujeres jóvenes con tablillas. ¡Eran siempre

tan amables!

—Acción de Gracias —dijo, entre grandes cabezazos de asentimiento—. Acción de Gracias bueno.

—¿Ha tenido ya su comida de Acción de Gracias? —preguntó la muchacha. Sonreía al feo hijo de perra. Se colgó de su brazo, cosa que pocas personas se habían atrevido a hacer sin tener en la otra mano preparada una jeringuilla repleta de Thorazina.

—¿Comida? —preguntó el primavera.

La muchacha sonrió.

—Venga conmigo. Tenemos pavo relleno con puré de patata, salsa de arándanos y pastel de *calabaza*. Todo proporcionado por las asociaciones de beneficencia de Linhart, bajo la dirección del programa anual del *sheriff* «Alimente a Los Que Carecen de Hogar».

Y la acompañó a lo largo de un camino que descendía y se curvaba hacia la izquierda. El pavimento estaba agrietado y lleno de baches, y las ventanas de todos los edificios estaban reforzadas con tablas claveteadas, igual que el que albergaba su cartón Maytag.

—Me llamo Shanna —dijo la joven—. Éste es el lugar.

Y condujo al grotesco gigantón a un gran edificio metálico, que la mayor parte del año servía de zona de aparcamiento para los diversos vehículos utilizados por el *sheriff en* su lucha contra el crimen. En aquel día, todos habían sido trasladados a otros lugares, y el espacio polvoriento y frío que quedó libre en el interior del almacén metálico se había llenado con mesas y sillas metálicas claudicantes e inestables.

Había allí centenares de personas parecidas al bastardo feo: bueno, parecidas en el sentido de que no tenían ningún otro sitio adonde ir a celebrar el Día de Acción de Gracias. Todos ellos estaban sentados a unas mesas cubiertas con manteles de papel, aplicándose con entusiasmo a embaular tanta cantidad como podían de aquella milagrosa comida de fiesta, servida en unas bandejas de plástico por los ayudantes del *sheriff* y por mujeres de cierta edad dedicadas a las funciones de beneficencia.

Shanna tomó asiento a una de las mesas e indicó al ingenuo mamón que se sentara a su lado.

—¿Puede decirme su nombre, señor? —preguntó, con su bolígrafo y su tablilla listos para apuntar el dato.

—Victor —contestó aquel maldito tipo feo. Lo recordaba de su corta estancia en el Hospital Luterano de la Misericordia—. Victor, me dijeron. Lo recuerdo. Victor algo más. Algomastein. Rosenstein. No, no era eso exactamente. Lo sabía. Normalmente

me suelo acordar.

El pobre imbécil ni siquiera se había dado cuenta todavía de que también a él le iban a dar una bandeja llena de comida.

—Victor Rosenstein —dijo Shanna, feliz—. Eso bastará. ¿Y vive usted en la vecindad?

En ese momento apareció uno de los ayudantes del *sheriff* con una bandeja rosa, que había conocido largos años de servicio. El ayudante dejó la bandeja con la comida delante del inocente hijo de perra, que abrió los ojos de par en par como si todas las gloriosas bondades de este mundo estuvieran desplegadas delante de él.

—Feliz Día de Acción de Gracias —dijo el ayudante, y se marchó a servir a otra persona.

—¿Es para mí? —preguntó el condenado lila.

—Buen provecho, señor Rosenstein —dijo Shanna—. No ha contestado usted a mi pregunta. ¿Vive en la vecindad?

Lo que más fácilmente podía llevarse a la boca era un panecillo, y el pobre idiota se lo metió entero en la boca, de modo que apenas si consiguió contestar:

—Sí. En un cartón de Maytag en uno de esos edificios.

Shanna hizo un concienzudo gesto de asentimiento y escribió algo en la tablilla.

—¿Utiliza usted drogas intravenosas, señor Rosenstein? —dijo en tono de conversación.

El panecillo estaba ya en las últimas, pero él había vuelto a llenarse la boca de puré de patata caliente. Tragó con esfuerzo.

—¿Quiere decir de las buenas, o de las malas?

—Bueno…

—Nada de drogas —dijo en tono resuelto—. Nada de comida, ni casa, ni drogas, ni número —cortó torpemente el pavo y sacudió la cabeza—. Mi número. Mi vida podría ser mía sólo con que me dieran mi número.

—Pero usted no utilizaría drogas intravenosas, ¿verdad que no, señor Rosenstein? —dijo Shanna con una risa forzada.

—No, por supuesto que no —dijo el tipo feo—. Diga «No, gracias». Son muchas las personas que dicen «No, gracias». A mí.

Shanna se puso en pie a su lado, y cubrió con la suya una de las manos llenas de cicatrices del tipo.

—Y aquí está usted sentado, en el Día de Acción de Gracias. Ya ve que la gente se *preocupa*. Debería usted dar gracias, señor Rosenstein, gracias a Dios por todo lo que le ha dado. Y ahora, por favor, excúseme. He de ir a buscar a alguna otra persona que

no haya tomado aún su comida de Acción de Gracias.

—Gracias, Shanna —dijo el capullo—. Me ha dado usted el coraje para proseguir. Shanna, amiga. Buena amiga.

Shanna apretó la manaza del tipo con su manecita, y se marchó.

La comida era buena y estaba caliente, y el inocente mamón disfrutó de ella hasta el último bocado. Cuando acabó, siguió sentado a la mesa del mantel de papel hasta que otro ayudante del *sheriff* se lo llevó del brazo, con buenas maneras, fuera de aquel garaje de paredes metálicas onduladas, de vuelta a la intemperie. Empezaba a oscurecer, y también hacía más frío. El hombretón se estremeció. Levantó la vista y vio, por algunos claros que se abrían entre las nubes, brillar las estrellas con el mismo fulgor de la bisutería barata de la *carroza* de Santa. El pobre capullo había aprendido ya que no había nada que hacer después de oscurecido, y que la vecindad se volvía más peligrosa cuanto más avanzada era la hora, de modo que caminó despacio desde el garaje hacia la colina y el edificio en particular que albergaba su cartón Maytag. Había muchas plazas vacantes entre los escombros que cubrían los suelos de las ruinosas habitaciones, y bastantes cajas de embalaje que nadie había reclamado como suyas, pero el grandullón había llegado a considerar su cartón y su edificio en ruinas como el «hogar». Nunca había advertido las miradas atónitas y asustadas que le dirigían los paseantes que encontraba en su camino.

Quedaba aún luz suficiente cuando llegó a su cartón Maytag, y se dedicó a hacer un poco de limpieza. Empleó sus enormes pies calzados con botas para barrer los fragmentos de ladrillo y las agudas astillas de cristal coloreado y formar con todo ello un montón a unos cuantos pasos del cartón. Pensó en una escoba. Cuando tuviera su número, trabajo y dinero, se compraría una escoba y tendría perfectamente limpia toda la zona que rodeaba su cartón. Por ahora, sin embargo, aquello era sólo un sueño, e hizo las cosas lo mejor que pudo.

Durmió poco por culpa del frío, que le hizo despertarse varias veces y abrigarse con hojas de periódico. Podía ver su aliento solidificarse en el aire frío, ligeramente luminoso. Por la mañana se levantó, recordando que tenía citas a las que acudir. Primero, sin embargo, descendió la colina hasta el lugar mágico en el que le habían dado tan bien de comer. Les pediría un poco más. Ahora era de mañana, y tenía hambre.

Los ayudantes del *sheriff* se habían llevado todas las mesas y sillas claudicantes, y limpiado el lugar de desperdicios, que el servicio local de recogida de basuras se había llevado ya a alguna otra parte. Las grandes puertas del garaje estaban abiertas de par en par, pero no se veían por ningún lado muchachas jóvenes con tablillas de escribir,

ni bandejas de comida, ni beneficencia de ninguna especie. En cambio, habían vuelto a ocupar sus puestos habituales los camiones, los *bulldozers* y el resto de la maquinaria pesada propiedad del municipio.

El grandullón se detuvo al llegar a la puerta, confuso.

—¡Quiero comida! —gritó.

Un ayudante del *sheriff* se acercó sin prisas.

—No hay comida —dijo con calma—. Eso fue ayer, pero hoy no. ¿Entiendes?

El maldito mamón estuvo durante un rato perdido en profundos pensamientos.

—Comida aquí ayer —dijo—, y Santa, y vaqueros persiguiendo a los indios. Hoy…

El ayudante se quitó el palillo de dientes de la boca y lo examinó con atención; le pareció lo bastante bueno para él, y volvió a colocarlo en su lugar.

—Como decía antes —dijo (tenía la reputación de entendérselas realmente bien con *yonquis*, alcohólicos, descuideros y toda clase de vagabundos)—, repartimos comida ayer, pero no vamos a repartir comida hoy. ¿Lo has captado?

El grotesco hijo de perra contestó que sí.

El ayudante hizo una inspiración profunda, y soltó el aire poco a poco.

—Ahora bien, lo de Santa es un caso totalmente distinto. Si quieres Santa, has de ir a los grandes almacenes Suderin-Cooke. Puedes conseguir incluso que te hagan una foto con él. ¿Sabes dónde están los almacenes?

—No, señor, no lo sé —dijo el pobre bastardo.

El ayudante miró atentamente el suelo y trazó en él una raya con el borde de la suela de su zapato.

—Sigue esta calle, todo recto, hasta una plaza muy grande en la que están los juzgados. Allí pregúntale a alguien más. ¿Me has entendido?

—Le estoy muy agradecido por su ayuda, oficial —dijo el capullo feo.

—No tiene importancia. Saluda a Santa de mi parte.

El maldito grandullón caminó calle abajo hasta la zona comercial, y encontró los almacenes después de aterrorizar a dos aprensivas damas con el cabello teñido de azul y guantes. El gigantón de la cabeza cosida entró en el local profusamente decorado y cumplió con la siguiente parte de su tarea por el sencillo procedimiento de abordar a hombres, mujeres y niños y gruñir:

—¡Santa!

A partir de ahí, seguía caminando en la dirección que le señalaban.

Suderin-Cooke era el último establecimiento comercial independiente de cierto volumen en Linhart, e intentaba mantener un cierto encanto de sabor antiguo en su

decoración. Trabajaba mucho para evitar parecerse a los bien conocidos almacenes de ámbito nacional, que en los últimos años se habían ido apoderando de todos los locales de ese tipo. Aquel viernes por la mañana se decidió que para mantener la acogedora imagen centenaria del establecimiento, era indispensable hacer desaparecer de inmediato al hombre recosido de dos metros y medio de altura que al parecer estaba molestando a los clientes. Según todas las apariencias externas, el grotesco bastardo no parecía una persona dispuesta a abrir una nueva cuenta de compras a plazo en Suderin-Cooke, ni a utilizar una ya existente. El personal de seguridad de los almacenes telefoneó a la oficina del *sheriff de* Linhart.

La suerte quiso que no fueran el oficial Kasparian y el oficial Block los encargados de llevarse al grandullón de los grandes almacenes. El servicio correspondió al oficial Gautreaux y al oficial Williams. El oficial Gautreaux nunca decía gran cosa, y la actitud del oficial Williams hacia la vida en general se podía captar muy fácilmente. Así se lo dijo al gigante bobalicón mientras lo empujaba hacia la parte trasera del coche patrulla.

—¿Te crees muy grande? ¿Crees que eres grande tú, hijo de puta? Tengo unas sobrinitas que llevan calcetines rosas y saltan a la comba, y al lado de ellas tú pareces el enano ese que habla solo, el que vende tamales a la puerta del drugstore. ¿Te crees grande, con esa cabeza cosida? Escucha, hijo de puta, dónde te crees que estás, ellas no sólo se cosen lo que les da la gana, sino que además se ponen una cremallera.

La conversación siguió en el coche patrulla exactamente en el mismo tono de voz, con el oficial Williams monologando hasta que llegaron a la oficina del *sheriff*.

El sargento quiso saber cuál era el problema.

—En Suderin-Cooke dicen que estaba causando problemas —dijo el oficial Williams.

El sargento asintió.

—Andaba buscando a Santa —dijo el oficial Gautreaux.

El sargento volvió a asentir.

—No debe de haber hecho nada. Preguntadle quién es, metedlo en chirona y conseguid que alguien venga a buscarlo. Esas costuras deben de haber sido el problema. Los del maldito almacén nos han tenido que llamar cuando ese tipo probablemente no hacía nada, sólo porque es alto.

El oficial Williams rió sin alegría.

—El hijo de puta se cree que es alto, ¿eh?

—Mi mujer y yo hemos decidido no volver nunca a ese almacén —comentó el oficial Gautreaux—. Te tratan como si estuvieras esparciendo gérmenes patógenos en

su porcelana de China.

—¿Nombre? —preguntó el sargento.

—Victor —dijo el feo bastardo—. Víctor Rosen, hum, stick.

—Victor Rosenstein. ¿Está correcto?

—Sí, señor.

—¿Dirección?

Hubo un largo silencio.

—No lo sé.

El oficial Williams dirigió una mirada significativa al oficial Gautreaux y puso los ojos en blanco.

—Ya empezamos —dijo.

Tuvieron al inocente hijo de perra todo un día y una noche en chirona —lo que ellos llamaban la celda preventiva—, e intentaron librarse de él a la mañana siguiente. El capullo no quería irse. El jergón, la almohada y la comida caliente era el trato mejor que había recibido desde que salió del Hospital Luterano de la Misericordia, aunque los ayudantes del *sheriff* no pudieran inyectarle Thorazina. Aquello era perfecto. Pidió en voz alta que volvieran a encerrarle en la celda, pero eso no le llevó a ninguna parte. Debido a un acuerdo tácito, todos dejaron que fuera el oficial Williams el que reintegrara al pobre mamón a la sociedad.

—Eh, eh, eh —dijo el oficial Williams al tiempo que se ajustaba las gafas de sol—, espera y verás adonde te llevo en el coche. Dime, chico, ¿de qué color *eres* tú?

No es propio de este mundo que las cosas vayan a mejor. El grandote sabía que las cosas sólo podían empeorar. Probó nuevas entrevistas, nuevas agencias y nuevas gentes compasivas que no habían aprendido aún que en el trabajo que hacían no se les permitía ni siquiera remover un ladrillo.

Finalmente, cuando llevaba varios días sin comer, absolutamente desesperado, vio a una niña con un bocadillo de salchichón en la mano. No se paró a razonar. Agarró el bocadillo de salchichón y salió corriendo. La madre de la niña corrió detrás de él, y otras personas la siguieron con una furia cada vez más enloquecida a medida que la historia se iba extendiendo, porque los recién llegados parecían creer que el gigantón había hecho a la niña cosas mucho más horribles que robarle el bocadillo. Él corrió hacia su refugio, su cartón Maytag en lo alto del apestoso edificio en ruinas.

Mientras corría, empezó a oscurecer, y mientras el reloj avanzaba lentamente hacia las cinco en punto, la gente de la ciudad experimentó un cambio. Se dieron cuenta de

que algo nuevo, algo inconfundiblemente inocente se había introducido en sus desconcertados dominios. El aire se llenó del olor a sangre fresca; a los distintos grupos y a los cazadores solitarios les llevó poco tiempo seguir el rastro del pobre grandullón hasta sus ruinosas posesiones, hasta el mismísimo triste refugio del cartón Maytag.

Abajo, en la acera, enarbolando sus armas y sus antorchas llameantes, le concedieron finalmente el número de identidad de los de su clase, y luego —como lo exigía el ritual— le proporcionaron una brillante apoteosis final.

FILMOGRAFÍA SELECTA DE FRANKENSTEIN

LEONARD WOLF

Aunque la historia de Mary Shelley sobre Frankenstein no ha sido llevada a la pantalla en tantas ocasiones como el *Dracula* de Bram Stoker, su mitología ha llegado a adquirir las mismas proporciones En el cine la historia ha sido objeto de versiones muy diversas, como lo indica la siguiente filmografía; pero a despecho de cambios incidentales, dos elementos temáticos de la historia se mantienen constantes: 1) la humanidad tiene buenas razones para desconfiar de la ciencia, y 2) un monstruo es alguien que reúne la doble característica de ser feo y solitario. Todo lo demás es accesorio.

La filmografía que aquí se ofrece no pretende ser completa, ni tampoco una lista de las mejores películas sobre el tema de Frankenstein. La intención de la misma es, más bien, ofrecer una muestra del abanico de tratamientos distintos que ha recibido la historia de Mary Shelley en el cine.

FILMOGRAFIA

FRANKENSTEIN
1931 (B y N) EE. UU. 71 minutos
Compañía productora: Universal Pictures
Director: James Whale
Productor: Cari Laemmle, Jr.

Guión: Garrett Fort, Francis Edward Faragoh, Robert Florey
Fotografía: Arthur Edeson
Reparto: Colin Clive, Boris Karloff, Mae Clark, John Boles, Edward Van Sloan

Este filme de enorme éxito, cuyo sexagésimo aniversario celebra el presente libro, nos presenta a la criatura (llamada «Monstruo» en los títulos de crédito) como siempre la hemos conocido después: un hombre alto, mal vestido, torpe, con la cabeza cuadrada y unos bornes que sobresalen de su cuello. Con su rostro chupado y los ojos saltones, se pone en pie vacilante y tiende las manos hacia la luz que, con la inocencia del recién nacido, intenta alcanzar.

A pesar de la torturada y desvaída interpretación de Colin Clive en el papel de Henry Frankenstein (Víctor en la novela), y de la Elizabeth singularmente desvalida que compuso Mae Clark, el filme de Whale alcanza la categoría de obra maestra porque sabe comprender la inocencia, la frustración sexual y la devastadora rabia consiguiente que forman el núcleo esencial de la historia de Mary Shelley. La dirección de Whale es soberbia, llena de sensibilidad, y transforma lo que podía haber sido sencillamente una película más de un género popular, en otra que tiene profundas implicaciones trágicas.

Whale contó con buenas ayudas. Encontró un actor, Boris Karloff, que hizo justicia a su compleja comprensión del papel de la criatura; y también contó con el espléndido maquillaje que Jack Pierce creó para Karloff, y con los relevantes efectos especiales ideados por Harry Strickfadden.

LA NOVIA DE FRANKENSTEIN
(*The Bride of Frankenstein*) 1935 (B y N) EE. UU. 75 minutos
Compañía productora: Universal Pictures
Director: James Whale
Productor: Cari Laemmle
Guión: William Hurlbut y John L. Balderston
Fotografía: John Mescall
Efectos especiales: Jack Pierce y John P. Fulton
Reparto: Boris Karloff, Colin Clive, Valerie Hobson, Elsa Lanchester, Ernest Thesiger, Dwight Frye

La novia de Frankenstein es un fenómeno: una segunda parte que supera en méritos a la película original. Considerada por muchos (entre los que me cuento) como uno de los mejores filmes de terror de todos los tiempos, merece todas las

alabanzas que se le han dedicado. Contó de nuevo con la sensible dirección de James Whale y con un elocuente guión en el que se desarrollan plenamente las implicaciones sexuales contenidas en *Frankenstein*. Y también con interpretaciones soberbias por parte de todo el elenco, a excepción de los protagonistas románticos, Colin Clive y Valerie Hobson, de los que, en cualquier caso, tan sólo se esperaba que reflejaran dolor o miedo en los momentos adecuados.

Cuando no aparecen ellos dos en la pantalla, tenemos a Elsa Lanchester, que interpreta deliciosamente, tanto a Mary Shelley como a la Novia; a un Boris Karloff en el papel de una criatura más humanizada (puesto que cuenta con voz) a la que se ha prometido una novia de laboratorio; y a Ernest Thesiger, que alcanza cimas interpretativas como el doctor Pretorius, el colaborador de Henry, uno de los mejores personajes de cómico-malvado que jamás han aparecido en el cine. Y finalmente, la escena del matrimonio acabado en cataclismo es tan físicamente destructiva y tan erótica, que deja a los aficionados con la boca abierta.

EL HIJO DE FRANKENSTEIN
(The Son of Frankenstein) 1939 (B y N) EE. UU. 95 minutos
Compañía productora: Universal Pictures
Director: Rowland V. Lee
Productor: Rowland V. Lee
Guión: Willis Cooper
Fotografía: George Robinson
Reparto: Basil Rathbone, Boris Karloff, Bela Lugosi, Lionel Atwill, Josephine Hutchinson

El hijo de Frankenstein, el tercero de los tres impresionantes filmes de la Universal realizados en los años treinta, es uno de los que posee menos carga simbólica, pero su inspirada trama compensa en buena medida esa falta de profundidad.

Basil Rathbone interpreta el papel de Wolf von Frankenstein. Wolf, hijo del Henry Frankenstein que habíamos visto en los dos filmes anteriores, es un científico que desarrolla tareas de investigación en Estados Unidos cuando recibe la noticia de que ha heredado las posesiones de su padre. Acompañado por su esposa Elsa y su hijo Dieter, vuelve a la vieja casa familiar en Alemania, donde Ygor, un criminal jorobado que ha sobrevivido a la pena de la horca, lo convence para que reviva al monstruo «enfermo».

Wolf Frankenstein asume la tarea como medio de vindicar la memoria aborrecida de su padre, mientras que Ygor desea la resurrección para utilizar después a la criatura como instrumento de su venganza contra los jueces que le habían enviado al patíbulo.

El hijo de Frankenstein es notable por varias razones: en primer lugar los decorados, en general de dimensiones enormes, con escaleras, amplias salas y techos vertiginosos que suministran el hábitat natural para actos oscuros y terribles; después está Bela Lugosi, que con su voz ronca y un aura de inteligencia malvada, compone un Ygor extraordinariamente convincente; y finalmente, Lionel Atwill representa al maravillosamente ideado inspector Krogh, que, según se nos dice, perdió un brazo en un encuentro anterior con la criatura, y que en la película pierde el brazo artificial en uno de los momentos cumbre. Atwill representa el papel del inflexible inspector de policía alemán con gran estilo y no escaso sentido del humor.

Por desgracia, aunque Karloff sigue ahí, la inspiración con la que representó a la criatura en las dos películas anteriores, ha desaparecido. La culpa posiblemente sea del guión, en el que la criatura ya no aparece como «más víctima que criminal». Como escribió el crítico Phil Hardy (*Enciclopedia del cine de terror*): «Existe un cambio indiscutible del monstruo como víctima al monstruo como demonio». El resultado es que no despierta compasión en nosotros, y que el filme, con todas sus cualidades, presenta un nivel más bajo que sus antecesores.

EL FANTASMA DE FRANKENSTEIN
(The Ghost of Frankenstein) 1942 (B y N)
EE. UU. 68 minutos Universal Pictures
Director: Erle C. Kenton
Productor: George Waggner
Guión: W. Scott Darling
Fotografía: Milton Krasner
Reparto: Cedric Hardwicke, Ralph Bellamy

El fantasma de Frankenstein, aunque sigue explotando la ya coherente imaginería del mito de *Frankenstein*, muestra una acusada decadencia en la capacidad de Hollywood para manejarla. Lon Chaney Jr. no puede rivalizar con Karloff, a pesar de apropiarse de su maquillaje, en el papel de la criatura. De todos modos, complace ver de nuevo el trabajo de dos actores tan habituales del género terrorífico como Lionel Atwill y Bela Lugosi. No es un gran filme, pero todavía resulta lo bastante escalofriante.

FRANKENSTEIN Y EL HOMBRE LOBO
(Frankenstein meets the Wolf Man)
1943 (B y N) EE. UU. 74 minutos
Universal Pictures
Director: Roy William Neill
Productor: George Waggner
Guión: Curt Siodmak
Fotografía: George Robinson
Reparto: Lon Chaney Jr., Bela Lugosi, Lionel Atwill, Fiona Massey, Maria Ouspenskaya

La importancia del filme estriba únicamente en el hecho de que señala el declive definitivo, en el cine, de la inquietante idea de *Frankenstein*. Si el filme demuestra algo, es la imposibilidad de hacer una buena película de terror por el sencillo procedimiento de juntar dos grandes personajes terroríficos. Lugosi, en el papel del monstruo, despierta piedad, pero únicamente por su penosa interpretación. A nadie le importa que Lon Chaney (en el papel de Laurence Talbot) pida ayuda médica para escapar de la maldición del hombre lobo. Todo el mundo agradece que ambos monstruos sean destruidos al final de la película (impidiendo así una continuación). Pero ese final tarda demasiado en llegar.

BUD ABBOTT Y LOU COSTELLO CONTRA LOS FANTASMAS (Abbott and Costello meet Frankenstein)
1948 (B y N) EE. UU. 83 minutos
Universal Pictures
Director: Charles T. Barton
Productor: Robert Arthur
Guión: Robert Lees, Frederic Rinaldo, John Grant
Fotografía: Charles Van Enger
Reparto: Bud Abbott, Lou Costello, Bela Lugosi, Lon Chaney Jr., Glenn Strange, Lenore Aubert, Vincent Price

Otro filme *pot pourri* en el que la Universal, partiendo del principio de que si un monstruo resulta un éxito de taquilla, cuatro monstruos multiplicarán por cuatro la recaudación, nos sirve a Drácula, la Criatura de Frankenstein, el Hombre Lobo y el Hombre Invisible, cada uno de ellos con una aparición más o menos larga. Pero el valor real de la película está en la presencia de Abbott y Costello, cuya elaborada

comicidad de altos vuelos convierte lo que de otra forma sería un espectáculo penoso, en una considerablemente divertida caza de monstruos a lo largo de ochenta y tres minutos.

FRANKENSTEIN ADOLESCENTE
(I Was a Teenage Frankenstein) 1958 (B y N) EE. UU. 76 minutos MGM
Director: Herbert L. Strock
Productor: Hermán Cohén
Guión: Kenneth Langtry
Fotografía: Lothrop Worth
Reparto: Whit Bissell, Phyllis Coates, Robert Burton, Gary Conway, George Lynn, John Cliff

Esta penosa segunda parte de *Yo fui un hombre lobo adolescente* (1957) es importante sólo como ejemplo de la manera en que Hollywood, en los años cincuenta, intentaba dirigirse al mundo recién descubierto de la América adolescente. La trama del filme, una triste parodia de la historia de Frankenstein rodada en 1931, muestra a un científico británico, descendiente del barón de Frankenstein, que cumple su promesa de fabricar a un *ser humano*. La criatura, aunque fea, tiene inteligencia suficiente para darse cuenta de que el científico es malvado, y se vuelve en contra de él, con gran satisfacción del cocodrilo que el científico guardaba en el sótano.

LA MALDICIÓN DE FRANKENSTEIN
(The Curse of Frankenstein) 1957 (Color)
Gran Bretaña 82 minutos Hammer Films
Director: Terence Fisher Productor: Anthony Hinds
Guión: Jimmy Sangster Fotografía: Jack Asher
Reparto: Christopher Lee, Peter Cushing, Hazel Court, Robert Urquhart, Valerie Gaunt, Noel Hood, Michael Mulcaster, Patrick Troughton, Marjorie Hume

Éste es el primero de los grandes filmes de la Hammer que dieron nueva vida a las leyendas de Drácula y de Frankenstein en el cine, y también es la primera película de Frankenstein en color. La contribución de Hammer al género fue la fórmula que inventó para estos filmes: decorados caros, utilización inteligente del sonido y sexo explícito. El resultado fue una serie de filmes ambientados en escenarios de lujosa elegancia y con protagonistas femeninas en papeles de ingenuas, que irradiaban

sensualidad. Más allá de esos presupuestos, los filmes de terror de la Hammer contaban a su favor con buenos repartos, una dirección brillante y guiones inteligentes.

En *La maldición de Frankenstein*, Christopher Lee, que desempeña el papel de la criatura, consigue transmitir, a través de toneladas de maquillaje, la soledad y la consternación del personaje, en tanto que Peter Cushing es el científico glacial que no permite que los sentimientos se interpongan en sus investigaciones. Cushing y Lee seguirían trabajando juntos para los filmes de terror de la Hammer durante más de una década, después de este notable comienzo.

JESSE JAMES Y LA HIJA DE FRANKENSTEIN
(Jesse James Meets Frankenstein's Daughter)
1965 (Color) EE. UU. 82 minutos
Circle Productions
Director: Wiiliam Beaudine
Productor: Carroll Case
Guión: Cari K. Hittelman
Fotografía: Lothrop Worth

Con toda seguridad, los dos aspirantes más destacados al título del peor filme de terror del mundo son *Plan Nueve desde el Espacio Exterior* y *Jesse James y la hija de Frankenstein*. Sospecho que la segunda perdería el combate por un solo punto, debido a que su ofensiva trama y su ridículo reparto revisten, a pesar de todo, un cierto encanto. También debe de citarse la vulgar continuación de Wiiliam Beaudine titulada *Billy el Niño contra Drácula* como merecedora de un accésit entre las aspirantes a un lugar en el fondo del cubo de la basura simbólico.

¿La trama? *Onyx, una biznieta* de Henry Frankenstein que se instala en el Oeste americano, decide seguir los pasos de su antepasado en la creación de seres humanos, e inserta un cerebro artificial en el cráneo de un amigo de Jesse James. Las suturas del cráneo, cuando ella acaba su tarea, parecen cosidas con alambre de espino. Todo el resto del filme está elaborado con parecida delicadeza.

FRANKENSTEIN CREÓ A LA MUJER
(Frankenstein Created Woman) 1967 (Color)
Gran Bretaña 92 minutos Hammer Films
Director: Terence Fisher

Productor: Anthony Nelson Keys
Guión: John Eider (Anthony Hinds) Fotografía: Arthur Grant
Reparto: Peter Cushing, Susan Denberg, Throley Walters, Duncan Lamont, Robert Morris, Peter Blythe

Éste es un filme de Frankenstein singular por dos razones: primera, en él no hay ninguna criatura masculina recién salida del laboratorio y que provoca el pánico general; y segunda, introduce una ambigüedad sexual tan extraña en su trama que consigue dar una complejidad nueva a la idea de Frankenstein.

Esta vez el barón Frankenstein (Peter Cushing en una interpretación particularmente acertada) trasplanta el alma de un hombre decapitado por un crimen que no cometió, en el voluptuoso cuerpo de una suicida. La mujer resucitada, con el alma del hombre como guía, se dedica a vengarse de las personas implicadas en su ejecución. El resultado es un filme antológico de la Hammer, que alterna escenas de un sutil simbolismo sexual con una ingeniosa venganza, para deleite de los espectadores. El resultado, aun sin la presencia del «monstruo» trágicamente manipulado, es un filme que merece ser tomado en serio por sus propias cualidades intrínsecas.

JOVENCITO FRANKENSTEIN
(Young Frankenstein) 1974 (B y N)
EE. UU. 108 minutos Gruskoff Ventures/20th Century Fox
Director: Mel Brooks
Productor: Michael Gruskoff
Guión: Gene Wilder y Mel Brooks
Fotografía: Gerald Hirshfield
Reparto: Gene Wilder, Peter Boyle, Marty Feldman, Madeline Kahn, Cloris Leachman, Terri Garr, Kenneth Mars, Gene Hackman

La trama de esta burbujeante parodia de las películas de Frankenstein viene a ser una enloquecida mezcla de las tres grandes películas sobre Frankenstein realizadas por la Universal en los años treinta. Lo que lo convierte en un filme sólido y valioso es que Mel Brooks y Gene Wilder tratan con respeto el material que parodian. El resultado es que los espectadores experimentan un doble placer: frecuentes arrebatos de nostalgia al reconocer secuencias o escenas enteras del patrimonio *del* Frankenstein fílmico, y la diversión derivada del hecho de que esas escenas quedan distorsionadas por las lentes del humor utilizado por dos de los talentos más surrealistas de América.

Una reserva: el filme es hilarante y magnífico, pero lo enturbian ocasionalmente chistes sexuales de carácter machista que, dependiendo del contexto, resultan unas veces insulsos, y otras, groseros.